

Rosa Chacel

Barrio de Maravillas



La escritora vallisoletana **Rosa Chacel** (1898-1984) residió en Madrid desde los diez años y en 1915 ingresó en la Escuela Superior de Bellas Artes de San Fernando. Pronto comienza a colaborar en *Revista de Occidente* y, luego, en *La Gaceta Literaria*. Hacia 1938 emprende el camino del exilio y, tras una breve estancia en Atenas y Ginebra, se instala en Sudamérica. Allí tradujo obras de Racine, Mallarmé o Camus hasta su regreso a España en 1974. Dos años más tarde obtuvo el Premio de la Crítica por su novela *Barrio de Maravillas* y, en 1987, el Premio Nacional de las Letras Españolas. Sin embargo, su primer libro fue *Estación. Ida y vuelta*, un relato vanguardista que se ha considerado como un antecedente de la corriente del *nouveau roman*, con la que también se ha relacionado el resto de sus obras. Además de numerosas novelas, Rosa Chacel ha escrito narraciones breves -reunidas en los volúmenes *Sobre el piélago* y *Ofrenda a una virgen*-, poesía -*A la orilla de un pozo*, *Versos prohibidos*-, libros de memorias -*Desde el amanecer*- y ensayos -*Saturnal*, *La confesión*, *Los títulos*-.

Barrio de Maravillas, la primera novela de una trilogía que se completa con *Acrópolis* y *Ciencias Naturales*, narra la historia de dos niñas en el Madrid de principios del siglo XX, atrapando su mirada inocente sobre el mundo y dejando constancia de una época irrepetible en la que aún las vivencias no se han teñido de sombras. Rosa Chacel hace un ejercicio de memoria y recurre a experiencias autobiográficas que diluye en el relato de forma magistral. Estamos ante un magnífico ejemplo de novela introspectiva que parte de la toma de conciencia de sí mismas y de su presencia en el mundo de las dos protagonistas. El tiempo, con valor de presente totalizador, y la memoria, utilizada como instrumento para comprender una realidad fragmentada, aparecen como dos de los elementos fundamentales en los que se asienta su universo novelesco. Una obra llena de sensaciones que dibuja los estados del alma y en la que la autora vuelve a reflexionar, en última instancia, sobre el sentido de la existencia.

Rosa Chacel

Barrio de Maravillas

Prólogo de Clara Janés

Prólogo

Clara Janés

Rosa Chacel (1898-1994), la prosista por excelencia de la Generación del 27, a su regreso a España después del exilio nos dio esta obra singular, Barrio de Maravillas. Se trata del primer libro de la trilogía Escuela de Platón (que incluye también Acrópolis y Ciencias naturales), a través de la cual quiso retratar la historia de su generación. Para ello, en esta entrega, se sitúa históricamente en la década que concluye en vísperas de la Primera Guerra Mundial, y geográficamente en un barrio madrileño, el que se extiende alrededor de la plaza del Dos de Mayo. En el punto de cruce de estas dos coordenadas discurrirá la acción, que no está exenta de elementos autobiográficos.

Si con su primera novela, Estación. Ida y vuelta, Rosa Chacel se adelantó en 30 años a lo más experimental y distanciador que ha dado la literatura, el Nouveau Roman francés, con Barrio de Maravillas se acerca al lector y le ofrece lo que ella detecta como el pulso de la vida. Junto al chaflán entre la calle de San Vicente y la calle de San Andrés, dos niñas, Elena e Isabel, se asoman a la adolescencia y sus movimientos nos llevan a detectar el latido del barrio, de sus gentes, sus emociones, sus costumbres, las mareas de ideas que lo inundan, las oleadas de modas, dichos, gestos..., en suma: todo lo que constituye la trama donde las sucesiones acontecen.

Y como de la vida se trata, de la vida real, sobre todo, el estilo de esta novela, aunque no tiende a ser abstracto -como el de Estación. Ida y vuelta- sí es enormemente complejo, pues responde a la afirmación de la autora: «Ira realidad es una hidra de cien cabezas o es, más simplemente, un cuerpo con innumerables puntos de vista». Por este motivo, Rosa Chacel, que nos mete en la obra a través de los vivos y coloridos diálogos de Isabel y Elena (trasunto de ella misma), no tarda en ofrecernos la interpretación de los hechos por parte de otros personajes, mediante soliloquios o monólogos interiores, lo que no le impide, de pronto, utilizar la tercera persona y obligar a su escritura a actuar como una cámara cinematográfica. Esto no sucede porque sí: no hay que olvidar que fue ella la que afirmó que el verso de Rafael Alberti «yo nací, respetadme, con el cine» equivalía a un manifiesto de su generación. Por ello, junto a las dos niñas, sus casas y los personajes que las rodean, además del barrio con todo su bullicio, sus fiestas y sus carrozas de Carnaval, sus moradores (costureras, hojalateros, vinateros, faroleros, serenos), su tienda de ultramarinos, su pollería, su lechería, su colegio y su farmacia, hay en el libro otro protagonista que es la luz. Precisamente la luz es la que, paso a paso, nos va descubriendo los rincones de los aposentos, los muebles, los vestidos o los adornos, y es tan importante que se personaliza, porque «descubre, desnuda, acaricia, templea o ensombrece o hace arder».

Pero Rosa Chacel sabe que todo conocimiento lo debernos a los sentidos y para transmitirlo acude a ellos, y en el caso de Barrio de Maravillas se realzan, junto a la vista, el tacto y el oído. En efecto, a la vez que se nos describe la suavidad de una tela, o la finura de una porcelana, se nos sitúa en una atmósfera de música, pues este arte está presente en toda la obra, ya a través de un ritmo, como el de la habanera («tarán tan tan... tarán tan tan»), ya con fras-

es de óperas o con referencias a aun compositor, a Schubert o a Wagner, por ejemplo.

Si la música tiene un peso en la obra, aún lo tienen más las artes plásticas. Las niñas protagonistas; que empiezan por meterse en el Museo del Prado y rebasar la mirada para incorporar los cuadros a su vida, se decantarán por este camino, de modo que el arte estará presente en toda la novela. El arte, además, en casos concretos, actuará como símbolo y servirá para que la escritora haga un guiño al lector, es decir, le dé una pista de lo que está haciendo, así la escultura de Ariadna nos indica lo laberíntico de aquello que nos narra.

La Ariadna a la que se refiere, sin embargo, está dormida, es decir, el hilo que puede ofrecernos se diversifica en distintos planos, algunos mentales. junto a la hebra clara de la luz, acaso sea la fluctuante de la memoria lo que más cerca esté de guardar la clave. Rosa Chacel, que en su juventud se proclamó precisamente sacerdotisa de la memoria, Mnemosine, madre de las musas, estuvo bien dotada de esta cualidad desde su infancia. Imagen y palabra ambas básicas en su escritura-gracias a esa fuerza de cohesión, ocuparon desde un principio un lugar importante en su vida. Su padre, cuenta ella, tras haberla sometido durante dos meses al ejercicio de llevarla ante una fotografía familiar y repetirle las palabras «papá, mamá, nena» mientras le hacía poner el índice en cada una de las figuras, la «hizo hablar» a los cinco meses. Y ella añadió: «lo que hizo fue enseñarme a mirar».

Mirar, sí, y reconocer, recordar y asociar. En todas las páginas de Barrio de Maravillas están presentes estas capacidades, que derivan también de una tenacidad. Así, Rosa Chacel con este peculiar instinto, con la luz y la palabra como finos bisturíes, nos lo hace ver todo, por fuera y por dentro, de día y de noche, a tamaño natural o al microscopio, y todo como un todo, de este barrio llamado un día de Maravillas, palabra emblemática de la novela, pues, (como dijo ella) «podría ser una especie de conjuro, de asociación a lo maravilloso que late en toda esperanza en la juventud».

El timbre sonó de un modo particular. Sonaba de un modo particular todas las tardes, pero aquel día se hizo notar más su particularidad. El timbre delataba el titubeo, la duda de quien lo oprimía temiendo que no respondiese la persona llamada, y aquella vez no respondió. Sonó como siempre; primero una vibración apenas audible y luego ya un breve timbrazo sin remedio: ya está, ya sonó, ahora a esperar. No abrió la puerta Elena. Antes de abrirse la puerta fueron acercándose pasos que no eran los de ella, pero ya no era posible retroceder: se abrió la puerta.

-¿Vienes a ver a Elena?

¿Se puede contestar a una pregunta superflua?... ¿Hay motivo para preguntar qué hace al que hace una misma cosa todos los días a la misma hora? La respuesta afirmativa asume cierta culpabilidad. Sí, claro que sí, ¿por qué negarlo?, como todos los días. ¿A qué otra cosa podría venir?... Todo esto en un mero:

-Sí, señora.

-Pues Elena no está: salió con sus amiguitas.

Entonces una despedida banal, torpe, evasiva como de quien es cogido en falta y media vuelta hacia la escalera; hacia el tramo que sube, pero sin subirlo, con una lentitud en los pies que la mente recorre veloz, en zigzag, en idas y venidas, en círculos concéntricos expandiéndose al impacto de cada piedra, de cada pensamiento que se deja caer como nunca pensado... Entonces ¿quién soy yo?... Si ellas, las otras -¿qué otras?= son sus amiguitas, yo ¿qué soy?... Yo ¿quién soy?

-¡Isabel!

Una voz vibrante y al mismo tiempo capciosa, desde la enorme estatura que no ha cerrado la puerta.

-Isabel, ¿querrías hacerme un trabajito?

-Sí, señora, lo que usted quiera.

-Entra, entonces.

Entrar sola -sola, sin Elena-, cruzar la antesala oscura, que se llena de luz al abrir la puerta del gabinete y entrar en el gabinete sola; quedarme sola allí unos minutos...

-Mira, ¿ves este trocito de hilo? Es un lino muy bueno, como ya no se hace. ¿Tú sabes sacar hilos?

-Sí, señora.

-A mí ya mis ojos no me lo permiten. Fíjate, está marcado con unas crucecitas. ¿Tú serías capaz?

-Sí, señora, yo sé hacerlo muy bien.

-Ya me figuro, serás tan habilidosa como tu madre.

Mi madre no sabe en este momento lo que voy a hacer y seguramente le gustaría saberlo. Me diría, «A ver si te portas bien»... Yo no sé si a mí también me gusta, pero, me guste o no, quiero portarme bien, quiero demostrar que aunque esté sola...

-Siéntate en esta sillita, junto al balcón. Todavía habrá luz un buen rato.

Ahora ya el estar sola tiene cierto no sé qué, cierto mérito... El mérito militar es el valor, dicen... El valor tiene mérito; estar aquí sola y hacerlo bien para que digan... Me conformo

con que no digan, con que no puedan decir que lo hice mal. Ahora sola, con la puerta cerrada -no sé por qué la habrá cerrado, pero me alegro- no tengo miedo. Tampoco tengo ganas de curiosear las cosas porque Elena me las ha enseñado una por una y, además, esto de sacar hilos me entretiene sin impedirme pensar en lo que quiera. Si las marcas no están justas -y me parece que no lo están- yo sé corregirlas. Será doña Eulalia quien las ha marcado; si hubiera sido Elena no fallarían en un hilo. Su abuela podría haberle pedido a ella que se los sacase... pero Elena tenía que salir con sus amiguitas... ¿Cómo son?... Sé cómo se llaman, Elena las nombra a veces. Por cómo las nombra casi se puede saber cómo son: yo aseguraría que las desprecia a todas. Para ella, todas son Fulanita, Menganita... A mí no me llama nunca Isabelita; a ellas, Pilarcita, Encarnita... A ésta la detesta, no me cabe duda porque un día llegó a llamarla Encarnacioncita. ¡Qué burrada de nombre!... Y con qué cara lo dijo. Las caras que pone Elena cuando suelta una de éstas... Y hasta cuando no las suelta: sólo con lo que piensa parece que puede matar a alguien... Matar o todo lo contrario -no sé qué es lo contrario de matar, pero en fin, sí, se puede decir. Lo que pasa es que es difícil saber cuándo es algo bueno lo que piensa y cuándo es algo malo... Es lo que me pasó a mí el primer día. Y mi madre sin querer hacerme caso... Yo diciéndole, mamá, esa chica se ha enterado de todo y ahora va con el cuento... Qué tontería, no puede haberse enterado de nada... Te lo aseguro, mamá, te lo aseguro... Había subido los escalones de dos en dos -a mí me pareció de cuatro en cuatro-, como una araña, estaba en los huesos, con el vestido colorado, tan bonito que a mí me costaba trabajo decir ¡qué chica tan horrible!... Claro que ella también me pareció guapa, pero al mismo tiempo..., bueno, horrible no. Sólo se me ocurría decir ¡Mamá, mamá!, esa chica, ¿te has fijado en esa chica?... Ahora va con el cuento... Y nos quedamos las dos calladas, esperando que pasase algo. No esperamos mucho, pero yo me di prisa a pensar, me hice mis propósitos, tomé mis decisiones... Esa chica, nunca habrá nadie en el mundo a quien yo pueda odiar más... Y volvió en seguida, otra vez de cuatro en cuatro como yo había predicho. A mí ni me miró; le dijo a mi madre que si quería bajar un momento a su casa... Mi madre estaba sin aliento y ella la tranquilizó como si creyera que fuese por miedo a perder tiempo. Un momento nada más, le dijo, para hablar con mi tía. Echó a correr escaleras abajo, sabiendo que mi madre iría detrás. Y claro que fue, como un cordero, quitándose el delantal, recogiendo los pelillos que se le escapaban del moño... Cuando volvió, con el corazón en la garganta... ¿Ves qué mal pensada eres?... Y yo, ¿Cómo que soy mal pensada, no fue con el cuento?... Sí, pero no con el que tú te figuraste: la señora va a decir al albañil que blanquee también nuestra habitación. Qué desconcierto me entró; me quedé sin saber qué hacer con el odio... Y me daba rabia, una rabia atroz. Eso que llaman un desengaño debe de ser una cosa así... No sé cuánto me duró, pero mantenía aquel sentimiento como si no quisiera dejármelo quitar. Aunque las cosas cambiaban tanto de pronto... Luego ella subía a veces y hablábamos, no sé de qué, de cualquier tontería, pero me costaba trabajo mirarle a la cara: me parecía que iba a adivinar lo que estaba pensando. Y lo adivinaba, aunque no la mirase... Yo volvía del colegio y ella estaba en el cuartito de al lado, con sus cosas. Siempre me decía algo y yo procuraba que no durase mucho la conversación. Hasta el día en que todo se hizo diferente... Mira mi jardín, dijo. Yo no pasaba de la puerta, pero señaló a la ventana de la tronera y me decidí a mirar cómo daba el sol en la plantita de jaramago nacida entre las tejas... Las dos nos quedamos embobadas, mirando, cuando vino el pájaro a picotearla y salió volando en seguida... ¡Era un verderón!... Cuando lo dijo, yo entonces la miré a ella... Su cara se había transfigurado como... qué sé yo, como si echase luz, como si el pájaro verde... No, como si el verde del pájaro hubiera llenado el cuarto. Entonces pensé, nunca habrá nadie en el mundo a quien yo pueda querer más... Pero también procuré no mirarla para que no lo notase. No sé si se notaba, de todos modos a veces me parecía que no le daba importancia, que era como lo que por sabido se calla... Y luego fue como si hubiéramos olvidado que jamás hubiera pasado algo... Bueno, nunca pasó nada: a mí, dentro de mi cabeza, sólo me pasaban aquellas cosas de si la podría odiar o si la podría querer. Pero Elena es una chica a la que no puede pasarle nada de eso: ella no se queda nunca entre si será o si no será. Yo acabé dejando que todo fuese como ella quisiera. Unas

veces me decía, baja a casa..., y yo bajaba. O me decía, entra un rato a mi estudio -como ella le llama al cuartito-, y yo entraba a ver lo que estaba haciendo. Hasta que decidió que yo bajase todas las tardes... Tú bajas, aunque yo no suba al estudio; tú bajas a eso de las cinco... -Pasos, se va a abrir la puerta...

-¿Qué tal te va saliendo eso? A ver, muy bien, muy bien. ¡Lo que te ha cundido!, ya tienes casi la mitad. Y tú no te dejas engañar por las marcas: está correcto, de mano maestra.

-Es muy fácil, doña Eulalia.

-No tanto, no tanto. ¿Tú has merendado?

-Sí, señora.

-¿Qué has merendado?

-Una naranja.

-No es gran cosa. Creo que podrás tomarte un tazoncito de café con leche.

-Oh, muchas gracias, pero no se moleste.

-No, si no me molesto nada: ya está hecho. Mi hermana no puede pasarse sin él.

Se va y vuelve en seguida con una bandeja.

-Mira, acércate el músico, aquí puedes ponerlo. Hoy nos han dejado solas a las dos viejas. Pero deja la labor: primero merienda.

Un tazón de café con leche, un platito con una ensaimada, todo encima del músico, junto al balcón. Siempre me gustó tanto el músico... Los madroños jaspeados, de lanas de colores, que le cuelgan alrededor tienen caritas diferentes que dan ganas de hablar con ellos... Y el día que le dije a Elena, ¿esto es para guardar las músicas?... Me aniquiló con la mirada. ¡No digas eso en tu vida, las músicas!... Di las piezas, los métodos, los cuadernos, las partituras, pero las músicas jamás... Y entonces ¿por qué se dice el músico?... Eso se dice en broma. Mi abuela es la que lo dice: creo que lo aprendió de los ultramarinos... Yo, como una idiota, ¿De los de ahí enfrente?... Y se tumba de risa, me toma el pelo con saña... ¡De los de ahí enfrente!... Imagínate a mi abuela platicando de música mientras le despachan el bacalao de Escocia... Se tira de espaldas en la cama, se accidenta a carcajadas... ¡Eres genial!... Quieres decir que soy idiota... Yo nunca quiero decir más que lo que digo, ¡eres genial!... Lo cortés no quita lo valiente... Claro que a mí no me importa que me corrija. Elena me corrige todo porque ella sabe palabras preciosas: alabastro... Yo no había oído nunca esa palabra, alabastro. Yo creía que la figurita de encima del piano era de cera y Elena me dijo, Es de alabastro... Es la Ariadna de mi abuelo... Otra coladura buena, por mi parte. ¿Es su primera mujer?... ¡Dónde estaría!... ¡Quién habría podido encontrar un pedazo cuando mi abuela la hubiese tirado por el balcón!... Luego me habló muchas veces de la ópera inspirada en una heroína antigua... Qué bonita debía de ser, qué bien dormidita está ahí encima. ¿Sabría ella, aquella mujer de otros tiempos -de hace siglos, parece- que llegaría a pasar una cosa así?... ¿No es fantástico que, después de tantos años, un señor tan serio como éste, con esa cara de león pálido, pensase en ella y le escribiera canciones?... Y que nadie lo tomase a mal como si se hubiera tratado de una... Otra palabra preciosa; ésta se la oí a doña Eulalia y no la entendí, pero luego Elena me explicó... una suripanta. ¿Cómo podrá tener mal sentido una palabra tan bonita?... El caso es que a ésta no la trataron como si lo fuera: la pusieron ahí, sobre el piano, bajo el retrato de él... Y a mí que no me digan, tenía que estar mucho más enamorado de ella que de doña Eulalia: por eso le puso el nombre a su hija. Y no es que doña Eulalia sea fea, no, debe de haber sido guapetona, pero esta otra, ¡vamos!, ni comparación. Es lo que pasará cuando pongan la ópera en el teatro; no encontrarán una tiple que se le parezca ni de lejos... La que venía a estudiar con la madre de Elena, la Claudina Toscani... Y Elena diciendo, pero ¡si es de Alcorcón!, si es Claudia López... ¿No ves que Claudia es lo único que le cuadra?... Fíjate en las ciruelas...

No habíamos visto nunca una mujer con pezones más gordos; se le marcaban debajo de todos los vestidos... Claro que a ella no la pondrían el traje de Ariadna porque no está permitido, pero, aunque lo estuviera, sería cómico. Ella, en cambio, ahí dormidita, parece una santa. A mí, la verdad, las santas no me dicen nada: son unas monjitas... Bueno, las mártires son ya otra cosa, y a ésta me parece que se la podría poner entre ellas... ¡El timbre!... No, no puede ser Elena porque salió con su madre, que siempre lleva llave... ¿Qué hago?... Debería ir a abrir la puerta para que doña Eulalia no se moleste, pero ya viene por el pasillo.

-Abre tú, Isabel, porque no sé quién será.

Dos señoras, dos sombreros, dos paraguas que caen en el paragüero. Gritos de asombro... ¡Ernestina!... ¡Eulalia!... Gritos menos fuertes, ¡Paulita!... ¡Eulalia!... Besos en cada carrillo.

-¿A qué se debe esta satisfacción que me dais?... Porque mira que ha llovido desde la última vez...

-No se debe a nada -voz hombruna de Ernestina-, es decir, se debe a que te la debíamos... Diciendo a cada momento, tenemos que ir a ver a Eulalia, tenemos que ir a ver a Eulalia y dejando pasar los días. Hoy le dije a Paula, de hoy no pasa, y no pasó.

-¡Gracias sean dadas!... Isabel, no te quedes ahí en la puerta. Siéntate en tu sillita: todavía hay algo de luz.

Ernestina pregunta con la mirada, con un alzar de hombros... Doña Eulalia contesta, entre dientes, Es de arriba... Se sientan.

-Y ¿qué haces ahora, Ernestina? Te has pasado unos años de convaleciente, pero supongo que ya ni te acuerdas de tus males.

-Te engañas; me acuerdo perfectamente. No es tan fácil olvidarlo.

-Yo creo que te acobardaste porque parece una cosa tremenda una angina de pecho, pero todos esperábamos que reaccionases pronto.

-Todos, todos lo creíamos, tienes razón, Eulalia, máxime que el médico le aseguró que había sido una falsa angina.

-¿Tú crees que yo puedo tener algo falso?... Ni aunque sea una angina.

-¡Ya salió! Cualquiera diría que lo consideras un fracaso. Habrías preferido que te dijese que era la mejor angina del mundo, que te aclamasen, que te gritasen ¡bravo!..., ¡bis!...

-Mira, lo de bis fue lo que más me desanimó. No me habría gustado repetirlo y yo sabía que era lo que me esperaba.

-Claro, todo te lo tomas a la tremenda, en todo pones ración doble... Así, la escena tenía que consumirte.

-No, Paula, no; lo que empezó a consumirme fueron los años y la angina me sirvió para hacer un mutis airoso... Más que para eso, me sirvió para ver lo... convencional -¿os gusta la palabra?-, eso es, para ver lo convencional de mi vocación.

-Te va a costar trabajo desacreditarte ante nosotras.

-Bah, si os hago confidencias, os desmayáis... Cuando vi que tenía que ponerme a hacer economías, ¿creéis que lo que me apenó fue ahorrar mis energías en la escena?... No, corderas, el ánimo se me vino abajo cuando vi que tenía que suprimir el *champagne* en los antepalcos...

-¿Estás viendo, Eulalia? ¿Estás oyendo las blasfemias de mi hermana?...

-No le hagas caso: son más falsas que la angina.

-¿Qué sabéis vosotras, pazguatas?... Una conservando limpio el santo nombre de nuestros

padres, que nos dejaron un poco de dinerito para que no nos veamos forzadas a trabajar, eso entre paréntesis. Otra el del genio de un marido que, si fuéramos a hablar... No vas a decirme a mí que para ti todo el monte fue orégano...

-Isabel, no es posible que sigas haciendo eso a oscuras. Se ha ido la luz enteramente.

-Me falta una sola carrera, doña Eulalia, y si no lo termino hoy...

-No tiene importancia; puedes terminarlo otro día.

-Pero si acabo en cinco minutos...

-Y esta chica tan mona, Eulalia, ¿es discípula de Ariadna?...

-No, es una vecinita del piso de arriba.

-¿De arriba?...

Una pregunta de la voz machuna. Una pregunta llena de afirmaciones: si arriba no hay piso, ¿qué es lo de arriba? ¿Hay siquiera un sotabanco?... Y, si no es discípula de Ariadna, ¿qué hace aquí esta pequeña? Muchas más preguntas que no preguntaban nada, sino que afirmaban. Una filiación rápida, tan terminante que hace innecesaria toda respuesta. La voz femenina sigue preguntando...

-Y ¿qué es lo que borda, tú la enseñas?

-No, Paulita, ella sabe de sobra. Me está ayudando a sacar hilos en un pedazo de lino que conservaba de otros tiempos.

Ah, qué habilidosa. Parece tan bien educada... y tan rubia como una princesita.

-¿Cómo una princesita?... -voz hombruna, terminante-. Lo que parece, de cabo a rabo...

Oscuridad, oscuridad que estalla como una bomba. Una bomba que, en vez de producir una llamarada, produce sombra, apaga todas las luces: la del pensamiento, la del sentido común. Una palabra que es una bomba de vacío. Es lo incomprensible, lo irrespirable, hostil a la vida. Y la palabra se repite y cuanto más se repite más oscura parece, más salvada, más sarcástica, más infamante. Porque se repite siendo aprobada, siendo comentada como una flecha en el blanco... El último hilo sale como si saliese de la inmundicia, como si fuera viscoso; no acaba de salir nunca, se rompe, hay que buscarlo y no se puede encontrar el cabo entre el tejido, que ya no es el lino blanquísimo, sino una cosa sobada, sucia... Y al fin sale, pero más vale tirar de él poco a poco para que dure hasta ver si se ve algo... No se ve nada; sólo se ve la condena, la humillación a que se puede someter a cualquiera, como un calabozo... Porque si a uno le llaman ladrón sabe si lo es o no lo es, sabe a qué carta quedarse: es una calumnia o es una acusación justa... Puede decir, lo soy, o no lo soy... A esto no se puede decir nada... «De cabo a rabo»... y se cierra la puerta, se queda uno como paralítico, como atado de pies y manos... ¡Elena!... ¡Dios mío! ¿Por qué no llega Elena?... Parece que suben, sí, abren la puerta, es Elena... (todo el trapo, hecho un ovillo, en el cesto de costura y Elena en la antesala. Gritos otra vez, saludos, besos -un aparte disimulado, mal disimulado).

-Elena, tengo que decirte una cosa.

-Espera un poco; voy a saludar a estas brujas. Vete mientras tanto a mi cuarto.

-Bueno, pero no tardes.

-¿Qué ha ocurrido? Tienes una cara que asusta.

-Ya te contaré, una cosa horrible...

Horas, siglos en el cuarto de Elena... Llegan las voces infames. No es posible que se lo cuenten, no, para ellas no puede tener importancia... Hablan de otras cosas y también esas

cosas serán infames. El tono de sus voces... No entiendo lo que dicen, pero si oyese las palabras tampoco entenderla porque hablan como para que sólo se entiendan entre ellas... La Ernestina lleva la voz cantante y todas le ríen las gracias. Parece un macho que las domina a todas... ¡Hasta Elena se ríe! ¡Cómo es posible!... ¿Será que Elena también las entiende? ¿Puede encontrar también ella que tienen razón?... Si se lo digo y no me lo aclara es el último día de mi vida...

- ¡Elena! Creí que no llegabas nunca.

-Pero ¿qué ha pasado?

-No sé, no sé cómo voy a explicártelo: una cosa que dijeron de mí.

-¿Una cosa que dijeron de ti? Pero no vas a llorar por eso...

-No, si no lloro; es de rabia.

-Bueno, ¿qué fue la cosa, algún chiste de Ernestina?

-Sí, eso, pero ¡qué chiste!...

-Cuenta.

-Estaban hablando de cosas de ellas, de cosas poco decentes, creo yo, y, claro, a tu abuela le pareció que yo no debía estar allí. Me dijo que ya no había luz, que lo dejase para otro día y, como les llamó la atención sobre mi, se pusieron a hacer preguntas. La gordita le preguntó si yo era discípula de tu madre y tu abuela entró en explicaciones. Bueno, eso no fue nada; la otra, con esa voz, dijo, como quien pone los puntos sobre las íes, que yo era de cabo a rabo..., así como suena, de cabo a rabo un carreño... ¿Qué es un Carreño, Elena?...

-¡Caray, no lo sé! ¿Tú estás segura? ¿No habrás entendido mal? Me parece raro que Ernestina diga una cosa tan absurda, porque no es nada tonta.

-No lo será, pero ¿crees que tu abuela preguntó qué quería decir? Nada de eso, las otras dos dijeron amén, como si hubiera dado en el clavo... ¿Qué es un carreño, Elena? ¿Es que es una cosa tan mala que no quieres decírmelo?

-Pero no seas idiota, criatura, ¿cómo no iba a decírtelo? Lo que pasa es que no sé lo que es: no lo he oído nunca... Pero me extraña que, si es una mala palabra, mi abuela la haya repetido, porque las detesta.

-Pues la repitió, y más de una vez. Luego siguieron hablando, pero yo ya no entendí más. Creí que perdía el conocimiento.

-Bueno, me parece que debes de haberte aturrullado, pero no te preocupes, ¿tú estás segura de que fue ésa la palabra?

-Estoy tan segura como de que hay luz.

-Entonces la busco en el diccionario y mañana te lo digo.

-¿Y si no está en el diccionario?... Las malas palabras no vienen. Ya sé que no vienen, pero es que no creo que sea una mala palabra. Y, después de todo, si no la encuentro se lo pregunto a mi padre.

-¿Te atreves a preguntarle una cosa así?

-Yo a mi padre le pregunto todo y, si no puede explicármelo, me dice, es una burrada, o es una porquería... Anda, vete a casa: mañana te lo digo.

Noche horrorosa, sin pegar ojo...

-Pero ¿no duermes? ¿Has comido algo abajo?

-Sí, mamá, una ensaimada.

-Eso no puede haberte hecho daño. ¿Tendrás fiebre? A ver... No, no la tienes...

Aguantar, aguantar el desvelo porque es imposible contar lo que ha ocurrido... Si mi madre lo supiera, ella no lo tomaría como yo, como una cosa absurda, incomprensible..., como una maldad hecha a ciegas como quien tira una piedra... Ella creería entender... y estaría segura de que todo era por ella, por ser ella mi madre. Hay que aguantar esta angustia como el que se cae al agua y aguanta sin respirar. Hay que no respirar hasta que se haga de día, esperando que la cosa se aclare y temiendo que cuando se aclare sea peor todavía... Porque no es posible que sea mejor, no, no puede ser que Elena me diga que no tiene importancia... ¿Cómo no va a tener importancia una cosa que varias personas aseguran, repiten, convienen todas en que está en lo cierto?... Eso es lo único que yo pude comprender, que estaba en lo cierto la frase dicha con un retintín, con un ¡ahí va eso!... Horas sin respirar, sin hacer ruido... Fingir el sueño respirando fuerte es difícil, es imposible porque lo que no se puede es respirar ni fuerte ni flojo... No se puede más que mirar la ventana de la tronera y esperar que llegue la luz... La luz llega al fin, quién sabe después de cuánto tiempo: tal vez ha habido unos minutos de sueño... Hay momentos en que parece que todo ha sido soñado, se siente un poco de descanso como si la postura en la cama fuese más cómoda, como si esta tranquilidad, este silencio, fuesen una seguridad, una falta de peligro... Y en seguida otra vez la angustia, la amenaza de lo que se va a descubrir porque no puede haber seguridad, porque la acusación puede ir, como un perro, olfateando derecho hasta la cosa escondida..., que, además, no está escondida: está al alcance de cualquiera... Y ahora, ya con la luz, esperar a que sea posible bajar a ver a Elena... Desayunar, lavarme, peinarme sin respirar, sin soltarse el nudo de la angustia atado al pescuezo... ¡Pasos!... Elena sube al estudio... Tan temprano: nunca sube a estas horas.

-¡Elena!

-¡Lo sé todo!...

-¿Qué es lo que sabes?

-Todo, todo lo que quieres saber.

-¿Y qué es, por favor, qué es lo que sabes?

-No puedo decírtelo.

-¿Por qué?

-Porque lo he prometido.

-¿A quién?

A mí misma.

-¡Elena, tú no te das cuenta!...

-Me doy cuenta de todo y por eso no te lo digo.

-¿Es tan horrible, tan fenomenal?

-Fenomenal es, horrible en absoluto.

-Entonces ¿no es tan malo?... Elena eres un monstruo si no me lo dices. ¿Tú has encontrado la palabra y has comprobado que no es una cosa horrorosa?

-No sólo no es horrorosa, sino que es una cosa excelente.

-¿Un carreño es una cosa excelente?...

-Excelentísima. Habría quien daría miles de pesetas por uno de ellos.

-¡Por uno! ¿Es que hay muchos?

-Muchos no; hay unos cuantos. Ya lo verás.

-¿Dónde?

-Ah... A ver, hoy es viernes y son las ocho de la mañana. A las ocho de la mañana del sábado, veinticuatro horas. A las ocho de la mañana del domingo, cuarenta y ocho... más dos o tres hasta las diez o las once... alrededor de cincuenta...

-Oh, Elena, parece mentira... ¿Cómo puedes hacerme una cosa así?...

-¿Una cosa cómo? ¿Qué sabes tú cómo es la cosa que voy a hacer?

-No sé lo que vas a hacer, pero sé lo que estás haciendo. ¿Es que a ti también te divierte la frasecita de Ernestina?

-No me divierte, me admira. Ya te dije que no es nada tonta.

-No es tonta, pero es malintencionada porque, si es una cosa agradable o, por lo menos, amable, ¿por qué no lo dijo de un modo que yo pudiera entenderlo?

-Pues porque, si lo hubiera dicho más claro - más claro para ti -, tú no habrías comprendido lo admirable, lo... etcétera, etcétera... de su acierto.

-¿Tan burra crees que soy?

-Esto no tiene nada que ver con la burrada. Si yo te lo dijese ahora y, hasta si te lo explicase, te quedarías sin saber... No es eso precisamente: si te lo explicase, tú le darías importancia a cosas que no la tienen, y yo lo que quiero es que te caigas sentada, de asombro..., que veas la cosa en su salsa.

-¿En su salsa? ¿Es cosa que se come?

-No, panoli, ya sabes que yo hablo así. No se come, se mira. El domingo nos llevará mi padre a ver los carreños.

-¿El domingo? ¿A dónde?... Ah, ya sé, a la casa de fieras.

-Frío.

-Entonces ¿por qué el domingo, es cosa de iglesia?

-No, ya sabes que mi padre no las frecuenta... Pero eso ya no es tan frío... Hay un sinónimo de iglesia que se le acerca... ¿Tú sabes lo que puede ser un sinónimo de iglesia?

-No lo sé, ni me importa; me figuro que será un cachivache cualquiera.

-¡Un cachivache!... ¡Fantástico!... Un sinónimo de iglesia es un cachivache... No te lo explico, no, tampoco te explico lo que es un sinónimo porque no quiero que adivines. El domingo irás a verlos y no irás con esa cara de víctima, porque, si no te pones muy contenta en este mismo momento, es que no tienes confianza en mí, y entonces, en venganza, te explico lo que es un carreño y se rompe el encanto..., se queda en nada. Si te lo explico, con pelos y señales, te quedas toda la vida sin saber lo que es un carreño.

-Yo creo que siempre comprendo las cosas que me explicas.

-Sí, casi siempre, pero es que ahora no se trata de comprender: se trata de decir ¡Ah!... de asombro.

-¿Crees que me darán miedo?

-Te lo quitarán... ¿Tú no tendrás un vestido negro?...

-No, nunca lo tuve. ¿Hay que ir de negro? ¿Qué vas a ponerte tú?

-Yo, cualquier cosa, no tiene importancia lo que yo me ponga.

-¿Y lo que me ponga yo la tiene?... Entonces, es que pueden pensar...

-No pueden pensar nada, los carreños no piensan..., pensaron.

-¿Es que están muertos?

-Son inmortales... Pero bueno, volvamos al vestido negro: si no lo tienes habrá que con-

feccionarlo.

-¿De aquí al domingo?

-Por la mañana. Pregunta a tu madre, ella sabe hacer cosas de la nada... Me voy abajo, tengo que emprender inmediatamente la conquista del Himalaya.

-Tu abuela, ¿no?

Acertaste.

-¿Y para qué quieres conquistarla?

-¡Secreto!..., es cosa que corresponde a la promesa... Figúrate, si yo faltase a algo que te hubiera prometido, ¿qué pensarías de mí?

-Pensaría las peores cosas.

-Pues imagínate lo que pensaría yo si faltase a lo que me prometo a mí misma.

-¡Oh, vete a freír espárragos con tus promesas!

-No, hoy no pienso hacer nada en la cocina.

¿En qué ha quedado todo?... Tragedia parece que no hay, pero oscuridad sigue habiéndola. No es la misma oscuridad que ayer, no, eso no, y, sin embargo, hay una cosa parecida... Yo me decía, si Elena no me lo aclara, si Elena está de acuerdo con ellas, si entra en el juego de Ernestina es el último día de mi vida. Y no me lo ha aclarado del todo. Y no ha entrado en el juego de ellas, pero ha inventado otro, por su cuenta, también desesperante. Y encima quiere que me ponga muy contenta y me saca a relucir lo de la confianza..., como si supiera que así, de refilón, he desconfiado. Claro que no puedo desconfiar, no tengo ningún motivo, incluso me avergüenza. No, no desconfiaré de Elena, es que desconfío tanto de todo que la desconfianza me rebosa. Bueno, la desconfianza no es cosa que rebose, al contrario, chupa el jugo de las cosas: es como un sumidero, todo se lo traga, y no, eso no se lo dejaré tragar...

-Mamá, ¿tienes algo negro de lo que se pueda hacer un vestido?

-¿Para quién?

-Para mí.

-¿Para ti? ¿Quién se ha muerto?

-Nadie: es que el domingo nos va a llevar el padre de Elena a un sitio.

-Ah, ya me figuro; he leído en el periódico que un coro de niños muy famoso viene a cantar en no sé qué iglesia y, como en esa casa siempre están con la música, eso debe de ser. Pero no sabía que había que ir a esas cosas de negro.

-Yo creo que esto es algo muy especial y me parece que no se trata de iglesia.

-Pues ¿dónde va a ser, por la mañana y con traje de ceremonia?

-Sí, es verdad. Elena no me ha dado más explicaciones.

-Bueno, lo que importa es que te lleven. No sabes lo que me alegra que ese señor te lleve con su hija. Siempre me pareció muy simpático.

-A mi también, pero nunca le oí abrir la boca.

-Espera, espera un poco..., podría hacerte un vestidillo con una falda mía, de lana, pero está muy raída, está ya muy vieja. Se me ocurre de pronto que una cosa que tengo en el fondo del baúl tal vez sirva. Ven, ayúdame a sacar la bandeja: la ponemos encima de la cama.

-Y esta caja de zapatos, ¿qué tiene?

-Nada, deja eso. No se puede abrir.

-Ya lo veo, le has puesto lacre en el cordel. ¿Creías que yo iba a curiosarlo?

-No, tonta, no es por ti. Figúrate, yo puedo ponerme mala un día y tener que venir alguien a cuidarme... En fin, nunca se sabe lo que puede pasar: déjala en su sitio... Mira, aquí está empaquetado hace dos años.

-¡Pero mamá, es un uniforme de las ursulinas!

-Sí, eso es; me lo dio una señora cuando sacó a la niña del colegio y lo guardé para cuando crecieses... Has crecido tanto que ya te está bien.

Yo no me pongo eso. Puede verme alguna chica que lo conozca y pensará que quiero pasar por...

-No puede conocerlo nadie si lo arreglo un poco.

Además, no es negro.

-Es casi negro.

-No es eso lo que quiere Elena.

-Llámalas y pregúntaselo.

-No creo que quiera subir: hoy está muy ocupada.

-Baja a enseñárselo.

-¿Con esta peste a naftalina?

-La naftalina no es peste; es un olor sano, a limpieza. Y además, de aquí al domingo ya se le habrá quitado.

-No, no se quita tan pronto: no se le quitará nunca.

-Entonces ¿vas a decirle que no puedes ir?

-Ah, no, eso no puede decírselo y además no quiero. No, yo quiero ir con ella el domingo.

-Yo también quiero que vayas. Anda, llama a Elena.

-¿A estas horas? Estarán todavía desayunando.

Si me abre la criada no paso de la puerta; le digo que la llame, aunque me advirtió que no podía perder tiempo. Sabe Dios lo que estará haciendo, y si la llamo... No, Elena no se enfada por una cosa así: la llamo y lo comprende en seguida. Comprenderá que la estoy ayudando, que estoy colaborando en esa cosa que se trae entre manos... ¿Qué será? ¿Qué se habrá inventado? ¿Qué comedia irá a representar?... Querría imaginarlo, querría adivinarlo antes que me lo diga. Pero ¿cómo lo voy a adivinar? Tengo que buscar una pista, a ver si por el hilo puedo sacar el ovillo. Pero ¿por qué hilo?... Aquello de la confianza... Sí, éste es el camino. Elena quiere que esté muy contenta y se entretiene en atormentarme, en freírme la sangre. Yo, por encima de todo, tengo que estar muy contenta... y el caso es que a lo mejor lo estoy. A lo mejor siento en el fondo algo así como una especie de alegría...

-¿Quiere decir a Elena que si puede salir un momento?

-¿Qué pasa, qué nuevo conflicto?... Ah, bueno, ¿se trata del vestido? Vamos a verlo.

-Estupendo, señora Antonia. Nada de arreglo, sólo pasarle una plancha.

-Pero ¿de veras le sirve?

-Pintiparado. Me vuelvo a mis quehaceres. No bajas hoy a las cinco; tengo que dar los últimos toques al proyecto... Bueno, cuando el vestido esté planchado lo bajas para ponerlo en el balcón, al aire.

La confianza..., ya está explotando la confianza. Es dominante. Se lo he oído decir a su

madre y cuando se lo oí me pareció injusto, pero no lo es: Elena es dominante. Y ¿qué?... Aunque lo sea tengo confianza en ella. Mi madre no es dominante y la de Elena tampoco; las dos parece que siempre están pidiendo perdón, cosa que me saca de quicio, y supongo que también a Elena. En eso estamos iguales. Nunca hemos hablado de ello, pero yo me lo imagino. Elena es dominante y nunca pediría perdón a nadie... No sé, no puedo imaginar qué podría hacer Elena para tener que pedir perdón... Claro que si se equivoca, como cuando uno da un pisotón a cualquiera, sin querer, en ese caso uno pide perdón maquinalmente. Pero que Elena cometiese un error grave, que hiciera algo feo..., imposible. No. quiero hacerme ilusiones, pero la verdad es que me está sometiendo a un suplicio..., a una prueba, debe de ser. Debe de estar viendo adónde llega mi confianza y, claro, eso sólo lo puede hacer si está segura de que la cosa no va a decepcionarme. Pero ¿qué puede ser, algún bicho maravilloso? No, porque los más fantásticos son de otros climas muy diferentes del nuestro. Y además «habría quien daría miles de pesetas por uno de ellos»... No pueden ser bichos. Más todavía, «son inmortales»... Dicen que los loros viven cien años, pero eso no es ser inmortal. No, no son bichos porque dice que alguna vez pensaron... Tengo que esperar dos días y mi madre me preguntará, pero se conformará con cualquier respuesta. A mí me angustia decirle algo que no sea la verdad. Detesto tener que mentir y, sobre todo, a mi madre. Sin embargo, no puedo decirle lo de la palabrota. ¿Cómo podría convencerla de que no es palabrota? ¿Cómo podría contarle todo lo anterior, lo de «Es de arriba»... y la voz..., no, la mirada, el silencio que decía, «¿De arriba? Si arriba no hay nada»... Mi madre sabe, en fin, claro que lo sabe, pero además siempre está pensando en ello. Siempre está recordando cómo llegamos aquí, a esto de arriba... Y el caso es que ella tiene confianza, no en Elena ni en nadie en particular: tiene confianza en todo el mundo. En la suerte, creo yo, y, sobre todo, en mi suerte. A ella le parece natural que me quieran... Lo que podría contarle es lo que dijo la otra, «Rubia como una princesita»... Eso la pondría orgullosa hasta reventar, y yo no se lo conté porque a mí me resultó reventante. Eso fue lo que más me hizo pensar en esto de arriba... Yo casi no me acuerdo... Yo no sé si eso es acordarse, porque ahora pienso en ello, ahora sí sé lo que es, pero antes no lo sabía. Yo era como un bebé, sabía hablar... Qué cosa tan idiota, como si el hablar fuera una cosa que se aprendiese. Claro que uno no nace hablando, pero ¿cuándo se aprende? Yo hablaba ya muy bien y sin embargo no entendía las cosas... Entendía, claro, lo que me decía mi madre, «Hemos encontrado una casita, verás qué bien, mañana nos mudamos»... Y nos mudamos. «Tú llevarás mi cestita de la costura»... y subí las escaleras con ella, detrás de mi madre que venía cargada con no sé qué... ¿Estaba yo contenta con la casita? No sé, no sé, estaba contenta por vivir sola con mi madre porque antes estábamos con otras mujeres... Ésta es la cosa, ahora veo que mi madre no las quería nada. Claro que aquí también teníamos al viejo en el cuarto de al lado, que era una pepla..., y mi madre pasándole la comida que hacía en la hornillita... Hasta que el viejo ya no pudo subir las escaleras y se quedó en el cuchitril de la portería. Luego la historia del albañil y la aparición de Elena..., ¡y el odio que me entró el primer día!... Y tanto tiempo, tantísimo tiempo... y ahora esperar a que aclare, dormir algunos ratos pensando..., un dormir que no es dormir. Los vigías y los serenos pasan las noches sin dormir, pero cuando se está en la cama uno cree que no duerme y, de cuando en cuando, se cae en un pozo, se deja de pensar o se queda uno parado en un pensamiento. Se queda uno dormido en una esperanza, en un miedo, en alguna cosa de la que no se puede ir más allá porque no se le ve la vuelta... Y por fin aclara la luz en la tronera y es otro día... ¿Cómo va a ser un día sin bajar a casa de Elena, y sin indignación, sin tristeza ni contrariedad?... Todo eso me está prohibido, sería falta de confianza. Tengo que estar tranquila y quieta aquí, sin rechistar, como en conserva, como mi vestido que estará ya en el balcón aireándose... Tengo la impresión de que estoy colgada, pendiente de un hilo. Estoy pendiente de lo que va a pasar y no me atrevo a moverme por miedo de que se rompa el hilo. Pero no se puede romper; tengo que tener confianza en el hilo... Tal vez suba Elena... Me parece haber oído la puerta de abajo... Sí, y ahora la del estudio... ¡Elena con un huevo en la mano!...

-Esto es cosa muy importante, sumamente importante. Con eso vas a lavarte la cabeza. Agua tibia, porque si el agua está demasiado caliente se hace huevo duro. Luego aclarar bien, con unas gotas de vinagre en el agua...

-Pero ¿te vas ya?

-Sí, mis quehaceres no tienen fin... Ah, nada de bigudíes, nada de trenzas: el pelo tiene que estar limpio como una seda y caer recto.

Menos mal, una tarea, una cosa con la que se puede pasar, haciéndola durar bien, casi una hora. Entre calentar el agua, poner la palangana en una silla, la toalla enrollada al pescuezo... Y mi madre...

-Sí, te habías abandonado mucho el pelo. Ha hecho bien en decírtelo, pero no me gusta que te lo haya notado. Luego te lavas los pies.

-Sí, mamá.

-Será mejor que lo dejes para la noche, al irte a la cama: así los tienes limpios para ponerte los calcetines blancos. ¿Podrás ponerte calcetines blancos?

-Creo que sí.

-Sí, me parece que calcetines blancos siempre están bien.

Y el pelo tarda en secarse... Primero está pesado sobre la toalla húmeda y luego se va aligerando. Se quita la toalla y la humedad queda en el pescuezo, pero se va pronto por el calor del cuerpo. El pelo empieza a ir secándose, se van separando los mechones. Al meter los dedos entre ellos, la mano se va llevando la humedad hasta que, a fuerza de peinarlo con los dedos, toma ya otra calidad como de seda: es lo que dijo Elena que tenía que parecer. No sé si lo parecerá, pero tocarlo es agradable. Y no puedo hacerme una trenza porque le quedarían onditas y Elena quiere que esté liso. ¿Será que los carreños tienen el pelo liso? Entonces, por lo menos, tienen pelo.

-Mamá, ¡el agua está demasiado caliente!... Ahora no es tiempo de sabañones.

-Bueno, te echaré un chorrito de agua fría, pero caliente es mejor.

Este jabón de color de rosa tiene un olor que no es el olor de las rosas, pero las recuerda. Lo tiene uno en la mano y no parece estar oliendo rosas, sino viendo rosas... Qué sé yo..., es como si las rosas de trapo oliesen así, o las rosas de porcelana o las rosas pintadas en las paredes -no sé dónde las he visto. Ah, sí, en una confitería-, olor a rosas artificiales, que tienen la ventaja de que no se marchitan, puede uno meterse en la cama con ellas. Toda la noche oliendo a rosas pintadas... Las de porcelana tienen, además del color y del ruidito que hacen al chocar unas con otras -ésas las vi en el cementerio en una corona que había sobre la tumba de una muchacha y las toqué, eran deliciosas-, tienen una suavidad que no es suavidad de seda, como la del pelo: es una suavidad áspera, una suavidad mate..., ¿se podrá decir mate?... La del pelo, así, perfectamente limpio, es igual a la de una madeja cuando se la desenvuelve para devanarla. Suavidad..., no sé por qué las cosas suaves consuelan... Aunque a mí eso del consuelo no me gusta mucho porque, si le consuelan a uno, eso no quiere decir que el mal o la tristeza, o lo que sea, haya desaparecido. Le consuelan, sí, pero... Lo que yo encuentro en la suavidad de las cosas es como si, desde lo contrario..., no sé qué es lo contrario, no sé si se puede decir que el sufrimiento es lo contrario de la suavidad, pero algo de eso debe ser... Por eso yo no veo en ello consolación, lo que yo veo es como si mirase por una ventana una casa que no es la mía...; una casa lujosa, con espejos y lámparas de cristal, y viera que hay esas cosas y que yo no estoy dentro, pero puedo verlas... Es tonto, pero todo esto es parecido a la suavidad..., a la sensación que produce estirar los pies recién lavados entre las sábanas limpias... Es tonto, es traído por los cabellos -diría Elena-, pero

no, no lo diría cuando yo se lo explicase -también yo puedo explicarle algunas cosas-, porque estoy en mi cama y son mis pies los que estiro, pero hay una novedad, una cosa que no es la de todos los días: es una cosa como una casa a la que me asomo de cuando en cuando... Es como una cosa que me dejan ver, pero a la que no estoy acostumbrada. Además..., claro que hay un además, porque esto de los pies y las sábanas ya lo he sentido otras veces. Muy agradable, por supuesto, pero no era más que como el descanso después de la molestia que era dejar que mi madre me fregase por todas partes, sermoneándome al mismo tiempo sobre la limpieza. Ahora es otra cosa, ahora todo está hecho como si fuera el principio de algo, como si todavía me quedara por saber adónde voy con los calcetines blancos, con el vestido negro -o casi negro- y con el pelo liso..., liso, como deben de tenerlo los carreños... No, no debo dejar que me dé miedo la idea de verlos... No, tengo que dormir como si fuera a entrar en la casa que otras veces miro por la ventana y a dormir en una cama que no es la de todos los días... Hasta que haya luz. Y la luz ya debe de hacer tiempo que ha llegado porque están tocando a misa.

-No, hoy no vamos a misa porque no quiero que te arregles hasta las nueve. Además no me cabe duda de que van a llevarte a una iglesia. Te pongo en la carterita el rosario, por si acaso.

¡Mi vestido!..., no podría reconocerlo ni su dueña. En vez del cuellecito recto, ceñido al pescuezo, una golita de encaje blanco.

-¿Te gusta?

¡Quién podría contestar!...

-Pues eso no es nada. Siéntate para que no te desmayes, que vas a ver mi *capo lavoro* -obra maestra, se entiende,

-Pero ¡cómo es posible!... ¿Cómo has podido hacer esto?...

-Con paciencia: tiene veintisiete pedacitos... Pero la paciencia para un rompecabezas como éste siempre me sobró: para lo que tuve que hacer acopio fue para camelar a mi abuela y conseguir que me dejase hurgar en el baúl de sus trapos. ¡Eso sí que es un baúl mundo!... Yo me quedaba tonta; perdí más tiempo en eso que en confeccionar luego la boina. Me habría gustado que lo vieses, pero no quería descubrirlo hasta que estuviera hecho. Fíjate, se me ocurrió hacerlo así por la forma que tenían algunos pedazos del terciopelo: son como los gajos de una naranja... Pero ¿te has quedado tonta? ¿No dices nada?...

-¿Qué voy a decir?... Sólo tú eres capaz de inventar esto.

-Pero ¿te gusta o no te gusta?... A ver, pónelo todo. Mi padre debe estar ya vestido: quiere que salgamos antes de las diez porque allí ya verás lo que es allí- tendremos que estar por lo menos dos horas. Mira, papá, le queda muy bien, ¿no?...

-Muy bien, perfectamente. La boina no tan ladeada; tiene que tener un aire serio.

-Ah, es verdad. ¿Así?... Me parece que así está bien.

-Está muy bien.

-Fíjate, papá, fíjate qué pelo. ¿No es una preciosidad?

-Sí, es una preciosidad, verdaderamente.

-Y esta tonta no se lo cuida.

-Ya se lo cuidará.

Tranvía hasta la Puerta del Sol. Luego, tranvía hasta el paseo del Prado y al fin...

-¡Ah!... ¿Vamos al museo?...

Pasar a mejor vida... ¿De quién se puede decir esto, de los héroes, de los santos, de los que tuvieron una muerte gloriosa o de los que tuvieron una vida aperreada?... De todos, creo, porque lo de *mejor* parece una comparación y de lo que se trata es de lo incomparable, de lo increíble, de lo pasmoso y de lo fácil que es pasar por una puerta, una puerta giratoria, una puerta que parece que se mueve por sí misma, que no hay que abrirla, sino que hay que echarse a ella, entregarse a tiempo porque ella sigue girando y otros vienen detrás, otros que tienen que pasar igualmente..., y uno pasa y entra en otro mundo... ¿Qué es lo que pasa cuando uno pasa?... No pasa nada... ¿Qué es lo que ve?... En el primer momento no ve nada... y eso que no ve es una visión como para olvidar todo lo que ha visto antes... Es como si, de pronto, tuviera uno delante lo que no puede ser... Uno está viendo, está oliendo un aire que no ha oído nunca, está oyendo un silencio como una quietud, una luz, un brillo en el suelo... Hay que andar por ese suelo que nos refleja... Hay que ir como van los otros, sin pisarlo, porque todos van muy por encima del suelo... Avanzan por una sala inmensa y uno tiene que seguirles y pasar por entre aquellos... ¿cuadros?... No, ¡quién piensa en cuadros!... Por aquellos lugares, por entre aquellas gentes que nos miran... Gentes increíbles; temibles unas, llenas de armas, y otras al contrario, ¡todo lo contrario!... Sin armas ni ropas ni nada. Desnudos, sin miedo a nada, con una tranquilidad como si nada pudiera alcanzarles, como si nada pudiera herirles... Las mujeres, sobre todo, con niñitos que les andan alrededor -amorcillos, parecen. Y hay que avanzar porque Elena me empuja, pero imposible romper la quietud, imposible ir más allá porque no se concibe nada mejor que esto, lo que está ahí delante, que parece infinito, que parece que no puede cambiar y, al mismo tiempo, da miedo que cambie, da miedo hacer el menor movimiento como si la visión fuera a desaparecer...

-Vamos, avanza. ¿Es que ya no quieres verlos?

-¿A quiénes?... Ah, sí, claro. ¿Están aquí?...

Aquí están, un poco más allá. No nos detenemos ahora en nada, hasta que los veas. Luego te iré enseñando todo.

-¿Tú ya lo conocías?

-De toda la vida.

-Entonces, si sabías dónde estaban, ¿por qué me dijiste que no sabías lo que eran?

-Porque tal como me lo dijiste tú no comprendí. Mi padre lo comprendió en seguida.

-Ah, ¿tu padre lo comprendió? ¿Por qué?

Ahora lo verás.

Al fin, al fondo de la primera sala, los carreños... Pienso que se llaman así los personajes representados, pero Elena me aclara todo. No sólo lo que son los cuadros y el nombre del pintor, sino también lo de «De cabo a rabo»... Sí, me lo explican; me aseguran que parezco uno de ellos. Elena añade:

-Hasta cierto punto. Te parecerías más si tuvieras que pasar dos meses en el hospital porque estas gentes se caían de anemia.

-Es verdad, por eso mi madre se desespera de que esté pálida y delgada... Y el médico dice que no estoy mal, que es que soy así.

-Eso es, tú eres así, pero no volverás a ponerte ese vestido.

-¿Por qué?... A mí me gusta mucho.

-A mí no. ¿Ves?, por eso no sabía yo lo que eran los carreños, porque nunca me gustaron. Los cuadros que yo quiero son otros y tú tienes que..., no es que tengas que cambiar, no, tú siempre serás así, como eres. Pero ya ves que ahora la gente no es tan fúnebre.

-No, pero tampoco es como la de estos otros...

-Ah, no, aquel de allí es una bacanal y ahora no las hay porque no dejan.

-Y ¿tú crees que si dejasen?...

Elena alza los hombros, mi pregunta le parece tonta. Me agarra del brazo y me lleva de unos en otros. De cuando en cuando echa una ojeada a su padre, que nos sigue pacientemente. A veces él nos indica cualquier cosa para que no dejemos de verla. Pero Elena quiere que yo vea, ante todo, sus amores.

-Lo que son los cuadros, los pintores, las épocas ya lo irás aprendiendo, ahora tienes que ver los personajes que son sólo para enamorarse. Verás, este primero...

Rubio, con una barba leve y dorada, un traje blanco y negro -más blanco que negro-, con una especie de barretina caída sobre el hombro...

-¿Quién era este caballero?

-No era un caballero, era un pintor. Aunque, bueno, tal vez un pintor pueda ser un caballero... Era un alemán, en todo caso, para comérselo, ¿no te parece?...

-Divino.

-Ahora verás una dama:

Salas y más salas, personajes desnudos o vestidos, santos, guerreros, ángeles, frailes blancos, caballeros palidísimos y enlutados... Al fin una dama vestida de rosa.

-Ésta es doña Tadea. ¿No es un escarnio un nombre tan horrible en una criatura tan encantadora? Fíjate qué cinturita, qué modo de ponerse el guante. Parece que no pesa en el suelo; toda ella es de pluma. A ésta también se la puede querer, pero no se puede hablar mucho con ella: es sólo así, como para verla pasar... Ahora verás otra que ya conoces.

-¿Yo la conozco? ¿De qué?

Salas y más salas, reyes y príncipes a caballo en cuadros enormes y en medio de la sala amplia, no muy luminosa, envuelta en una luz tranquila. Ariadna... Inmensa, inmensamente dormida. Blanda, con una blandura que sólo se encuentra en los bichos dormidos, en la pata de un gato dormido, blanda como de terciopelo. Y el mármol durísimo dormido en esa blandura, en esa pesadez... Elena la contempla.

-¿Has visto algo más hermoso?...

Elena canturrea, dando vueltas alrededor de Ariadna -la sala está vacía, al fondo un bedel soñoliento-, Elena sigue una especie de rito. No es necesario saber si lo hizo cien veces antes: se ve que es una cosa que hace, que siempre hizo, que hará siempre... Elena canturrea, la melodía apenas se oye, pero las palabras no son un bisbiseo como en los rezos: son claras, musitadas muy bajo, pero netas, destacadas sílaba por sílaba. Es el aria o la romanza es la lamentación de Ariadna...

Las olas, por llamarme, rompían en la fimbria de mi veste.

Las olas me advertían, ¡Despierta..., abandonada!...

Elena sigue cantando y rodeando a Ariadna, su padre deja de mirar al retrato del rey o del caballo y lanza a Elena una mirada indefinible... Una mirada burlona y al mismo tiempo enternecida, una mirada de connivencia, de secretos, de afirmaciones de cosas repetidas... Elena responde con otra igual, pero evasiva: -Déjame seguir, ya hablaremos de esto...

Salida. Paseo del Prado hasta la Cibeles... Silencio, porque, ¿qué se puede decir después de lo que hemos visto?... No se puede hablar de otra cosa y de lo que llevamos en la cabeza tampoco se puede hablar. El padre de Elena repite su mirada burlona, pero ahora ya no es sólo mirada, es un comentario que intenta justificar la burla, aludiendo a cosas pasadas, a cosas ajenas, como si al oír cantar a Elena hubiera sonreído pensando en otro canto menos perfecto que el de ella...

-Qué burra la Claudina, qué incapaz de dar a cada sílaba su valor justo en las notas... Seis meses ensayando y diciendo «la fimbría»... sin percibir que la frase tiene su cúspide en «fim» y desde allí se derrama, en cascada...

Tranvía en la Cibeles hasta la Puerta del Sol. Tranvía por Fuencarral hasta San Vicente... Un vientecillo fresco me hace estornudar, saco el pañuelo y cae de mi cartera el rosario.

-Ah, ¿recuerdas lo que te dije? Un sinónimo de iglesia es *templo*. El museo es un templo, para mí.

Mirada burlona y connivente del padre de Elena, a la que Elena responde, connivente...

-No imaginas, papá, lo que dijo esta criatura cuando le pregunté si sabía lo que es un sinónimo de iglesia... Dijo, no sé lo que es, ni me importa, pero me figuro que será un cachivache cualquiera...

-¡Formidable!... Se podría hacer una frase muy bonita en un relato, describiendo una sacristía, por ejemplo... Allí había incensarios, vinajeras y otros sinónimos de iglesia...

Carcajadas de los tres al llegar al portal. Risas convulsivas, imposible subir sin agarrarse a la barandilla. Un piso, otro piso, otro piso... Elena toca el timbre con todas sus fuerzas: abre doña Eulalia... Elena ríe y tose, sin poder respirar.

-¡Ah!... Sin aliento llego...

-¿Qué es eso, dos pícaros galgos te vienen siguiendo?

-Oh, no..., y es una lástima, con lo que a mí me gustan los galgos... Les haría entrar.

-¡Hombre!..., es lo que nos faltaba: además, dos galgos.

Si yo sólo hubiera oído esa frase no le habría dado importancia porque no tiene nada de particular, pero vi la cara de doña Eulalia, vi cómo decía *además*... Todo el veneno y todo el misterio estaba en que dijo *además* mirando al padre de Elena. Los tres fuimos pasando por delante de ella, que había seguido con la mano en el picaporte y cuando pasó él doña Eulalia repitió la frase, «*Además*, dos galgos»... ¡Por qué habrá sucedido una cosa así en un día como hoy!... Era una mañana maravillosa, yo volvía... no sé... como si llegase de otro país, y no llegaba sola. Llegábamos los tres riendo como camaradas... Es absurdo o parece absurdo, pero era la verdad. Porque llegar Elena y yo riendo como locas era cosa corriente. Y eso mismo ya era raro, ya era difícil de comprender, incómodo para las gentes de su familia, que se extrañaban de que Elena prefiriese andar conmigo y no con sus amiguitas. Era cosa corriente para los vecinos, para los de la farmacia que nos veían bajar juntas todos los días a buscar los litines... Para todos éstos era la cosa más natural, en cambio, vernos llegar con ese señor que apenas sale de casa, que se pasa el invierno con una manta por las rodillas..., ¡y riendo él como un loco!... Como un chico; subiendo las escaleras sin esfuerzo, sin darle importancia más que al chiste que le desternillaba de risa... El chiste mismo había sido confeccionado por los tres porque Elena contó mi coladura, ¡garrafal, de antología!..., como ella dice, y su padre la convirtió en una frase muy cómica, como para decirla en el teatro... Todo esto, los contrastes del mundo donde habíamos estado, la seriedad de los carreños -es cierto que parecen moribundos y, la verdad, más bien odiosos, pero no me importa parecerme a ellos: son algo que ahora se llamaría elegantes-, y al lado, simplemente, a dos pasos de los de la bacanal..., y otra mujer tendida en una cama, ¡maravillosa!... -Una lluvia de oro es lo que le cae encima, dice Elena-, y estatuas abajo, en el subsuelo y, sobre todo, Ariadna, tan nuestra... Claro que Elena tiene que sentirla más suya todavía por el nombre de su madre, pero, en todo caso, nuestra como si fuese nuestra santa o nuestra virgen en el altar de la música..., de las músicas, que la madre de Elena deja en el atril del piano y nosotras guardamos en el musiquero... A todo eso nos había llevado el padre de Elena, y no como un guardián, sino como un camarada. Eso es, como si para él también fuese extraordinaria la

escapada, como si la aventura tuviese para él algo más delicioso todavía que la novedad... Bueno, no es eso precisamente... Para él, mejor que la novedad era el poder repetir una cosa que se conoce, que se quisiera frecuentar a diario y no se puede, como si hubiera algo que lo prohibiese... y, de pronto, se presenta la ocasión y se dice, ¡vamos allá!.. Y todo esto deshecho, pisoteado por una palabra... Lo grande, lo fenomenal es que haya sido una palabra común. Porque la palabra que me aterró a mí era como un cuarto oscuro para el que no podía entrar en ella, pero para los que tenían la llave no era nada medroso. Ésta, en cambio, es atroz aunque todo el mundo la entiende... ¿La entendería él como yo la entendí?... Seguramente, seguramente está harto de oírla: para él no tendrá novedad su repetición repugnante. A mí me dejó apabullada porque vi la cara, oí el retintín... y la palabra se abrió, se destapó como una cosa llena de gusanos... ¡Cómo es posible que oiga uno con horror una palabra tan simple como *además*, y que sienta en ella tanto horror como en la palabra oscura, oiga el mismo acento de sentencia, de calabozo!... ¿Por qué habrá tenido que terminar con esto la mañana?... ¿Cómo voy a contarle a mi madre todas estas cosas?... No, no voy a contarle más que las que ella pueda comprender. Bueno, un poco más. Eso era, precisamente, lo que yo venía pensando, que le contaría algo que la deslumbrase y que ella, en seguida, añadiría a esa seguridad que tiene en mi suerte, a eso que ella supone y asegura-se lo he oído mil veces- que merezco, no sé por qué si todavía no descuello en nada... Pero sé que con lo que le cuente se quedará contenta... Claro que yo también estoy contenta, no por las mismas cosas... Aunque, ¿quién sabe?, es posible que todas las cosas que nos ponen contentos sean la misma... Pero no es eso solo, es que en ese momento -fue exactamente en el trozo del Prado hasta la Cibeles- todo era tan bonito, tan elegante... Eso fue lo que me hizo pensar en que los carreños eran elegantes y sentí una especie de remordimiento por no haber contado a mi madre lo que había dicho la gordita. Fue un poco de maldad, por mi parte; no se lo conté, sabiendo que le daría una satisfacción enorme. Tampoco se lo conté a Elena, y si se lo hubiera dicho ella habría comprendido de qué trataba lo de los carreños, pero yo, por un orgullo feroz..., el orgullo que mi madre me critica y que no corrijo porque sé que ella tiene puesto todo su orgullo en mi orgullo... Esto no es un retruécano como dice Elena-; es que yo lo siento así. Yo sé que es como si yo hiciera un ejercicio muy difícil, que ella no supiera hacer..., qué sé yo..., andar por la cuerda floja, y ella me mirase desde abajo y me dijera, ¡Cuidado, hija mía, no debes hacer eso!..., pero yo viera que estaba orgullosa de que lo hiciera, que estaba segura de que había nacido para hacerlo... Tengo que contárselo, tengo que contarle todo desde el principio...

-Mamá, no fuimos a misa, ni a oír música, ni a nada de lo que te figuras.

-¿Entonces?... Pero ¡qué colores traes!, ni que vinieras del monte...

-Vengo de más arriba.

-¿Más arriba de qué?

-Más arriba de todo.

-¡Vaya!, ya estás con tus exageraciones. ¿Se puede saber adónde te ha llevado esa fantástica que te está enseñando?...

-¡Si tú supieras lo que me ha enseñado!... ¿Has entrado alguna vez en el museo?

-No, nunca entré, pero no creas que no sé lo que hay dentro; cientos de cuadros.

-¿Cuadros, dices?... Allí hay gentes, países. Allí todos están vivos, mirándonos, desnudos...

-¿Desnudos?

-Sí, la mayor parte.

-¿Y el padre de Elena os ha llevado a ver eso?

-Claro, él sabe los nombres de todos; en primer lugar el de su mujer.

-¿El de doña Ariadna?

-Sí, eso es, pero sin doña. Ariadna está allí, dormida, enorme... ¿Cómo te diría yo lo que mide?... metros, kilómetros..., se tarda siglos en recorrerla de pies a cabeza... Está allí dormida, en la playa.

-Francamente, no comprendo nada de lo que dices. ¿Quién está allí dormida?...

-Ariadna, claro, pero ya puedes figurarte, de mármol... Eso del mármol es lo que ve la gente: nosotras no veíamos eso. Nosotras veíamos que Ariadna estaba dormida a la orilla del mar y venían las olas... Tú no sabes, no te imaginas cómo es el suelo allí dentro... ¿Sabes?..., es como un espejo en el que se refleja todo, lo que hay y lo que no hay. El color es dorado, como el de los marcos de los cuadros, pero como uno no se atreve a pisarlo, le parece que va por el aire o por el agua, le parece que es como el mar, que no se acaba nunca...

-¿Te crees que no sé cómo es un suelo encerado?... Lo sé muy bien, demasiado bien... Y después de todo, ¿para qué te han llevado a ver esas cosas?

-No, mamá, no son esas cosas las que me han llevado a ver expresamente. Me llevaron a ver otra cosa que todavía no te he descrito. Me llevaron a ver los carreños... ¿Sabes lo que es eso?

-No, la verdad, eso no sé lo que es.

-Pues los carreños son los cuadros de un pintor que se llamaba así, Carreño, y a los cuadros les dan ese nombre. Yo creía que era el nombre de los personajes retratados, pero era el del pintor.

-Ah, ¿son retratos de gentes antiguas?

-Sí, pero no muy antiguas, ¿comprendes?... No de aquellos tiempos en que iban desnudos. No, éstos están vestidos y todos de negro. Por eso quería Elena que yo llevase un vestido negro porque, ¿dirás cómo salió la cosa?... Se les metió en la cabeza que yo me parecía a esos personajes...

-¿Tú?

-Sí, mamá, figúrate que todos son príncipes, duques...

-¿Que tú te pareces?...

-Sí, mamá. ¡No pongas esa cara de espanto! Eso dicen Elena y su padre, pero no sólo ellos. Unas señoras que vinieron un día de visita dijeron lo mismo.

-¡Qué barbaridad! Pero ¿qué es lo que dijeron? ¿Ellas conocen a alguien?...

-Claro que conocen esos cuadros. Una sobre todo, una que creo que es muy lista... Pero ella lo dijo porque la otra, la que venía con ella, había dicho que yo era rubia como una princesita.

-¡Como una princesita! ¡Oh, no tanto, no tanto! ¡Dios mío, qué dolor de cabeza!... Mira, hija, quítate el vestido y baja a la farmacia: me traes los litines y le dices al Luis que te dé una papeletita de antipirina... Voy a echarme un rato, a ver si se me pasa. No puedo hablar, las palabras son como martillazos en las sienes... Esta hija mía... me da miedo que le metan tantos humos en la cabeza y, al mismo tiempo, todo lo suyo es tan fuera de lo corriente... ¡Todo! Porque mira que yo la eduqué bien, como le corresponde. Yo no la dejé hacer las cosas que hacen otros chicos... No pintes por las paredes, le tengo dicho, y nunca pintarrajeó. De pronto le digo ¿por qué pintaste ese trébol?, y dice ¡No lo pinté, estaba ahí!... No mientas. ¡Hay que ver cómo me miró!... No miento. Lo dijo con una voz que no era la suya. Y yo no tenía valor para insistir, pero ella veía que yo seguía creyendo que mentía y se puso así, muy condescendiente, a explicarme... El trébol estaba ahí, en un desconchado del yeso y yo le pasé el lápiz alrededor porque estaba ahí, pero no se veía... Yo habría preferido no verlo

porque queda a la altura de mi cara en la almohada, como el del azulejo aquel... Cuando vino la monja a ponerme el termómetro, y yo tan distraída que no la sentí llegar... ¿En qué piensas, muchacha?... No supe qué contestarla. En nada, dije, me acordaba de mi pueblo... Ya, eso tira mucho, si no el pueblo, lo que te hayas dejado allá... Pues no, hermana, yo allá no me dejé nada... Entonces ¿fue el novio el que te dejó a ti?... No, hermana, yo nunca tuve novio, ni aquí ni allá... ¡La cara que puso!... Tenía ganas de seguir preguntando, y entonces, ¿cómo fue?... es lo que tenía en la punta de la lengua, pero venía ya por el pasillo el médico con el ayudante y no me preguntó nada, sólo me dijo entre dientes, ¡Pues anda, que si llegas a tener!... Era mala aquella monja. Aunque es natural que pensase mal de mí. ¿Qué podía yo parecerle? Una perdida. Pero además es que le dio rabia que yo no mintiese para disimular, que yo no dijera, como dicen todas, que había sido engañada. Se aguantó las ganas de llamarme sinvergüenza... El médico leyó la tablilla que estaba a mi cabecera, me tomó el pulso, me dio un cachetito y le dijo al ayudante, ésta, mañana sale andando... Me dio un cachetito con una mano tan suave... Los pocos días que estuve allí siempre esperaba que viniera a verme y me diera cachetitos, en la cara o en el culo cuando me ponía la inyección, pero como se da a un niño. A mí eso me tranquilizaba mucho, me parecía que mientras me tratasen así... Cuando dijo que iba a salir andando es cuando pensé en lo que me esperaba. Salir andando -y cojeando, para remate- con mi niña, ¿andando hacia dónde?... ¿Andando calle de Atocha arriba, calle de Atocha abajo?... Y sin saber... ¡Dios mío, los marquesitos!... Se hicieron mil pedazos... ¿Qué ha sido eso?...

-Nada, mamá. ¿Te has asustado? Es que se me cayeron las tijeras.

-¿Cómo las tijeras? Ha sido un ruido de porcelana, de algo que se estrellaba en el suelo.

-Pero mamá, ¿qué puede haberse estrellado? Te habías quedado dormida y te asustaste con el ruido. ¡Tardé tanto! Había seis personas en la farmacia.

-Sí, debo haberme quedado dormida.

-¿Se te pasó el dolor? Ahí está la antipirina, pero si ya no te duele es mejor que no la tomes.

-El dolor se me pasó, pero el susto... No ha podido ser el ruido solo de las tijeras. Yo he visto cómo se rompían: se resbalaban por el velador y se hacían añicos.

-Pero ¿qué es lo que se hacía añicos?

-Los marquesitos... unos muñequitos de porcelana.

-Eso es que estabas soñando. Aquí no hay tales muñequitos.

-Aquí no, ya lo sé. Pero los había, y los rompí yo. Yo empujé el velador, sin querer, por supuesto... Aunque...

-Pero ¿dónde, dónde pasó eso?

-Oh, hace muchos años. En casa de una señora... Mucho antes de nacer tú.

-Y ¿por qué los rompiste? Claro, dices que sin querer. Pero tú ¿qué hacías allí?

-Yo estaba allí de doncella. Ya te he dicho que cuando vine del pueblo estuve de doncella en aquella casa. ¡Y me llevé un disgusto cuando se rompieron! Creí que iban a echarme. Pero el señorito -con la mala idea que yo tenía de él-, sin embargo, me defendió. Le dijo a la señora: No riñas a la chica por esa antigualla: tanto mejor si se ha roto. Anda, trae el cogedor y échalo a la basura... Pero yo me dije no, no, voy a pegarlos con sindeticón porque quería guardar algún pedazo... Figúrate, una cosa rota que ya no sirve para tener encima de la mesa... Yo me conformaba con tener un pedacito porque hacía mucho tiempo que venía pensándolo... Y de pronto, ¡zas!..., aquel golpe y quedan hechos polvo.

-Pero mamá, si estabas soñando con todo eso... figúrate que no se me hubieran caído las tijeras; no te habrías despertado con el golpe, no se habrían roto los muñequitos y ¿qué es lo que habría pasado?

-No sé, no sé si lo soñé antes o después, lo que sí te aseguro es que oí el estruendo como aquella vez, igual que aquella vez.

-Pero en fin, si no se hubieran roto, ¿qué habrías hecho tú? ¿Habrías seguido de doncella? ¿Eso te gustaba?

-No, no me gustaba, pero habría seguido.

-Y ¿cómo eran los muñequitos?

-Ah, no sé cómo decirte: los marquesitos, le llamaban. Pero déjalo, ya es hora de comer... Creo que va a volver a dolerme la cabeza. Ya está haciendo calor, ¡qué verano nos aguarda!...

-A mí no me importa porque Elena se alegra de que haga calor.

-¿Porque a Elena le guste tiene que gustarte a ti también?

-No es que le guste el calor; se alegra porque hará bueno en el carnaval.

-Quién sabe cómo hará; puede cambiar el tiempo. Vamos, come, no te quedes embobada... Ah, y hoy vas a dormir la siesta. ¡Con lo que has corrido por la mañana!...

-Pero si no he corrido, mamá...

¿O sí he corrido?... He volado, he nadado..., ¿qué más?... He cabalgado, he ido a la guerra, he muerto, he subido al cielo, he visto la luz... Ésa es la cosa, uno cree que la luz es algo que sirve para ver, uno cree que si hay luz vemos las cosas, pero la luz no la miramos y allí, en cambio, ella iba delante de uno: se la veía en todas partes, como si fuese desnuda... No sé si es que ver desnudas a todas aquellas gentes, tan alegres..., no, tan tranquilas, tan seguras..., le hacía a uno querer ver lo que no ha visto nunca, le hacía a uno mirar y ver hasta lo que no hay... Porque la luz, claro que la hay, pero no puede uno decir que la ha visto como se ve un pájaro, como se ve un árbol, como se ve una casa. Y, sin embargo, yo puedo decir que la recuerdo a ella. Recuerdo su color y hasta su olor... Es tonto, pero aquel olor era como cuando pasa cerca una de esas señoras que van muy perfumadas, que van dejando una estela... Daba ganas de ir detrás, de ir siguiendo aquello que pasaba y lo llenaba todo..., y era la luz. Ahora voy a procurar ver la luz en todas partes, pero claro, no será la misma... ¿O es la misma siempre?... ¿O es, sencillamente, que hay mucha luz o que hay poca luz?... No, no es eso; es que es tan diferente, es que son tan diferentes las luces, es que son tan diferentes como las caras: tan diferentes como una cara de otra cara... ¿Es la cara que tiene la luz o es la cara que pone?... Porque no, no es sólo que uno la ve, es que ella le mira a uno con buena o con mala cara. Allí nos miraba como si nos cubriese de besos, como si nos llevase en brazos. Yo siempre he preferido dormir a oscuras, pero en aquella luz me gustaría dormir... La luz que entra ahora por la tronera ¿qué cara tiene?... Entra de lado, ya no da el sol de plano. Entra una luz que es como si se reflejase en las paredes el azul del cielo, como si les echase un poco de añil a las paredes. Como si fuera más visible, como si estuviera más presente que la de la mañana, y al mismo tiempo, más silenciosa...

La luz que entra ahora por la tronera es la luz de la hora de la siesta y el silencio es un tributo debido a su señorío, que se extiende por todo el barrio. La luz que entra ahora por la tronera le mira benévola, pero imperiosa, ¿quién se negaría a acatarla?... La luz mira al barrio con mirada hipnotizante; le impone la tregua en el esfuerzo, en el trabajo que significa mirar. Su torrente, su empuje sólo puede ser soportado con sordina, con tamices diversos la acogen en las diversas moradas... Persianas verdes, sensibles al aire, temblonas como alamedas. Visillos blancos, leves, nupciales como mosquiteros; muselinas opalinas. Transparentes de tela encerada; colores brillantes, sombríamente brillantes, guirnaldas de rosas en corona oval, enmarcando bosques de otoño donde huyen los ciervos, robles o praderas o lagos con cisnes... Verdes intensos en los paisajes, rojos cárdenos en las rosas... La luz, en esa hora, es acogida a través de esas pantallas y ella mira los cuartos pulcros, las

camas mullidas, los cuerpos descubiertos... Todo lo mira aquiescente; la nota de su faz es pura armonía con cada atuendo de ventana. La tronera no tiene atuendo alguno; está desprovista, desprevenida, abierta, simplemente. La luz que entra ahora es también aquiescente con lo desguarnecido, con lo abierto a la mera necesidad. La luz no entra allí para ser vista, sino para cumplir su misión, y su cara, su gesto de la hora de la siesta es poco diferente del de la hora del trabajo. Su gesto no es ni benigno ni hostil, es atento, modesto, nunca deslumbrante, sino solícitamente alumbrante -nunca la habría descubierto aquí Isabel, nunca habría contemplado aquí su desnudez. La luz llega con el alba y va mirando pálidamente las cosas encubiertas; las dos durmientes, arropadas en sus camas, los pequeños utensilios caseros cubiertos con paños. Todas las cosas que no quieren ser vistas su dueña no las deja ver: cubrirlas es decoroso y descubrirlas, a medida que la luz ayuda, es asistir a su alumbramiento. La luz va mirando lo que al descubrirse aparece bien limpio, brillante: la luz va corroborándolo, poniéndolo en su lugar... El cuarto ha sido mirado, en todos sus avatares, por la dura, estricta, necesaria luz de la pobreza. Las ha visto llegar con sus bultos, con sus elementales, insuficientes enseres, que se han ido transformando, acoplando y mejorando a fuerza de combinaciones hábiles -mañas, ardidés de la araña, ahorros de la hormiga, rapiñas de la comadreja- frutos del sagrado empeño materno; arte o artesanía, más bien: creación. La naturaleza -la mujer- odia el vacío, siente, ve -suprema abstracción- lo que falta, lo que hace falta y se inviste del poder de hacer de la nada, de hacer aquello que falta para que la falta no exista porque la no existencia que es la falta es mortal. La necesidad dicta la obra, labra el terreno para ella después de búsquedas infructuosas, degradantes, extenuantes, pero no suficientes para agotar el empeño. La luz más triste, más desolada, ha sonreído un instante, ha guiñado un signo de posibilidad en la negociación con una mayor pobreza, con una caducidad que se reducía, cedía su terreno, entregaba la mitad de su espacio por una módica asistencia. La luz, después de aquella transacción, quedó también aquí hermanada con el olor -el olor, materia fugaz que se escapa sin romper el vínculo, sin borrarse en el camino, sino al contrario, siendo camino hasta la cosa olorosa-, el olor de la necesidad, del sustento... En el cuarto cedido -condenada la puerta comunicante entre las dos piezas- la luz de la mañana, dura, estricta, corroboradora, colaboradora se unía, en dignación esencial, con el vaho del pucherito en la hornilla de petróleo, con el petróleo mismo, con las sustancias químicas servidas de la higiene; lejía, zotal, jabón amarillo empapando el atadizo de esparto... Olores crueles como celadores, como guardias adustos y protectores, vencidos a veces por los olores caseros, sensuales, capciosos; ajo y cebolla, laurel, pimentón... La luz necesaria, confundida con estos aromas, abdica de su silencio -silencio de barrio sin gran tráfigo: sólo pregones suben de la profunda calle- y acoge el ruido laborioso de una máquina Singer. La armonía necesaria queda dentro del cuarto. Fuera, en el largo corredor de las guardillas, la luz es más ociosa, su misión no es apremiante, nadie allí necesita ser alumbrado. La luz escatima -no por parquedad, concepto antitético de la luz, localiza o sistematiza sus focos a lo Rembrandt, cae de pequeñas lucernas circulares, por donde se descuelgan los gatos, suaves, pesados, silenciosos. Los gatos caen de ellas como caen las gotas de la lluvia, caen por su peso y dan en el suelo un golpe imperceptible y corretean por el pasillo, buscan allí su caza o sus aventuras y saltan con precisión a la pequeña lumbrera que les da acceso al tejado. La luz allí, en todo el largo corredor en que se alinean las puertas de las guardinas, en el sentido longitudinal de la casa -esquina San Vicente y San Andrés: cinco huecos San Vicente, cinco San Andrés-, en el largo pasillo la luz asume el violento claroscuro y el olor tenebroso, feroz, acerbo de los gatos. Dentro de las guardillas la luz apenas se posa en viejos baúles, en cestos desfondados, bañeras de zinc, retratos ancestrales, bronce repudiados por la moda. Luego, en la escalera, la luz Genital de la claraboya se esparce, magnánima, a cualquier hora. Esplendente al mediodía, casi agobiante en el último piso: despiadada al final de la ascensión... Y cada piso -en cada piso dos cuartos- tiene su luz propia o tiene su coloquio con la luz porque la luz, en cada reducto íntimo, mira con el gesto que el diálogo suscita, en cada uno asume el temple del conjunto. El color de las paredes, de los muebles y de los rostros, porque ciertos determinados muebles concuerdan

con el estilo y calidad de los alimentos. Ciertas cocinas dan a la sangre un cierto color que entona las caras, pero no sólo por la sangre, no: hay un tono que es el que dan el apetito ola desgana, el placer o la condescendencia, o la resignación o la costumbre, enemiga de los sentidos. Todos estos tonos marcan la carne humana, le dan su tinte como las cortinas a la luz y unos y otras: las cocinas con sus especies torpes o excitantes, las cortinas oscuras, pesadas sobre los alzapaños o amenas, blancas, de amorcillos bordados en la malla, dan su color sanguíneo a la luz: vivaz, arrebolado o tétrico o inane... Pero yendo por partes, dejando de lado toda adjetivación definitoria -siempre ambiciosa en extremo, incansable, obstinada sin freno: dejémosla a un lado-, el color o la luz, la sangre de la luz en cada piso es -concretamente en éste del que nos ocupamos- la taciturna, polvorienta luz que resbala por estantes cargados de ciencia, en el pequeño cuarto donde termina sus operaciones vitales un ilustre matemático. Departamento exiguo; biblioteca, comedor y alcoba con gran cama matrimonial, todavía indivisa. Todavía —después de más de cincuenta años- albergando a la que fue pareja amorosamente discorde. En concreto... Es tan difícil decir algo en concreto: la concreción limita -limitar es pésimo, pero delimitar es óptimo..., ¿cómo delimitar, sin limitar?, sobre todo si lo que se diseña es la unicidad singularísima, individual. En fin, en concreto, en el pequeño cuarto -tercero derecha- dos viejecitos sostienen su discordia, la cuidan como a hija única, siempre niña para los padres, su antagónica juventud de hombre estudioso y mujer frívola, de cuerpo enjuto, cetrino, parco, disciplinado, y cuerpo rosado, inquieto, consumidor de golosinas, de ovillos de lana en rápido cuchicheo de agujas, de noticias mujerieles sobre vidas ajenas... Esta discordia asidua se remansa ahora en las nuevas aficiones... Se enciende la luz al caer la tarde -la luz eléctrica ¿es una luz mercenaria o es, simplemente, luz, como toda luz?-, se enciende al caer la tarde y viene ya por el pasillo, acompañando a la luz el olor gracioso, aunque sombrío o melancólico -gracioso por lo nuevo, melancólico por lo invernal e intensamente aromático del apio-, viene difundiendo por el pasillo, adelantándose el vapor que se escapa de las dos tazas, en las que se disuelven en el agua hirviendo dos cubitos Maggi... Más compleja la luz, más indefinible en el cuarto de la izquierda. Tiempos muy diversos, escalonados, no jerárquicamente, sino efectivamente -por lo tanto, creadores de efectos muy diversos en la luz-, un tiempo femenino, no maternal, sino matronil, de ahí la jerarquía temporal avasallada, en parte, por la efectividad de los otros tiempos, más que avasallada, frustrada en las dos viejas hermanas... Concretamente, delineando los cuartos que en el tercer piso -correspondiendo al corredor de las guardillas- se alinean en el pasillo, a lo largo de San Andrés, último reducto de la casa, amurallado por el respeto al pasado prestigioso, la tía -título suplantador del nombre, ya que éste, doña Marina, queda en mera denominación social de la que fue estéril en su brillante vida de gobernadora-. La luz, en su cuarto, resbala por cestillos de paja finísima, tejidos por manos indígenas en las remotas islas y se une o se embebe o se confunde dilectamente con el aroma del benjuí, revela los tonos exquisitos del chal de cachemira, la amarillez pulida del Cristo de marfil... En el resto de la casa la luz titubea, cambia de cara en las diversas piezas. Penetra como asistente u oficiala en la cocina -la ventana abierta al lado derecho del fogón, manda el sol desde el reflector de la pared frontera, los cascos versátiles de las chimeneas brillan arriba-, y luz y olores, más que fundirse, juegan; alternan las especias de todas las Españas, cultivadas tal vez como única añoranza, porque la regenta de este dominio no mantiene un culto al pasado. Es decir, mantiene un culto, pero a un pasado que no pasó -que no aconteció, más exactamente-. El pasado de la matrona Eulalia fue una ferviente espera, una confiada, una más que segura prefiguración del triunfo. Mares y tierras recorridos quedaron allá porque nunca se llegó al acá, nunca se creyó estar en el presente, sino que se vivió para el futuro próximo, el que de un momento a otro iba a llegar y que no llegó. Así, las tierras ultramarinas perdieron toda categoría de recuerdo porque lo vivido en el tiempo pasado no tuvo lugar... La luz, indecisa, sigue por la casa a la que siempre se consideró gran mujer, *prima donna* en el hogar de un genio, y sólo en el gabinete del piano asume todas sus pertenencias... En el gabinete la luz es apacible y clara, cumple su cometido sobre los métodos y las partituras harto usadas -cumplió su misión durante veinte años sobre el papel pautado, ilu-

minando la veloz escritura, más aún, iluminando al veloz pensamiento, ayudándole a correr con su cazamariposas por todo el cuarto-. Sólo en ese cuarto -balcón a San Vicente- la luz conoció el presente, lo actual, alumbró algo que de verdad era. Claro que sobre aquello se edificaba el incierto futuro, pero había reales, aunque momentáneas, iluminaciones, y esas quedaban -siguen quedando- en el sueño de Ariadna -la luz traspasa, a veces, su sangre cérica de alabastro-, en el pensativo creador que un modesto artífice plasmó en un óleo amistoso -apenas gris la melena- antes de la prematura ausencia... Frustración, huida, se diría... Sentencia de la adversidad... Porque dijimos veinte años, pero fueron treinta o más de treinta, casi medio siglo. No había entonces un óleo -mediocre, pero fiel- en la pared, sobre el piano, porque la melena no era gris todavía: era juvenil, esproncediana, y las manos largas, delgadísimas, cumplían su jornada sobre las teclas, con rigor. Nunca más exactamente se podría decir que el joven maestro trabajaba como un forzado... Forzado por la pasión, por la fuerza que le daba fuerzas para aspirar a lo perfecto. Allí -entonces- la luz -primaveras de balcón entornado, claveles maternos colgando de la barandilla- besaba las notas pulquérrimas -tardes invernales, repiqueteo de lluvia o silencio de nieve-, la luz se recataba, dejaba intactos los rincones oscuros donde se albergaba la violencia de la *Apassionata*... Y largas temporadas la luz brillaba en la negra tapa del piano, no acompañada por melodía alguna: el maestro navegaba. Triunfaba en las salas -luz de hachones, de lámparas con mil prismas de vidrio y mil bujías- de los imperios de ultramar. Triunfaba en Manaos, en el feliz imperio de Pedro II y en México, en los trágicos días de Maximiliano. De allí había vuelto trayendo un retrato que el mismo Maximiliano de Habsburgo le había dado como recuerdo de su arrobadora música -las largas, delgadísimas manos habían constelado la sala imperial de notas tan puras como los prismas de vidrio, tan ardientes como las llamas de las bujías innumerables-, y el pequeño lienzo, que mediría poco más de un palmo, ocupó el lugar frontero al balcón -balcón de San Vicente-, y la luz, sin embargo, no hacía brillar el barniz. Se destacaban, con pulcritud de miniatura, los ojos claros y la barba rubia -partida en medio, dos conchas doradas bajo la boca-, imperaba en el gabinete la imagen del bello sentenciado. El maestro había sentido ante él la fascinación que inspiran los seres marcados por la adversidad y le había entronizado en su hogar, en aquel año -precisamente en aquel año de mil ochocientos setenta y tantos- en que, muertos sus padres, había traído a su casa a Eulalia, la esposa que le acompañaría gallardamente en sus próximas navegaciones. Con ella había brillado en Buenos Aires y en Lima; en todos los lugares que, por su fama, le reclamaban... Dos ciclos quedaban cerrados, cumplidas dos estaciones en las que había cosechado para satisfacer hartamente el hambre de su eros: belleza creada y belleza gozada... Pero bajo la satisfacción de tanta hartura, la bella, la sombríamente bella Melancolía -el codo en la rodilla y la mejilla en la mano, las vastas alas casi cerradas y tendida la mirada en desmedido vuelo; rodeada de los números místicos, de la ampolla cuya sangre de arena se escapa- nuestra sangre con ella -del Cupido dormido, del perro adicto enroscado en su constancia- la bella, la irresistible Melancolía le instigaba a la búsqueda de un nuevo hontanar de amor... Claro que en su mente todo esto era más simple, era simple en extremo, pero insoluble. Nuevos triunfos o aventuras sólo podrían sumar callejones al laberinto. Tenía que encontrar en sí mismo la vía luminosa, y una desoída o reprimida o inconfesada pasión clamó, como un barco que pide auxilio en la borrasca, entre la bruma de su mente -clamó como sirena de barco, cantó como sirena de carne-, la composición, la creación superadora, liberadora del monótono oficio ejecutante... Un contacto tan interior, un abrazo tan abismático le enlazaba a una forma -no a una voz, a una forma- que creía oír y no quería darle crédito en la oscuridad onírica: quería verla como forma, componerla como una ecuación astronómica, como una estatua hecha de movimientos estelares, como la escalinata que *traspasa el aire todo, hasta llegar a la más alta esfera*... La idea se dibujaba en la espuma durante días y noches de altamar. La espuma no repite jamás, no es posible entenderla mejor una segunda vez, había que huir su gracia voluble, distraer la mente con algo, un libro cualquiera, una historia... Hojear capítulos áridos, llenos de fechas... Párrafos más leves, al fin, más límpidos, más luminosos entraban en Grecia y destellaba un nombre, Ariadna, «la muy santa»... El culto

tenía un ritual en el que un ritmo agitado suscitaba la angustia del laberinto, luego una claridad liberadora... La sonata se estructuró, no como espuma, sino como mármol, el barco navegó *por un mar de dulzura y lentamente*... En el camarote o en la cubierta, Eulalia soportaba un leve mareo que no era causado por el mar, sino que, con las manos sobre el vientre, sentía llegarle a la garganta en el latido de su sangre... España, el tren, el hogar al fin. Al siglo le quedan ya menos de veinte años de vida, iba poniéndose el sol en nuestros dominios-. El hogar con su coro femenino en torno a Eulalia. Primas juveniles y tías seniles, todas atisbando -contemplación, casi acecho- el misterio que bulle en el seno de Eulalia, como si esperasen la cocción de una tarta, relamiéndose ya de la futura emoción... La vecina *tricoteuse* abandonando su silenciosa vivienda y cortejando a Eulalia con el cuchicheo de sus agujas, surtiéndola de botincitos, de toquillones blancos que crecían en su regazo, brotando del movimiento de sus manos rosadas, de sus brazos desnudos bajo las puntillas de su *matinée*. La primavera avanzaba y al fin, en un mediodía de junio, había surgido del vientre conyugal Ariadna. Se había presentado como si escapase a la rutina, al cómodo, saludable albergue de un cuerpo bien nutrido y había aparecido desnuda, como su madre la parió. Esto, que es lo común, era lo exquisito y sorprendente: había aparecido como un proyecto virgen. Al mismo tiempo que el carro de Apolo... ¡Ésta es la cosa!... Ariadna y Ariadna eran gemelas. Ariadna había sufrido también una larga gestación en la mente del padre; no había dormido bajo un corazón de ritmo regular, sino que se había devanado en férvida espiral como una nebulosa. Ariadna no podía ser alumbrada -como Ariadna- desnuda, exenta y bien acabada en todas sus partes. Tenía que sufrir la transubstanciación, metabolismo o hipóstasis que es la idea musical. Tenía que condensarse primero y luego sublimarse. Todos los elementos que eran Ariadna, desde su fatal estirpe, tenían que arrojar y fundirse en el pasmo erótico de la mente y surgir nítidos, con la medida insuperable ante la cual *el aire se serena*... Todo eso había ocurrido en un mediodía de junio. En el pequeño gabinete estudio se había precipitado por el balcón -balcón segundo de la esquina, en San Vicente- el solsticio vernal -enfrente, sobre el tejado, cúmulos blancos asomaban sus crestas dejando arriba el cobalto puro-, y en el último reducto de la casa -quinto balcón de San Andrés- la partera, de brazos remangados, sacaba de entre los vastos muslos, adornada por el esplendor de la sangre, una mujercita, cargada con su sino de mujercita. (Este hecho no sería digno de ser consignado si no fuera porque algún otro semejante -idéntico, podría decir, si nos atenemos a lo que un mero hecho pueda tener el sentido-, si no fuera porque algún otro semejante fue consignado, fue immortalizado por una voz magistral y, por haberlo sido tan magistralmente, quedó asentado en la tradición. Así, pues, este hecho entra, valido de su consistencia propia, en el concierto ibérico, señalado solamente por su filiación solar, fuera de serie.) El maestro la había recibido recién lavada-al pie de la cama la gran jofaina y las comadres con paños y pañales secándola, fajándola, envolviéndola entre el olor del espliego-, la había recibido en sus manos. No sabía tenerla en brazos, la tomaba alzándola ante su mirada, en elevación jubilosa, en consagración apolínea y la había llamado Ariadna. Había conjurado sobre aquel cálido grumo de vida a todos los imprevisibles poderes que se albergan en la belleza... Es demasiado asegurar que el maestro pensase en todo esto en aquel mismo instante, pero es tan seguro como todo lo que es, en su propio ser, que no temió los reveses del sino porque las musas invocadas sólo podrían otorgarle los dones que, por sí mismos, *forman una dulcísima armonía*... Aquel mediodía de junio le quedaban de vida al siglo justo dieciocho años, y al año siguiente Ariadna ya gateaba por el cuarto, ya empezaba a exigir sus caprichos, a señalar sus apetitos... En el estudio, Ariadna no tenía rasgos infantiles, sino líneas púberes; en cambio, carecía de la dura concreción de la mano que cogía el cantero de pan, del pie que pataleaba, del índice que apuntaba. Su contorno -bello, siempre bello, de infalible nobleza- temblaba como el de una estatua reflejada en el agua. A veces irrumpía con la fugacidad de un aerolito, brillaba en medio de la noche y otras veces se atenuaba hasta desaparecer... Ariadna correteaba ya por el pasillo, vestía ya la tira bordada, rodaba el aro por el Buen Retiro... Ariadna esquivaba-luz de atardecer rojizo, brillos en los muebles, ráfaga del bravío aceite que una puerta mal cerrada deja escapar- Ariadna

esquivaba su ser sinfónico distanciándose, pero no adusta, no hostil. Cuanto más se alejaba, más prometedora, más perceptible se hacia su carga de amor... Ariadna, juiciosa, rompe puntas de lápiz sobre el duro revés del papel pautado... Ariadna presente -días grises, invernales, llovizna continua traída a los cristales por el viento, luz silenciosa, atenta a la suave llamada melódica-, presente, con la frente avanzando contra el viento, abandonándole su melena, dejándole ceñir su veste... Ariadna pasó ya la cartilla, aprendió el catecismo, estudia ya la Historia. Encaramada en la banqueta del piano hace ejercicios... La luz tiene también otras cosas que hacer en el resto de la casa. En el segundo piso los dos cuartos están unidos: una militar refugia su viudez en el más pequeño y ayuda a su exigua pensión recibiendo huéspedes en el más grande -huéspedes rigurosamente seleccionados por su seriedad-, militares, solterones, empleados a punto de jubilar. Poco tiene que hacer allí la luz sobre pantuflas, sobre colillas en los cuartos desertados por sus moradores, asiduos a tertulias. Poco podía hacer sobre la camilla en que la respetable *hôtesse* extendía sus solitarios... En el primer piso, en cambio, puede ir acompañada por muy diversos movimientos. La luz de la claraboya llega allá abajo disminuida, baja por el hueco de la escalera como por una chimenea y a la primera hora de la mañana deja subir titubeantes a las chicas que acuden al COLEGIO DE SEÑORITAS -por fuera, en la calle, sobre los dos balcones de San Vicente, la luz destaca el letrero blanco sujeto a las barandillas-, dentro del cuarto se reparte en toda una escala de ánimos femeninos. A las nueve en punto empieza su clase la señorita Laura -alpaca gris que parece guardapolvo, pero que es añoso, indestructible vestido- y dulcemente severa impone conjugación de verbos o extracción de raíces. Monótona atraviesa la luz los cristales cubiertos de albayalde en su parte baja para contener miradas. Monótona cae sobre los cuadernos, sobre los tinteros hundidos en los pupitres amarillos. Reluce en algunas cabezas, rimando con el olor de la brillantina. Desfallece al mediodía -más bien alumbra el desfallecimiento con que el hambre oprime, precisamente cuando más intensa es la luz y un luminoso abatimiento marchita los corazones de las muchachas... En esa hora, frecuentemente se abre la puerta lateral de la clase e irrumpe Piedita... Risas, llamadas, invitaciones dé las chicas a entrar, a sentarse en algún pupitre... Severidad de la maestra -¡Te tengo dicho, Piedita, que no se interrumpe la clase!...- Es que..., es que... Piedita retrocede hacia la puerta -apenas alcanza a la falleba- y desaparece... La luz se abisma en el cuchitril del portero, se reduce al mínimo como si el martillo no la necesitase para caer machaconamente sobre la suela, como si su ausencia disimulase el olor desolado... El zapatero cree ver crecer la luz cuando baja Ariadna -la falda ya al tobillo-, ligera, reprimiendo su paso ligero hasta igualarlo con el de su madre... En el gabinete, Ariadna... Ariadna y Ariadna pulsos isócronos. Ariadna con manos agilísimas como su padre vence etapa por etapa el riguroso aprendizaje. Gallarda, como su madre, se recoge la trenza sobre la cabeza; desnuda, es decir virgen como el primer día de su vida, sigue siendo un puro proyecto... Ariadna ya no cabe en el sereno ámbito de la sonata; su porvenir, lo que en ella hay de proyecto no se puede escribir sobre una página en blanco. Para que sea el suyo propio tiene que condensar, quintaesenciar el violento pasado. Ariadna reclama todo lo que fue, para poder ser. La bendición que va en la mirada temerosa del padre, cuando la mano de Ariadna vuelve la hoja en el atril, pasa por su frente como si la santiguase contra el sino. Cuando el maestro mira a Ariadna en su mente, la incita con una exigencia casi imprecatoria al riesgo culminante... En concreto, nuevamente en concreto. Con una devoción inmensurable, el maestro había tratado de encerrarla en una norma *a cuyo son divino el alma, que en olvido esta sumida*... A eso aspiraba, a revestirla con los signos *de su origen primera, esclarecida*... No pudo conseguirlo, no pudo encadenarla: Ariadna fue amada por Dionisos. Y ¿por qué y cuándo y cómo fue amada?... En concreto, no fue sólo que Ariadna proyectase la sombra de su historia como una planta insana, sobre la mente del maestro, hubo también una incitación técnica, un estímulo o fertilización al contacto con otras obras... Tal vez Gluck, su intensa *Armida*, su desolado *Orfeo*... Sumamente difícil deslindar -en concreto- la idea que surge como forma, de sus concomitancias..., porque la cosa fue así. Dionisos ardió de amores por Ariadna cuando oyó sus lamentos... ¿Cómo se lamentaba Ariadna, qué acento, qué nota escapaba de su

pecho?... ¿Puede ser el dolor un valor estético? Ya se demostró hartamente. ¿Puede ser un reclamo erótico?... Puede serlo en mil formas, pero hay que encontrar -hay que concebir- la nota capaz de arrebatarse al dios del arrebatarse... La dificultad estaba en eso: no podía consistir en el aullido ni en el rugido. El furor de una ménade no sería para el dios más que la voz del coro. Lo único, lo singular, lo personal en fin, tenía que ser una nota cuya excelencia, cuya esencia sublime sumiese al dios en un éxtasis, ¡Oh desmayo dichoso! ¡Oh muerte que das vida! ¡Oh dulce olvido!.. Sin ese dulce olvido no hay amor perfecto, porque, ciertamente, en el dios violento llameó el deseo de poseerla -de hacerla suya, se dice—, pero primeramente -el orden de los fenómenos es inesquivable-, primeramente fue el juicio. En el dios abismático, señor de los impulsos ciegos, brotó el deseo a consecuencia -quiere decir seguidamente- de la contemplación, que es como un probar, como un gustar (¿olvidaremos lo decisivo de este juicio cuando el Dios de los ejércitos -¿quiere esto decir de los que ejercen y ejecutan todo hacer?-, el Hacedor, después del FIAT, después, es lo que importa, ve que era bueno?). Como un gustar, como un probar y quedar -como la mosca en la miel- prendido o prendado -convertido en prenda pignorada-, enajenado, poseído, perdido en un dulce olvido... Había que encontrar la nota justa, la nota que conmueve a las piedras quiere decir la nota que hace saltar toda la ley arquitectónica... Toda ley, simplemente, porque en este caso -como caso hay que tomarlo-, en este caso es la fórmula sublime, exacta, incanjeable, la que detiene el rayo, le paraliza sobre ella -como el halcón que mira, juzga y mide el lugar donde va a dejarse caer... La nota presentida -presentida, no buscada en sistemática pesquisa o especulación-, la nota presentida sumía la mente del maestro en una contemplación oscura. No era dificultad: había superado el laberinto, era una certeza como la de esa piedra que, *duramente enamorada...*, se mantiene en el lazo que nada puede romper... *Y al éxtasis que tiene por tarea imite el alma...* ¡Era eso, exactamente! Era una emulación, perfilar, rematar como una tarea de randa sutilísima el éxtasis que, sin faz visible, encanta. Una ambición tan fervorosa no cabía en las líneas de una sonata -cabría, tal vez, en un airado Beethoven-, pedía la solfataras de la voz humana... ¡La ópera!... ¿Qué luz la miraba?... Cantaba en el azul del Mediterráneo y en el oro del Rhin; cantaba en las salas encendidas con mil arañas bajo el plafón decorado de musas, de deidades voladoras, cargadas de laurel, diademadas de perlas y rubíes... En las salas con palcos reales, con plateas como canastillos de hermosos escotes y en anfiteatros, en paraísos, gradas realmente angélicas, regiones de los puros, de los estudiantes, de los amantes... Cantaba en la calle. Por vías sutiles como filtraciones de la cultura, como retazos, como remanentes o, tal vez, como rebañaduras del espíritu: como espumas desbordantes de la riqueza... Por vías sutiles llegaba a cantar en la calle -Italia entera resonaba con su canto- porque su voz era la palabra verdadera..., hasta su ficción era la ficción anhelada y en ella verificada. Era el acento que todo nacido de madre entiende..., era, realmente, como un canto de madre que acunaba a las almas ignaras tan cálida y certeramente como a las doctas, a las pías como a las crueles, a las encumbradas como a las plebeyas. Cantaba por el siglo igualitario..., tal vez su canto de cisne... Y puede parecer que todo esto, en concreto, se extiende o se diluye, pero ¡todo lo contrario!, todo esto es un momento. Si dijéramos un momento al microscopio, sería como dar por exhaustiva la indagación y no lo es. No, no lo es porque la paciencia desfallece, a ratos. Desconfía también -la particular paciencia, la otorgada al narrador como parcela de la paciencia común, universal, humana-, desconfía, teme ser cortada o rechazada por el elemento homogéneo a que pertenece, teme ser tildada de ambiciosa, de vana o pretenciosa por creerse, en fin, soportable..., no siéndolo. Pero, realmente, la paciencia, si no dudase de su incesante manantial, se adentrarla en el bosque -el bosque, árbol por árbol; el árbol, hoja por hoja; la hoja, célula por célula; la célula, etcétera..., hasta llegar adonde no haya uno por uno porque todo sea uno solo. Ésta es la ambición de la paciencia, amor, *fuerza de la constancia* que se vuelca en catarata incalculable y es un momento. Ariadna llegaba de su paseo vespertino, ya encendidas las luces de la farmacia y la pollería. La calle en su silencio crepuscular -breve compás de espera- la miraba entre dos luces. Desde la farmacia la miraban don Luis y Luisito, desde la pollería, la mujer ruda que repelaba pollos a diario se asomaba a verla. Se

quedaba en la puerta hasta verla entrar en el portal porque, una vez desaparecida Ariadna en la escalera, todavía quedaba algo digno de ser visto. Queda un joven paseante que va hasta la esquina y vuelve y torna y mira al balcón del tercer piso... La luz agota o recoge sus últimos velos de ocaso, se levanta sobre los tejados vestida de lentejuelas y deja en la calle a sus acólitos o vicarios -van, a lo largo de las aceras, encendiéndose los reverberos de gas-, por los balcones sale la luz de los quinqués, bajo sus haldas se empollan las cenas familiares y luego, más tarde, quedan sólo iluminados los balcones de los insomnes y los trabajadores. Del balcón del gabinete se escapa una luz rosada que amortigua una pantalla de tafetán. Se escapan, también, acordes o trozos melódicos que se repiten, nunca idénticos, se repiten como..., como si entre uno y otro mediase un afeo de olvido, un año de cultivo, de abono, de paletadas de humus... Tan distintos y tan semejantes como una rosa de otra rosa cada primavera... No, no, no..., porque una rosa no corrige a otra rosa. Los motivos melódicos corregían el perfil de Ariadna, se ceñían o se disipaban persiguiendo la nota inefable... Ciertas noches no eran las pensativas notas, sino los compases de algún maestro antiguo, los que se escapaban del balcón abierto -abierto para que los compases se escaparan, para que deambulasen por la acera de enfrente, de esquina a esquina-, fugas, fugaces y persistentes, aprovechaban la libertad del gabinete porque el maestro era ciertas noches distraído de su trabajo por otros temas ajenos a toda armonía. Dejaba su estudio y acudía a algún sótano en el que retumbaban los trompetazos de la discordia: profusas y restallantes las clásicas interjecciones. España estaba afectada por un mar de fondo; no sólo la península, sino también las tierras de ultramar. Las tierras; cuando el mar de fondo se rebulle en el agua, el buen navegante pasa deslizándose, y si alcanza la costa sereno, indiferente, cree haber triunfado. Cuando el piélago terrestre se agita en sus raíces, cuando se oyen sus convulsiones profundas, sus gemidos, sus maldiciones, sus amenazas... ¿Es posible henchir la vela con el viento del arte que no yerra, que siempre llega al puerto?... La cuestión no es sólo si es posible, sino si esa salvación personal, si esa escapada es deserción o si, por el contrario... Porque el mal que aqueja a las raíces, el que crece taimado, como un tumor, y esparce su ponzoña por toda la savia también puede ser combatido con... con cualquier cosa, con cualquier voz o trazo o piedra o número de pureza, de verdad, de vida real... ¿Es esto una escapada?... Si lo fuera no costaría tanto trabajo, tanto esfuerzo, tanto buceo en lo más auténtico... ¿de quién?... El fondo buceado o excavado con el tesón del minero ¿es sólo el fondo personal, el que un nombre y un rango social delimitan?... ¿No es la verdad total, no es el acervo de salud incorruptible de un pueblo?... El maestro volvía a altas horas abrumado por estos pensamientos y al desembocar en la calle oía el piano de Ariadna. Oía, conmovido, la impecable ejecución; creía oírse a sí mismo en sus años juveniles: la misma limpieza, el mismo rigor, sutileza, matiz, intensidad... Pensaba, «Es demasiado estudiar. Voy a reñirla por trasnochar tanto..., aunque me encanta su vocación...». Llamaba al sereno por su nombre y le llamaba tan bajo que el sereno no le oía, pero no se atrevía a gritar ni menos a tocar palmas, absorto en la música que se extendía por toda la barriada. No llevaba nunca la llave pesadísima y tenía que esperar a ver aparecer la lucecita del chuzo, bamboleante. Entonces le llamaba bajito y el sereno le oía, venía corriendo y le abría la puerta; difícil faena que un paseante nocturno observaba con atención desde la otra acera... Una larga cerilla sostenía su exiguo manto de luz hasta llegar al tercer piso; justo la zona donde había que poner el pie: el resto de la escalera era sombra. Minutos después la luz del gabinete se apagaba... Ariadna, entonces, le acogía con la fraternidad amorosa del camarada en la lucha: guerreaban juntos. Su trato con ella no era la paternal, autoritaria ¡y tan tierna! conducción por la recta vía -como con Ariadna-, con Ariadna en la oscuridad de su alcoba, corría bajo el sol del divino archipiélago y decantaba en su mente las notas luminosas que pudieran darse como efigie de aquella luz... Dijimos que Ariadna luchaba con él... Más que musa inspiradora, Ariadna era novia llena de promesas. Se mostraba, se desvelaba, pero no agotaba nunca lo encubierto. Los temas que en un principio se habían estructurado como sonata, informaban ahora el preludio. Se desarrollaba, apremiante, en la obertura con alcances de vórtice, el motivo del laberinto, y todos los otros infundidos de un acento sagrado, irrumpían a lo

largo de toda la obra en súbitas eclosiones... Una especie de guión servía de cañamazo a los trozos conseguidos que, por su índole temática, se sucedían coherentes. Era necesario lograr un libro impecable. Difícil, muy difícil sugerir a un escritor -aun poeta, sería lo deseable- la idea tan amorosamente concebida..., ¿cómo?... Claro que es posible decir a un pintor, pinta el retrato de mi amada, pero no si el pintor tiene que preguntar ¿quién es tu amada, dónde puedo verla?, y hay que contestarle: no está en ningún sitio; sólo está en mi mente... Cuestiones como éstas, con sus pros y sus contras, surgían con la primera luz de la mañana y quedaban insolubles, obstruyendo el paso al proceso creador. Eran como conflictos domésticos, marginales sin duda, pero inesquivables... No eran éstos los únicos conflictos domésticos. Había otro que todavía se cernía lejos en el horizonte, pero que a veces amenazaba con su luz de tormenta... Suspensos los conciertos, cortada al ras su carrera de gran ejecutante, las reservas de los tiempos triunfantes podrían agotarse... ¿Se agotarían antes que una nueva ascensión coronase...? Conflicto aún más marginal, que quedaba, sin ambages, desoído. Cuatro años de vida le quedaban al siglo. La vida de Ariadna colectaría en el mes de junio los quince años. El espíritu heredado -más tímido, menos arrollador- se albergaba en magnífica morada -herencia materna-, y las faldas largas ya no dejaban ver los pies; espectáculo tradicionalmente codiciado por los contempladores. La hegemonía de Eulalia lograba, a ratos, imponerse. Había, incluso, cuchicheos entre madre e hija. Ariadna tocaba tierra, había que saltar a la nueva costa, había que atender a la nueva armonía, que no debía discordar por descuido. Ahora ya no era sólo un mundo encerrado en una mente; era el mundo, con sus circunstancias abiertas de par en par... Alguna de ellas había hecho saltar las lágrimas de Ariadna, había enrojecido su nariz. Era necesario tocar tierra. Era forzoso intervenir...

-¿Qué es eso, pichona, una furtiva lágrima?...

-Oh, no, papá, no es nada: es que me he rascado los ojos.

Era necesario espiar, ver qué actividades extrahogareñas llevaban todas las tardes a madre e hija de paseo. Había que ver qué es lo que escondía Ariadna en la mesa de su cuarto, sorprenderla pegando pedacitos de papel con un frasco de goma...

-¿Qué es eso, un rompecabezas?...

-No, papá, no es nada: un papel que se me rompió.

-Eso ya lo veo, pero ¿qué era el papel, una carta de amor?... No me extrañaría.

-Pues no, no es una carta de amor, es un poema.

-¡Ah! ¿Te escriben poemas?...

-Sí, ya ves. Bueno, si quieres verlo, no tiene nada de particular...

-Entonces, si no tiene nada de particular, ¿por qué lo guardas?

-Quiero decir que no tiene nada de malo. El poema es magnífico. Lo rompió por pura tontería. Yo dije que era muy bueno y él que era muy malo, que tenía un cúmulo de defectos... Yo me enfadé...

-¿Y reñisteis?

-¿Reñir?..., lo que se puede reñir con un amigo porque no éramos nada..., nada, en fin... Y ¿quién es él?

-Un chico que conocí hace poco. Mamá le encuentra muy bien educado.

-A ver el poema. El árbol se juzga por sus frutos.

-Está todo roto. No pude salvar más que el final. Todo el principio cayó en un charco.

El poema tal vez describiese los paseos nocturnos, tal vez hablase de sentimientos o ilusiones, pero por lo que quedaba -los dos últimos versos- parecía ser sólo, o principalmente, la milagrosa sorpresa de una noche.

*¡Con qué fulgor relumbra esta noche el verano!
¿Salió la luna... No, Ariadna toca el piano.*

-Pues no está mal. Nada mal, sino muy al contrario...

-¡Lo ves! ¿Ves cómo yo tengo razón?... ¡Es buenísimo!

-¿Buenísimo?... Habría que ver otras cosas. ¿Qué es lo que ha publicado?

-No ha publicado nada: lo rompe todo.

No está claro cuál sea la rama del saber, científico o filosófico, en que se pueda estudiar cierto fenómeno... En primer lugar, no está claro el fenómeno. Está oscurísimo porque el lugar donde acontece es la mente humana: Se produce en su último fondo, en lo más cerrado y estalla como una súbita iluminación. Su potencia es deslumbrante y, al mismo tiempo, desconcertante, porque lo que ocurre en la mente no es más que la mitad del fenómeno. En concreto -por centésima vez, en concreto-, ocurre algo en la mente, un algo que es como una pretensión, una esperanza, un propósito -por decir algo racional-, y ello -lo que sea- queda latente, queda en pie. Queda, en cierto modo, expectante, en postura incómoda: no se asienta como lo que cae por su peso, como lo que se da por zanjado... Hasta ahí lo que pasa en la mente. Pero el fenómeno no termina ahí, sino que de pronto acontece lo fenomenal -en el vulgar sentido de la palabra-, y eso acontece a veces en otra mente -lo que no resulta del todo asombroso porque en seguida se sospechan comunicaciones a distancia-, pero también puede acontecer en cosas..., lugares, objetos..., elementos o mundos impenetrables, incoercibles sobre todo. Esto es lo pasmoso, la inexpugnable libertad con que esas cosas contestan, actúan, se presentan... No creo que esto esté claro: es necesario formularlo con gran sencillez, reducirlo a un ejemplo simple... Alguien piensa un día en cualquiera de los temas que más le han preocupado; piensa más intensamente que nunca, cae en la cuenta de que jamás lo estudió bastante, de que jamás indagó con acierto su aclaración y, de modo inmediato -lo importante es esto, la inmediatez del modo-, abre, como quien abre la puerta de su casa, el libro que lo contiene... Casualidad, esto está ya catalogado como casualidad: no hay que buscarle cinco pies al gato... Pero si alguien se angustia por un problema que le es de importancia vital -no que sea de mucha importancia, sino que sea el problema de su vida-, y de pronto, inmediatamente, es decir en forma inmediata al momento en que el problema se ha hecho para él claro como una ecuación que, por exacta, resulta enigmática, de pronto viene a... No, no a deshacer ni a desvelar ni a resolver. Viene otro enigma a concurrir, otro enigma vital de otra vida, y la confluencia produce una solución vital..., forma un caudal de vidas, de mentes, de amores... También se puede decir *casualidad*, y también se puede decir *destino o providencia*... Hasta se podría decir algo que ya no se puede decir... Hay cosas que se ven y no se ponen en duda. No sólo se ven, sino que se sabe a qué obedece su indescriptible aspecto, pero sus probabilidades incalculables no parecen sujetas a una ley. Digamos el humo..., el de una pipa, por ejemplo, que se tiene en la mano, y el humo queda preso en el ámbito desde donde se le observa: se ve cómo se atenúa, se escinde, se diluye en velos sutilísimos que vuelven sobre ellos mismos, forman volutas, anillos, ráfagas que escapan hacia la ventana, pasan bajo el cono de luz de la pantalla y se disipan. Sabido es que el humo va en la corriente del aire, que tiende hacia arriba, que por su densidad o coherencia se resiste a ser disuelto y que son todas estas fuerzas forzosas las que determinan la nube. Sabido es que... ¿Quién puede saber por qué un anhelo se formula claramente, con todas sus dificultades y todas sus probabilidades; queda pendiente de éstas, paralizado ante ellas como ante lo imposible, y, sin embargo, queda expectante?... Porque no es un problema planteado y o bien desechado o bien acometido hacia su solución: es sólo como una ambición de perfección que insiste en aparecer, que brota en el insomnio y en cualquier

hora de meditación solitaria... Acompaña a la mente en el deambular nocturno, en cuanto termina la charla amistosa, la tertulia con sus noticias, proyectos, decisiones, ambiciones... En cuanto la voz del mundo, con su realidad angustiada, se acalla en la última despedida, en el último apretón de manos o en la última mano que cae del hombro, se desliza y resbala por el brazo... En cuanto la compañía es apurada como la última gota de una botella, el anhelo se reproduce, el prurito de su dificultad causa una desazón que agrava las pequeñas dificultades..., la de buscar en los bolsillos algo que no se encuentra, mientras el sereno escoge en su gran manojo la llave adecuada y, con cierta parsimonia... Mientras -exactamente en ese mismo momento- se pasea por la acera de enfrente un anhelo que, lejos de creerse fasto, se disimula y esconde, creyéndose indiscreto, cuando su presencia allí es tan fatal y necesaria como la caída del arroyo por la vertiente... ¿Casualidad?... Tal vez sea casualidad... A causa de tan feliz casualidad, el maestro, como un patriarca bíblico, bendijo la unión del poeta con Ariadna... Con Ariadna en la iglesia, con Ariadna en el estudio... Así fue, y no hubo sólo, por parte del maestro, la magnanimidad del patriarca, hubo también algo del regateo de Labán con Jacob. Claro que no le hizo servir siete años por Raquel: el tiempo apremiaba y el noviazgo duró pocos meses. Pero en ellos, apenas empezaba a caer la luz en el gabinete, terminaba el coloquio amoroso. Se encendían las velas del piano y los papeles sufrían las mutilaciones o añadiduras del lápiz rojo y azul. El libreto quedó perfilado y, más que adaptado, compenetrado con la partitura. La romanza o el aria del abandono, el despertar de Ariadna en la costa solitaria culminó como perfecto enlace del alarido y la armonía, como una melodía que brotase del fondo de la amargura. La luz de aquel invierno -noventa y cinco a noventa y seis-, límpida en la nieve o acerba en el viento seco, cumplía su breve jornada en los días cortos. Por la noche, la reemplazaban largamente velas y quinqués. Velones en la escalera; el portal abierto hasta tarde. Idas y venidas de un landó que traía y llevaba al maestro a los ensayos -luz del alba sobre los charcos helados donde resbalan los cascos de los caballos. Luz de triunfo durante seis meses de agitación desmedida y una sola noche luz de cataclismo. Desolación... Los muertos muy llorados se van con un cortejo de lamentos como marcha fúnebre: no le acompañó esa música. La lluvia lloró por todos y el silencio quedó en la casa como una perplejidad que quisiera ser incrédula, que no se aviniese a admitir... Algo se había roto: un corazón se rompe más silenciosamente que un vaso de vidrio, no causa el estruendo con que se despidе de la vida un objeto precioso: se va en silencio y deja silencio al desaparecer. Deja estupefacción porque no sólo ya no es lo que era, sino que ya no es lo que iba a ser... La vida humana se patentiza en la muerte humana, en la que siempre sucumbe una preñez: el muerto se lleva un feto de futuro y los que saben la existencia de ese embrión se empeñan en sacarlo de las abolidas entrañas, en vivificar la promesa... Honores póstumos. Como un timbal velado resonaba el foyer del teatro... Comentarios en voz apagada, saludos que el colaborador e hijo político -denominación absurda- tenía que recibir, sordo a todo cumplido, a todo ofrecimiento, prodigando reverencias y besos en manos, pisando las alfombras como dunas o arenas movedizas donde fuera a hundirse, sin más agarradero que las posibles notas, la posible voz de Ariadna que no acababa nunca de sonar... No acababa nunca de alzarse el telón y, una vez alzado, no acababa nunca de... El aria del abandono se dilataba en la sala, extendiendo sobre todos los oyentes -los críticos, los colegas, los magnates, las damas, los bedeles y porteros, los cocheros expectantes a la puerta, los paseantes, la ciudad, el mundo-, extendiendo sobre todos un manto de orfandad... Ariadna desplegaba sus notas como para arrebatarse al dios del arrebató... Ariadna mantenía su silencio bajo el velo negro, en el proscenio, junto a Eulalia que, bajo el velo negro, recibía la oleada del honor, la resaca de los aplausos que estallaban torrenciales, decrecían y volvían a levantarse arrolladores... Ariadna aparecía entre los paños rojos que se entreabrían para darle paso y arrastraba al poeta; le sostenía en sus reverencias y ella misma se apoyaba en su hombro para contener los sollozos que se agolpaban en su pecho de joven diva... Ariadna, en silencio, no guardaba silencio, sino que trataba de difundirlo, esperaba con angustia que se hiciese el silencio en la sala, que se hiciera el silencio en el mundo para salir del palco y marchar sola por el silencio. Eulalia accedió a alzarse de su silla cuando los

aplausos se volvieron hacia el proscenio -dos mil manos enviaron sus palmadas oblicuamente hacia ella-, se alzó y, sin levantar el velo, saludó cortésmente, gallardamente... Ariadna se refugió en el antepalco, sola..., pero no. Ariadna ya no estaba sola... Terminó el año noventa y siete y todavía resonaron en el hielo de la calzada algunos pasos de caballos por la esquina de San Vicente. Algunos críticos y magnates vinieron, de cuando en cuando, durante un mes. Luego ya no llegó nadie porque una visita más reverenciante -más fúnebremente reverenciante- llegó para todos: llegó el año noventa y ocho... Pocas veces volvió a ser recordado el maestro en las escasas columnas que los periódicos dedicaban al mundo musical. En las tertulias, en cambio, los amigos le dedicaron con frecuencia oraciones fúnebres, inspiradas por los acontecimientos de la hora. Algún sentimental dijo, «Se fue a tiempo, el pobre. ¡Cuánto habría sufrido!». Algún mordaz, «De buena se ha escapado. Se largó y ¡ahí queda eso!»... Algún resentido, «El éxito fue clamoroso, pero si estuviera vivo ahora ¿quién se iba a ocupar?»... En el gabinete fueron espaciándose las visitas de pésame. Algunas amigas de juventud vinieron tarde por haber llegado del otro continente con la marejada que volvía a España -artistas y viajeros de todos géneros. Volvieron también familiares muy próximos a Eulalia. Largo y penoso viaje desde las Filipinas, de los que allí gobernaron en palacios de mármol, bajo abanicos de bambú... Volvieron con los restos de su boato, sin querer dar crédito a lo definitivo. Se albergaron como los pasajeros diplomáticos, con un confort provisorio que mantendría su rango mientras el exgobernador se hacía cargo de la situación. Marina no se haría cargo jamás. Eulalia, por el contrario, se había hecho cargo años antes de que la situación estallase... Se había hecho cargo de la situación en que iba a asentarse su casa, su mundo familiar desde... Había discutido, discretamente enérgica, con el maestro... «No te niego el talento de este muchacho, pero aparte de sus versos...» Y ahora trataba de descargar en su hermana la silenciosa inquietud, esperando que los restos del fenecido poder representasen un mínimo apoyo, una imprescindible ayuda, una solución para afrontar... La luz de la media tarde en el comedor -habitación de esquina, San Andrés, San Vicente- no lograba encerrar el diálogo en un clima grave, como era debido... Ya no podían estar cerrados los dos balcones, ya no había brasero bajo la camilla, ya no llenaba el cuarto el aroma del café porque el aire de abril pasaba de un balcón a otro y se llevaba la voz de Eulalia... Eulalia levantaba la voz con mesura, engolaba un poco el tono profundo para dar peso a sus palabras y, como último recurso -último, que era en realidad el primordial-, concluía, «Ten en cuenta que Ariadna espera para dentro de dos meses...». Para Marina era ésta una idea risueña: ella no había logrado nunca esa buena esperanza y se sentía complacida ante la proximidad del acontecimiento; quería presenciarlo, apadrinarlo... «Sí, Marina, sí, pero una criatura necesita algo más que pañales finos... Necesita tener unos padres, tener un padre que...» La luz fue en aumento, los días cada vez más largos traían cirros deslumbrantes sobre los tejados, al mediodía. A primera hora, la luz de mayo ya era risueña desde el amanecer y llegaba a la cocina muy suficiente para el café con leche y la tostada que madrugaban, prontas ya en el comedor para la cotidiana salida del poeta... No le alumbraba la luz matinal con esta denominación: en su rápida bajada de la escalera la luz acompañaba al nuevo empleado -oficial escribiente- del Ministerio de Instrucción Pública, Juan Morano, le reconfortaba al salir a la calle y le acompañaba por la acera de la derecha, hasta Fuencarral... Todo fue fácil, con la facilidad de lo posible, de lo practicable, hasta que la luz desbordante del mes de junio, la luz desnuda, violenta del mediodía, alumbró a Ariadna en su alumbramiento... La gran jofaina a los pies de la cama y las comadres... En aquel mismo cuarto último de la casa -quinto balcón de San Andrés. Allí mismo donde ella había nacido, Ariadna ponía en el mundo una mujercita que algún día podría decir «Donde mi madre fuera violada...». Las dos, madre e hija, habían sido poseídas en su desnudez, en su futurible virginidad por la luz de junio... Ocho días después fue llevada a la pila en la parroquia de Maravillas por sus tíos, los exgobernadores. Marina la sostuvo mientras recibía la sal, el óleo y el agua, y el párroco pronunció el nombre... El nombre había sido discutido y defendido por sus padres irreductiblemente. No habrían admitido jamás ninguno de los nombres vulgares que se prestan a diminutivos o deformaciones familiares. Sobre todo, no habrían admitido

jamás un nombre que no les diese la seguridad de que habría sido aprobado por el maestro, un nombre que no fuese suficientemente noble, alto... Decidieron el nombre irreproachable, Elena... El párroco pronunció el nombre sublime, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... Las velas y la lamparilla en el vidrio rojo palpitaron al abrirse la puerta de la iglesia..., se cerró la puerta y la pequeña comitiva salió al sol, en la calle del Dos de Mayo.

Si Elena viene con nosotras, querrá llevar también a Isabel. No es que a mí me importe, no, pero si lo saben las otras chicas dirán... Ya dicen; no se puede evitar. Las que dicen son las envidiosas, porque si ella no fuera la primera de la clase pasaría inadvertida, pero como lo es dicen que yo la distingo, y añaden, *aunque...*, *bueno...*, *a pesar de...*, etcétera. ¿Cómo puedo yo decirles a las chicas que a mí ese *a pesar de...* me tiene sin cuidado? A las chicas no podría decírselo, no podría explicárselo razonablemente -no sé siquiera si me lo explico a mí misma-, pero a las madres menos y son las madres las que lo propagan. Las chicas lo han aprendido de ellas, lo han pescado en sus comadreos, y eso puede perjudicarme, afectar a la buena fama del colegio. Ellas, las comadres, temen también que el hecho afecte, en cierto modo, a sus hijas. ¿A la fama?... No sé si será a la fama porque ¿puede afectar a la fama de unas cuantas hijas de tenderos -bien específicamente, carniceros, panaderos, verduleros y hasta el más lujosamente instalado; el electricista-, puede afectar a su fama el haber sido educadas -suponiendo que estén siendo educadas- en un colegio donde se admite a una niña de padre desconocido? ¿O será que las comadres temen que el contacto de esa niña influya en la moral de sus hijas?... Seguramente temen algo impreciso, un perjuicio vago..., igual que temo yo que sus temores perjudiquen mi fama -no la mía, claro, ya pasé de la edad-, perjudiquen la fama del colegio. Y lo temo igual que ellas porque no lo temo por mí. Es raro; ese temor por la prole en las madres es natural y yo tengo ese mismo temor por Piedita. Claro que Piedita es la prole de mis padres, es la misma prole que soy yo: no sé si será egoísmo... Pero no, no puede serlo porque, precisamente, Piedita es lo que yo no soy..., es como si ella lo fuera por mí. ¡Desde que nació fue una criatura tan hermosa!... Y me he pasado veinte años cuidándola, veinte años temblando por ella. Casi veinte años, todavía no los ha cumplido, ¡Dios mío, veinte años!... Que se los ha pasado aquí, encerrada porque yo tengo miedo..., tengo miedo de todo lo que pueda afectarla. ¿Tengo yo también miedo de eso de la fama? Claro que lo tengo, sólo que cuando uno anda con gentes de letras pone su fama en otro renglón. Y también les tengo bastante miedo a las gentes de letras... ¡Dios mío!, ¿por qué nos tenemos tanto miedo los unos a los otros? Es una enfermedad endémica de la raza humana. Y andan por ahí optimistas diciendo que es necesario desechar ese miedo, que no hay por qué, que el hombre es naturalmente bueno; que es el miedo el que enturbia las cosas. ¿Qué es el miedo? ¡Dios mío!..., ¿por qué digo Dios mío, si no creo en Dios?... Lo he dicho ya dieciséis veces, ¿por qué? Por miedo. No creo en Dios: me atrevo a decirlo, pero dentro de diez minutos vuelvo a decir ¡Dios mío!..., y cuanto más lo digo, más me repito que no creo en Dios... Porque cuando digo ¡Dios mío! es una imprecación, es casi una blasfemia... Tengo miedo de blasfemar. Pero tengo menos miedo de decir *no creo en Dios* que de decir ¡Dios mío!, porque si digo que no creo en Dios lo digo con un acto meramente mental que no interesa a ninguna otra zona de mi ser. En cambio, cuando estoy enfurecida, asqueada, llena de desprecio al género humano, y digo ¡Dios mío!..., qué posos, qué ponzoñas no vomitaré en esa imprecación. Las comadres se inquietan porque sus hijas traten a una chica que es hija de una mujer que la ha tenido... vaya usted a saber cómo. Y me las confían a mí, que me río de eso, de lo otro y de lo de más allá. Claro que no me río delante de ellas, eso no. La enseñanza que yo les suministro es la cosa más modosita..., ellas no soportarían dosis más fuertes. ¿Es por eso por lo que no les aumento la dosis? ¿O es porque, si se la aumentase, sus madres no me las confiarían?... Qué sé yo... Si no tuviera ese temor -el temor de quedarme sin ellas- ¿me atrevería yo a cargar la mano? ¿No tendría yo el mismo miedo que tienen sus madres? ¿No tendría yo un miedo desinteresado, un miedo por la prole de los otros? ¿Soy yo capaz -todavía- de tener ese miedo? Lo dudo... O será que tengo miedo de mí

misma, que tengo miedo de repartir lo que llevo dentro y que ello, de por sí, se desarrolle, se vuelva contra mí y me dé miedo. Lo que me daría miedo, en ese caso, no sería que se volviese contra mí prácticamente -con resultados prácticos-, sino que se me pusiera delante, que se hiciera ver... Todas mis cosas son racionales, rematadamente racionales; no es que tema descubrir un fondo turbio en lo que creo cristalino... Lo que temo es verlo, simplemente, ver su..., en fin..., su faz habría que decir en este caso; su fisonomía o rasgo o gesto de desolación. Esto es estúpido porque, si sé que es desolación lo que hay en su gesto, ¿por qué voy a espantarme de verlo, cuando me paso la vida considerándolo? Es un temor muy poco decente; es el temor de que lo vean los otros, de que vean que es cosa mía porque cuando lo considero yo, a solas, no lo vemos más que Dios y yo..., es un decir, por decirlo de algún modo. Ahora no se me ocurre decir ¡Dios mío!, no, no me sale... ¡Vaya!, ya está ahí Elena, seguramente acompañada.

-Piedita nos dijo que estuviéramos a las tres en punto.

-Ah, ¿fue Piedita quien marcó la hora? Veremos lo que tarda en estar arreglada.

-¡No tardo nada! Ya estoy.

-¡Qué milagro!

-Oh, Piedita, qué guapísima estás. ¡Con ese sombrero! Es precioso.

-¿Precioso? Es un pavero de cuatro cuartos.

-Y eso ¿qué tiene que ver? El verde le va... ¿No es verdad, Isabel?

-Le va al pelo.

-¿Al pelo nada más?

Al pelo y a todo el resto... Pareces... A ver ¿qué pareces? Ah, sí, una Divina Pastora.

-¡Elena!, tienes una imaginación... Vamos, id bajando. Ahí viene el cartero.

-Señorita doña Laura.

-Sí, gracias. ¡Es de mi hermano! La leeré cuando estemos sentadas en la hierba, en el tranvía no puedo leer.

-¿Cuánto tarda el tranvía?

-No sé; supongo que una media hora. Pero más vale así, habréis hecho la digestión para cuando bebáis el agua ferruginosa.

Yo no la bebo. ¡Qué asco!, sabe a sapo.

-Tú la beberás, Piedita, que no sabe tan mal.

-Pues a mí me gusta.

-¡Elena!...

-No es precisamente que me guste. En casa, si me la dieran en un vaso, no me gustarla, pero la idea de beberla en el caño ese y, sobre todo, saber que el sabor es de hierro, que está uno bebiendo hierro.

-Sí, eso es verdad... A mí, de pequeña, me gustaba chupar las llaves.

-Ah, ¿te acuerdas? Buenas reprimendas te ganaste.

-A mí también me riñe mi madre por chupar las agujas de ganchillo.

-Ah, ¿tú también las chupas, Isabel?

-Y yo, y todo el mundo. ¿Usted no las chupa nunca, doña Laura?

-¡Elena, qué cosas tienes!

-Pero qué tontería; ni que fuera una cosa mala chupar las agujas de gancho. ¿Le parece a usted que no se debe preguntar?

-¿Por qué no, Elena? Tienes razón. No es nada malo.

-Entonces ¿las chupa usted o no las chupa?

-¡Eres imposible!... Bueno, para que te quedes tranquila, alguna vez debo de haberlas chupado.

-Eso es lo que quería saber, porque si alguien no las ha chupado nunca no puede ni imaginar lo que es ese sabor. ¿Cómo describiría usted ese sabor?

-Describir un sabor... no es cosa fácil.

-Claro que no es fácil, por eso me gustaría que lo describiese usted, o tú, o tú..., porque todas lo conocemos. A ver si yo lo describo... Es un sabor que es casi un dolor. Sí, eso es; llega un momento —cuando ya lleva uno un rato chupándola- que casi no se puede resistir; es como si el sabor fuese punzante. No picante, no; es que se hace cada vez más agudo. Algo de eso pasa con el sabor de la menta, pero la menta es siempre fría y la aguja no. También se parece un poco al sabor de la sangre, pero el sabor de la sangre es más gordo; el de la aguja es finísimo..., es limpio...

-Te vas acercando. Es posible que en el sabor de la sangre haya algo que concuerde con el sabor del hierro.

-Sí, puede que la sangre sepa a hierro, pero no a aguja.

-Parecería que la aguja fuese para ti la mejor golosina.

-¿Golosina?... No, el sabor de la aguja es como un sonido que está vibrando mientras uno piensa en otra cosa... Uno se queda pensando, con la aguja en la boca, y piensa algo del color del sabor... Ah, eso es importante, lo del color. El sabor se parecerá al de la sangre, pero el 'color no es ese rojo simple..., colorado. Es un rojo que a veces se ve en la iglesia, en paños, en cortinones..., un rojo lleno de azul... Sí, eso es; uno chupa la aguja y el color -o el sabores misterioso...

-Bueno, ahí viene el tranvía. Vamos, subid. No os quedéis en la plataforma. Luego acabarás de contarnos lo de tu aguja misteriosa.

El caño, dándole el sol toda la mañana; está tibio, pero el agua está fresca, aunque no muy fresca, y sabe, si no a sapo, a algo vivo, a algo entrañable, al hierro entrañado de la tierra. Sabe a algo sustancial, se podría partir el pelo en cuatrocientos -cuatrocientos es un número perfectamente concebible y el pelo se podría partir en lo inabarcable, en lo incalculable, porque son inconcebibles las venas de la tierra- son inconcebibles porque no son venas -por donde viene y se reparte luego por las venas -verdaderas venas- de los chicos que traen las madres, llenas de fe, y esa nodriza -les traen y les obligan a beber, sujetan a los pequeños contra el caño como contra la teta de una pasiega- y esa vena abierta queda fuera del recinto, su pródiga riqueza está al alcance de todos. A lo acotado, a lo regio sólo entra el que tiene una tarjeta. Hay que entrar, con ella, por una puerta y pasar por unos guardas -pasas por delante de ellos, pasas por su permiso; una ancha zona de oposición, de temor, de desconfianza... ¿Será posible pasar?... ¿Será suficiente la tarjeta?... ¿Será auténtica?... ¿No habrá caducado?... En la avenida de entrada -enorme- la grava suena bajo los pies como algo difícil de mascar, algo artificial puesto allí para dejar delimitado el -suelo con aquella dureza que no suena a campo. Luego, ya no suena: se empieza a pisar la tierra, que no es blanda, pero parece suave, silenciosa, tanto que se deja olvidar. Se puede correr y avanzar por los caminos laterales, por donde no hay caminos, por entre malezas de donde surgen a veces bichos que estaban allí escondidos, pero parece que brotasen de la tierra, como el agua. Unos echan a volar, otros corren, se escurren por entre la hierba, veloces, dejando un surco -un surco dejado ya antes por ellos mismos- por sus congéneres mismos, por sus mismos -y corren como corre un chorro de agua por la arena y se meten en ella, por otro agujero. Y las flores que empiezan -innominables para el profano- se ve que delectan la estación. No son las flores

silvestres ya prestigiosas -margaritas, ancianos, amapolas- ni las más rudas -retamas, jaras, cantuesos, que nunca vendrían a los jardines señoriales-, son *fioretti* -al gusto de Francesco y al de Sandro-, minúsculas, exquisitas, imperceptibles para quien no las busca y las contempla, escondidas, ignoradas... De pronto, en una umbría, al volver una esquina -una esquina que no es más que un término de la espesura-, en el lugar donde da el sol naciente, donde el mediodía es cálido y por la tarde queda una luz fugitiva..., allí mismo, esplendente, recubierto de blancura de arriba abajo, un arbusto ostenta todo su lujo para sí mismo...

-¡Ah, doña Laura! ¿Qué es esto tan precioso?

-Un espino, un espinillo. No me gusta ese nombre tan tonto: yo siempre digo *une aubépine*.

-Sí, es más bonito, suena mejor.

-No es que suene mejor, es que dice más. Fíjate, si digo un espino blanco, miento una cosa que está a la vista: tendría que decir un alboespino y eso suena muy antiguo.

-Es verdad, habría que decirlo hablando en verso. Pero lo grave es... No, si ya sé que no se puede hacer... Lo grave es que no podamos llevarnos una rama, porque es como para sentarse delante, y estar mirándola dos horas.

-¡Oh, no, Elena!, las flores cortadas...

-¡Ya salió!... Ésas son las cosas que le enseña a mi hermanita la señora Smith.

-No me las enseña: ella las dice y a mí me parece que tiene razón. Una cosa muerta...

-Pero Piedita, no es una cosa, es una flor. Muerta o viva, imagínate cómo estarías con una corona de flores...

-Ah, Elena, qué bien conoces su flaco. A eso no te contesta.

-Es que Piedita parece más hermana de Elena que de usted. Y además parece que fuera su hermana pequeña... ¿No es gracioso?

-¡Ya lo creo!... ahora eres tú la que le pones los puntos sobre las íes a Elena.

-Y mañana usted le pondrá a ella un número diez.

-Se lo pongo siempre. No hay quien le quite el primer puesto.

-Porque tiene usted mucha paciencia conmigo, doña Laura, y además comprende todas mis cosas. Usted lo comprende todo.

-Me halaga mucho que lo creas, Isabel, pero no puedo dejarte en el error: hay muchas cosas que no comprendo.

-No, no las hay, no hay ninguna. Usted ha comprendido lo que he dicho de Elena y Piedita, y no todo el mundo lo comprendería.

-Está en lo cierto, doña Laura, puede usted creerla. Puede usted creer todo lo que diga: yo me hartó de decirle que es genial.

-¡Te hartas!... Ya te diré yo de lo que me hartó...

-Bueno, no vayáis a reñir por eso.

-Oh, no, esté usted tranquila, no reñimos jamás. A veces me dan ganas de darle un capón, de tan genial como es. Fíjese usted, fíjese bien en lo que ha dicho... Piedita parece mi hermana pequeña...

-He dicho que Piedita porque hablábamos de Piedita, pero todo el mundo, sea quien sea, siempre parece tu hermana pequeña.

-¡Isabel!..., tienes un ojo clínico que me está resultando peligroso. ¿Qué dices tú a esto, Elena?

-Lo que ya he dicho, es genial...

-¡Vamos, niñas!... Ya no tenéis edad de revolcaros en la hierba

-¿De qué tengo yo edad, doña Laura?... Yo no lo sé, no lo sé. Y eso es lo que olfatea esta chica, con su genialidad. Me preguntó una vez cómo es que yo hablo de tú a Piedita, siendo tan mayor, y me puse a explicarle... No acabaría nunca... ¡Cómo bajaba las escaleras Piedita, corriendo conmigo en brazos! Mi abuela le decía ¡La vas a estrellar!..., pero a mí no me daba miedo: me encantaban las fuerzas que tenía. Me llevaba con un solo brazo y yo debía de pesar ya bastante... Tendría unos dos años y ella unos doce, ¿no es eso?... Es mayor la diferencia entre nosotras que entre Piedita y mi madre... Cuando ustedes vinieron a la casa Piedita tendría poco más de tres y mi madre unos nueve. Entonces era mi madre la que bajaba por ella y se la subía a casa... La subiría también corriendo, aunque eso ya es más pesado, pero también es menos peligroso Es raro, ¿pero puede usted creer que recuerdo tan claro cuando mi madre subía cargada con Piedita como cuando Piedita bajaba corriendo conmigo en brazos? ¡Igual, completamente igual!... La luz de la escalera hacia arriba o hacia abajo, y eso repitiéndose durante tanto tiempo y los pequeños cambios... No, pequeños no, grandes y bien grandes, pero tan lentos como el minuterero..., un minuterero que en vez de medir minutos midiese años. Y las modificaciones del tú y el usted, delante de las discípulas... Piedita llamando a mi madre doña Ariadna. ¡Qué cosa horrible!... Y todas las cosas que pasaron en la casa, que parecía que siguieran pasando porque se hablaba de ellas a todas horas, la catástrofe de mi abuelo, la llegada de mis tíos. Y luego la de ustedes... Recuerdo perfectamente una cosa... ¿Dirá usted?... La instalación del letrero en la barandilla de los balcones...

-Pero Elena, cuando nosotras llegamos a la casa tú no habías nacido.

-Es verdad, claro que es verdad, pero sin embargo yo lo recuerdo... Y no es como lo que recuerdo de cuando mi madre corría con Piedita por las escaleras, no. Esto lo recuerdo con una seguridad, con la seguridad de haberlo visto... Pero ¿cómo puede ser?...

-¡Ah, sí! Elena tiene razón. Ahora recuerdo yo el letrero que teníamos al principio. Era una especie de lienzo o de hule, con letras pintadas y luego pusiste el letrero blanco, de media caña.

-Eso es, Piedita, tenías que recordarlo porque lo que yo recuerdo es que me tenías en brazos y mirábamos a los hombres descolgarse por el balcón para sujetar el letrero, y **nos** daba miedo que pudieran caerse... Y luego nos mirábamos desde la calle y nos parecía tan bonito...

El jardín, el espino, la primavera no quedaban abolidos, no quedaban olvidados: quedaban incluidos en la casa, en la historia de la casa. Aquí, en el momento presente, estaba todo aquel pasado como si sólo se pudiera ver desde aquel entonces todo este ahora... Como si sólo pudieran verlo los que componían aquel tejido de recuerdos, los que ante aquella primavera, arrancando aquellas florecillas, hierbecillas, piedrecillas... recordaban todo el camino seguido... El canino, no todo él era risueño, pero siempre digno de fidelidad, siempre grato, melancólicamente grato: dolorosamente, trágicamente, monótonamente, risueñamente, sombríamente grato. El camino había sido una cadena de contactos que se eternizaba, fuertemente eslabonada... Y, sin embargo, en este ahora, algo quedaba fuera de la cadena, alguien que en el presente era tan real, tan fiel al presente, tan participante de lo que se está dando ante los ojos; alguien que tiene vivido su camino con tanta devoción... Pero cuyo encadenamiento no posee tan lejana regularidad... No puede esta otra historia mostrar sus eslabones, sus escalones subidos, porque en ellos no hubo diálogo, no hubo broche, no hubo respuesta continuada... Hubo temor, vergüenza -es difícil pensar claramente ese concepto, vergüenza—, soledad. Era un pasado no compartido, del que no era posible decir ¿recuerdas?... No era posible decirlo, pero aunque no llegase a sonar la pregunta, había una respuesta firme... Había una mirada vigilante -dominante, eso es cierto-, allanadora de obstáculos, demoledora de todas las barreras. Una mirada que se atrevía -a decir «¡Recuerdo! Yo recuerdo tus recuerdos, yo los adopto, siempre que tengas confianza...». Por esa mirada,

por esa confianza se podía seguir, se podía tolerar los motes irónicos sin mansedumbre, sin humillación... Se podía emplear la pelea al modo masculino, rodar por el suelo, como los chicos ruedan en sus luchas callejeras... Y la mirada dominante imponía otro punto de vista, llevaba a la otra mirada hacia un lugar novísimo, sin recuerdos... ¡Mira el barquito del telekino! -dijo mira, no mirad-. ¡Míralo allá, en la otra orilla del lago!... Mi padre me dijo que no dejase de verle... Será ése, ano, doña Laura?...

-Sí, ése debe de ser. Desde ese pabelloncito de ladrillos es desde donde lo conducen.

-¿Y va solo?

-Completamente solo.

-¡Cómo me gustaría ir en él!

-¡Piedita! Tú, que no cortarías una flor, le quitarías al barquito todo su misterio.

-No le quitaría nada. Yo iría en él y me dejaría llevar.

-Yo no iría. Lo que a mí me gusta es verle desde aquí. Fíjate, Isabel, mírale cómo va solito...

-Bueno, niñas, es hora de merendar. Te dije, Elena, que no trajeses nada. Aquí tenéis bocadillos de ternera y mandarinas.

-Es que quería que probase usted estas mediasnoches: son originales.

-¿En qué consisten?

-Son simples mediasnoches, con un buen pedazo de chocolate dentro y puestas al horno.

-¡Oh, qué buena idea!

Entonces, el barquito siguió paseándose por el lago. Vino acercándose, luego evolucionó un poco y por fin llegó al pabellón de ladrillos como vienen los cisnes a comer en la mano... Y los bocadillos eran exquisitos. Estaban hechos con rajas de ternera a la cacerola y algo de la salsa había empapado el pan. Tenían un sabor muy casero; allí, al aire libre, recordaban la cena, el rebañar del plato... Había que beber agua -la fuente allí mismo- para experimentar las mediasnoches, tostadas y traspasadas por el chocolate... Y el barquito emprendía un segundo giro, y la quietud y el silencio eran tan grandes que se podía escuchar el absoluto silencio que le conducía... Y las mandarinas se desnudaban fácilmente, se desprendía la cáscara y sonaban al romperse las venillas que la sujetaban a los gajos. Y el olor, casi floral, perfume que barría los sabores grasos, densos, remataba el acto de comer, lo recubría con su limpieza -aquí no ha pasado nada—, todo se difundía en la estela de una sensación depurada...

-¡Ah, se me olvidaba leer la carta de Manolo! Y por el peso, es todo un cartapacio.

-Entonces, mientras usted lee, ¿damos nosotras una vuelta alrededor del lago?

-Bueno, pero no os vayáis lejos.

-Y ahora cuenta, ¿qué hay del asunto?

-Yo creo que es un hecho.

-¿Y te deja tu hermana?

-Sí, la señora Smith la ha convencido. Le ha dicho que me necesitaba, que no encontraba otra pareja para su Leandro... Leandro no es su hijo, no. Su hijo es Sansón, un bruto: se le ha metido en la cabeza que él tiene que ir de Sansón, porque le va al tipo.

-¿Y la niña de la señora Smith, tu discípula?...

Ésa va de Ofelia, también le va como un guante. En cambio, la señora Smith, que es muy guapa, se va a vestir de vieja. Figúrate que, para que las chicas no vayamos solas, han ideado ir ella, su consuegra y una amiga, de Parcas. La carroza figurará por la parte de delante

una gruta, y allí dentro irán las tres Parcas, hilando, con unas batas grises, finas como telas de araña y melenas blancas hasta el tobillo. Encima, como si la gruta estuviese en una montaña, en la parte más alta va un Cupido, apuntando con la flecha.

-Y el Cupido ¿quién es?

-Nadie, el Cupido es de cartón piedra. Lo hizo un empleado de su fábrica en Valencia, un chico que hace allí fallas. Y va a hacer también las rosas de papel, cientos de rosas de papel que caen desde el Cupido en guirnaldas y envuelven a los amantes célebres. Cada pareja va como atada por una guirnalda de rosas... Hasta los caballos, cuatro percherones blancos, llevarán como riendas guirnaldas de rosas.

-¿Y quién los guía?

-Ah, ese problema costó mucho resolverlo. No quería la señora Smith que hubiese delante un par de cocheros que quitasen la vista al grupo de las Parcas y se le ocurrió poner, sentaditos al pie de la gruta, a dos chicos pequeños, vestidos de amorcillos -con camisetas de color de rosa, puedes figurarte-, que llevasen cogidas las riendas, pero claro, los chicos no pueden guiar los caballos, entonces se le ocurrió poner a cuatro muchachotes -no sé de dónde los sacaré- que vayan a pie, vestidos de faunos, llevando a los caballos de la cabezada.

-¡Pero es fantástico, Piedita, es fantástico!... Aquí no se ha visto una cosa así. Claro, la señora Smith debe de haber aprendido esas cosas en Niza y en tantos sitios como ha recorrido. Creo que ha estado en el Japón, ¿no?...

-Sí, vino loca. Quería haber hecho un dragón como los que hacen allí, pero no la secundó nadie porque no tiene lucimiento para los que van dentro.

-Claro, claro. En cambio, en esto vais a estar deslumbrantes. Bueno, como guapa ya sabes que vas a estar en primera fila, pero también tienes que estar animada, tienes que hablar... ¿Cómo es tu Leandro?

-Pues no está mal; rubio, delgadito, muy alto. La señora Smith le rizó todo el pelo con sus tenacillas. Él no quería dejarse, pero le agarró... Mi hermana dice que es una mujer frívola, pero está en un error: se interesa mucho por el ocultismo.

-¡Ah!... No, no vayáis por ahí derecho. Damos un poco la vuelta y llegamos por detrás al bosquecillo donde está el espino: tengo una idea.

-No, Elena, podemos vernos en un compromiso si te lo descubren.

-No podrán descubrirme nada porque no habrá nada cubierto.

-¿Y entonces?

-Entonces, quítate el sombrero y dame dos o tres horquillas.

-Se me caerá el moño... ¡Oh!..., ¿esa rama enorme te atreves a cortar?

-No es tan enorme y me encanta cortarla. Es lo justo para dar la vuelta alrededor de la copa. Fíjate, ¿puede alguien creer que este sombrero no fue siempre así? A ver, pónelo. ¿Qué te parece, Isabel?

-¡Fenomenal!

-Pero ¿voy yo a atreverme a pasar con esto por delante de los guardas? Además, mi hermana no lo va a consentir.

-Tu hermana ni lo va a notar.

-Te apuesto...

-Lo que quieras.

-Hemos tardado un poco: creería usted que nos habíamos perdido... ¿Malas noticias?...

-Muy malas.

-¿Manolo?

-No. Magdalena... A estas horas ya deben de haberla operado y la cosa es grave, muy grave...

No me atrevo a decírselo ni a Isabel, aunque no sé si se lo debería decir..., no sé. ¿Es mejor hablar de ello o no hablar?... Si se lo cuento a Isabel, la meto en el conflicto, si no se lo cuento no sé si en su cabeza se ha producido el mismo lío. Sospecho... me está oliendo a que sí, y tal vez más complicado. Lo que yo encuentro grave le parecerá exagerado, y le parecerá grave que yo lo encuentre... No se lo cuento, no quiero que me diga que es una cosa idiota sabiendo, como sabe, que no es idiota. ¿Quién podría entenderlo mejor que ella, después de haber visto lo que pasó?... Doña Laura acongojada -seguramente lloró a mares mientras nosotras dábamos la vuelta al lago- por la enfermedad, por la muerte, es bien probable, de su cuñada... ¿Cómo será Magdalena?... Datos..., el chico, Ramón, es muy guapo, dicen, «tan guapo como su madre»... Y don Manuel, «Manolo, enamorado de Magdalena»... «Para Manolo sería fatal»... «No lo soportaría»... Sí, todo eso es Magdalena. Si se muere -porque tal vez no pase la operación-, ¿qué harán todos ellos?... ¡Qué oscuridad les caerá encima!... No me imagino cómo se quedarán el padre y el hijo, pero a doña Laura, que adora a su hermano, me la imagino sollozando, enlutada... Esto es lo primero que imaginé, Piedita de luto... La persona más ignorante o la más malvada o la más egoísta tiene que darse cuenta de que la muerte de esa señora es mucho más importante... más impresionante... No sé, no sé decir lo que es, pero yo lo siento como el que más. Yo veo que es trágico, que es suficiente para dejarle a uno apabullado, y, sin embargo, yo pienso en Piedita de luto... Bueno, lo que pienso no es cómo va a estar, sino cómo no va a estar..., cómo se va a hacer imposible todo lo que está pensando ahora... Lo que más me angustia es que no ha sucedido como cuando ocurre una catástrofe. Si esa señora se hubiese muerto, todos estaríamos tristísimos, aterrados como si hubiéramos visto hundirse medio mundo. Todos estaríamos como si se nos hubieran hundido cosas propias, cosas diferentes, pero iguales en eso de hundirse... Y como uno tiene el sentido de la proporción, hasta en las cosas que no se pueden medir... Un caballo es mayor que un perro, pero se puede sentir más la muerte de un perro que la de un caballo... Y en estas cosas uno tiene idea de la medida, no porque nos lo hayan enseñado desde pequeños, no, si fuera eso solo..., pero no lo es. Es que todos hemos medido las cosas dentro de nuestra cabeza, hemos imaginado todo lo que puede pasarnos y, cuando les pasan a los otros las cosas que hemos imaginado, ya sabemos... Por esto, si hubiera ocurrido la catástrofe, todos estaríamos pensando en los que habían perdido más... pero no ha ocurrido. Eso es lo difícil de calcular... A esto, me dirían..., ¿quién me lo diría?... ¿A quién podría yo irle con esta historia?... Sólo a Isabel, claro, pero no quiero irle con ella por... Creo que no podré menos de ir. No podré soportar yo sola este problema... Problema, calcular... la gente se asusta cuando uno emplea estas palabras, como si les mentará a la bicha... «¡Pero esta niña, cómo habla!», dicen... Pueden irse al cuerno... Isabel entiende estas cosas, lo que quiere decir que acabaré contándoselo. Si no se lo he contado ya es porque sé que hay en todo ello algo que no le gusta nada, pero nada... En fin, es el caso que la catástrofe no ha ocurrido, todavía, pero está ahí; se va a saber de un momento a otro si ocurre o no ocurre... No, no, si ocurre en seguida lo sabremos, pero a lo mejor estamos muchos días sin saber en qué queda la situación... Bueno, aquí hay dos cosas; tengo que plantearme el problema bien claro, calcular todo, calcular hasta el mínimo detalle... Hay un inconveniente y es que algunos detalles tendré que averiguarlos porque no quiero intervenir en ellos, no quiero fabricarlos yo. Mañana, nada más ver la cara de Piedita tal vez comprenda o tal vez no porque ella, para ella misma, ¿se habrá planteado el problema?... Si para ella no hubiese problema, eso lo vería en seguida. Si ella estuviese abrumada por la noticia, si ya no pudiera pensar en otra cosa, si diera todo por terminado definitivamente, no habría más que hablar..., pero ¿y si no?... ¿Y si está queriendo conservar la esperanza?... Es probable que ella esté aferrada a esta idea de conservar la esperanza porque eso es lo natural; eso es lo que estará pasándole a su her-

mana. No habrá dormido en toda la noche: habrá estado rezando... No creo, me parece que ella es de las que no rezan... Aunque puede que en esta ocasión, si no rezando, algo parecido... Y hasta puede que rezando como cualquier hijo de vecino... Pero Piedita..., ésta es la otra fase del problema -la que a Isabel la encorcharía-, ¿me interesan a mí los asuntos de Piedita como para quitarme el sueño?... No porque sean de Piedita -esto es lo que no podré nunca meterle en la cabeza-, sino porque este asunto, éste que ahora es el asunto de Piedita, es como para quitarle el sueño a cualquiera..., a cualquiera que sea capaz de perder el sueño por un problema. No hay mucha gente que se desvele por un problema sin solución -éste, si hay problema, solución no la tiene. Problema hay si Piedita está conservando la esperanza de su proyecto, cosa que no se confesará a sí misma. Yo no quiero hacer que me lo confiese a mí, no quiero que crea que yo se lo sugiero. Si ella se ha planteado el problema, trataré de ayudarla, dato está. Claro que no podré ayudarla más que a aguantar... Lo más difícil de soportar será eso, no saber cuánto va a durar la incertidumbre... Aquí hay algo tan enrevesado que no soy capaz ni de pensarlo claro... La incertidumbre es una cosa insostenible y vamos a suponer que dure diez o quince días. Según como termine el asunto, la incertidumbre se aplacará o se borrará de un modo muy diferente... Supongamos que, después de diez días de una angustia horrible, esta señora se muere: entonces nos parecerá poco lo que nos hemos angustiado, nos parecerá que ella se merecía más, mucho más de esa angustia, que era como una ofrenda que le hacíamos, trataremos de consolarnos pensando que la hemos acompañado con ella y estaremos seguros de que ella lo ha percibido, de que ha sentido nuestra despedida -me revientan esas gentes que dicen «a mí no me gustan las despedidas»..., como si fuera cosa de gustar. A nadie puede gustarle despedirse, pero si llega el caso ¿cómo no esperar hasta que el tren se convierta en un punto, y luego ni un punto?..., pero no se trata de esto ahora. Ella lo habrá percibido y habrá recibido nuestra angustia como esas cosas que ponían en los sepulcros las gentes antiguas: así quedaban en paz con los muertos... Eso es, si se muere. La angustia queda en paz, pero ¿y si no se muere?... ¿Y si después de diez o quince días se pone buena?... Claro está, se pondrán todos muy contentos. Claro, claro que sí, se pondrán todos, y yo misma, muy contentos, pero aquellos días de angustia... No, no, no..., si lo miro superficialmente, parece que es que siento haber gastado inútilmente una cantidad... No es eso, no es eso en absoluto: es que en aquellos días se murieron tantas cosas... Si no se muere, después de quince días, la alegría de que no se haya muerto no sirve para ir hacia atrás a buscar la alegría que se debía..., que se podía haber tenido... ¡Ya estoy en lo mismo! Claro que ella merecía esa interrupción que nos dejó -yo tengo que meterme en el asunto como si fuese cosa mía para entenderlo hasta el fondo-, ella merecía que nos hubiéramos quedado sin aliento, esperando... Pero ella merecía -o merece- una alegría verdadera, entera, si sale del peligro. Merece ese cambio de la luz, «¡Vaya, ya pasó la tormenta: ahora vamos a vivir al sol, todos tan contentos!»... No, eso no será así... por parte de Piedita. Será por parte de doña Laura, aunque tal vez tampoco pueda serlo porque sí doña Laura nota en Piedita ese descontento, esa especie de decepción... No, decepción no puede ser, pero sí ese desconcierto que le queda a uno cuando algo le ha salido mal, cuando quiere corregir o enmendar algo... Porque Piedita querrá volver a estos días, a esta ilusión... ¿Cómo va a poder Piedita recobrar la alegría de hoy por la mañana -de hoy no, de ayer, debe de estar ya amaneciendo-, la alegría de ella, esto es lo que yo quiero imaginar, porque si pienso en la mía es muy diferente..., la diferencia que hay entre un retrato y un espejo. Yo siempre podré ver el retrato -la descripción de la carroza, me parecía estar viéndola y la veré, dentro de ocho días, con o sin Piedita, la veré -ella, desde hoy mismo, en cuanto se levante se verá ya cambiada. No sé cómo será el cambio, y eso es lo que quisiera saber. Piense lo que piense, esa expresión un poco tonta -bastante idiota, dice Isabel-, un poco expectante..., siempre parece que está así, «A ver qué pasa»... Esa expresión ya no será enteramente igual. No será como cuando bajábamos corriendo por la cuestecita hacia el sitio en que estaba sentada doña Laura..., ella, con el espinoso en el sombrero. Parecía que corría hacia el lago... El lago estaba lejos, pero le servía de fondo azul, con el barquito blanco, solitario... No podíamos imaginarnos que íbamos a encontrar aquella cara descompuesta, llena de lágrimas... No, ni

siquiera doña Laura podrá recobrar la alegría, en el caso de que haya motivos para recobrarla. Siempre sentirá que tiene algo de culpa en la decepción -alegría y decepción juntas, ¡es como para subirse por las paredes!-, en la inconformidad de su hermana, porque claro que sentiría esa inconformidad, en el caso de..., en el caso de que se deje pasar el tiempo. Ahí sí que se podría decir en el caso de que pierda el tiempo, porque es como el que puede perder el tren. La carroza va a pasar dentro de ocho días, pero no es como eso que se ve a veces en la estación, uno que llega echando el bofe, perdiendo el sombrero, y salta y le agarran desde arriba y le suben en vilo... No, aquí, Piedita tiene que estar tomando el tren desde hoy mismo; tiene que tomar el billete, tiene que decirle a la famosa señora Smith que no desiste, que va, pase lo que pase. La señora Smith no admitiría que le dijese, iré o no iré, según se den los acontecimientos... Y ahí contará mucho la culpa de doña Laura porque la decisión de desistir o continuar hay que tomarla hoy mismo y... vamos a suponer que Piedita, en su fondo, la haya tomado; antes que a la señora Smith tiene que comunicárselo a su hermana ¿qué puede pasar entre ellas si se pone a la vista la diferencia de... sentimientos? No sé, no sé si es cosa de sentimientos... Es cosa de que el sentimiento, en doña Laura, es el sentimiento y nada más, la noticia le ha caído de golpe y, en medio de su vida, tan aburrida, el sentimiento es algo: se zambulle en él y todo lo demás se le olvida. En cambio Piedita... no se me ocurre pensar que no tenga un gran sentimiento, pero vamos, yo creo que no puede echarse de cabeza a sentirlo; yo creo que lo que hará será querer quitárselo como se quiere quitar un dolor... Claro que a lo mejor no... No consigo ver claro. Yo me pregunto si doña Laura será capaz de ver... Y, si lo ve, ¿qué hace?... Porque si Piedita se entrega al sentimiento, si da todo por perdido -todo lo actual, es decir, todo lo de ayer-, habrá entre ellas una armonía. No porque se pongan de acuerdo, sino porque concuerden. Pero ¿y si Piedita quiere salvar, por encima de todo, la esperanza?... Claro que esa misma posición, ese estar agarrada a la esperanza, será la de su hermana y, ahí, ¡qué discordancia!... ¿Podrá este asunto crear la discordia entre ellas?... ¿Podrá doña Laura decirle alguna de esas frases vergonzosas -vergonzosas para el que las dice y para el que las oye-, esas frases que no es que pongan las cosas ahí delante, en cueros, sino que las tiñen de un color chabacano...? «¿Cómo puedes seguir pensando en eso sabiendo que tu hermano?»... No, no es posible que llegue a ocurrir una cosa así... Es inútil, no sé qué pensar... Ya hace rato que ha amanecido...

-¡Isabel!

-Es muy temprano para llamar, pero no pude menos. Bajé por el pan y me encontré en el portal al chico que traía el telegrama. Subí con él y doña Laura lo leyó: «Operación efectuada. Escribo». No dice más.

-Cuando no dice más, es que no ha habido desastre.

-Eso parece.

Vamos abajo, a ver qué creen ellas. ¿Estaba pesimista doña Laura?

-Yo creo que sí, pero lo disimulaba. Me parece que por no angustiar a Piedita... Ya, ya sé lo que estás pensando.

-¿Qué es lo que sabes?

-Lo que estás pensando, te acabo de decir. Y seguramente llevas pensándolo un rato largo.

-¿Tú no?

-Sí, yo también... Eso se le ocurre a cualquiera.

-Y entonces ¿qué cara ponemos?... No es que tengamos que poner una cara compungida. Lo que quiero decir es que ¿cómo vamos a disimular que estamos pensando en lo que estamos pensando?

-¿Crees que es tan malo pensar eso?... Para doña Laura sí, claro, pero ¿es que es tan malo, es que es posible no pensar en ello? No digo tú, que tienes esas debilidades...

-Yo no tengo debilidades. No le llamarás debilidad a pensar las cosas, sean buenas o sean malas... No tengas tú esa debilidad. Me estaba resultando demasiado bonito que pensases lo mismo que yo, pero si sales con lo de las debilidades, es que no lo ves como yo lo veo. No entiendes que a mí me obsesiona como un rompecabezas que hay que componer.

-Está bien, vamos a componerlo, pero ¿cómo?

-No sé, cuando estemos abajo veremos el cariz que tiene.

Una alteración, un trastrueque de lo cotidiano hacía la cosa insondable. Diferencias en el orden del día, asumían el papel de obstáculos a la investigación... Las chicas, en la clase, escribían con orden, con silencio respetuoso. Piédita dictaba Historia de España... No quiso mandarlas a casa; ya que habían venido... Pero clase no habría porque la maestra, después de semejante noche... Así Piedita, quedó allí inaccesible... En el cuarto de doña Laura, los postigos cerrados, la puerta entreabierta permitía preguntarle en voz baja cómo se encontraba, si necesitaba algo, qué podían traerle... La asistenta vendría tarde, era necesario que tomase algo, podían bajar a la farmacia por algún calmante, preguntarían a don Luis... -Bueno, bueno, preguntadle... -Baja tú, Isabel; yo voy a hacer algo mientras tanto... Sobre la chapa del fogón la cafetera de aluminio tenía agua caliente; bastaba quitar la arandela para que hirviese y hacer la tila... Ir despacito al cuarto y echarle unas gotas del frasquito... ¡Olor tristísimo!..., tan triste que parecía imposible que sirviese para combatir la tristeza..., parecía, más bien, que, como corroboración, la consolase, la hiciera aceptable... «Este aroma exquisito es triste: destila tu tristeza en un doloroso aroma y duérmete bajo su triste exhalación...» Salir de puntillas y desde la puerta de la clase un ligero adiós a Piedita..., subir corriendo al estudio, con un gran paquete... -No, aquí no lo desenvuelvo. Ya sabes que no quiero meter trapos en el estudio, echar hilos por el suelo. Vámonos a mi cuarto. -Fíjate, le ha cundido poquísimo. Tenemos que terminarlo entre hoy y mañana. ¿Qué prefieres, poner la cinta azul o hacer la cadeneta?

-Me da lo mismo, pero tal vez sea mejor que pongas tú la cinta y yo la cadeneta, porque la cinta hay que ponerla primero, ¿no?

-Eso es, tú haces la cadeneta con la seda negra: ponla doble para que quede bien gorda. En el primer trozo está marcado, pero creo que luego puedes seguir, sin marca. No te equivokes.

-¡Qué voy a equivocarme! En los pedacitos que bajan verticales, a la derecha, y en los horizontales, por debajo.

-Exactamente; así parece la greca de relieve, ¿ves? Lo dibujó mi padre y yo lo pasé a la tela; hace un efecto estupendo...

-Y ¿qué van a decir aquí, en tu casa?

-Pues cada uno dirá lo que le corresponde: todo el mundo se sabe muy bien la lección.

-¿Tú te la sabes?

-No, ni tú tampoco: nosotras la improvisamos. También mi padre la improvisaría, si tuviera ganas, pero no las tiene porque todo (o casi todo) le es indiferente... Mi madre repite la lección por cansancio. ¡Da tantas lecciones al cabo del día!, que una más... La que no se cansa de repetirla es mi abuela: ella las larga y las deja sentadas...

-Sí, generalmente le deja a uno sentado.

-Pero contigo no se ha metido nunca, creo yo...

-No, conmigo no. Mira, ¿va bien esto?...

-Va perfectamente bien. Oye, abajo en la clase, ¿dibujáis algunas veces?

-Sí, algo dibujamos: tengo un cuaderno lleno de garabatos.

-¿Por qué no me lo has enseñado?

-Porque está muy mal.

-No lo creo... Tú dibujas... Mira, es una cosa que se me ocurre en este momento... No, no es que se me ocurre, es que la veo. No comprendo por qué no lo he visto antes: tú dibujas...

-Pero no, si no he hecho nunca más que esas tonterías de la clase.

-No digo que hayas hecho nada, digo que dibujas. Fíjate, eso de poner las sombras en su sitio, sin estar marcadas, me demuestra que dibujas. Y vas a empezar a dibujar inmediatamente, mañana mismo.

-¡Mañana mismo! ¿Dónde?

-Arriba, en mi estudio. Hay allí una carpeta muy grande que puede servirte de tablero. Carboncillo tengo bastante y mañana compramos papel. ¿Qué, no te hace?... Por la cara que pones...

-¡Pero Elena!...

-¿Qué pasa, dónde está el terremoto?

-No es terremoto, es... qué sé yo... ¡Ah!..., mira, me equivoqué; puse una a la izquierda... ¿Ves?..., para que te hagas ilusiones.

-No me hago ilusiones. Deshazla y ponla a la derecha. Ya va siendo hora de que no te aturules por la mínima cosa. Te diré lo que nos dijo doña Laura, «¡Ya no tenéis edad!...». Ya no tienes edad de asustarte como un ratón... ¡Con tu estatura! Me llevas varios centímetros...

-¡Qué disparate! No te llevo nada, estamos iguales.

-No señor, no estamos iguales. Ven, vamos a marcarlo aquí, en la puerta... ¿Ves?, centímetro y medio... Con once años, más alta que yo. Tienes que ir haciéndote a la idea de que ya no eres una niñita pequeña. ¿De qué te ríes?...

-De una cosa tan idiota... Figúrate que no estaba don Luis en la farmacia: me despachó el Luis, el Luisito, que tiene ya tantos bigotes como su padre... Y me dice, así, de sopetón, «¡Menos mal que se puso mala tu maestra! ¡Así has tenido que bajar a hablar conmigo!...». Fíjate ¡qué ganso!

-¿A cuántos estamos hoy? Ah, sí, a 7 de abril...

-Pero ¿por qué lo pones en la puerta?

-Porque es el primer día que nos medimos... y porque es el primer día..., a no ser que otras me las hayas ocultado...

-¿Otras qué? No vas a creer que a mí eso me hace gracia.

-Cose y calla.

Luis -Luisito-, ya podía afeitarse los bigotes, pero no se los afeitaba: un día que se los afeitó le dijo su padre, «Tienes cara de cura»... La pugna entre sus padres, a este respecto, era dramática y pesaba sobre él, no como una sentencia, sino como una cadena al tobillo, arrastrada desde... desde antes de nacer. Una cadena que le ayudaba a romper su padre. Ya la había roto; era libre, enteramente libre: esa cadena no coartaría nunca su porvenir..., no, nunca, de hecho. Era sólo la presión del grillo en un miembro, que no quedaba por esto inmovilizado, no, pero la presión del grillo no se borraba y el sentimiento que inspiraba aquella presión era insólito porque no era el deseo de escapar a ella -¡tan fácil había sido liberarse!-, sino el deseo..., el deber... ¿Puede haber un deseo del deber? ¿Puede el deber ser seductor, hechicero, tiránico como la tentación?... No era el deseo de escapar porque lo que todo grillo o cadena tienen de ajeno no era lo temible. Lo invencible era la impronta, lo que el grillo había dejado como un anhelo de fidelidad... No hay fidelidad sin promesa y él no había prometido nada... Él había sido prometido... ¿Puede una mujer dialogar con el feto que apenas se devana en su vientre, que va dibujándose con los puños apretados contra las

órbitas..., puede atarle con un grillo indestructible?... Se trata no ya del alborear de la vida, sino del brocal de la muerte... La madre, moribunda -así lo creía—, había prometido a Dios, si le fuese devuelta la salud, que su hijo le sería consagrado. La salud le fue devuelta, el hijo llegó al mundo sin presentar huellas del pasado peligro. La terrible promesa dispendió el poder de su esencia dramática en las más soterradas raíces: al exterior se desarrolló con las proporciones pueriles que las mujeres dan a los alimentos -juego, solaz de la mente- de sus hijos. Todo glosado en el comadreo, en la emulación con las amigas... «¿Has visto? Mi curita tiene de todo... Las velitas, los candelabros, el misal. La sabanilla del altarcito se la hice yo misma, ¿ves? Toda de Richelieu...» El juego era encantador por la seriedad y por la habilidad innata que se delataba en las manitas finas, llenas de tacto inteligente... Sin embargo, los enseres eclesiásticos fueron quedando mellados ni más ni menos que los otros juguetes, y a los siete años el juego tuvo su promoción en la parroquia. Entonces fue la sobrepelliz y el incensario, y «Fíjate, fíjate con qué habilidad, con qué tino maneja el apagavelas...». A los diez ya habían sido muchas las disputas de sus padres... Él era el tema, pero se alejaba para considerarlas. Estudiaba los pros y los contras... ¿Cuál de los dos tiene razón?... No se atrevía a juzgarlos... ¿Cuál de los dos quisiera yo que la tuviese?... No dudaba. De aquellas disputas se escapaban frases terribles, brutales. Él huía el murmullo de las voces y las voces se recataban en una cierta confusión; en rociadas de frases intermitentes, que quedaban cortadas... Otras, en cambio, se disparaban como escopetazos y le llegaba neto su estampido, por lejos que estuviese... Brutal, taxativa dentro de la interrogación, «¿Iba yo a dejarte hacer de él un marica?»... O la desgarrada, aullante como un perro nocturno, «¡Es su condenación lo que buscas, es su condenación!»... Y la respuesta tajante; hachazo y escobazo a un tiempo, que arrambla con todo «Si hay Justicia, ¡ójelo bien!, si hay justicia, no habrá más condenación que la mía»... Así que, si hay justicia, eso se da por seguro y se puede aceptar voluntariamente la condena, presentarse ante el juez y declararse culpable... Su padre era capaz de hacerlo, no faltaba más que saber si hay justicia, y eso sólo preguntando allí donde nada del código puede ser ignorado... Si lo hubiera preguntado sencillamente, tal vez hubiera obtenido una respuesta proporcionada a su inocencia, pero hizo un preámbulo, quiso marcar la gravedad de su investigación, mostró una conciencia atormentada, obsesionada por el concepto -no por el sentimiento- de culpa, y el leguleyo -burócrata adocenado en el *guichet* del barrio humilde- soslayó las respuestas, condujo con su autoridad el interrogatorio por el carril que lleva a las sólidas culpas de los chicos. No respondió a nada: preguntó implacablemente... Preguntó... los placeres solitarios, los tocamientos, las visiones espiadas bajo las faldas... ¡No, no, no! Luis negó todo; negó lo que creía haber confesado otras veces. Aunque así fuese, lo negó cínicamente, ferozmente, y no en esa forma, no, no, no, más débil que un No rotundo... A cada pregunta, un No cargado de desprecio por aquella palabra que oía por primera vez, por aquella obscenidad que acababa de aprender, los tocamientos... No a las preguntas estúpidas, No a la banal penitencia... Instalado en el No como en morada recién adquirida, recibió la comunión... Luego empezaron los estudios, la química estricta, la botánica olorosa... y las salidas con los camaradas, nunca sin algunas pesetas en el bolsillo... Y el silencio, con esa faz impía que tiene todo olvido, hasta el de lo detestado, el silencio sobre las disputas familiares, como si ya... Todo lo familiar quedaba, en cierto modo, avasallado por lo externo. La ciudad, que siempre había sido un lugar transitable, el espacio que quedaba entre una y otra casa, una y otra familia: el espacio, las calles para ir de visita... Ahora empezaba a ser una presencia -no una visita, sino un huésped-, algo a lo que todos quedaban obligados -obligados por su realidad y *obligados*, al modo portugués- por gratitud. La tremenda, la imperiosa realidad era grata, era digna de gratitud porque era llena de gracias... La realidad, con todas sus impurezas, siempre cargada con la gracia de su ser, siempre iluminada por el peligro de su dejar de ser, de su mortalidad... Todo, los juegos infantiles, que ya no eran niñerías, que ya podían seducir a los adultos -la ola giratoria, ¡el tobogán, sobre todo!, en el solar de la Cibeles, frente al Banco... El tobogán, edición de bolsillo del orgasmo, anticipación, más que iniciación..., algo así como el goloseo del manjar que se prepara. Y el placer, inmensurable por sobrepasar toda sensualidad, por abarcar..., por

envolver y realizar, sólo con señalarla, la sensualidad suprema, la que se extiende o se infiltra o se adueña palpable con el mismo poder de la mente y del sentimiento, la visión..., el cine. Las Indias inagotablemente descubiertas, lugar de emigración, Eldorado para todos los pobres y todos los ambiciosos..., plantío de ambiciones, muestrario de bellezas -sin canon- más bien instaurador, creador con el solo poder de su índice luminoso..., de su FIAT... El cine, la realidad en imágenes sin cuerpo, sombra y luz... silencio, esto es, atención. Atención sin pestañeo, abrir los ojos y ver..., ver velozmente porque pasa..., la imagen se escapa y no vuelve, pero se grabó suficientemente como para que no haya olvido porque, si ella-la imagen- no queda grabada, pierde realidad y sentido la que la sigue..., su cadena es irrompible, llena toda la noche de la visión y la llena con las más extremadas escenas de amor o de muerte, clamando en el silencio...

Fuera, un clamor se empieza a oír desde lejos, muy tenue, y se va acercando. Aumenta como un tañido metálico..., el badajo golpea sin reposo la campana de los bomberos... Sobre los cristales de la claraboya la luz es rojiza y suben las dos -las dos hermanas- para ver desde los balcones del tercer piso... Arde el cine del Noviciado. Una inmensa hoguera se levanta en la calle Ancha: toda la gente en los balcones. El fuego les ha sacado de sus asuntos propios, el cine les ha convocado al espectáculo de su destrucción, de su propia muerte -quién sabe a cuántos humanos alcanzaría- a su apoteosis, capaz por sus dimensiones de reunirles y de robarles un poco la atención que tenían puesta en su vida privada..., las miradas mandan su lluvia de piedad sobre las llamas... Las dos hermanas descansan en la terrible visión, no por lo de *el mal de muchos*, sino por la libertad que les da la ocasión lamentable... Es reposante comulgar en los lamentos de muchos, relegando..., separando, como quien separa con la mano, el dolor oscuro de lo incierto, de lo que no se sabe si ha pasado -la amenaza del dolor tal vez peor que el dolor mismo, «Lo que has de hacer, hazlo pronto»-, mientras no se sabe es necesario, es liberador, es reconfortante lamentar algo concreto, un dolor real, como si se temiese el fracaso del temor..., como si la intensidad -la verdad, sobre todo- del dolor padecido anhelase ser justificado por el hecho mismo que se aborrece... Un coro de vecinos agolpados en los balcones comenta, banalmente -también la liberación y el reposo que da el comunicar puede provocar la náusea... el dolor degradado por los gritos mujeriles, por las consideraciones, reflexiones y hasta oraciones tópicas de las comadres puede suscitar el rechazo, cortar la corriente de la comunicación-, Laura hace por no oír, mira las llamas con el silencio atónito en que las potencias se concentran, como si estuviese en la sala, ante una grandiosa película. Oye, con el deleite que otras veces le ha inspirado el rumor intrigante de la cabina -especie de susurro de la luz-, el chisporroteo del fuego, el chasquido de las vigas derrumbadas... Piedita se apretuja en un balcón al lado de Elena... -Tú te llevaste una cosa de mi cuarto, ano?... -Claro, hay que terminarlo... -¿Tú crees?... -No *creo* nada, *pero* tú no te preocupes de ello; se terminará a tiempo... -Pero ¿y si...? -¡Ah!, si... Tu hermana está estornudando... -Claro, se tiró de la cama... -Es lo que faltaba... Parece que van dominándolo, ya no hay llamas más altas que las casas; queda el resplandor del rescoldo... Va deshaciéndose la reunión, tardan en irse los íntimos. Ariadna abraza a Piedita, sin comentarios. Eulalia tranquiliza a Laura... No hay que ponerse en lo peor... ¿Quién sabe?... Hoy día hay tantos adelantos... La noche ha sido colmada, sólo persiste el olor desolado que trae el aire. La marcha de los bomberos, ahora con más leve campanilla, se abre paso... ¿Isabel?... desde la tronera el espectáculo era más perfecto... La luz dejó de ser rojiza sobre la claraboya. La escalera esperó el amanecer como todos los días y la mañana fue poniendo todas las cosas en orden. Isabel bajó, por si hubiera clase: no la había.

-Elena, es mejor que bajes en seguida; llegó otro telegrama, tal como temíamos, «Gravedad continúa. Hay esperanzas».

-Iba a bajar ahora mismo.

-Espera un momento. Doña Laura está en la cama con un constipado, de abrigo. Hay que traerle un jarabe. Me dijo Piedita que se lo subiera, pero no quiero... Ve tú, yo te espero en el portal.

-Pero ¡eres idiota, criatura!... ¿Te va a comer el coco?...

-Seré idiota, pero no voy.

-Bueno, no podemos discutirlo ahora. Yo voy y ya hablaremos.

Una mujer espera en la farmacia: no hay el menor ruido, ni dentro ni fuera, pero alguien debe de estar preparando lo que espera la mujer. Sale Luis, ataponando el frasco. Jarabe de Tolú. Luis busca el jarabe en la vitrina. -Ponlo en la cuenta de doña Laura... Luis levanta los ojos, mira a Elena... Nada más.

Josué detuvo el sol... Algunas leyendas, fantasmas, sombras poéticas de otros tiempos, se han deshecho ante la luz de nuestra era racional. Otras, en cambio, sólo ahora logran su eclosión, su eficiencia sugestiva. Ésta del sol obedeciendo, complaciendo, más bien, a Josué -no nos convence imaginarle detenido por una orden; no queremos ver el suceso como un juego de estrategia, sino como una conjunción vital-, ésta, por ejemplo, hoy se entiende -ose vive: ¡quién no la ha vivido!- como un instante en que Josué -digamos- contiene el aliento... Su vida, el flujo de su sangre queda en suspenso, mientras el torrente de su voluntad -«Voluntad es sólo lo que dice SÍ o NO»- se precipita en catarata de afirmaciones y todo, el orbe, la atmósfera, los astros quedan detenidos -no ríela la luz en el agua, no cambian las sombras en las dunas-, engendrando velocidad... Elena piensa, antes de nada, que tiene trece años y, no seguida, sino simultáneamente, piensa que hace trece años que conoce a Luis. Piensa, durante el tiempo que la mirada de Luis se detiene en sus ojos, y lo importante es que la mirada no fue una mirada significativa: fue una mirada, simplemente. No fue melancólica ni angustiada ni reticente: fue una mirada detenida. Luis levantó los ojos y miró a Elena... nada más. No se puede decir de otro modo -piensa o más bien ve los trece años de su vecindad- de su amistad, porque Luis tiene dieciséis pero su amistad tiene trece- en ese instante ve la amistad que existe entre ellos; ve, sobre todo, la confianza, la enorme confianza que tiene con Luis -en Luis, más bien- le ve -Isabel la caricaturizaría por esto- como un hermano pequeño... Como un hermanito que de pronto encontrase perdido, acongojado por no tener algo que deseara locamente y le echa el brazo por los hombros... No llores, yo te lo traeré... Elena ve la forma o la presencia de esa confianza que ha sentido o más bien constatado, en el modo de envolver el jarabe, en el modo en que las manos de Luis proceden: ponen el frasco sobre el papel extendido en el mostrador -el papel es azul-gris, tiene letras por el lado lustroso, que no se transparentan por el lado mate y el frasco, en su caja, queda tendido en la extensión plomiza cuyo plomo es más bien plomo de nube-, queda el frasco tendido en la superficie de tono incierto y Luis levanta el papel por el lado derecho, luego por el izquierdo, y lo ajusta a la caja, lo dobla, ciñéndolo a los ángulos, monta un borde sobre otro —el izquierdo encima, tal como habría hecho con las manos si las hubiera cruzado rápidamente- y en los lados estrechos, cabecera y pies del frasco yacente, dobla los extremos en sentido oblicuo, llevándolos a coincidir hasta formar un triángulo que, al levantarse, ajusta y cierra el paquete... Meticulosamente -no lentamente porque el tiempo, en la duración de la maniobra, es puro tiempo místico-, con una perfección que en cada doblez habla, narra en confidencia el sentido esencial de lo que se está viviendo... Pasa, índice y pulgar, por los ángulos y los ajusta, los marca bien, pasa luego el canto de la mano por encima, como para comprobar que no quedan arrugas y ese pasar es, no rápido, sino decisivo -excluyente no hay nada, esto es, no hay nada que hacer- y la perfección de lo rematado... Las manos que jugaron con objetos sagrados se mueven, obran, ejecutan cada movimiento como elevación de su propio acto. Elena va comprobando en cada uno de ellos la razón -razón de ser- de su confianza; en cada uno de ellos va leyendo la solidez, la calidad de la materia -aquel alma o personalidad o humanidad, simplemente, es la materia o tema de su meditación-, claro que

Elena no está meditando, está viviendo, en miríadas de fases estelares, el texto infinitesimal -va comprobando lo cierto, lo exacto de su primera certeza, la adquirida en la mirada, que ya no se repite-. Ya no vuelven a mirarse, Luis mira, no el paquete que está haciendo, sino el espacio que le queda alrededor, Elena mira las manos de Luis, a las cuales les ha sido encomendada -por nadie, por su propio ser las manos de aquel alma, personalidad, humanidad simplemente-, les ha sido impuesta la facultad de relatar minuciosamente, de afirmar con la firmeza de lo que se afirma, jurando... Y luego, sin que las miradas vuelvan a cruzarse, sin siquiera un adiós, un gracias -demasiado falto de toda etiqueta, de toda educación, podríamos decir-, el trato de la vieja vecindad, en la que apenas se dice buenos días... Elena echa a correr escaleras arriba porque Isabel no la esperaba en el portal, sino en el descansillo: en el portal se sentía demasiado expuesta...

-¿Qué te ha dicho?

-Que eres completamente imbécil.

-¡Te ha dicho!...

-No, no me lo ha dicho, pero lo ha pensado. No me ha dicho nada, no te ha mentado... ¿Qué querías, que me hubiera dicho que no había podido dormir?...

-No, yo qué voy a querer. A mí qué me importa...

-Entonces ¿por qué preguntas? ¿Por qué te subiste aquí a esperar a ver si yo traía alguna noticia?...

-Oh, no inventes...

-¿Qué pasa, no tenían el jarabe?

-Sí, Piedita: es que estábamos discutiendo, *un tema nuevo que...*

-Ah, bueno, luego me contáis. Ahora vamos a dárselo, que lleva diez horas tosiendo.

Toser es también un tema nuevo para la persona acorralada por la incertidumbre. El domingo, la carta; el lunes, el telegrama, y por la noche, la conmoción del incendio como una distensión de los nervios no aplacadora, pero sí dispensadora de equilibrio. Angustia, sufrimiento, tensión manifestada, expresada como quien repite un texto o como quien copia un modelo. El horror está ahí, asoma por encima de los tejados y nuestros lamentos se elevan tratando de igualarle en dimensiones. Pero el incendio termina y los lamentos enmudecen porque al horror se mezcla una dosis de perplejidad. ¿Qué irá a pasar? ¿Qué estará pasando? ¿Qué habrá pasado ya, qué será -allá, en el otro sitio, a doscientos kilómetros de distancia- lo que en este momento está a la vista, lo que es comprobable, lo que ofrece la medida justa del dolor? ¿Qué será esa realidad distante y cómo resistir esta incierta, muda, impotente expectación hasta llegar a saber?... Hay que encontrar algo; una molestia no es una distracción egoísta, lo que tiene de diversión -incursión en la fijación dolorosa de algo diverso- lleva en sí su propia expiación... Toser, toser hasta desgarrar la garganta. Toser broncamente desde el fondo de los pulmones, sustituir el ¡ay!, el tópico suspiro, por el carraspeo rabioso, arrancar flemas, empapar pañuelos con la destilación de las narices, con el sudor que convierte la almohada en algo fangoso de donde trasciende el olor a la lana mojada -como una oveja bajo la lluvia, como una imposición de las cosas materiales, en su pasividad-, la almohada o los bronquios, la manta o la inflamación nasal que impide el paso del aire, el camión y las sábanas pegados a las piernas, arrugándose a cada movimiento, enrollándose hasta formar cordones que no se pueden estirar con las manos, que mantienen el cuerpo encajonado en el lugar húmedo de donde no se puede salir porque alargar los pies hasta las zonas frías de la cama es destemplarse, y se repite el estornudo, el moqueo, el carraspeo y ya no hay valor ni siquiera para sacar la mano y separar los pelos pegados a la frente por el sudor, la gota que asoma a la punta de la nariz, fría como si estuviese a la intemperie... Todo ello interrumpiendo, rechazando más bien a la primavera que estaba empezando, pero que

no entra en la alcoba. No logran infiltrarse por las rendijas las ráfagas tibias que arrancan de los plátanos las semillas viejas y las deshacen en vilanos porque el espacio cúbico del cuarto está henchido por la trementina, por el vaho de eucaliptus hervido en la olla de barro. No, la primavera no puede entrar en el cuarto, no puede hacerse sentir, pero entre el sudor y la carraspera está presente en la idea del tiempo que pasa. El tiempo vago de la incertidumbre es cierto y fijo, matemáticamente fijo para lo que queda en la calle, para los que andan por la calle porque no lo es sólo para los árboles y las semillas... Lo es para la gente... Lo es para Piedita... Su proyecto de diversión, de lujo, de novedad tan obstinadamente defendido como combatido... ¿Habría una especie de presentimiento en la oposición al proyecto, un temor?... «No te arriesgues en una ambición difícil de sostener, demasiado costosa, demasiado insólito el clima de lujo y ostentación demasiado estridente en tu vida»... Y eso, la consideración de su vida sin brillo ni estridencia -que no es que la estridencia sea cosa deseable, más que entre lo que no es armonía, sino monotonía-, eso mismo en lo que se fundaba la oposición era lo que había acabado por vencerla lo que había logrado el consentimiento... En realidad, no había sido una pura ternura o compasión por el capricho -llamémosle ilusión-, sino una ambición de otro género práctico..., practicable..., un vago, probable -al menos no imposible- germen de practicismo... Era una jugada peligrosa, pero era una jugada. Haber dado el consentimiento era haber aceptado el juego. No había por qué negarlo, ella había entrado en el juego... Ella esperaba más, mucho más que Piedita de la jugada. Porque ¿qué es lo que esperaba Piedita?... Jugar, brillar una tarde en Recoletos, pasar disfrazada, encarnar a la amante legendaria -su hermosura clásica se lo permitía-; estaría espléndida con la túnica que le había dibujado el señor Morano, pero aparte de eso ¿qué sabía ella de Hero? ¿Qué sabe lo que es un amor que llega al perjurio ante los dioses? Claro que yo he puesto en sus manos bastantes libros, muchos más, por supuesto, que los que puedan haber pasado por las de esos jóvenes, hijos de... ¿ricos, digamos? Excepto, claro está, la señora Smith, que es hija y madre de ricos, que es esnob, por naturaleza... ¿Qué pueden saber todos ellos de esa fauna que van a pasear en un carromato..., los amantes..., CARROZA DEL AMOR..., y las parcas hilando...? No es que la señora Smith no chanele, no, tiene sus ideítas..., probablemente entre su sociedad muy bien acogidas. Todos estarán pendientes de que llegue ese día, ese domingo radiante -radiante sólo unas horas, las que tarde la carroza en recorrer la Castellana y Recoletos... Unas horas suficientes para lo que ellos desean, para lo que ellos esperan, unas horas de placer... ¡Qué prestigio, qué majestad tiene esa palabra si la comparo con lo que eran mis esperanzas respecto a la jugada! Porque yo he pensado mucho en ello, tanto como Piedita, quién sabe si más... Pero yo no he pensado en esa carretada de amantes en traje de gala, no he pensado en su tarde -porque la cosa será, como es siempre, durante la tarde entera. A raíz del almuerzo los preparativos -no habrán comido algunos, de impaciencia, hasta el oscurecer, hasta que se enciendan los primeros faroles y se vaya deshaciendo todo el conjunto, se vayan yendo cada uno a su casa, con un recuerdo como el que queda... del placer, eso es; de cualquier placer, por pequeño que sea, siempre que sea de verdad un placer... ¡Que pasa, dicen!... Claro que pasa; pasa como un aerolito. Lo que yo quería -anhelaba, esperaba- no era nada tan brillante ni tan pasajero. Yo accedí pensando que tal vez..., en esas brillantes reuniones, en esos encuentros, tal vez se produjese..., en fin, tal vez se encontrase algo duradero. Sí, eso es lo que yo pensaba. Yo me decidí a arriesgar no sé qué porque el peligro real no lo había. Había el riesgo de ese pasajero esplendor... ¡Es tan difícil saber lo que hay en este alma demasiado femenina!... El caso es que yo me paso la vida temblando por ella, temiendo que en cualquier momento se deje encandilar por algo..., y otras veces temblando que pase por todo sin pena ni gloria... Demasiado femenina, demasiado buena, demasiado sana... Yo vivo deseándole un castigo para todas esas virtudes, deseando que aparezca un amo para todas esas demasías. Porque un hombre tal vez no encuentre que es demasiado... Y de pronto todo se deshace, todo se interrumpe... Ella seguramente habrá perdido el entusiasmo, el humor, la alegría. Que ha perdido la alegría es evidente, pero no sé si será, en gran parte, por haber perdido la alegría... Algo así como..., en fin, no sé, algo que se pulveriza... Yo, en cambio, como no era alegría ni placer

de ningún género lo que esperaba, como era una codiciosa esperanza de... descanso. Yo estoy siempre queriendo descansar de este peso que no me pesa, no..., o sí me pesa, pero es un peso que adoro. Si quiero descansar es por alejarme un poco y verlo, verlo en su estar. Ver si consigue una estabilidad suya y no mantenida por mí... Uno descansa un poco en el alejamiento, sin que las ataduras se relajen. Las ligaduras que no se aflojan ni se rompen son las que uno no había advertido, no había pensado nunca que existiesen tales ligaduras, hasta que en un determinado momento, el nudo se aprieta hasta asfixiar... Como ahora, con esta catástrofe que está pasando allá, en Zamora... Hace tres días pensábamos en Zamora y no se nos nublaba la luz..., ni siquiera aunque nos contasen que había pasado cualquier cataclismo en Zamora, qué sé yo, un descarrilamiento de trenes... Nombres, nombres es lo primero que preguntaríamos y, si no figuraban nuestros nombres, lo sentiríamos mucho, pero no se nos nublaria la luz... En seguida largan anatemas contra la familia, contra el clan... Como si el clan y la familia fuesen abstracciones, cosas instituidas en códigos que se pudieran abolir... ¡Qué no habremos abolido los librepensadores que somos nosotros, nuestra familia..., destructores, amasadores, libérrimos. ¿Qué mierdas de códigos no derribaríamos? ¿Qué ligaduras podrían imponérsenos...? La ligadura, vamos, si me pongo a decir que existe la ligadura, dirán que es un efecto irracional, que es un sentimiento remanente de un estadio primario, cuando lo que es..., cuando en lo que es culmina... Vamos a ver, ¿qué es lo que culmina?, ¿qué es lo que es?... Conocimiento, eso es, conocimiento. Yo no sé qué será lo que esté pasando en Zamora en este momento, y no saberlo es mortal precisamente porque sé lo que es -no sólo cómo es, sino lo que es-, sea lo que sea lo que esté pasando... sé lo que se está produciendo en una mente, en unos ojos..., en una boca que fuma o no fuma, bebe o no bebe, según se den los hechos. Yo sé cómo está siendo todo esto, estoy desde aquí respondiendo a cada uno de los gestos de mi hermano y, ¡ésa es la cosa!, si digo que respondo sin saber, ya estamos con lo de lo irracional, cuando se trata de un saber más riguroso que cualquier otro saber..., un responder, un corresponder... Porque vibra el diapasón... ¡Dios mío!, debe de estar subiéndome la fiebre... ¿Quién grita de ese modo por el balcón? Ah, es la loca de Araceli, hablando con Piedita.

-Sí. Elena estaba aquí conmigo, pero ha ido a abrir la puerta porque hemos visto entrar en el portal al cartero.

Luego te llamo, Araceli.

No llega la carta anunciada, pero tampoco llegan más telegramas. La situación se va a estancar. Todavía puede llegar un telegrama, incluso a media noche. Eso significaría que había pasado algo serio. ¡Que no pase, Señor, que no pase! Vamos a terminar la túnica... Ah, ¿no recuerdas que íbamos a empezar otra cosa?

-¿Qué cosa?

-¿Te atreves a decir que no lo recuerdas?

-No.

-¿No qué? ¿Que no lo recuerdas o que no te atreves?

-Bueno, entonces sí.

-¿Sí qué?

-Lo que tú quieras, lo que más rabia te dé. Con que te acuerdes tú basta para que no pueda escaparme.

-Ah, pero ¿querías escaparte?

-No, no, no. No quería.

-Y ¿qué es lo que querías, si se puede saber?

-Lo que quería estás harta de saberlo. Lo que no quería es empezar ahora. ¿No ves la tor-

menta que se está echando encima?

-Y ¿qué tiene que ver la tormenta? Además, está todavía muy lejos.

-La tormenta tiene que ver mucho porque habrá una luz horrible en el estudio, me saldrá todo mal y me quedaré convencida de que no sirvo para nada.

-Como yo estoy, de antemano, convencida de todo lo contrario. -Pero como yo no lo estoy... Vamos a terminar eso aunque tengamos que encender la luz. La cinta está ya casi toda puesta... ¿Has oído?

-Sí, viene a toda velocidad.

-No, si no te decía el trueno. ¿No has oído gritar Elena?

-Ah, me figuro quién es. ¡Justo!, es ella en persona. Y ahora ha gritado más fuerte, temiendo que un trueno más gordo no nos dejase oírla. Voy a asomarme antes que empiece el chaparrón.

-Araceli...

-Te estoy llamando todo el día, Elena. ¿Dónde andas metida? -¿Qué me querías?

-Me encontré abajo a Piedita y me contó...

-Espera un poco que pase el estruendo: no se oye nada.

-¿Le estás terminando la túnica? ¿Te falta mucho?-Debe de ser preciosa.

-Espera, espera un poco. No se puede oír nada.

-¿Cómo que no? Yo te oigo perfectamente.

-Pero no grites: paso en un momento...

Tiene que haberla oído doña Laura. Tiene que haberse dado cuenta de que estamos preparando todo aquí arriba, como si tal cosa... Qué atroz tienen que resultarle estos estampidos, ahí metida, en su cama, y viendo que las demás estamos tan tranquilas, pensando en trapos, sosteniendo el capricho de Piedita. Porque ella creerá que Piedita sigue en sus trece porque nosotras la secundamos... Bueno, puede que eso la consuele un poco. Para ella tiene que ser más llevadero que la culpa sea nuestra y no de Piedita... ¡Atiza! Éste ha sido bárbaro...

-Éste ha caído en la casa.

-No, en la casa no.

-¿Cómo lo sabes?

-Pues..., no sé. No es que sepa que no ha caído, no es que sepa cómo es el que no cae, pero estoy segura de que, si hubiera caído, no se podría dudar. Anda, vamos a ver qué quiere esa chiflada.

-Pero ¿a qué voy a ir yo?

A nada, a ver lo que quiere.

-Pero no es a mí a quien se lo quiere contar... Y ahora está empezando el diluvio.

-¿Qué importa, para cruzar la calle?

¡Qué olor maravilloso viene!, y qué estruendo. Claro, como que no es agua, es granizo. Fíjate cómo se amontonan en las cunetas. Da ganas de cogerlos a puñados... Caen, se estrellan en las losas o rebotan como si fueran elásticos, describen curvas, breves parábolas blancas que se destacan en el suelo mojado como collares. Saltan con el ímpetu de su abundancia, como si se volcase una cornucopia inagotable. Llueven perlas... Y la Felipa en la puerta de la pollería, mueve la cabeza con desolación... ¡Esto es la desgracia de muchos!... Pero no es porque sea una vieja agorera, es porque piensa en el pueblo, en el suyo. El olor de la tier-

ra mojada-ha salido a olerla como si la hubiese llamado- es como una cara familiar, como todas las caras de hermanos y hermanas, que pueden malparir por una cosa de éstas. Caras que le pasan por la mente, que le vienen a la memoria con la misma abundancia de cornucopia porque son innumerables, son lo inolvidable, lo conocido, lo que se vio mil veces y lo que no se vio nunca, pero se sabe cómo tiene que ser: se sabe cómo tiene que llorar aquella cara que nunca se vio llorando. Se sabe cómo puede estar cayendo la cortina blanca sobre los sembrados, echando al suelo las flores de los árboles, y levantándose por todas partes el olor maravilloso, como si el verde entregase su alma en ese olor. Y la entrega, claro, tanto como la recibe. Caen unos cuantos brotes, se tumban unas cuantas espigas y los que no caen ni se tumban beben, impasibles, la gracia que les llueve encima... Y todo esto se puede agolpar en una mente con la claridad de una lámina iluminada, con la minuciosidad de un detallado relato, pero sólo como un olor. Todo esto no es más que un olor a la puerta, un olor que se precipita sobre la que ha salido a olerlo y, desolada, se mete adentro, al olor a piojina de las plumas, al olor de la sangre, al olor de la calderilla en el cajón, al olor del papel de estraza para los cucuruchos. Olores monótonos, seguros, cotidianos, sin memoria...

-Te estaba haciendo señas para que te callases, Araceli. No quería que te oyese doña Laura.

-Ah, no te entendí. Pero ¿por qué, porque esté constipada?

-No, no es por eso; pasa una cosa muy grave en su familia. Ya te contaré. ¿Qué es lo que querías?

-Oh, cuánto lo siento. Verás. No es que quiera yo cargarte con otra tarea, no. Quiero que veas lo que se me ha ocurrido armar con estos trapos. ¿Ves? ¿No crees que con esto puedo ir de egipcia al baile del Centro Gallego?

-Pues sí, el color es bonito. El rojo y el negro siempre están bien.

-Le he puesto las rayas horizontales porque moldean más las caderas.

-Ya lo creo. ¿No te hará un poco demasiado ancha?

-No, no, tengo muy poca cintura, con el corsé bien apretado. Yo no entro por lo del corsé recto. Eso les va a los que no tienen ni de aquí ni de aquí.

-A ver, pruébatelo.

-No está más que hilvanado, pero me lo pondré porque lo que quiero que me resueles es el escote. Que sea bastante grande pero que pueda llevar camiseta.

-¡Camiseta! ¿Cómo quieres que no se te vea?

-Le he quitado las mangas a una vieja y, remetiéndolo bien por arriba, sujeto con imperdibles...

-Bueno, yo vendré a ayudarte a vestir.

-¡Ay, qué bien! Eso es lo que quería. Pero espera un poco, mira, el collar lo he copiado de uno del museo, con unas cuentas que tenla... Y no quiero ponerme en la cabeza ese trapo que les cae a los lados porque quiero que se me vea el pelo. ¿Ves?, así, suelto, me está muy bien. Tengo que lavarlo, claro. Me gustaría ponerme en la frente esa culebrita que llevan algunas... ¿Crees que se podrá hacer?

-¿Qué no se podrá hacer?

-¿Tú crees que se puede, Isabel? Hasta ahora no has dicho ni pío. ¿No te gusta la tela?

-Mucho, me gusta mucho. El colorado es precioso y con su pelazo negro le va a sentar muy bien.

-Bueno, ya no llueve, adiós.

¡Ya te cayó encima la culebrita!, dijo Isabel... Sí, y no sólo la culebrita. Luego me revienta que digan... sobre todo mi abuela, que tiene de mí una opinión pésima, y se harta de decir, «Esta chica se desvive por ayudar a todas», «Es el paño de lágrimas de las vecinitas», «Debería meterse a hermana de la Caridad». Y me revienta porque lo dice pensando otra cosa. Ésa es la cuestión, los demás no dicen nada y piensan eso, piensan lo que ella dice y ella, que lo dice, no lo piensa... yo tampoco. No tengo la menor disposición para hermana de la Caridad. Cuando Isabel dijo que Piedita parecía mi hermana pequeña, también lo dijo con una intención perra, porque le daba rabia, pero eso -como todo lo que a ella se le ocurre- no hay quien lo mueva. Si resulto siempre, con cualquiera, hermana mayor, no es porque me guste mandar: ni siquiera cuando mando, cuando todos están esperando que mande y tengo que mandar, me guste o no me guste. Tengo que mandar porque veo claro lo que los demás ven oscuro. Ésa es la cosa, si resulto hermana mayor es porque las hermanas o hermanos mayores que andan por ahí son hermanos porque les tocó así y yo no: yo es porque me pongo a serlo... Parece que eso es lo que dice mi abuela, pero no, es enteramente diferente. No es que yo me ponga a considerarme hermana de todo el mundo, no, lo que pasa es que me acerco. Me acerco a veces demasiado: nunca es demasiado para lo que querría acercarme porque nunca es demasiado para ver cómo es la gente. Para ver precisamente lo que ellos no ven-no sé quiénes son ellos, todos-, porque eso es lo bonito -bueno, más qué bonito. Cada uno queriendo... Imposible saber qué es lo que quiere Piedita... El carnaval, hay que ver las cosas que se oye decir del carnaval a la gente. Unos que ¡qué alegría!, que es la fiesta de la alegría... Otros todo lo contrario; que al final..., que la vanidad..., que la decepción... ¡Cretinadas! El carnaval no es ninguna de las dos cosas: no es ni *depre* ni triste: es... no sé..., es tremendo. Lo que menos se comprende es lo feo, los payasos, las caretas de las destrozadas, las destrozadas mismas, cuando uno lo que quiere es la purpurina, la tarlatana, las cosas que no se ponen todos los días, las cosas que parecen de lujo, pero que no lo son. Son más que lujo porque los que se visten de príncipes o de sultanes, son sultanes o príncipes antiguos, muertos..., casi santos. Todo lo que está tan lejos es casi santo: tiene que tener algo de santo para que la memoria lo haya conservado con ese brillo... Y lo que no tiene brillo, lo feo, también se conserva en la memoria, entonces, también es santo: no, es sagrado... ¿El demonio es sagrado? Debe de serlo. Lo feo ¿puede ser sagrado? Debe de serlo puesto que no se acaba nunca. Cosas feas, gentes feas hay por todas partes, por más que uno no quiera verlas... No es que yo no quiera verlas, no es que yo haga por no verlas: lo que yo quiero es que no existan, pero como existen y como se le ponen a uno delante, yo las miro igual que a las cosas bonitas -no igual, pero sí tanto comolas miro puede que más porque me cuesta más trabajo entenderlas, me cuesta acercarme a ellas, pero me acerco. Porque, si no hubiera más que cosas bonitas... Hay cosas en el carnaval que, aunque sean bonitas, no son ni brillantes ni alegres. Y precisamente ésas son las cosas que más me gustan -que me *más que gustan*-, me atraen, me..., tendría que decir me enamoran porque lo que yo siento ante esas cosas, con esas cosas, por esas cosas, es lo amoroso que provocan, que rezuman, que le envuelve a uno... Mi padre dice que la palabra melancolía no tiene un sentido tan bonito como a mí me parece, pero no me importa, para mí tiene el sentido que yo oigo en su sonido, que yo veo en su sonido. Melancolía es lo que yo veo -y lo que todo el mundo ve porque lo he leído cien veces, pero no lo veo porque lo haya leído, sino porque es-, Melancolía es como una palidez..., como lo que se pone pálido de tanto... Es Pierrot, todo de blanco, con botones negros para resaltar más su palidez: es la cara de Pierrot con la palidez de la luna. Y también es la luna sin Pierrot, la luna con los gatos por los tejados... Esos dibujos que aparecen en el *Blanco y Negro*, siluetas de campanarios recortándose sobre la luna y algún gato con el rabo erizado. Me encantan esos dibujos en silueta porque son como el retrato de la noche, son como la noche, son como el retrato del silencio, de la melancolía. Es tanta la melancolía que hay en esos tejados por donde andan los gatos que uno siente que tienen que gritar. Nadie se atreve a gritar de melancolía: sólo los gatos. Alguien diría -los cretinos, que son los que siempre tienen algo que decir- que los gatos gritan por otra cosa. No es que yo no sepa por qué gritan los gatos, pero decir que eso es otra cosa me parece una cretinada. Yo les oigo y sé que

gritan por lo que yo veo. ¿Cómo puede ser que lo que se oye y lo que se ve sean una misma cosa y que esa cosa se ve y se oye, pero no se puede decir qué es?... Porque no es lo mismo que esa otra cretinada que largan algunos respecto al amor, son tan idiotas que no saben lo que les pasa. Me revienta hasta cantando «*Voi che sapete che cosa é amor*»... La música es divina, pero la Claudia cantándolo con una cara inocente... ¿Cómo se puede no saber lo que es el amor? Eso se sabe a los tres años. El cariño, el odio, los celos, eso nace uno sabiéndolo. Porque todo eso, el cariño, el odio, los celos son cosas que se sienten por alguien y si uno siente eso por una persona que tiene delante de los ojos, ¿cómo no va a saber lo que siente?... No es lo mismo que eso otro, eso que anda por los tejados, eso que es tan sobrecogedor, eso que tiene que ver con una luz o con una falta de luz, con ciertos sitios por donde uno pasa y le entra una especie de terror... La gente es tan chabacana *que* de todas las cosas más grandes hace como recetas de cocina. Los peligros que corre una chica, cuando ya ha pasado el Rubicón —dice mi abuela—, ya no puede enseñar las pantorrillas, tiene que andar con mucho cuidado... sí, eso se le ocurre a cualquiera porque tener miedo es natural, pero una cosa es el miedo y otra el terror. El terror es el deseo de andar por los tejados. Y, claro, eso no le dejan a una. Yo no sé si me atrevería, si me dejaran, pero ver la noche, andar por ahí de noche ¿me atrevería a ir sola? No, creo que no: tendría miedo. Si lo pienso bien, veo que, por muy maravilloso que me parezca el terror, tendría miedo, como cualquier otra chica... ¿Tendría miedo?... qué sé yo: como no se puede hacer la prueba porque no le dejan a uno. Ni a Piedita ni a Araceli, que son ya talludas... A Isabel ¿la dejará su madre? No, jamás la dejará. Isabel, como todavía no ha pasado el Rubicón, puede llevar calcetines y, precisamente, de Isabel es de quien no me siento nunca hermana mayor. A veces le grito, le digo palabrotas para parecer dominante, pero no sé, hay cosas que ella sabe más que yo. Y en cambio en otras parece tan inocente que yo casi no me atrevo a hablarle. Siempre me han sido antipáticas las chicas inocentes, pero Isabel, cuando sale a relucir algo que ella no entiende y se queda como si tal cosa..., indiferente, sin curiosidad. Yo me digo, o no lo sabe o lo sabe demasiado o lo sabe de otro modo... No acabo de entenderlo, aunque tanto quiero entenderlo. Esto del carnaval, por ejemplo, a ella no le agita, como a mí. No es curiosidad lo que le falta, no, por eso se ve que sabe: lo que no tiene es impaciencia, y eso demuestra que tiene seguridad. ¿Por qué? Carece de muchas más cosas que yo y, sin embargo, no se abalanza a todo, como yo me abalanzo... Ésas son mis dotes de hermana de la Caridad -sin retintín, terminantemente, otras veces dice mi abuela que soy una perfecta metomentodo- y seguramente cree que eso me indigna, cuando estoy de acuerdo, estoy de acuerdo: necesito meterme en todo. Lo que me indigna es que los demás se metan tan poco. Eso es lo que hago con Piedita, procurar que se meta más. ¿Qué es lo que ella pone en esta empresa? El deseo de estar muy guapa, de que todos digan que es una preciosidad, que ¡qué belleza de chica!... Sí, claro pero la belleza de todo lo demás, de lo que va a tener alrededor, de lo que no va a tener, probablemente, porque irá -en el caso de que llegue a ir- muy puntual, como ella va siempre, a la hora que le digan y cuando la cosa se termine se volverá a casa, pero esa cosa interminable..., esa belleza del carnaval. No digamos ya la de la gente, la *de* las bellezas que s; vean por allí, sino las cosas mismas, las cosas del carnaval, que no se ven en otros días del año. Las serpentinas, el confeti... ¡Es como para emborracharse! Por eso se emborracha tanto la gente en el carnaval, porque todo es como para emborracharse. Una serpentina, verla desenvolverse y caer, cuando la tiran de un balcón, en espiral, deshaciéndose el tirabuzón hasta quedar tendida donde la lleva el aire, y siempre meciéndose, balanceándose, entremezclada con otras. ¡Qué cosa divina! Divina porque no se concibe que un hombre cualquiera haya podido inventar una cosa así. ¿En qué se inspiró el que inventó una serpentina?, en las virutas del carpintero, tal vez. Sí, pero el cómo se desenvuelve al caer y, sobre todo el cómo se mezcla con otras, todas iguales, aunque de diferentes colores y ese ser iguales y mezclarse sin escaparse, todas prendidas en el balcón, como una melena, pero una melena que no sólo cae por su peso, pesa poco y el viento la lleva, pero no llega a alisarla del todo, las puntas conservan su curva, el tirabuzón no se deshace del todo, se queda convertido en una especie de gancho en la punta, que se alarga como los pámpanos de las parras,

pero no se agarran nunca, se quedan como demostrando el deseo de agarrarse, el deseo de agarrar algo del que las tira y se queda con ellas prendidas, como extendiéndose, prolongándose en ellas... Y el confeti ¡no digamos!... Esa explosión... le tiran a una un puñado a la cara y es un golpe blando que se convierte en una nube de colores... Eso ahí, en cualquier esquina, pero a la salida de los teatros, de los bailes, bajo la luz de los focos, al subir a los coches las enmascaradas de dominó, los hombres con chisteras relucientes... Claro, toda esa belleza hay que haberla leído, hay que haberla vivido antes de poder vivirla, como si la conociera uno desde los tres años, desde que nació, como si fuera una cosa que no se ha aprendido. Porque yo no sé cuándo la he aprendido: la he leído antes de saber leer. No es que me haga ilusiones de perspicacia, pero siempre me ha sucedido ver en las cosas más de lo que hay. Veo una lámina de un libro, una figura en cierta actitud, una cabeza con un gesto en la boca o en la mirada y ya sé toda la historia. A veces veo cosas que al recordarlas crecen. Recuerdo el color de una lámina que no tenía color y yo la recuerdo con colores deliciosos y hasta con movimiento... ¡Seguro!, eso lo he recordado mil veces, una página del *Blanco y Negro* que era eso, «La salida del baile». Caía la lluvia, caía oblicua entre la luz de los focos, salpicaba en los charcos y ella -la mujer en dominó- saltaba al coche, saltaba al estribo, con un zapatito dorado y el coche arrancaba. Sonaban las pisadas de los caballos, las ruedas por el empedrado irregular, el coche se alejaba dando pequeños trompicones..., no se deslizaba, se precipitaba. La mujer del dominó y el hombre con chistera no iban como el que sale del teatro porque se ha terminado la función, sino como el que va sin cansancio, a otro baile, a otra sala iluminada con arañas llenas de prismas... Siempre juntas esas cosas, juntas sin mezclarse, traspasándose, enmarañándose: la noche, las luces, la música... Como aquella canción, «El vals sus delicias nos brinda a gozar, ¡oh placer seductor!...», delicias que sólo se pueden concebir bajo los prismas de cristal en las lámparas, en los candelabros, por todas partes multiplicando la luz en sus lágrimas... ¿Lágrimas de alegría? No, lágrimas de... no sé, porque todas esas cosas que dicen, delirio, frenesí, son demasiado agitadas, yo veo más en todo eso algo así como un deslumbramiento, como una estupefacción, un sobrecogimiento, que es con lo que termina la canción «Y a la luz de los fulgores que hace al alma estremecer...». Eso es lo que yo hago por sugerirle a Piedita, le canto la canción y me dice «Qué bonito, qué bien lo cantas. Parece que está uno viéndoles bailar»... Pero ella no se arrebata, no sale de su paso. Araceli... Claro que yo no hablo con ella tanto como con Piedita. Y lo curioso es que veo más claro lo que ella quiere. Y no es que sea más expansiva, no es que lo manifieste más. Al contrario, es que lo tiene más dentro, su deseo es más profundo, por eso yo lo veo mejor. Por eso casi no hablo con ella, no se me ocurre incitarla a cosas más arriesgadas porque ella, sin hablar, me transmite su... no sé, una especie de ansiedad, una desazón. Se desprende de ella el olor de su angustia. No se atreve a quitarse la camiseta, como si no se la hubiera quitado nunca. El olor está en toda ella, hasta en su cuarto, hasta en las ropas que se quita... Se las quita con un gesto vergonzoso, pero no es pudor, es angustia, es desconfianza de su cuerpo, aunque diga que su cinturita con el corsé... el corsé se lo desabrocha, lo tira sobre una silla y despide un olor que no es sólo el olor al perfume que se echa, es como si le quedase el olor de algún medicamento, de algún ungüento o linimento para algún dolor: es el olor de un dolor. Con el miedo que le tiene al frío no sé cómo va a arreglarse para lavarse ese pelazo en el palanganero. Cuando se lo suelta, el olor de la brillantina se difunde como el vapor al destapar un puchero. Bueno, pues en esa nube de angustia -porque lo que huele es su angustia, su descontento, su desconfianza- en medio de todo eso hay irás..., más calor, más pasión... Voy a hacerle la culebrita. Si, puedo hacerla muy bien con un alambre de esos gordos, de hacer los armazones de los sombreros. Lo difícil es hacerla de un modo que quede bien sujeta en una cinta, a modo de diadema, porque si se tuerce... ¡Qué horror!, ¿por qué se me habrá ocurrido esto?... Siempre que me pongo a construir algo mentalmente, me sale algo torcido, me ocurre algún percance, se rompe o lo corto donde no debía cortarlo y no lo puedo enmendar. No puedo lograr la imagen de la cosa arreglada: el defecto sigue allí por más que me empeñe en olvidarlo, en corregirlo... No puede ser, tengo que vencerlo, tengo que conseguir la cosa per-

fectamente hecha: tengo que borrar -pero ¿cómo?... Cuanto más pienso en ello, más claro aparece el defecto, más invencible, más abrumadora la idea de una cosa que se tuerce, que se cae, que se le ve el relleno-. No, no puede fallarme. Tengo que hacerla en la forma de un corchete, eso es. Un alambre de cuarenta centímetros, doblando por la mitad queda en veinte, doblado otra vez, en ángulo recto, queda en diez, eso es. A partir del ángulo, el trozo que vaya a formar el cuerpo y la cabeza, bien liado con un algodón gordo, modelándolo, y sujetando los dos alambres juntos fuertemente como para poder separar, a partir del ángulo, los dos extremos y formar con ellos dos argollitas que se puedan coser a la cinta como un corchete, eso es... Luego, conseguir un cierto garbo, una curvita... Ha dado una hora: creo que han sido las cuatro.

El viejo, el portero, el señor José, mascando la colilla de un puro, dijo: -Qué bonito, sobar los pelos de la chica, con las mismas manos que luego te pones a hacer píldoras.

-En primer lugar, esto no son pelos. En segundo, no los estoy sobando.

-Ah, no son pelos. Pues ¿qué son, melcocha?

-No sé, eso es lo que estoy haciendo, viendo a ver...

-Bueno, ya lo has visto, ahora suelta -grita Isabel-. No seas burro, Luis, que me haces daño: suéltamela trenza.

-No quiero.

El viejo, el señor José, se fue, llevándose el eucalipto. Isabel se quedó tirando de su trenza, sin conseguir liberarla porque Luis dijo «No quiero». Lo dijo una sola vez, pero su negación siguió zumbando como una afirmación furiosa. Dijo «No quiero» con tal gravedad, con una voz más captadora, más táctil que la mano. Isabel dejó de tirar de su trenza porque ya no sintió que era su trenza lo que Luis tenía agarrado: se sintió toda ella como un pajarillo en la mano que lo envolvía, lo oprimía, lo inmovilizaba sin ahogarle, sólo rodeándole con un poder, con un querer que estaba afirmado ferozmente en aquel «No quiero». Y siguieron así un rato, Isabel tirando y Luis reteniendo la trenza. Isabel no tiraba tan fuerte como para arrancarla de la mano: tiraba sólo para mantenerla tirante y así, en esa tirantez, percibía que estaba sujeta. Hacía por irse y, tirando un poco, demostraba que todavía estaba allí. Luis no la soltaba, pero pensaba que tenía que soltarla. Pensaba en cómo la iba a soltar: no iba a dejarla caer de pronto, iba a depositarla en el lado izquierdo -era la trenza que colgaba sobre el hombro izquierdo, la que correspondía a su mano derecha-, iba a depositarla suavemente sobre el céfiro azul (la cliente, desconocida, había dicho, -¿Dónde has comprado ese céfiro? -No sé, lo compró mi madre. -Me gustaría saberlo porque no he podido encontrarle así, de cuadritos). Isabel, vestida de céfiro azul, y la trenza izquierda -tan larga, tan suave- descansaría sobre la curva casi imperceptible. Había que calcular bien el punto por donde tenía que estar cogida para, al depositarla, pasar suavemente el dorso de la mano por la curva, por el cuadrado -imposible adivinar a qué cuadro azul o blanco correspondía el vértice, el punto más sensible que, tal vez al pasar la mano por él demostrase que era algo vivo, tal vez respondiese, entregase -libre de la voluntad fría, recatada, hostil-, tal vez entregase la respuesta que ella, sus ojos azules, tan limpios como el cristal más duro, se empeñaban en negar. Tal vez al pasar la mano suavemente...

-¿Quiere usted darme la Emulsión Scott?

-Sí, en seguida.

-¿Pero me das o no me das los litines?

-¡Litines! El paquete tirado con fuerza en el mostrador. ¿La Emulsión? Sí, ahora se la doy.

Isabel corre al portal, corre escaleras arriba, con las dos trenzas echadas a la espalda y los litines en la mano.

Todas las viejas de la casa -madres, abuela, maestra-, todas con reuma, todas con dolores en todas partes, echando en el agua los litines y Elena negándose a bajar por ellos. Elena, con una crueldad, con una habilidad especial para dejarla indefensa. Elena -el dinero en la mano, delante de doña Eulalia- «Isabel, ¿quieres bajar por los litines para mi abuela? Yo no puedo ahora...» Y delante de doña Laura y delante de su madre, «Tienen ustedes que tomar los litines, son una cosa extraordinaria...» . Y los paquetes consumiéndose, y Luis acechando el momento de echarle mano... Las trenzas, después de todo, así, en broma, se pueden agarrar delante de la gente: a nadie le extraña que a una chica le den un tirón de una trenza. Antes, con una sola a la espalda, no se dejaba ver como éstas de ahora. Y no estaba dispuesta a volver a echarla atrás... Había sido un hallazgo, había sido como un regalo, como una herencia de sus antepasados, los carreños. El deseo de volver a verlos, que había tenido durante tanto tiempo era porque sabía que iban a darle algo... eso que se lee en algunos cuentos, los niños van a casa del abuelo y siempre vuelven cargados con cosas, siempre encuentran en el armario o en el desván los viejos trastos familiares... Los trastos, los armarios, los desvanes que ella nunca tuvo, que nunca podrá ir a ver... Pero sí los carreños. Allí, en su casa, en la más grande, en la más grandiosa casa, buscando alrededor de ellos, estaba segura de encontrar no un disfraz, no, no un manto de rey muerto, sino una cosa con la que poder vestirse todos los días, vestirse aun llevando cualquier vestido, salir a la calle a diario. Ir vestida de ella misma, ser ella, Isabel, como nunca lo había sido... De un modo vago, sabía que aquello, las dos trenzas, era algo de lo que se había investido porque no era una cosa que se pudiera endosar, sino que era algo suyo, de su misma persona. No tenía una fecha fija y limitada, como los trajes de Piedita y Araceli, no terminaba en una hora dada... Y no es que aquellas túnicas y telas rayadas no fueran preciosas: sí, lo eran. Sí, habían sido deslumbrantes, habían sido emocionantes desde su proyecto, cuando todo las amenazaba; la incertidumbre, la desgracia anunciándose y no acabando nunca de llegar, absorbiendo las energías, agotando la paciencia, agotando el tiempo hasta el último momento, hasta el momento en que ya parecía que era demasiado tarde, en que ya la ilusión, chafada por el cansancio se desgana, se desangraba del impulso y entonces, la carta liberadora. Pasado el peligro, la actividad había multiplicado el tiempo. Piedita, como siempre, embobada. Elena disparada cómo una exhalación, armando, cosiendo, prendiendo, peinando el pelo castaño claro, sosteniendo el moño griego bien levantado de la nuca, bien esbelto, bien estatuario. Sujetándole la túnica para que el borde no arrastrase por las escaleras, acompañándola hasta el coche de la señora Smith, que había venido por ella, y viéndola partir -todas las vecinas asomadas- en pleno mediodía, como si fuera a desposarse con Leandro -las vecinas, sin saber nada de Leandro, pensando sabe Dios qué-, el coche desapareciendo en la esquina de Fuencarral... Luego, la tarde en Recoletos...

Un conflicto diplomático, acometido por Elena-ignorado por Isabel- había preludiado aquella tarde.

-Doña Laura, mi madre ha dicho que viene con nosotras, quiere ver a Piedita en la carroza, así que... vamos Isabel y yo con ustedes dos...

-Sí, claro, por supuesto.

-Sí, claro, pero...

Ah, ya sé lo que piensas... Por mí no hay inconveniente. Pregúntale a tu madre.

-Oh, mi madre ya sabe usted que nunca se opone a lo que yo digo.

-Entonces...

Entonces faltaba proponérselo a la interesada y Elena sentía el escrúpulo de proponérselo tan tarde, de haber llegado a la última hora -apenas había tiempo para vestirse-, pero sin embargo, con una naturalidad difícilmente conseguida, como si fuera la cosa más lógica, como si desde un principio se hubiera pensado -Isabel había bajado a la calle-, Elena había cogido la ocasión por los pelos...

-Ay, cómo me gustaría verla, qué guapa estará, pero con esta rodilla ¿cómo voy a ir rengueando?... No, Elena, no, muchas gracias por invitarme, pero no me decido.

-Pero si apenas se le nota lo de la pierna.

-No se me nota porque lo disimulo, cuando no me duele, pero ahora llevo unos días muy malos. Y mira que tomo los litines.

-Es una lástima que no pueda venir. Pero no deje de tomarlos -Isabel llega, no se hace el menor comentario. Isabel no pregunta: se entera, al primer golpe de vista. Hay un largo rato de silencio. Luego, nada más.

-¿Vamos?

-Vamos.

Lento el desfile, carrozas anunciadoras, de carácter industrial y otras pertenecientes a clubs deportivos, a centros regionales. Entre ellas, la Carroza del Amor, la creación de la señora Smith, puro capricho de mujer rica, de viajera, de cosmopolita extravagante: la carroza digna de Niza... Muy bien la montaña de cartón piedra y en cada intersticio rocoso una pareja de amantes -de los glorificados, claro está- las Parcas en su gruta y el Cupido apuntando. Todo ello muy propio, los trajes, las actitudes, todo perfectamente sentido, perfectamente interpretado. Sólo una cosa propia, con otra propiedad, con la propiedad de lo natural, de lo verdadero, de lo que no imitaba nada, no copiaba nada, no repetía nada: se repetía a sí mismo, sin saber que repetía, siendo, permaneciendo en su misma forma secularmente: los caballos blancos... Descansaban sobre sus grupas las guirnaldas de rosas, prendidas en la cabezada, caían pesadas, formando curvas que rimaban con los cuellos, pesados también, pero soberbios, carnosos, musculosos, y tan ideales, tan quintaesenciados, tan arquetípicos, tan seguros de su perfección, del grave y ligero movimiento con que sacudían las crines... Los caballos, absolutamente mudos y como sordos a todo el griterío, a los aplausos. Impasibles, reconcentrados en su belleza, marchando al paso de los diablejos que los conducían -dijo una ciudadana, «La carroza del amor, ¡y son los diablos los que la llevan!»- los faunos, con pieles de cabra, los retenían al llegar a la tribuna del jurado y ellos levantaban la pata, con el enorme casco acompañado de una melena de crines, y luego la posaban en el suelo y quedaban en su escultura, inmóviles, sólo a veces levantando la cabeza, no por impaciencia, sino por no poder aquietar la majestad de sus movimientos... Y, obtenido el premio, y apagado el estruendo de los aplausos, la carroza seguía hacia la Cibeles y luego hacia Atocha... El gentío iba aclarando, se apagaban algunos focos del paseo central: había que ir yendo hacia casa. Todavía quedaban grupos de estudiantes que les tiraban puñados de confeti y piropos desenfadados, a pesar de que iban acompañadas por señoras. Ellas se reían, con la risa permitida como un disfraz que rompía la seriedad cotidiana. Rompía la costumbre, una risa destrozona, imprudente... Y en el suelo había diez centímetros de confeti, rebujones de serpentinillas que habían sido pisoteadas, sin deshacerse su enredo. Eran como pelucas, como moños arrancados o como nidos; también como nudos que se habían formado al entrecruzarse incalculables espirales, lanzadas con incalculables, contrarios, súbitos impulsos. Era agradable; más que agradable, espontánea, mecánicamente voluptuoso meter los pies, hundirlos o enredarlos en ellas, llevar un rato arrastrando un rebujón, que al fin se rompía por el lazo enganchado en el pie y se quedaba atrás... Luego, se quedaba atrás todo ello. Se quedaba detrás de una semana neutra, en la que apenas se hablaba del resultado brillante... Sólo Araceli describía su noche egipcia, el garbo de su culebrita dorada, enhiesta gentilmente en la diadema negra. También su túnica rayada y su melena fosca se fueron quedando atrás... Luego, llegó el calor prematuro, el jaramango junto a la tronera empezó a sufrir de sequía. Al mediodía abrasaban las tejas y la luz en el estudio era insoportable por las mañanas. Sólo al oscurecer Elena, con implacable perseverancia, ponía a Isabel ante el papel Ingres. Y, en efecto, Isabel dibujaba. Tenía todas las condiciones necesarias, sabía ver, que

no es lo mismo que ver. No es que veía bien, sino que veía inteligentemente, amorosamente, rigurosamente. Elena había *oído* decir -porque de eso ya se hablaba y, naturalmente, se escribía, así que Elena lo había oído en algún periódico- que no se debía copiar de láminas, que era mejor tener, desde un principio, modelos del natural y ponía a Isabel a dibujar jarros o pilas de libros en diferentes agrupaciones. Hacía que se entrenase para ingresar en la Escuela de Artes y Oficios en cuanto empezase el curso. Ella había hecho ya uno, había seguido el sistema habitual, pero quería que Isabel llegase conociendo ya un plan más moderno. Quería ponerle un modelo vivo, un modelo con movimiento, y el viejo, el señor José se lo proporcionó. Elena lo sacó de la ratonera, dejándole caer en una caja de cartón. Le subió a casa muy en secreto para sorprender a Isabel, lo escondió en la cocina, pero el cartón era demasiado vulnerable para sus dientecllos. Lo echó en una pecera vacía. De allí no podía escaparse y allí mismo se le podía copiar, se le podía ver en todos sus escorzos, en todas sus graciosas posturas. Allí, en un rincón, debajo de una banquetta, podía esperar hasta la tarde. Pero antes de la tarde -salió a comprar papel y no lo encontró en todo el barrio- al volver al mediodía.

-Mira, mira qué pez ha caído aquí.

La Sinfo, la asistenta, le enseñó la pecera llena de agua. No llena, el agua no tendría más de diez centímetros de altura. El ratón, puesto en dos pies, apenas llegaba a diez centímetros: sólo la punta de la nariz alcanzaba la superficie. Así había permanecido más de tres horas... Intentó salvarle, estaba vivo, pero casi inerte, agotado, sin ganas de vivir... Comentarios -Isabel acabó enterándose- Estas chicas, tan desarrolladas y tan sabihondas, todavía llorando por un ratón... No habían llorado, habían palidecido, habían casi blasfemado, maldecido a la bestia... Nunca, ni por todas sus precocidades, ni por todos sus portentos o avances librescos, Elena se había sentido más mujer, más adulta... Nunca había juzgado, aquilatado los matices humanos, las calidades, las clases... más despiadadamente. Era como si la onda de piedad que le había herido, atontado, suspendido el aliento se volviese de espaldas, mostrase su revés, su negación ante las diferentes voces humanas. Ante todas las palabras convencionales, estúpidas, delatorias en su estupidez de podredumbre, de deyecciones, de simulacros, de hipocresías... Ante todo eso permanecía, insistía como la mancha de luz que hiere la retina y no se borra, la imagen grabada, clavada, imborrable, de diez centímetros de vida, de una nariz alcanzando la superficie del agua... La luz de la tarde en el estudio no era mala para dibujar, pero el ánimo era pésimo. Hablaron poco del suceso, casi no hablaron en toda la tarde. Frases sueltas acudían, de pronto... Es sábado, ¿te acuerdas?

-Sí, ya.

-Es que mañana es domingo ¿o no te acuerdas?

-Claro, claro que me acuerdo. En este momento no me acordaba, pero no creerás que se me haya olvidado.

-¿Volviste a hablar de ello con doña Laura? ¿No se le habrán quitado las ganas?

-¡Cómo se te ocurre!

Entonces, el proyecto, la promesa obtenida de volver... de recobrar la visión que incita a vivir, sustituyó a la imagen de la vida recién vivida, al rostro de la abyecta, estulta maldad. Todo quedó borrado por veinticuatro horas de esperanza.

Primero el olor... cerrar los ojos para contemplarlo. Avanzar, percibir la luz como un contacto, no precisamente en los ojos, sino en todas partes; en la frente, en las mejillas. La luz como un clima y luego, pidiéndole permiso, disculpándose de utilizarla, olvidarla y mirar las cosas que ella descubre, desnuda, acaricia, templea o ensombrece o hace arder. Por entre la luz, asomándose hospitalariamente, rostros, miradas, cuerpos radiantes o doloridos, desnudos o vestidos... Vestidos de negro, pálidos, macilentos y tan señoriales, los carreños, Carlos II, la monja doña Mariana de Austria como dueños de la casa, como retoños que fue-

sen abuelos, como fetos seculares de un mundo oscuro...

- ¡Pero Isabel! ¿Cómo no has matado a quien se le ocurrió compararte con ellos?

-¿Por qué iba a matarla? A mí me gustan mucho.

-¡Vamos!, no te hagas la extravagante...

-Si no es extravagancia, es agradecimiento. A ellos les debo todo. -¿Qué es lo que les debes?

-Todo, todo esto. Si no hubiera sido por ellos...

Todo... todos ellos allí, esperando que vinieran a saludarles, a besarles, a oprimir contra ellos los corazones como paños de Verónica, llevándoselos ¡para siempre!... Contemplación que nada ni nadie puede borrar. Nombres como cortinas que se descorren, como ventanas abiertas, nombres que no son de un ser humano que anduvo por la calle en tal fecha ni de otro que se le puso, delante con un pincel en la mano... Nombres que son de aquellas estructuras en las que los dos están confundidos. Aquella bellísima, rosada, ingrave, calzándose el guante, es un goya. Aquel rey macilento, con la frente abombada, y el pelo del más exquisito, noble, delicado rubio, es un carreño... Y la mujer tendida en la cama, con pechos pequeñísimos y la cintura un poco demasiado ancha... Ya ves, Piedita, tú crees que ése es tu defecto... -Es verdad. Y en ella no hace nada mal... Esa hermosa es un ticiano. Esa mujer hilando; ella y su trabajo, el movimiento de su mano, el aire que la rodea es un velázquez... Porque no son solamente rostros, ojos que nos intimidan o nos fascinan o nos conmueven; son también lugares, cielos como lagos, lagos que se alejan en bosques, entre montañas azules, entre cipreses o pinos de terciopelo o rocas de ámbar donde se albergan ascetas que son un patinir. Al bajar, primero la gran sala henchida del sueño de Ariadna. Ahí el artífice desaparece, no es más que Ariadna, ella y el mármol, como si el mármol se hubiese transmutado en ella, como si ella hubiera descendido al mármol, se hubiera echado a dormir en él, confiándose a él, esperando en él, en su quietud inmutable, la llegada del dios violento. ¿Cómo es posible imaginar, ante tanta quietud, ante la inocencia del brazo muelle, redondo, que se mantiene levantado, formando ángulo sobre la cabeza, ante los senos sin peso, como colinas en el campo de un pecho que no se agita al alentar..., cómo imaginar que amó y lloró tanto?... En el mundo, en el ámbito del mármol, como si el silencio fuera el artífice, como si la durísima materia, por dura, por incorruptible, hubiera recibido la dignación de la forma, se hubiera hecho depositaria de su palabra inmortal, celestial... ¡La forma, la palabra que nombra en mármol la unánime, estelar, auroral pubertad de los Dioscuros!... Formas fragmentarias, también, que parecen bastarse, trozos tan íntegros que no serían superados si el todo a que pertenecieron viniese a unírseles, no aclararía nada el misterio de su significado, su significado está esculpido en ausencia... Tal vez el dorso inclinado, tal vez los brazos y la juvenil cabeza de la ninfa... ¿Sonreiría?... Sonrisa y juventud, levedad de una hija del aire, del bosque, del río... Tal vez de cualquiera de los orbes que se adivinan en sus caderas, apenas asentadas oblicuamente, como si fuera a alzarse o como si acabara de posarse... Grupa tan quintaesenciada, tan depurada en la forma que no se sabe si es una grupa o una flor o una idea... Y subir otra vez las escaleras de piedra presididas por un titán atormentado, encadenado al claroscuro de Ribera y entrar en otras salas menos conspicuas y...

-¡Elena, otros carreños!...

-No, no creo que sean carreños. A ver. Son mazo. Sí, parecen carreños, pero no son. ¿Ves?, el príncipe Baltasar Carlos, en Velázquez es un niño, aquí es un muchacho...

-Pero, ¿esta dama?...

-Ah, sí, ya ves, Margarita de Austria.

-Sí, ya lo veo, pero ¿no ves más?

-Claro que lo veo... Esto no se puede negar... Fíjese, doña Laura...

-Bueno, en ésta ya es otra cosa... Aunque tu nariz es más bonita.

-Oh, mi nariz... pero ¿y todo lo demás?

-¿Qué es lo demás? ¿No me vas a decir que te gusta el vestido? Tiene un aire de viuda... ¿La vas a imitar tú?

-No, Piedita, en el vestido no porque yo no seré nunca viuda: no pienso casarme... No me mires, Elena...

-Esta pobrecita no fue nunca viuda: el viudo fue su marido. Ella no pasó de los veinticinco años, creo.

-Ah, doña Laura, ¿es posible?... Entonces, esas gentes que están al fondo arrodilladas, como si estuviesen en la alcoba, rezando por alguien, ¿por quién pueden rezar?... Rezan por ella. Ella está muerta en la alcoba, tendida en la cama, no con ese traje negro, tan elegante; está con un sudario blanco y, mientras las otras rezan, ella está aquí, en esta otra habitación, pensando, despidiéndose de todo. De su hijo que iba a tener esa boca -que algunos llaman boquineta-, que también vestiría siempre de negro, con ese porte elegante, sobrio. No tiene más joyas que azabache; una pulserita en la mano que sostiene los guantes y algo como una mantilla o una toca, que le cae como una borla de azabache por entre las trenzas... Las trenzas juveniles, casi infantiles, destacadas, singulares, distintas de cualquier otro tocado. ¿En qué reina se ve un peinado así: dos trencitas como dos espigas, una a cada lado, la raya en el derecho y el pelo bien atusado sobre la frente, bien liso; recogido todo él en las dos trencitas que quedan como dos lazadas curvas a los lados de la cara y ocultan las puntas entre la borla de azabaches. Las dos trencitas fuera de toda moda. Las dos trencitas tal vez estuviesen extendidas sobre el sudario blanco, pero aquí, en el retrato que Mazo pintó -¿Cuándo? ¿Antes o después de muerta? ¿Posó ella para el pintor aquí, en la estancia solitaria adonde ella ha venido a despedirse?-, tiene en la otra mano, en la que apoya en el respaldo del sillón, un pañuelo, un gran pañuelo blanco, como para hacerle aletear en la despedida. Su mirada es muy triste como si no estuviese preparada para la muerte, como si la cogiese desprevenida ese quehacer de morir y temiese no hacerlo bien. Tal vez sin testamento, sin confesión no es probable porque eso no se lo habrían consentido. A eso, a subsanar ese imprescindible requisito todos la habrían ayudado, pero a ordenar sus... Tendría muchas más joyas, además de esos azabaches, y tal vez quisiera dejárselas a alguna de sus damas, doncellas o amigas... Pero sólo había dejado escritas las dos trenzas, las dos espigas apretadas, granadas de porvenir porque iban a despertar en la juventud de Isabel que las trasplantaría del azabache al céfiro azul... Rápidamente ya en casa- el peine, por la parte espesa, alisando sobre la frente el pelo dividido a la derecha por la raya. La raya suavemente desviada hacia el centro del cogote para dar a las dos trenzas el mismo grosor y, bien apretadas, atadas en las puntas con cordoncitos de seda, una a cada lado, sueltas sobre los hombros...

-¿De dónde te sacas ese peinado? La niña de una señora alemana llevaba esas trencitas. Pero era una chiquitina y tú ya vas estando grandullona: Anda, bájame por los litines.

Y Luis la miró con terror, con espanto, con arrobo, con cólera como si hubiera descubierto un rival. Vio el esmero, la decisión que había en aquellas trenzas, la consciente feminidad. Vio que eran una cosa elaborada, ¿adoptada o dedicada?... Eso es lo que quería saber, lo que quería preguntar abruptamente, violentamente, escondiendo la violencia como un puñal en la manga...

-¿Para quién te peinas?...

La mano de Isabel coge el paquete, los hombros hacen un mohín, saca la lengua, vuelve la espalda, echa a correr... La violencia, el arma utilizada en tan pequeño ataque, se queda insatisfecha y se ensimisma, se reconoce, se considera en sus dimensiones y, cuanto más se considera, más se crece. Examina el brote o borbotón surgido ante la presencia de Isabel, ante las trenzas de Isabel que se presentaron, se descubrieron como si se hubiera quitado el vestido, como si le hubiera dejado ver algo que no conocía y que, al mismo tiempo que se lo

enseñaba, se lo negaba, le prometía la negativa. Ésa era la provocación, alzar los hombros, dar media vuelta, y, antes de completar la media, antes de darle la espalda, enseñarle la lengua, la cosa negada... La cosa rosada, móvil, viviente, aún más tentadora que la carnalidad pétrea de coral rosa, brillante en el labio inferior terso, pulido, casi nunca dilatado en la sonrisa. Todo eso, la visión de todo eso tan breve, tan huidiza, pero tan permanente como una planta que echa raíces, como raíces que fuesen tentáculos, que a propósito o con un propósito de adentramiento se van enseñoreando del ser, en total, inflamándolo, convirtiéndolo en un único ente de deseo... El deseo convertido en violencia, o al contrario, la violencia llameando y el deseo custodiando, defendiendo de la hoguera su íntima, silenciosa, escondida fuente de ternura... Luego, las apariciones cotidianas entre la gente, con la presencia, a veces, del padre cada día más incapacitado para el trabajo, más vencido por su corazón deficiente, condenado, convertido en depósito de condenación —de la condenación temida, no de la aceptada— de la separación, de la partida... Interrumpiendo con esa amenaza de partida el curso —que debería ser fácil, alegre— de la vida del hijo... Y todo sucediéndose con abrumadora regularidad: la farmacia, las gentes acudiendo con sus torpes consultas, con sus recetas de curanderos... Y el estudio al mismo tiempo, el empeño en terminar bien, en llegar a doctorarse, en ser lo que se es cumplidamente... Y las apariciones de Isabel, sus cambios sutiles, dentro de su inmutable, hermético carácter. Su exquisita, infantil figura, su feminidad inexpugnable, su inteligencia como una chispa azul en su mirada tan descubierta como la de una niña que se hace la tonta... Y el torrente de pasiones, de intenciones, todas imposibles hasta aquel día en que la más leve, pueril, disfrazada de juego —la farmacia solitaria, al mediodía, el viejo portero pidiendo unas hierbas y, de pronto Isabel—, así, como jugando, echar la mano rápidamente y agarrar la trenza —con el corazón en la garganta, pero convenciéndose de que le ha perdido el miedo—, la trenza tan suave que es difícil retenerla sin que se escurra. Apretarla con tal fuerza que ya no se siente, queda como incrustada en la mano, y no soltarla aunque ella proteste... —No seas burro, Luis. Suéltame la trenza.

—¡No quiero!

Estoy harta de bajar un día sí y otro también por los litines.

—¿Qué se le va a hacer? Cada día tiene más reuma la gente.

—Lo que yo quisiera saber es si esto sirve para algo. A mi madre no deja de dolerle la rodilla. Tendría que ir al médico, pero no quiere.

—¿Por qué no quiere?... Hay que convencerla. Déjamela a mí.

—¿Quiere usted decirme por qué...?

—No, Elena, no es que no quiera ir al médico, es que sé lo que me va a mandar: lo mismo que la otra vez.

—¿Qué le mandó?

—Las inyecciones.

—¿Y no le hicieron efecto?

—¿Qué efecto me iban a hacer si no me las puse? ¿Tú sabes lo caras que salen?

—No es posible que sean tan caras.

—Las inyecciones no, pero el practicante... Y si no ir al hospital y perder toda la mañana... ¿Puedo yo pasarme la mañana sin coser un día sí y otro no?...

—Claro, eso es verdad... Sin embargo, tiene usted que ponérselas. ¿Conserva la receta?

—Sí, la receta sí, pero ¿y qué?

—Que en mi casa hay una jeringa... Yo se las pongo. ¿No se atreve?

—¡Tú! ¿Te atreves tú?

-Claro que se atreve, mamá; se atreve a todo.

-A todo no, pero a esto sí. Lo único que importa es la asepsia, ¿sabe usted?, la limpieza, y eso lo voy a hacer yo mejor que en el hospital. Luis me informará... No bajas tú, que le atormentas: ahora soy yo quien tiene que parlamentar.

¡Tener que elegir! Parece tonto tener que elegir cuando le gustan a uno dos cosas, que no sé, nadie puede saber si son dos cosas o si es la misma, o si son dos que salen de una tercera o ¡quién puede saber!... Pero sin embargo, habrá que elegir porque... no sólo porque las fuerzas y el tiempo no den para abarcar las dos -hay tanta crítica, tanta caricatura, «Pintor entre los médicos, médico entre los pintores»... Lo he oído decir de un señor muy respetable y me ha parecido una frase malévola, pero acaso no... acaso sea la verdad, la triste verdad. Sí, debe de serlo: cuanto más verdad me parece, más triste me parece también. Hay que elegir, pero antes de elegir hay que entender, hay que saber en qué consiste el parecido... No, no se trata de parecido. Lo que yo quiero saber es qué es lo que es lo mismo. ¡Ahí está!, qué es lo que es lo mismo... Yo sé que es lo mismo, pero no sé por qué... Me devano los sesos y no saco nada en limpio. Yo creo que el día que estuve más cerca de comprender algo fue el que me puse a pensar por qué me gusta más la escultura que la pintura. Acabé decidiendo que es porque en la pintura entran otras muchas cosas, entran otras cosas y a mí me interesa una sola cosa, los cuerpos: así, como se dice, el cuerpo humano... No me interesan los trajes, los terciopelos... Bueno, es idiota decir que no me interesan: me interesa todo, me gusta todo -todo lo que es para gustar-, pero la otra cosa no es que me guste; es que es la cosa que me gusta, la cosa que quiero, la cosa que quiero para mí. Si uno se dedica a una cosa, ¿es que quiere la cosa para sí mismo o es que se quiere a sí mismo para la cosa? Quiere uno casarse con la cosa, zambullirse en la cosa... Pero tampoco es esto exactamente porque no es que quiera uno estar metido en ella, como si se tratara de pasarlo bien, no... Uno quiere hacer algo, algo así como poner lo que falta, lo que le falta a la cosa: eso es, hacer lo que hace falta... Si me empeño en esto ya sé adónde me inclino, pero no puedo conformarme, no puedo decidirme porque hay lo otro, lo que no necesita nada... Eso soy yo quien lo necesita. Pero, ¡Señor!, ¿qué es lo que necesito, si a ello, a lo que miro hasta atolondrarme no se le puede añadir un grano de arena?... Esas formas, esos seres de mármol yo les hablo y me hablan... La Claudina cantaba una romanza preciosa, en francés -mi madre decía que su francés era un horror-, no recuerdo más que una frase que hablaba de un patio en el que los hombres de mármol la llamaban, de noche, tendiéndole los brazos... ¿No es estremecedora esa llamada?... ¡Y es tan verdadera!... A mí me llaman de día, ésa es la diferencia, porque de noche, en un gran patio, será maravilloso ese terror, no es como en el museo o en la escuela donde las cosas del oficio, el olor de la arcilla y el placer de meter las manos en ella y ver cómo salen de las manos las cosas hechas... Claro que el descontento de lo -mal que uno lo hace... Pero aunque uno lo haga mal, no desiste porque cuando se piensa en ello, cuando se imagina lo que se puede llegar a hacer... No, yo no me hago ilusiones, pero no estoy dispuesta a prescindir, a dejar de responder a la llamada... ¿Que no estoy dispuesta? Que no puedo, sencillamente. No puedo dejar de responder a todo, a toda cosa en la que se pueda meter las manos. Y no es deseo de mangonear, no, es que esa emoción, ese arrebató que me produce la perfección -la vista o la imaginada- lo sufro por las cosas más increíbles... ¡Por cosas tan diferentes! Y la emoción es la misma. De eso es de lo que estoy segura, ¡es la misma!... es como si eso, la perfección, pudiera, quisiera estar en todo, como si fuera la cúspide de todo... En la cúspide es donde ocurre la confusión, donde las cosas se confunden en la dicha de haber llegado. Lo difícil es saber lo que es la cúspide -es lo que lucha por saber Elena-, lo que es la cosa que puede seducir o subyugar a una mente, a un alma, es decir a una criatura en su integridad primera, cuando la cosa que subyuga se abre en toda su amplitud de irresistible libertad, como si fuese la única libertad posible, la única existente, ininteligible, pero afirmativa como un mandato, como una voz o llamada, como vocación. Entender el drama, el hecho indubitable de la vocación es trance de pubertad porque el eros comienza

con la vida, pero avanza calladamente, al mismo paso que ella hasta la estación, hasta la primavera genésica... El trance consiste en la decisión para el acto porque la imagen seductora está velada, no es como en el amor o amorío que una mirada inflama. Es, por el contrario, una mirada en la oscuridad de la propia conciencia, una mirada que busca en la sombra la forma de la voz. Porque la voz puede ser dúplice, puede llamar hacia lo no dudoso, hacia lo que salta a la vista, y la vista se deleita en ello, pero también puede llamar hacia una región tenebrosa, penosa, una región en la que no existe voluptuosidad, sino ansiedad. Ansiedad de lucha, deseo de vencer, de ser invencible en la custodia de aquello que está en la cumbre. Aquello que -piensa Elena, vive, siente, jura Elena- es lo mismo en el poderío de la belleza que en el clamor del dolor, en la piedad. Tal vez sea la piedad lo que es lo mismo, desde aquel tiempo en que la piedad se decantaba en formas, se perfilaba matemáticamente divinizando cuerpos, humanizando dioses. Formas excelsas que compensaban al hombre de ser mortal, que acabaron por traspasarle de angustia y de terror, de desconsuelo por ser mortal, que, al fin, sumiéndose en sí mismas, se invistieron de un silencio como una promesa o una esperanza. Y todo ello, en su duplicidad engañosa, incitante y esquiva, ostentosa, esplendente y soterrada, callada, pudorosa, todo ello en la mente de Elena como una perplejidad, nada más que como una perplejidad. Pero en la nebulosa, en la maraña, en el zarzal de la perplejidad, la voz manda obrar.

-¿Tú crees que voy a saber hacer lo mismo que hago en casa, aquí entre tanta gente? ¿Entre una cantidad de chicas, probablemente antipáticas, y, sobre todo, con la profesora al lado?...

-Vamos, echa a andar. No vas a tener al lado a la profesora: te asignará un puesto y nada más. En cuanto a las chicas..., no las veas.

-Las estoy viendo y todas me miran. ¿Por qué me miran?

-Porque eres nueva: ya se acostumbrarán a verte.

-¡Y la profesora! ¿Te has dado cuenta de cómo le mira a una esa señora? Con los anteojitos puestos en la nariz, mira como un hombre. A mí me desconcierta.

-No hay razón para que te desconciertes: mira así porque es muy inteligente.

-Sí, eso parece, pero ¿qué tiene que ver una cosa con otra? Porque sea muy inteligente...

-Pues sí, por eso... Anda con la oreja: le está dando una luz muy bonita.

-La he elegido yo. Me dio a elegir entre tres o cuatro yesos, todos de hojas o cosas decorativas, y yo preferí la oreja. Me dijo, «Tú eres de las que no se arredran» y me la dio... La oreja emergía de un rectángulo que no tendría más de tres centímetros de espesor. Colgaba de una presilla de alambre, sobre el pupitre. El rectángulo de yeso parecía cortado a cuchillo, como si fuera un trozo de algo vivo. No era plano, tenía unas ondulaciones blandas, carnales, que sugerían una enorme cabeza en la que hubiese estado implantada. Era la oreja de una cabeza gigantesca que, por aquellas ondulaciones muelles, debía de ser una cabeza benévola... Tendría una enorme nariz, una boca -no entreabierta, pero tampoco cerrada-, una de esas bocas en las que los labios, independientes, se dejan ver en toda su redondez, en la perfección de sus curvas, hechas para adaptarse el uno al otro... Isabel reconstruía la cabeza, contemplando la oreja. Apenas había tocado el papel con el carbón: con él en la mano, imaginaba formas que le fuesen consonantes, armónicas... Una presencia, a su espalda, la hizo aterrizar. Volvió la cabeza: la profesora estaba mirándola, con su mirada turbadora, pero pasó de largo, sonriendo imperceptiblemente... El bedel dio ¡la hora!...

-Has hecho poco, pero no importa: lo has tanteado bien. Vamos, tu madre estará impaciente por saber si has salido airosa.

-Mi madre no podría concebir que no saliese airosa.

El mandato de la voz exige ahora un breve cocineo; hervir jeringa, preparar algodones, romper la ampolla con la sierrecita de acero y hábilmente, rápidamente -sin apresuramiento, con la rapidez de la seguridad- inyectar el líquido hasta la última gota, mientras se habla del curso empezado, de los .progresos -seguros, indiscutibles- de Isabel. Mientras se dan noticias de mil cosas, se comenta el otoño, que va pasando espléndido, benigno, sonriente, y se proyecta un invierno de actividad metódica... Las dos cosas, las dos fases de la voz parecen unirse en la posibilidad. El hecho de abarcarlas, de apropiárselas logra, en la mente de Elena, la identidad presentida... Más que presentida, gozada, realizada, vivida como un amor, como un contacto. La cosa deseada está en ella, es ella -porque no necesita decir, es suya, la posesión es penetración, es fusión; es una propiedad que tiene la delicia de poder ser olvidada, de poder ser entregada a una existencia azarosa, como la de la propia vida.

-Ya llevamos cuatro cajas. A tres ampollas por semana, son dos docenas, y creo yo que van haciendo efecto, ¿no?

-Claro que lo hacen. Terminaremos esta caja porque, después de todo, no es ningún sacrificio... ¡Hay que verlo para creerlo! ¡Chica, yo creo que eres bruja!

-¿Por qué?

-Porque no siento nada, no me haces ni pizca de daño. ¡Con lo que duele cuando una se pincha, cosiendo! ¿Será porque frotas primero con el alcohol?

-No, no es por eso, es que es así cuando se hace bien. Y ya ve usted que me salió bien a la primera: no lo había hecho nunca. Claro que había visto hacerlo y estaba segura de que lo haría bien.

-Pero si parece que ni siquiera aprietas...

-Apenas tengo que apretar. La aguja es muy fina y su piel también. Como no lleva usted nunca los brazos al aire, esta piel tan finita está de color de rosa. Parece un brazo de porcelana.

-¡De porcelana!

-Sí, bueno, es un decir.

-Pero... En fin, hay que recoger las cosas. Hoy está convidada Isabel en casa de doña Laura.

-Ya, ya me lo dijo. Yo bajaré dentro de un rato a ver lo que hacen.

-Van a arreglar entre las tres la clase, de arriba a abajo. Van a sacar todos los libros de la biblioteca, ¡figúrate! Tienen para rato... ¿Por qué dijiste eso?

-¿Qué es lo que dije?

-Lo de la porcelana.

Ah, ¿no le gusta?

-Como gustarme...

Podrían seguir hablando del piso de abajo, de toda la vecindad, la palabra volvería a aparecer. La palabra reclamaba toda la atención. La atención de Elena, la emoción, la mente en total de Antonia. La memoria, no como rememoración, sino como imposición, como presencia de algo que no ha sido nunca pasado, como la solución del nudo de la intriga -la intriga, el presente, su trama de ocultación, de secreto inconfesable-, el vergonzoso silencio sobre el orgullo cuidadosamente encubierto y que, de pronto, sobresalta por una desgarradura, una palabra sin conciencia, una palabra que es «un decir» y ya no se puede decir más, ya no se puede decir otra cosa porque la más brillante, la más verdadera, la más dolorosa ya ha sido dicha.

-Como gustarme... Más de lo que tú te figuras...

-Ah, menos mal porque puso usted una cara como si le hubiera mentado al diablo.

-Oh, no, al diablo no.

-Pues ¿a quién, entonces? Vamos, cuéntemelo. ¿Es algo en relación con Isabel?

-Te digo que eres bruja.

-No hace falta ser bruja para acertar las cosas que se caen de su peso.

-¿Qué es lo que se cae? ¿Qué es lo que yo he dicho?

-Usted no ha dicho nada porque se ha quedado sin habla. Y yo la conozco, yo sé que para que usted se quede sin aliento- tiene que ser algo que toque a esa hijita que Dios le ha dado.

-¡Claro que me la ha dado Dios! ¡Claro que sí!

-¿Y la porcelana?

La palabra vuelve a producir el silencio. Los algodones van siendo recogidos, los cacharros enjuagados, la jeringa y las ampollas puestas en su sitio... Hay unas cajas de zapatos sobre un baúl que parecen representar una gran dificultad para abrirlo. Hay una cafetera con agua sobre el gas, que conviene apagar porque, hablando, se consumirá inútilmente.

-No sé, no sé, eres muy pequeña para hablar de esas cosas. Claro que sabes más que Lepe... Bueno, no es que crea *que sabes picardías, es que lo sabes todo. No sé cómo te las arreglas, pero todo lo sabes. En fin, como quieres tanto a Isabel, como desde un principio te has dado cuenta de que no es como las otras...

-Tengo perfecto derecho a conocer su historia. ¿No es eso?

-No es que no quiera contártela, es que no sé. No sé por dónde empezar.

-Empiece usted por lo de la porcelana.

-Ya está la brujería. ¿Cómo has adivinado que ése es el principio?

-No he adivinado que fuera el principio, he adivinado que era el intríngulis.

-Bueno, como quieras llamarle, pero el principio sí que fue.

Yo empecé a fijarme en eso porque no entendía..., creía que era un mote. Los marquesitos estaban en la mesa de la antesala..., eran para poner tarjetas. Vas a creer que yo era tonta, pero es que no hacía ni seis meses que había llegado del pueblo... Todo lo de antes del principio se imponía, se levantaba como la niebla o, más bien, caía como la niebla sobre todo lo demás, borrando todo lo demás, pasado y presente. Porque para hacer presente todo lo pasado, con un relato simple, torpe por falta de costumbre y por algo más inexplicable aún, por costumbre de relatárselo a sí misma a diario, durante doce años. Relatar, repasar los puntos capitales, pero teniendo en la mente, entre las imágenes que brotan a cada idea, a cada recuerdo, a cada fase o tono del recuerdo total, el fondo sin principio de la propia vida, la infancia: eso que llamamos la infancia cuando sabemos llamar a las cosas por su nombre, pero la mente simple que conserva la representación del prado, del pradín donde se rebuscaban las castañas caídas y, sin transición, el prado, el mismo prado desde donde se veía bajar por el sendero... apenas se distinguía, pero se notaba si la mirada se había cruzado con otra mirada y todo no era más que cosa de miradas. Y a veces ni eso, a veces era el prado mismo, la emanación del heno lo que se metía por las narices y agitaba la respiración y se buscaba o se esperaba algo...

-Yo, ¿sabes?, fui muy tonta, muy tardía. A los diecisiete años no había tenido ni un novio. Luego, al año siguiente, con las enfermedades y las desgracias, y quedarme huérfana y tener que venir a servir...

-¿No tenía usted a nadie en el pueblo?

-A nadie... -El recuerdo doloroso del empujón fatal interrumpe momentáneamente el relato, haciendo tambalear a la memoria, como si el propósito de la confidencia se esquivase, intimidado, pero sólo un instante. Con otro tono, con otro acento terminante, se subraya aquello de lo que no hay por qué hablar-. ¡A nadie!... No me vine con sentimiento del pueblo,

no. Y en la casa de los señores no me fue mal, me trataban con mucha consideración. Yo estaba de doncella y tenía poco que hacer. En cuanto llegué me dieron en el ojo...

-¿Quiénes?

-Los marquesitos. Ya te he dicho que estaban en la mesa de la antesala.

Ah, y eran de porcelana. Y ¿por qué les llamaban así?

-Pero ¿no se llaman así?

-Bueno, si se quiere...

-Así los llamaba la señora. «Cuidado con los marquesitos. Límpiale la falda a la marquesita con el cepillito de uñas: es de tul, fíjate. No vayas a dejarlos caer.» Para que le digan a una que no crea en presentimientos...

-¿Los dejó caer?

-Sí, pero no es eso sólo. No fue ése el presentimiento. Es que... La potencia del recuerdo produce otro espacio en blanco. La memoria queda deslumbrada por su propio fulgor, rap-tada por su propio aroma, desvanecida por el contacto, por la proximidad de la minúscula cara de porcelana que se podía acercar a los labios. Se podía tocar aquella tersura, además de contemplar -largos ratos, a solas, en la antesala- la gracia, la gentileza del talle que se inclinaba hacia la falda de tul. Ella era un estorbo, tenía que romperse, pero el presentimiento había sido nada más llegar cuando los marquesitos no eran más que ellos, ellos solos.

-Cuando decía la señora, hablando de su chico, «Salió con el marquesito» o «Vino a buscarle el marquesito» yo creía que le llamaban así porque era igual, completamente igual.

-Ya, completamente igual, pero más peligroso. Y usted se dejó conquistar.

-¡Conquistar!... ¿Sabes cómo me llamaba? Fea, así, Fea, como si fuera mi nombre. «Fea, ¿quieres traerme un vaso de agua?» Y, si no estaba el señorito, «Fea, dile que volveré a las diez». No me hacía gracia. Yo quería tomarlo a broma, pero no me hacía gracia. Hasta que un día... La confidencia, reino, universo de las mujeres, eleva a una a la madurez en la escucha, devuelve a otra la juventud, a la doncellez incauta, a la dadivosa entrega de secretos, en el saboreo mutuo en que la amistad reparte sus caramelos, sus confites multicolores, comunicándose las mentas y grosellas, los matices del secreto, personándose en él, alcanzando su real y estricta verdad, su más exquisita y profunda y laberíntica verdad con los términos elementales, con las reticencias y simplicidad del habla común.

-Hasta que un día... me dijo «¿No te gusta que te llame fea? A lo mejor te crees que eres guapa. ¿No te has mirado al espejo?». Yo no contesté. «Pues anda, mírate para que te convenzas.» Y va y me coge por los hombros y me pone delante del espejo de la consola. «Anda, mírate esos pelos lacios, esa cara renegrída»... Y yo no quiero mirarme, pero entraba el sol de refilón y me daba en la cara, y me miro y estaba colorada -pie rabia-, estaba toda de color de rosa, con el pelo, que lo tenía bien limpio, rizado y brillante como el oro... Me eché a reír y salí corriendo por el pasillo. Todavía se quedó diciendo, «No se ha convencido, la tonta...». Y nunca me dijo nada más.

-Bueno, pero ¿si no le dijo más?...

-Pues no, no me dijo más porque cuando pasó todo no me dijo nada: no se podía hablar. Eso sí que no sé cómo voy a poder contártelo... Vas a pensar que soy una sinvergüenza...

-¡No vuelva usted a decir eso, en su vida!

-No, es verdad. Tú no piensas nunca lo mismo que la gente. Pero no sé cómo contártelo y... Bueno, verás, ya que dices que no piense eso. Yo dije que ibas a pensarlo porque no iba a decirte que pasó lo que pasó, aunque yo no quería. ¿Comprendes? Eso es lo que dicen todas, pero yo no porque yo quería. ¿Ves qué barbaridad?

-Sí, ya lo veo. Desde un principio comprendí que usted quería que pasase.

-Lo quería, que me moría de quererlo.

Esto no se lo he contado nunca a nadie... Hacía un calor. Yo creía que no podía dormir por el calor, pero es que ya otras noches había oído que entraban callandito. Me había dado cuenta de que el señorito no venía solo. Claro que no venía solo, porque no se tenía de pie. A los cinco minutos sentía abrir la puerta y alguien se marchaba sin hacer ruido. Bajaba en el ascensor, que se había quedado en nuestro piso. ¿Sabes? eso había pasado ya varias veces y yo no podía dormirme... Cuando les oí llegar dije, ahora veo lo que hacen, y me asomé al pasillo. Me eché encima nada más una bata... Todo estaba a oscuras, no hacían el menor ruido, pero yo oí que me decía «Ayúdame»... No sé cómo se atrevió a decirlo porque, si lo hubiera dicho un poco más alto, le habrían oído, pero lo dijo de un modo que sólo yo podía oírle, «Ayúdame»... Me parece estar oyéndolo... Le acostamos entre los dos al señorito, yo le quité los zapatos. Iba a ponerlos debajo de la cama, pero me cogió por el brazo y los dejó caer. No hicieron ruido, no sé por qué pero no hicieron ruido... Las cajas de cartón, sobre el baúl, había que quitarlas, había que ponerlas en otro sitio para abrirlo, volviendo la espalda a Elena, moviendo la cabeza, hundiéndola un poco entre los hombros como quien no puede más, como quien necesita esconderse en sus pensamientos, en el recuerdo que, ante la delación, ante la debelación se agiganta, se encrespa como una ola para mostrarse inabarcable, amenazador, arrollador... El recuerdo de la mano que le aprieta el brazo, fuerte, pero suavemente..., y la caída en la alfombra y la acometida dolorosa, como una cosa horrible que queda como un poso bajo el recuerdo divino del primer contacto en las manos, en las mejillas. El contacto de las manos y las mejillas de porcelana... Sale del baúl la caja atada con cordeles, rompe los lacres. El marquesito, envuelto en papel de seda, divorciado de la falda de tul, libre aunque sin una pierna y debajo papeles, documentos del hospital -ya inútiles-, la fe de bautismo de Isabel. Una hoja de un periódico ilustrado, con gran foto tomada en una fiesta hípica: señores enchisterados, señoras con la *jupe entravée*. Al pie, nombres de condes, barones, marqueses...

-Éste, ¿ves?, éste que, sin conocerle, casi no se le distingue. ¿Te das cuenta?

-Bueno, casi no lo veo, pero me lo figuro.

Todo vuelve al fondo de la caja, apresuradamente, no sea que aparezca Isabel... Encima de los papeles, el marquesito, envuelto en papel de seda.

-Pero está cojo... Usted, en aquel entonces, no lo estaba, ¿verdad?

-No, ¡qué iba a estarlo! Ése ya es otro cuento... Los días, los meses que me pasé sola. Todos se habían ido de veraneo. La cocinera y yo nos quedamos a cuidar a la tía, tan vieja que ya ni salía de su cuarto. Te dije sola, lo peor es que la cocinera era mala y burra, y yo creía que me calaba, me parecía que se enteraba de todo... Figúrate, una botella entera de agua de Carabaña, por más que disimulase... y nada, no sirvió para nada. Fui a los barrios bajos y una mujer que vendía hierbas en el mercado me dio ruda y culantrillo... nada, todo inútil. Oí un día a dos que hablaban en la carnicería de una que había abortado. Una decía: «Se cayó una costalada» y la otra, «Ah, claro, eso es fatal ¡Una costalada!»... El cuento puede dar idea de los hechos, pero no de la ansiedad con que se llevan a cabo, del rigor con que se busca la solución para algo que hay que hacer -forzosamente, hay que hacerlo-, con el terror, la repugnancia, la contricción de lo que no se debe hacer, con la contrariedad de lo que no se quiere hacer, pero hay que hacerlo, y se buscan los medios para aplicarle el sistema fatalmente seguro... ¿Sabes? me puse a limpiar cristales. Arrimé la escalera de mano, me subí a lo alto y apalanqué con la mano en el quicio del balcón, hasta separarla de arriba... Se vino abajo conmigo y todo, pero no caí de espaldas. No me lo explico, pero no caí de espaldas. Yo no sé qué vuelta di en el aire, pero caí de cara, como los gatos, que siempre caen de pie... Como cualquier bicho que, era el peligro, ejecuta un movimiento incomprensible para un ser racional. Pero un ser racional puede, en nombre de toda su especie, repentizar ese movimien-

to: saltar, convertir la caída en salto y, en medio del salto, dar la vuelta y caer de pie, con las manos y las rodillas. Salvar el torso, evitar la costalada: caer en tensión, con los brazos extendidos al máximo... La escalera me cayó encima, me dio un porrazo en la cabeza que por poco me atonta, pero el dolor de la rodilla era peor y tenía que disimularlo porque si le hubiera dado importancia se lo habrían dicho al médico, que venía casi a diario, por la tía... Me parecía que con que me mirase la rodilla iba a notar algo y aguanté, aguanté hasta que vi que ya no iba a haber disimulo, y me largué. Cogí mi hato -tenía unas pesetillas ahorradas-, me metí en una pensión y me quedé tan tranquila. Por Atocha, cerca del hospital... ¡Me quedé tan tranquila!... El doble mandato había sido cumplido. Había hecho lo que debía hacer y no había hecho lo que no debía hacer. Pero ese no haber hecho, en medio de lo que estaba haciendo, había sido el acto más difícil porque no significaba un cambio de decisión: los dos actos eran simultáneos. La decisión primera de hacer lo que debía hacer -lo que, forzosamente, debía hacer- llevaba ya en sí el cómo se haría. No había escatimado preparativos para el sistema fatal, nadie podría decir -¡Nadie!..., el alguien agazapado en su conciencia- que no había hecho bastante. Nadie, viéndola -y ¿quién podía verla, sino aquel alguien?- podía dudar del giro subitáneo, tan perfecto cinéticamente como un resultado previsto. El misterio, el enigma, más bien, del doble mandato, culminando como decantación de virtudes en la mente simple, se había valido de la ágil irracionalidad gatuna... No te creas que me duró mucho la tranquilidad, cuando salí del hospital empezó lo peor... Se oyen pasos, las cajas de zapatos quedan ordenadas sobre el baúl, pero no es Isabel: es la muchacha de una cliente, que trae más costura. Elena decide bajar, ya va siendo hora de comer y va bajando lentamente los veinte escalones: diez un tramo, luego el rellano, bajo la luz de la claraboya, tan próxima, y diez el otro. Luego, llegar hasta la puerta de la izquierda y alargar la mano hasta la campanilla... todo esto fue eterno. Eterno es todo lo que no pertenece al tiempo real, eterna es toda levitación, todo proyectarse a mundos supuestos, llevando el equipaje de todo lo propio, de todo lo real, cotidiano... Isabel, la tremenda historia de cuando Isabel no era, la historia que era Isabel. Lo ignorado, lo que nunca pudo ejercer sobre ella un poder lógico, convertido o encarnado en su forma, en el color de sus ojos y en su conducta, en su misterio. Todo aquel drama, todo aquel riesgo, toda aquella barbaridad transubstanciados en cierta altivez, en cierta pasión y su alternancia de cierta frialdad... Todo eso era Isabel, pero Isabel era extraordinaria, al juicio de cualquiera; no así la insensata que había vivido aquella barbaridad... Al rellano de la escalera llegaba la voz de la nueva discípula, llegaba el piano y las interjecciones magistrales... No así la humilde criatura que cosía interminablemente sus percales en una vieja máquina. ¿Quién podría saber que era extraordinaria si ella misma adoptaba la voz popular, se avenía a pasar por una simple sinvergüenza, es decir que su ser racional, apenas despierto, no tenía armas para defender el momento glorioso de su amor? El rayo detenido por la voluntad, persistente en el propósito, deslumbraba a Elena como una visión sobrehumana, vórtice y, al mismo tiempo, fuente de toda existencia. Pero fuente soterrada porque nunca se piensa que, detrás o antes de una criatura, pueda haber fulgurado su ser, lo que va a ser mediante una conjunción fatal, mediante un imán violento que ha originado el choque, la compenetración o, más bien, el acuerdo... La campanilla suena y alguien abre la puerta. Elena se mete en su cuarto y la voz de la discípula resuena limpiamente en toda la casa. Elena hace por no oírla, no quiere salir de su meditación, de su emoción, pero la voz insiste, interrumpida continuamente por la maestra. Si la voz hubiera seguido la melodía hasta el fin, la habría aceptado como acompañamiento de sus ideas, pero a cada paso se cortaba, la cortaba la voz de Ariadna con una interjección o un golpe en la tapa del piano. «¡No, Paulita, no! Cantas, pero *no dices lo que pide el canto*»... Y nuevamente dos o tres compases, y nueva interrupción... «¡No, Paulita!, no se dice así»... Y nuevamente el ritmo de habanera... «Tarán tan tán..., tarán tan tán... tarán tan tán tarán tan tán... *io t'amo*»... «Fíjate, es necesaria una mínima dilatación, una mínima detención en esta nota, que destaque, que refuerce el "*io t'amo*".» Y la demostración sigue a la explicación: el piano *dice* «*io t'amo*»... Ariadna lo explica como un problema matemático y su mano lo dice en las teclas. Elena ve la agilidad de la mano gordita Ariadna gordita, sedentaria- que domina tanto las

teclas como si las hiciera sonar con un mandato de su pensamiento. Las teclas *dicen io t'amo* porque la mano lo piensa, la mano con hoyitos que ella, Elena, besaba y mordisqueaba, de chica, la mano que sabe decir *io t'amo...* luego ella, Ariadna, lo había dicho porque si no ella, Elena, no existiría. Pero no debía de haberlo dicho en un rasgo de locura, con riesgo de la vida y de la vergüenza... Lo habría dicho con música, con versos tal vez... Había unos versos que eran como decir eso, como demostrar eso en una noche de luna. ¡No!, en una noche de verano. La luna era ella, Ariadna ¡no!, tampoco: la luna, el fulgor de la luna se escapaba por el balcón en su música, llenando toda la calle. Por eso ella, Elena, tenía una mente de claridad lunar. Isabel tenía un misterio inexpugnable, como los misterios que se consuman a la luz del sol, como una semilla, como una flor azul que sale de la tierra ocre. También esto, en la mente de Elena, como una perplejidad, sólo como perplejidad... ¡Los amores de las madres, de esas niñitas del destino, tan indefensas! -Elena se siente mucho más vieja que su madre, mucho más cargada de experiencia porque la que Ariadna pueda haber tenido, la que pueda haber experimentado, no está en pie, insomne, como la de Elena, que se dispone a estar alerta ochenta..., ciento, doscientos, quinientos años, sin cerrar los ojos... Elena, absorta en su perplejidad, oye la interminablemente repetida habanera de *Carmen*, pero no oye a los que gritan por la calle los periódicos. Gritan como nunca, algo debe de haber ocurrido. Se hace el silencio en el gabinete y, algo más extraordinario, su padre sale de su cuarto y, en zapatillas, se echa escaleras abajo... Su padre entra en escena, Elena siente que, en su dramática perplejidad le había olvidado: había pensado en los amores de su madre y en los versos de su padre. Había reflexionado en la transformación, modificación, más exactamente, que había redondeado la figura de Ariadna con una redondez de resignación, de nostalgia o melancolía -había llegado a pensar que su madre comía bombones para combatir su nostalgia-, los bombones eran algo así como un vestigio de lo no sido, del triunfo, de los aplausos resonantes. La modificación de todo aquello -lo no sido- era ahora el ejercicio cotidiano, la lucha con las discípulas -la mayor parte, ineptas-, las que aspiraban al título en el Conservatorio, las que, ya lanzadas, o arrastradas por las provincias, en compañías anónimas, venían a pedirle auxilio de *perfeccionamiento*, de orientación. Al fin, todo aquello era una continuación del fuego sagrado, apagado, un seguir de guardia ante las cenizas de un ara. Su padre no seguía de guardia, no se había modificado, se había anulado, se había retraído, entretenido en minúsculos quehaceres, con los que disimulaba, tanto como ostentaba, su cesantía, su amargura, agresiva a veces, como quien está cargado de razón y no quiere dar razones de su misantropía... De pronto, arrebatado por los gritos callejeros, bajaba al portal y subía con el extraordinario. Acudían todos al comedor y su padre leía la noticia, a su suegra, principalmente. El diálogo se mantenía entre él y doña Eulalia.

INFAME ATENTADO

ASESINATO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO

SUICIDIO DEL CRIMINAL

«Fue en la Puerta del Sol, casi esquina a la calle de Carretas, ante el escaparate de la librería de San Martín.

»El señor Canalejas acababa de salir de su casa y se dirigía a Gobernación...»

-Nada más, así: cuatro tiros y asunto concluido.

-¡Hombre!, cualquiera diría que te alegras.

-No se le puede ocurrir a nadie que me alegro de que le hayan matado. De lo que me alegro es de que se vea la cosa, de que se vea adonde llegan los que mandan bajo cuerda. ¡Ahí está! en casos como éste es en los que se pone de manifiesto Un hombre decente, un hombre con agallas, se le quita de en medio como a una mosca... Porque molesta, quiere cambiar las cosas y eso no... Las cochinas tienen que seguir. Que se presenta uno con

vergüenza y con talento ¡eso sobre todo! con talento, con más talento que todos los demás..., se le elimina y basta. Lo mismo da que sea el presidente que si es un bedel, que si es...

La Sinfo pone la sopera en la mesa. Se come, habría que decir en silencio, porque cada uno guarda silenciosamente su impresión del drama y sólo los comentarios triviales, entre plato y plato, mantienen un bombardeo que involucra rencores, intenciones inconfesables, tan disimuladas como grabadas, marcadas a fuego... Y termina el rito doméstico y Elena baja a comentarlo. Le abre la puerta Isabel, demudada. Le dice, con un hilo de voz. -Pasa... En el pasillo Piedita solloza. -Ha muerto Magdalena...

Llegan, por las tardes, a casa de doña Laura, gentes a darle el pésame; entre ellas Felisa, discípula de otros tiempos, que se había alejado. Elena la recordaba de cuando eran pequeñas -Felisa algo mayor... Las conversaciones banales, difíciles de mantener en voz baja -añoranzas o alusión al rosario, que allí no era pertinente-, con la suficiente animación para entretener a la persona afectada, musitaban, susurraban cuentos, noticias, pequeños chismes y, naturalmente, comentarios del suceso que había conmovido a todos. Al suscitarse el tema, los padres de Luis, que habían subido, entraron en un violento silencio, pusieron un discreto pretexto y se fueron. Quedó, entonces, como tema su deserción. Doña Laura dijo -Ahora irán por las escaleras matándose el uno al otro... Elena se quedó pensando en aquella frase... Felisa las instaba a pasar a su casa -dos casas más arriba, en San Andrés-, su padre tenía muchos discos... Elena pensaba en que unos se mueren, otros se matan y a otros los matan... ¡Qué diferente! Qué diferente era la muerte de Magdalena, anunciada durante tanto tiempo, llorada de antemano, temida por motivos algunos impuros, egoístas, indignos de detener el dolor que el simple anuncio había provocado... Aquel dolor suspendido, como posado en la frágil rama de una alegría «¡Qué suerte, el peligro ha pasado!» ahora sin apelación... Magdalena ha muerto se desgarran la armonía del clan la armonía que a veces existe -no siempre- principalmente la armonía fraternal, camaradería de la sangre, del tiempo, sobre todo... Se desgarran ¡no, al contrario! El dolor aprieta el nudo, del que algo se ha escapado... Magdalena, bellísima, muerta en su cama, rodeada de amor... ¡Qué diferente! Qué diferente del suceso..., un señor muerto a tiros, en medio de la calle. Un señor como todos los señores, ni feo ni guapo, ni viejo ni joven, con unos bigotitos de sortijilla, tirado en un charco de sangre, en medio de la acera... Claro que lo recogerían, lo llevarían a su casa y allí sería, igualmente, un motivo de dolor. Habría gritos y lágrimas... Alguien le desnudaría de las ropas ensangrentadas -un traje de chaqueta, como el de cualquier otro señor-, alguien le besaría, tal vez... Pero además, habría gentes, muchas gentes que acudirían sin ningún dolor a aquel duelo. Gentes que no pensarían más que en que el hecho era un desastre o en que el hecho era un feliz resultado. La muerte de aquel señor no es que podía interrumpir un juego, sino que... Llegaba la señora Smith con su hija y su hermano -su más eficaz colaborador- y las conversaciones cambiaban de rumbo un instante. La señora Smith expresaba a la dueña de la casa su sentimiento, pero al poco rato el tema volvía a aparecer; los recién llegados comentaban el suceso con profundas lamentaciones. La señora Smith decía que era un gran hombre y que es harto frecuente que los grandes hombres mueran por una idea. Las palabras de la señora Smith revestían al hombre caído en la calle cota ropajes antiguos o, más bien, le desnudaban, no de la chaqueta ensangrentada: le desnudaban, incluso, de su cuerpo, de sus rasgos personales, le dejaban en su alma -personal, también- pero reducida o depurada o elevada a su idea sustancial. Aquel señor, don José Canalejas, un nombre que no tenía el menor acento épico, que no evocaba fácilmente una caída como la del galo moribundo, ni un impulso o decisión como la de Daoíz y Velarde -blancos, inmarcesibles entre la fronda de la Moncloa-, un nombre que suscitaba ideas familiares: para unos sería don José, para otros, el señor Canalejas -diminutivo levemente, tiernamente despectivo, que se aplica a las cosas o bichos o menudencias..., cosejas, bichejos-, nombre que entraba, llenaba enteramente el orbe de lo familiar, de lo próximo, de lo humanamente próximo, libre de toda idea..., esclavo de la idea, víctima de la idea. La idea... Las ideas se cernían en torno a las

personas. Eran como algo exento, enorme, ajeno al amor humano aunque los humanos las amaban hasta morir... Y todavía más, las ideas, enormes, exentas, no luchaban entre sí a la altura de las nubes, como los nublados que se asaetean con sus chispas, en su orbe, sin complicar la vida a nadie. Las ideas, para vencer una a otra, buscaban, elegían a un hombre, y sólo con meterle una bala en la cabeza avanzaban, copaban a su enemigo por una buena temporada. Todo esto quedaba lejos o parecía quedar lejos, pero estaba en todas partes, alcanzaba a todos. Había que salir de los juegos -amores, predilecciones, contemplaciones- y llegar a la mayoría de edad. Ser mayor significaba, en cierto modo, un alejamiento, algo así como salir del cascarón... dejar la placenta, el clima carnal, sangriento, caluroso, vital, onírico, omnipotente, infinito... Hacer dejación del placer ingrave, la soledad y tomar en cuenta... todo lo otro, lo ajeno, lo ignorado, lo inconcebible, lo que sólo se presiente cuando llega de lejos su aullido, su alarido, su rugido. Todo esto, nada más como una infinita perplejidad en la mente de Elena, al despedirse de Felisa, al prometerle ir a su casa con Isabel, a oír sus discos.

Y nuevamente la perplejidad cernida en la escalera como una luz irreconocible: crepúsculo o nublado o perplejidad, nublado de la mente. Cuarenta escalones esta vez, veinte del primero al segundo, veinte del segundo al tercero. Una constelación de enigmas, pesada, difícil de transportar, de llevar al refugio cotidiano, al estudio, al juego compartido... Los hechos, las dos muertes que habían conmovido desde la calle, desde el griterío de los gacetilleros hasta los sollozos de las dos hermanas, interrumpiendo la vida -libros por el suelo, en el pasillo, pupitres desarticulados de sus filas-, todo el trágico desbarajuste había servido..., era brutal pensarlo. Era necesario pensarlo brutalmente porque todo aquello había servido para alejar a Isabel de Elena. Para alejar a Elena como se aleja el que toma distancia para ver... Isabel tenía, ahora, el aura de su misterio. Elena temía que su mirada delatase la novedad de su visión. Necesitaba acostumbrarse al nuevo tono, no olvidarlo, sino ponerlo en su debido lugar, en su silencioso, recatado y justo rango, donde nunca pudiera ser sospechado por Isabel... Difícil, difícilísimo mantener el secreto, queriendo, al mismo tiempo, hacerle participar del cambio, la madurez que se había impuesto por los dramas vividos, que no podían considerar ajenos. Eran tan próximos, tan conturbadores del orbe familiar, aunque no de sus familias, de ninguna de las dos, pero de las dos precisamente, por ser, por trastocar el clima dilecto. Eran tan unánimemente vividos que servían..., había que emplearlos, no era necesario decir adoptarlos: emplearlos era más exacto porque se trataba del lado práctico, del modo de poner en práctica la nueva visión, la nueva tendencia, la tendencia voluntaria hacia la madurez. Porque no era dejarse ir, paso a paso, con la normalidad de lo que madura en el árbol, era un nuevo giro: había que afrontar otras vertientes de la vida, de los libros, incluso. Ahora, a propósito de aquello, de aquella conmoción, aparecían los libros que no eran de estudio, los libros de puro placer, escondiendo algo detrás del placer. Los libros habían sido leídos saltando las páginas áridas... No que se hubiesen saltado, en realidad, sino que habían quedado en segundo plano, como lo que escapa al juicio, por desconocimiento, lo que no se infiltra, no se incorpora porque no es injertable en las ramas que ya están pobladas de retoños. Es algo que germina en otras regiones a las que hay que llegar. Hay que subir los cuarenta escalones y decir -Hasta mañana... Hay el peligro de que Isabel note el cambio y ¡con su suspicacia!... Si no hubiera aparecido Felina no tendría por qué hacer falsas interpretaciones, pero ha aparecido y lo grave es que, en efecto, Felisa tiene -va a tener- relación estrecha con el cambio. Isabel lo ha notado: ha estado todo el rato mirándola con un gesto atravesado... Isabel adivina, sospecha, descubre las cosas que fueron hace mil años y las que todavía no son; las que pasan por la imaginación como un soplo, las que le sugiere un nombre, por ejemplo... Pero esta vez se equivoca. Me extraña que no haya visto que, desde el primer momento, he tratado de ponerlas en relación... En mi amistad con Felisa no hay misterio de ningún género. Me extraña que no lo haya visto, sobre todo, que no lo haya visto en mí. Porque cuando ella explotaba lo de los nombres... «¿Qué tal Pilarcita?»... «¿Qué tal Encarnita?»... Y yo, con una crueldad inagotable, las deshacía, se las regalaba hechas trizas.

Todas sus ridículas ñoñerías, su obtusidad, su inocencia de rorros, mezclada a su circunspección de señoras, a su chismorreó de comadres... Todo era desarrollado, adornado a veces, realizado para obtener la risa de Isabel más despiadada. Pero ella, de pronto, decía con un retintín especial, «¿Y Adelina?»... Yo decía ¡Ah, ésa es fantástica!, y no le daba más explicaciones, y ella no las pedía. Eso es lo más grande, ella no las pedía. Como, por suerte, Adelina no está en Madrid... ¿Por suerte?... Yo la quiero mucho, pero si tengo que definirla para mí misma, también tengo que decir ¡es fantástica! porque no sé cómo calificar sus cosas. Para mí, sus cosas, son cosas de chicas, picardías. Yo siempre las he oído -no sólo oído- como niñerías, como lo que se hace cuando se es pequeña: cuando uno es pequeño, habría que decir, porque claro está que los chicos hacen lo mismo. Yo nunca le he dado seriedad a esas cosas y, sin embargo, no hubiera querido nunca acercarse a ellas a Isabel. ¿Por qué?... La verdad es que no sé por qué... Es como si en ella, en Isabel, todo eso... ¿Es que ella no sabe nada de eso? A lo mejor es todo lo contrario: es que está harta de saberlo. Pero no, creo que es que yo no quiero saber cómo lo sabe ella. Porque ella tiene que saberlo como lo sabe la gente, en general. Su madre no puede haberle dado nunca una explicación de otro género. Bueno, lo grave es que seguramente le habrá dado alguna explicación. A mí no me la han dado más que en gotas. Y ese poco nunca lo tomé en serio. Por eso, las cosas de Adelina, el verano que pasamos juntas en El Puerto... nos metíamos a jugar -a jugar- en aquel baño moro abandonado -el agua estaba cortada desde hace siglos- todo cubierto de enredaderas, jazmines y heliotropos... Y jugábamos allí durante horas. Luego jugábamos por la noche, en la cama... ¡Las ojeras de Adelina!... Mis tíos siempre preocupados por las ojeras de su niña y ella, cuando hablaban de sus ojeras, ponía una cara inocente que era peor que una confesión. Y le decía, pero ¿no ves que se van a dar cuenta?... ¡Qué disparate! No se enteran de nada... Les despreciaba, Adelina despreciaba a sus padres por aquella confianza. No, por aquella falta de desconfianza, que no es lo mismo. La verdad es que mis pobres tíos son tontos de capirote, y Adelina no es tonta, no, les da cien vueltas... Para mí, todos ellos están ya a mil leguas: se han quedado allá, como cosas de chicos. De todo aquello no recuerdo más que el baño moro, debajo del heliotropo, como una cosa encantadora y nuestros juegos... también como una cosa encantadora... Pero no llevaría nunca a Isabel a uno de esos juegos... Hay que dar la vuelta, hay que doblar la esquina. Veremos lo que aporta Felisa... Bueno, hasta mañana.

-Tienes papel?

-Sí, tengo.

-¿Tienes carboncillo, chinches?

-Sí, tengo de todo.

-No hace falta que te levantes tan temprano. Con cinco minutos tenemos bastante para llegar antes que abran la clase.

-Sí, ya lo sé.

-Hasta mañana, entonces.

-Hasta mañana... Oye ate has fijado en la pinta que tiene Piedita? Hace unos días que la encuentro rara.

-Sí, es verdad, hace ya una semana que se lo comenté y me dijo «Es que me pongo el peinado de Mlle. Robin». Entonces le pregunté dónde la había visto y empezó a contarme una película que estaban dando en el Príncipe Alfonso. Eso fue hace unos cuantos días, antes de la noticia. Había ido con la señora Smith.

Ya, ya... El peinado también debe de habérselo aconsejado ella: huele a señora Smith.

-¡Caray, qué olfato tienes! Es verdad. Fue lo de Mlle. Robin lo que me despistó. ¡Me entraron unas ganas de verla!... Con esto de haber perdido el Noviciado, hace un siglo que no vamos al cine. En cuanto mi madre tenga una tarde libre. Está tan lejos el Príncipe

Alfonso.

-Sí, lo de Mlle. Robin debe de ser verdad, pero el caso es que parece que va peinada de peinadora.

-¡Caliente! ¡Caliente!... Hay que investigar...

Querido, queridísimo... No, no puedo seguir. Es inútil, llevo ya tres días intentándolo y no logro ni dos líneas porque Piedita quiere que le pregunte si está realmente decidido a venir y cuándo: para preguntárselo tengo que decirle por qué se lo pregunto. Claro que a mí me interesa ¡me importa vitalmente! pero tengo que decirle que se lo pregunto por lo otro. Y lo otro... ¿Qué le digo yo de lo otro?... Si pudiera decirle lo que yo quisiera, le diría, ven corriendo, ven a ayudarme a entender este asunto, a ver lo que hay en todo esto, a ver qué partido debemos tomar. Aunque creo que es inútil tomar partido. La cosa se ha dado de un modo inevitable. ¿Lo habría evitado yo, de haber podido?... En el fondo de mi alma, me encuentro más cerca de haberlo provocado que de haberlo evitado. En el fondo de mi alma tengo que decir que tal vez mis intenciones, mis deseos inconfesables lo provocaron. Tendría que creerlo, ¡es completamente idiota!, pero tendría que creer que yo había conjurado a algún mal espíritu... ¿Por qué malo? ¿Por qué querer evitarlo ahora? Yo, sobre todo, no tengo derecho. Puede parecer que lo tengo porque nadie sabe lo que me desautoriza para conmigo misma. Nadie sabe que yo me desautoricé, al autorizarla... La única solución sería que Manolo estuviese aquí y diera su opinión. Y así y todo, sería dudoso que su opinión sirviera para algo. Lo atroz es que yo esté tan segura de su opinión: me descargo con eso. No me atrevo a opinar por mi cuenta: me aferro a pensar, Manolo no lo aprobaría... Y no me atrevo a preguntárselo, no me atrevo a hablarle de ello para que no perciba mi... no sé cómo llamarle. Claro que, si viniera... se es otro tema que tampoco me atrevo a tocar por lo mismo, porque no quiero que perciba... Bueno, a nadie -ni a él ni a nadie puede extrañarle que le diga que espero su llegada con impaciencia. No, es cosa que no puede extrañar a nadie, pero aunque sea por carta, se nota el acento, se nota la alegría de su llegada -está permitido decir que su llegada es para mí una alegría, aunque todos estemos- ¡él en el grado máximo! -privados de alegría por mucho tiempo. Pero no, mi alegría es demasiado grande para poder hablar de ella, así que no puedo hablarle ni de eso ni de lo otro ni de nada... Luego, Piedita acosándome... «¿Le has contado a Manolo, le has dicho que queremos que venga?»... ¡Queremos!... ¡Qué barbaridad! ¿Cómo voy a escribir una cosa así, si no puedo ni repetirlo dentro de mi cabeza?... ¡Queremos!... Y ella lo dice con toda naturalidad. Porque, ¡pondría las manos en el fuego!, no puede haber pasado nada todavía entre ellos. No, el modo de presentarse ¡y en una situación tan crítica!... Con eso demostraba su seriedad, afrontaba, ostentaba la corrección de sus relaciones... ¡Y ella!..., la muy imbécil, la muy... No encuentro improperios bastante fuertes por-, que nunca los usé con ella, nunca tuve que reñirla o censurarla seriamente. Cuando tenía cinco años, a veces le daba un coscorrón, le decía, te voy a poner el culo como un tomate..., y ella se reía. Ahora no se reiría si le dijese lo que pienso. Pero, por mucho que le impresionen mis improperios -tal vez he hecho mal en no arrastrarla por los suelos, verbalmente. He tratado de hacerle comprender, de un modo racional. Para eso tenía que haber estado yo en posesión de mi razón y, en cuanto me largaba una de éstas..., ese ¡Nosotros!... me quedaba sin sentido. ¡Nosotros! es una alcoba, es más hermético que la bendición de la Santa Madre Iglesia: es una guarida, es un clan. Dice ¡Nosotros! y ya no es uno de nosotros. Mucha gente diría que estoy en un error, que el clan se ramifica y se enriquece así, con nuevos retoños. De acuerdo, de acuerdo: eso pasa, cuando pasa, eso es así, cuando es así... Y ¿cuándo no es así? Cuando no se sabe cómo es y se percibe, se barrunta, se huele un olor que no es el de la guarida, el de la madriguera... Otra vez, mucha gente diría... porque poca gente comprendería que yo lo hundo, lo entierro en ese terruño, lo embadurno de ese barro, precisamente porque no se trata de barro, no se trata de nada material -si hay que decirlo así-, no se trata de nada que pueda empañar nuestros

pergaminos -cosa de la que carecemos, absolutamente-, si los tuviéramos, nos ayudaría a darles brillo, pero no se trata de eso... No se trata de nada que pueda sufrir detrimento o mejora con un poco —o un mucho- de dinerito —o de dinerazo- ni con un nombre decente, irreprochable. ¿Qué podemos decir de don Braulio Beltrán?... «¡Él es, él es!»... ¡Qué disparate! ¡Qué cretinada!... ¡La semejanza fonética!..., pero no, Dios mío, yo no quiero ser «el infame acusador»... Yo no quiero calumniarle: de lo que le acuso es de su verdad... No hay nada parecido en el caso, la tempestad es la que se arma dentro de mi cabeza... Claro que en el caso hay aquello de «Yo de las Indias traigo un tesoro»... ¡Ahí está!... Que si la cosa es material o no es material. ¡Ahí está!... ¿Quién no asiente a la bendición de la riqueza sobre el puro amor del grumete?... ¡Romanticismo!... Todos nos lo tragamos en cuanto lo condimentan con un poco de amor... ¡Eso es!, yo también me lo tragaría..., y no digamos si hubiera amor de por medio en la misma riqueza, si hubiera algo ¿bello?... Ése es otro de los espejuelos... «Diamantes brasileños, tan puros como el sol.» Y también ver al tipo sudando para obtenerlos, «Del fondo de la tierra mi mano los sacó»... Yo no sé de dónde habrá sacado sus diamantes -no, no es cosa de diamantes: es cosa de tejidos..., de hortalizas..., ¿qué más da?-, supongo que de uno de esos modos que, oficialmente, se llaman decentes y... sin sudar. ¡Eso es lo que me repugna!, lo bien que lo pasan, lo tranquilos, lo seguros, lo morales que se sienten... ¡Qué horror, qué horror, Dios mío!, intento disculparme acusándoles, cuando he sido yo la primera... ¡Eso es!, antes de que esto ocurriese yo he sentido la tempestad, yo he tenido miedo al naufragio... El miedo no tiene disculpa. Miedo insuperable se llama a esas situaciones violentas y, generalmente, súbitas: situaciones que agarran al individuo por sorpresa, como a un conejo... Yo no sé si tiene más derecho a llamarse insuperable el miedo cotidiano, el naufragio en el tiempo. Yo no he visto a Piedita amenazada por ningún otro enemigo: era ése el que me obsesionaba... por comparación. ¡Ésa es la cosa! ¡Tan diferentes, tan contrarios nuestros tiempos!... Sólo iguales en eso de ser tiempo. Y, después de todo, ¿qué más da? ¿Qué más da que se le coma a uno el tiempo con tenedor o con cuchara?... ¡No!, no da lo mismo, hay grandes diferencias. Yo, por mí, no le tuve nunca miedo al tiempo. ¡Qué miedo iba a tenerle, si no me daba cuenta de que existía!... Tenía demasiadas cosas en que pensar, demasiadas cosas que hacer. Ha empezado a parecerme un ogro con la boca abierta cuando he visto que Piedita no le llenaba, no le alimentaba... ¡Qué idiotez!, no es cosa de metáforas..., ¿o sí?... Sí, sí que es cosa..., porque en cuanto se pone uno a pensar en el tiempo se levanta el pasado gesticulando, asustándonos con sus visajes... El tiempo no le deja a uno pensar en un tiempo, no se deja mutilar: el tiempo es todo el tiempo. Y ¿qué es el pasado de Piedita? Un vacío, un no ser. ¡Dios mío! ¿Habría consentido yo que fuese algo?... Claro que, si hubiera demostrado grandes dotes de superioridad, de santidad, inclusive... Tengo que hacer esta suposición para reírme de mí misma porque yo no la habría estorbado ni en ese caso. Yo siempre tuve la idea de que hay que respetar... ¿Qué es lo que he respetado? ¿Ha salido a la puerta de la calle? A dar sus leccioncitas, eso sí, pero con los pasos contados. ¿Ha corrido el albur de...? Yo corría el albur saltándome todas las restricciones porque, claro está, mi ambición intelectual me daba derecho a todo. Yo me tomaba todos los derechos y ella no. Ella ¿qué derechos podía tomarse? ¿El derecho de pasear por ahí su palmito? ¿El derecho de ser deseada? «El buen paño en el arca se vende», decían nuestras abuelas, y~ nosotras, las nietas, ya no lo decimos, ni lo hacemos, ni lo toleramos. A mí no habría habido quien me tuviese bajo un cerrojo, ni abuelas ni padres... Y en cuanto me tocó a mí el papel de guardián... ¡Cuidado! cuidado, no vaya a ser que el simún, que la lava vaya corriendo detrás de ella y la alcance... La lava, el simún del deseo que ahora veo con horror que no la ha perseguido -paseantes callejeros, de ínfima categoría... ¿Quién sabe, quién sabe lo que habría en ellos?... Pero no, el arca estaba bien cerrada: me correspondía a mí su custodia... Se expone uno más fácilmente al deshonor de sus ideales más queridos que al vulgar bien parecer... Sin atenuantes, toda la culpa es mía: no la culpa del conjuro, no, eso son pamplinas: la culpa del encierro, la llave del arca. No puedo quejarme porque el paño ha sido altamente cotizado... ¡Dios mío, a esto hemos venido a parar! ¿A parar? No, estamos empezando... ¿Empezando a qué?... Estamos en un callejón sin salida. Y el caso es que lo

que me hace desbarrar es la idea de que ella se escape. Porque ésa es la cuestión, se escapa de la pobreza y se instala en la miseria... ¿Puede ella darse cuenta de que eso es la miseria? No, no puede porque aquí, en nuestra casa, en su casa, nunca vivió más que la pobreza, nunca nadó en nuestra abundancia... Esto es lo más doloroso para mí, esto es lo que veo ahora: veo lo que ella anhelaba -no puedo decir buscaba, no era consciente, no era atrevida-, era... ¿Qué es lo que era o más bien lo que no era? No era lo necesario para dejarse arrebatar por Leandro -¡Pobrecito!, ¡las tenacillas le habían dado un aire hortera, pero era joven, tenía cierta belleza... ¿Qué sería, un estudiantito, un empleadito?... No sé, pero había en él una posibilidad de Leandro... Yo en el caso... Claro que yo no me habría visto nunca en ese caso, pero puedo ponerme en él. Sí, yo en ese caso podría haber vivido mi Helesponto por encima de la masa vociferante que les rodeaba. Yo podría haberme emborrachado con todo eso, pero jamás habría perdido el sentido común... jamás me habría dejado anegar, ¡enfangar!, por el sentido común. ¡El buen sentido que ha tenido esta muchacha! es lo que dirá mucha gente. La bendición de Booz. «Bendita seas de Jahavé, hija mía. Tu último acto ha sido mejor que el primero porque no has pretendido a ningún joven, pobre o rico»... Una mujer ejemplar, Ruth, la espigadora, yo siempre dije ¡qué asquerosa!... Pero hay más crueldad en esto porque tengo que volver a decirme que no ha sido una conveniencia buscada conscientemente. Ha habido una atracción, una seducción... Aquí la madre Celestina no ha venido con un poco de hilado, no ha venido con nada habitual, doméstico, sino con cachivaches del progreso, con ideas forasteras, más brillantes que las que nosotros cocinamos... Horror a las flores cortadas, por ejemplo ¡qué civilización!... Y la perorata suasoria tesa contra mí, porque sabía que yo me chupaba el dedo tanto como ella -«es la pareja ideal para mi Leandro»..., porque no podía decir para mi Claudio, ¡Braulio! ¡Señor!, qué confusión, qué obstinación en asociarse esos dos nombres... No podía decirlo, pero podía hacerlo. La pareja ideal para su incondicional colaborador, para su camarada, acompañante hacia todo esnobismo -más mundano que el señor Smith, encerrado en su fábrica- más alegre, con la alegría de los que ostentan la necesidad de alegrarse porque perdió a la joven esposa... Hace ya un buen rato de esto... A estas fechas ha logrado la alegría en la misma medida que *l'en bon point*.. Aunque su extremada civilización no le permite la glotonería, le lleva a alardear de sobriedad, «¡Nada como una buena ensalada!»... ¡Dios mío, qué vergüenza! Estoy probando, gustando, experimentando la vergüenza por primera vez en mi vida. La vergüenza químicamente pura porque siempre que uno ha sentido vergüenza -yo o cualquiera ha sido en relación con el prójimo. Uno se ha puesto colorado por cualquier coladura, por cualquier indiscreción que otros han visto, pero ahora, esto que me avergüenza no lo ve nadie. Yo me veo a mí misma degradada, rebajada a este comadreo, avasallada por toda esta humanidad que le cae a uno encima, sin remisión, sin atenuante... Considerando, contemplando las heces, escarbando, quitándoles la cobertura decente hasta ver claro y decir, son eso, deyecciones -mierda es palabra demasiado inocente-, son detritus, son algo peor: son mentira. Eso es, eso es lo que hay dentro cuando se escarba, los clasifico así, sin el menor escrúpulo de conciencia... Porque siempre que me ha acometido una tentación de repugnancia, siempre he podido frenarme -sinceramente, espontáneamente, humanamente porque era mi humanidad la que se detenía con respeto, ¡con veneración!, ante lo humano- ahora no, ahora no puedo ¡no quiero! No puedo decirme, como otras veces, ¿Quién puede saber las presiones, las carencias, los desconocimientos que lo provocan?... No, ahora no puedo decir nada de eso, por lo tanto tengo que desechar toda piedad, tengo que agotar mis blasfemias para quitármelo de la cabeza porque me abochorna... Tengo que hacer partícipe a Manolo, ¡es forzoso! Querría evitárselo, pero es imposible, y ¿cómo dejarle caer encima, ¡en su estado!, todo esto?... Pero como de ese estado no va a salir, es inútil esperar un poco. También es inútil y hasta inconveniente atenuar la gravedad. Podría suponer que yo no lo consideraba una catástrofe, podría crearme a mí también hundida en el fango y eso, para él, sería demasiado... ¿Puede ser algo, ¡ya, a estas fechas!, demasiado para él?... No se atrevió a escribirme ni a darme la noticia por teléfono.: Y abro la puerta y me encuentro a su ayudante, y le sonrío, esperando que me dé noticias bien recientes..., y el pobre no sabía por dónde empezar.

Claro que en cuanto le vi la cara... Las noticias fueron detalladas, el proceso de la enfermedad, hasta el último momento y el estado en que quedó Manolo la frase definitiva... No, nada puede afectarle ya. Tal vez me quede todavía el espectáculo de su indiferencia ante todas estas cosas. Tengo que preparar mi ánimo para lo peor... Tengo que escribirle ahora mismo. Querido, queridísimo Manolo...

-Yo creo, Ariadna, que debías obligar a tu marido, bueno, ya sé que no puedes obligarle. Creo que deberías convencerle de que sería conveniente que fuese a ver a ese señor.

-No quiere, y cuando dice que no es que no.

-Ya, ya le conozco, hartó le conozco... Pero es una ocasión que no debía desperdiciar.

-Pues por eso no voy, por eso precisamente. No quiero aparecer aprovechando la ocasión.

-¡Ah! ¿Estabas ahí? No me importa que lo hayas oído: no era una conspiración, era una simple opinión: una cosa que se le ocurre a cualquiera que tenga una cabeza sobre los hombros.

-¿Lo ve usted?, me está dando la razón. Me está usted demostrando que no debo ir porque el señor Téllez tiene una cabeza sobre los hombros: se la he visto unas cuantas veces y sé que acostumbra hacer uso de ella. Es un profesor notable. En cuanto me viera aparecer por su despacho diría, ya está aquí éste, a ver si cae la breva...

-Eso es lo que a ti se te ocurre. Tú, con pensar mal de todo el mundo lo arreglas todo.

-Está usted en un error. Si yo creyera que era posible arreglar algo pensando mal, ya habría arreglado el mundo: le habría vuelto del revés como un calcetín. Pero pensar mal no arregla nada y pensar bien menos.

-Bueno, bueno, ya sé que es machacar en hierro frío, pero, ¡vamos!, si no quieres aparecer por el despacho, ponerle dos letras, una carta sentida -eso no me vas a decir que no sabes hacerlo. Porque figúrate que te lo encuentras en cualquier sitio; no haberle dicho una palabra en un caso así, con lo que tiene que haberle afectado, con lo que representa para él y para todos los de su partido..., es una falta de educación.

-Si me lo encuentro en algún sitio, suponiendo que me reconozca, suponiendo que alguna vez se haya dado cuenta de mi existencia, ¿quién puede saber si ese señor supone que yo tengo educación?...

-¡Ah!, evidente, evidente, ¿quién puede saberlo?... Pero si le demuestras que no la tienes, queda informado.

-Eso es verdad, y no es poca cosa estar informado de algo, de algo seguro mediante una demostración... Saber algo a ciencia cierta ¡no es poca cosa! Sobre todo para un hombre inteligente como el señor Téllez. Un hombre al que no se le escapa nada... Caía a veces por el negociado y empezaba a preguntar cosas a unos y a otros. Tomaba sus notas, revolvía ficheros. Era amable con todos, pero de pronto se paraba, escuchaba... Notaba la diferencia, no ya en lo que se decía, sino hasta en el tono de voz, hasta en la pronunciación. No era de esos que adulan al personal para ser bien atendidos. No, se notaba que en él eso era espontáneo, le era natural tener una actitud diferente..., un modo de atender, un modo de dirigir la palabra, de hacer cualquier pregunta u observación. Hasta su mirada era diferente cuando esperaba una respuesta que él sabía satisfactoria. Era un modo de mirar que daba un crédito a la persona preguntada, una libertad para decir claramente lo que pensase. Sin ser de los confianzudos, ni mucho menos. No participó jamás en los chistes -generalmente verdes, y verde lechuga- que son el ambiente de oficina, el ambiente del Negociado de Primera Enseñanza. Ambiente en el que se refocilan muchos, algunos diputados y algunos catedráticos, pero Téllez no. Nunca jamás: si llegaba en uno de esos descansos -el cigarrito, el café que traía el ordenanza- se hacía el silencio. Lo hacía él con la mirada, en absoluto, en

absoluto autoritaria: inteligente, sólo inteligente. Echaba una mirada en redondo y todos los imbéciles se quedaban callados. Entonces se dirigía a quien él creyese que podía entender lo que necesitaba y se dirigía con una deferencia como si, en vez de solicitar un servicio, premiase a la persona al confiarle el trabajo, la distinguiese, la destacase de los otros, estableciendo con ella una relación de cierta proximidad..., nada más que de cierta proximidad. Pero sin cortapisas, con la medida natural de quien es un caballero. Eso es lo que se le nota a la legua, eso es lo que impone respeto en él... Que no es lo mismo que la cohibición, la incomodidad, el envaramiento que produce el señoritismo, la jerarquía o superioridad o ventaja de posición. Que es lo que significa la palabra caballero hoy día: ése es el sentido que tiene en esta época sin sentido... En esta época en que con llevar una camisa flamante y un par de habanos en el bolsillo ya se es un caballero... No me he fijado nunca en las camisas de Téllez, pero habanos no lleva nunca. ¿Será que no fuma? Ah, sí, fuma pipa. Ahora recuerdo que eso mismo de la pipa le da un señorío, una respetabilidad, que no es tampoco la seriedad que dan los años: no creo que llegue a los cincuenta. Es la respetabilidad moral... Ahí está la diferencia, una es esa respetabilidad que cohibe, que impone, que aleja y otra la que allana o atrae por reconocimiento de la excelencia, por la seguridad...

-¡Papá!, te estoy llamando hace una hora. ¿Estás dormido?

-No, estaba pensando.

-Bueno, aunque pienses, déjame el diccionario.

-Ahí lo tienes.

-No, quiero el enciclopédico y estás apoyado en él.

-¡Ah sí!, no me daba cuenta. ¿Para qué lo quieres?

-Para ver la época de Dante, la fecha exacta de la *Divina* comedia.

-No hace falta el diccionario, es el mil trescientos y pico.

-¿No sabes el pico?

-No, ni tiene importancia. ¿Por qué quieres saberlo?

-Porque vamos a casa de Felisa y nos va a enseñar una edición que su padre ha encontrado en una librería de viejo. Creo que está mutilada, pero le quedan algunos grabados preciosos.

-Ya, ya me figuro. Te gustarán.

Vagar por las librerías de viejo y tener un poco de dinero para cualquier hallazgo... La gente se las arregla, ¡quién puede saber cómo!, con un sueldo miserable, porque ¿qué sueldo se puede tener en la Compañía Telefónica? Aunque haya llegado a tener un buen cargo, aunque se haya llevado años pegado a una mesa, aunque tal vez el comienzo no haya sido ni mesa, sino uno de esos tableros con agujeros y clavijas. Y tal vez ni siquiera eso, tal vez haya sido correr por las calles con los partes telefónicos... Sea lo que sea, actualmente, el señor Olmedo adquiere libros viejos, gramófonos, discos... Padre excelente, se desvive por nutrir de cultura a su chica. Muy bien, cada uno hace lo que puede... ¿Nos agarramos a eso de «el que hace lo que puede no está obligado a más»? Pero ¿qué es lo que uno puede hacer? ¿Hay quien lo sepa?... El movimiento se demuestra andando. ¡Otra vez la demostración! El que puede hacer algo, lo demuestra haciéndolo, pero el que no puede, ¿cómo demuestra que no puede?... Lo que quieren todos es que uno se eche al ruedo y demuestre..., pero no, no quieren que demuestre que no puede: quieren que sea uno más de los que pueden un poco, malejamente, lo suficiente para ser uno más y nunca uno mejor... Cuando uno sabe que es mejor no demostrándolo... ¡Entonces demuestra que es peor! Bastante le importa a uno que crean que es peor. La cuestión es saber si hay algo peor en eso, en ese no demostrar. Porque para uno mismo no es necesario... ¡Ya empezó! «Mi mi sol, mi mi do, re re fa...» El a be ce, el balbuceo de una pequeña que no llega con los pies al pedal. ¡Una más!... Unas tocan, otras cantan. Unas llegan, todas a muy poca altura, otras no dan ni un paso. ¡No era esto! No, no

era éste el camino... Entonces no se pensaba en demostración: uno era tan superior, ciego, iluminado, imbécil, infalible..., joven, simplemente. Uno no pensaba en demostrar, quería imponer. Imponer, ¡qué escándalo! ¿No?... Pues sí, eso es lo que uno quería... ¡Ella podía haberse impuesto! ¿Por qué no se impuso?... Desfallecimos, con un poder demostrable..., demostrado. Con un..., ¿qué objeto tiene?...

Casi da miedo mirarlo tan de cerca porque, si fuese una trompeta de metal dorado, pensaría uno que no podía hacer más que ¡tararí!... Pero con ese azul, que es el de las campanillas, da la impresión de que no es cosa fabricada, de que es una flor: la flor de la música.

-Si dices eso antes de oírlo, ¿qué dirás cuando pongamos algo de Caruso?... Yo sé ponerlo, pero es mejor que esperemos a que venga mi padre porque, fijaos, está bastante resentido... Mi padre lo ha sujetado con esparadrapo y no se nota nada, pero hay que echarle a andar casi sin tocarlo porque se desnivela al menor contacto. Está algo lisiado, pero gracias a eso ha podido comprarlo. No hay día que mi padre no descubra algo en las prenderías. Vais a ver los grabados: son su última adquisición. Fíjate, de éste no han dejado casi nada.

-¡Qué horror! Pero esto no es carcinoma: la carcinoma no hace más que agujeritos.

-No, esto es cosa de ratones. El libro tiene poco más de cincuenta años, pero ha estado más de veinte en un sótano.

-¿Cómo lo sabes?

-El anticuario es amigo de mi padre y le cuenta la historia de todos sus cachivaches: la de este libro es fenomenal. Traído por no sé qué joven viajero y anatematizado por no sé qué vieja abuela -tal vez madre, tal vez no tan vieja- a causa de esas almas desnudas. -¡Ah, Felisa!, piensa un poco en lo que has dicho. ¡Almas!... Un libro que no habla más que de almas y ¿qué ha hecho el dibujante?... Cuerpos, cuerpos. Yo no sé muy bien lo que pasa aquí dentro, leí en una historia de la literatura un resumen de media página y algo más que me explicó mi padre. Saqué en consecuencia que Dante había querido reflejar en su libro el dolor, el tormento de las almas culpables... Fíjate, en este libro uno piensa que le van a hablar de los castigos que sufren las almas de los que pecaron. Claro está que es lo mismo que nos dicen todos los libros de nuestra religión. Estamos hartos de saberlo desde que sabemos leer, y desde antes..., pero de eso a verlo... ¡Fíjate bien, verlo!... Y aquí el dibujante ¡ha querido verlo!... Si lo ves, ¿qué es lo que ves?... Cuerpos, cuerpos, formas... El cuerpo humano en el dolor tiene su forma o, más bien, la forma sublime de la belleza, el cuerpo en su ser, en su modo de ser, el modo en que se ha inscrito, esa palabra que es el cuerpo, esa armonía, esa plenitud de mundo que el alma, el yo, el sujeto, el quien, el cada uno lleva como un atlante glorioso, doloroso..., esa forma, en el dolor, es la forma del dolor, sin dejar de ser la forma de la belleza. Porque ya sabemos que el dolor deforma, pero no en el infierno, es decir, allí donde no hay más que almas, donde las almas para ser visibles, captables, audibles, tienen que hablar con la forma de sus cuerpos... Claro que el ilustrador no ha reflejado la fealdad de las almas. Tendría que haber dibujado jorobados, patituertos, pero no se ha dejado llevar por esa apariencia porque, a lo mejor, los jorobados, los patituertos tienen almas bellísimas... ¿Se puede dibujar la fealdad de las almas? Claro que sí, pero sólo en los rostros. Ni el dibujante ni el poeta han querido darnos esa proximidad de confesión, de delación, de descuido, de amenaza que en un rostro humano es patente. El ilustrador les ha mirado más desde lejos, nos los ha mostrado entre las tinieblas de la condenación, entre los riscos, los peñascos, las dificultades del castigo, las penas... Cuerpos atormentados, llevando hacia la sombra eterna su forma humana, su dolorida, su retorcida belleza... Porque el ilustrador no ha visto otra cosa. La misma cosa que ve Elena porque Elena no puede ver otra cosa. La ve, la contempla, la persigue hasta la perplejidad, esa zona o ámbito en que su mente se pierde sin extraviarse, se extasía sin detenerse, se zambulle o se precipita desala-

da por alcanzar lo que tiene en sí misma, en el último fondo de su amor... Y no dice ni una palabra, se hunde en el silencio porque ella es la más afectada, es la que fluctúa en la perplejidad, sintiéndose tan leve, tan vulnerable como una pompa que puede estallar de un momento a otro...

-Cuánto tarda mi padre: debe de estar dando conversación al prendero. Ahora está loco con una cosa que quiere sacarle barata: lleva ya una semana regateándole y no le convence... ¡Ahí está!, nunca llega tan tarde. Papá, ¿la traes?

-¡Qué voy a traerla! Ese cabroncete se empeña en pedirme cinco duros. Ah, veo que tienes visitas. ¿Qué hay, ninfas? Estáis esperando que os ponga el gramófono, me parece.

-Sí, señor; sí, claro.

-Perfectamente. Ahora vais a ver lo que es bueno. Pero paciencia, esto requiere mucho cuidado. Primero, limpiar el disco con el cepillito de felpa. Una felpa de seda lo limpia perfectamente, y luego ponerlo sin desequilibrar el platillo... Pero ¿cuál pongo primero? ¿Cuál crees que preferirán estas niñas? Tienen caras de marisabidillas. Claro, si no lo fueran no serían amigas tuyas.

-Papá, me parece que te tiemblan las manos.

-Sí, me tiemblan porque he tomado diez tazas de café. Empezaba a dejarse convencer, el puñetero, cuando llega un tipo que yo creí que venía por ella, porque la miró nada más entrar y, como estaba a su alcance, porque yo la había bajado del estante, le puso la mano encima. ¡Se me revolvió la bilis, te lo aseguro!... Paciencia, chicas, me parece que esto se ha aflojado un poco: lo arreglo en seguida... Pero no, el tipo no sabía lo que era: le pareció cómodo para apoyarse. Si le llega a aflojar los cinco duros le reviento. No me la hubiera dejado quitar: ya me he hecho a la idea de que esté ahí encima... Ahora ha quedado fuerte, ya no se tambalea... Me quedo aquí por las noches, leyendo y fumando, y miro la estantería y me parece verla, me parece que estuvo ahí siempre... «*Correva il treno e nel vertiginoso...*, ¡atención!..., *camin mi transportaba affranto e muto*»... Inmensa voz, límpida, brillante, profunda, oscura, masculina, inmensamente tierna y dolorida... Nuevamente la misteriosa conjunción del dolor y la belleza... ¿Por qué y cómo?... Así, simplemente así. Se ve o se oye, se vive, se padece, se goza y, lo que es más grande, se comprende... Porque se puede decir, trivialmente, que no se entiende, y es cierto, no se entiende con explicación lógica, pero se comprende, se posee, se abarca, se estrecha cese sonido, ese acento, timbre, nota-, se aprieta al corazón... ¿Al corazón?... Si fuera sólo al corazón, eso lo entiende cualquiera y no se trata de eso: se trata de lo que comprende cualquiera, sin entenderlo porque lo comprende con los sentidos que no fallan nunca en la lógica, en la armonía, en la armonía de estos contrarios, en la disonancia desgarradora, fascinadora del dolor... «*Il pensiero volava ad altro giorno quando lieto, con te feci la via*»... Hasta la máxima estridencia, la más inadmisibile humanamente, la desintegradora separación, la que divide, dejando la vida atada, encadenada a la ausencia total y nutrida, mantenida en vilo por la memoria, que queda paralizada en el umbral de la realidad... «*ora, nella tristezza del ritorno, ero solo*»... Todo estaba dicho por unas notas, por un aliento admirablemente libre, poseedor -en la sangre, en la tensión de unas cuerdas vocales, en el cúmulo de datos, elementos o notas que forman la estructura de una persona, de todo lo que vive y rebulle callado entre el pecho y la espalda de un hombre- poseedor de una alta escuela, de una ley a la que no puede faltar sin morir... Luego brotaba «*Sorrento*», «*Santa Lucia*» y todo lo demás y todo era sólo como un esmalte azul o, más bien, como un raso azul en el que se bordaba -el amor y el tiempo lo bordaban- todo el dechado inextricable. Y todo ello encerrado en melodías seculares, dicho con formas verbales simples, dialectales, campesinas, marineras... Y entre el silencio de la interrupción -nueva asistencia médica de esparadrapos, de entablillamientos que aseguran la estabilidad- en la minuciosa elección de algo muy distinto, de algo pedido por Felisa como lo que le es dilecto... «*Sì, Manon, o fato apunto, apunto un sogno*»... Muy otra la voz -el raso ya no es azul, es blanco en la casaca del caballero Des Grieux-, sigue siendo masculina, pero no con aquel brío, no con aquel aire

abierto al mar, sino con una confidencial, anhelosa añoranza... La añoranza de lo que se anhela, no de lo que se tuvo, sino de lo que tal vez se llegue a tener... «*Piccola casetta bianca, in fondo al bosco ner*»... Todo tiene otra fisonomía, sin que falte una misma... un mismo... una mismidad que late o suena en lo que habla, aunque el gesto, la cara sea muy otra. Las notas, ahora, no son mandadas, prodigadas por la boca que corresponde a los ojos violentos, sino escapadas, prodigándose dulcemente de la boca dibujada sobre la barbilla partida -un poco gordezuela- que Felisa muestra mientras musita un nombre, Anselmi, con amor, con delicia... Y la patética historia llena la estancia despacho humilde, pero docto, abarrotado de libros, casi sin espacio para el sillón desfondado tras la mesa, desde el cual sueña el señor Olmedo con la deidad que acabará habitando sobre su estantería. Añoranza de lo deseado, presencia de la bella cosa, la bella faz que todavía no está, pero que estará porque siempre estuvo en el anhelo... Y ya es muy tarde, es necesario poner fin a lo que nunca podrá acabar, a lo que ha empezado con una firmeza como si fuera un principio que tuviera detrás el anhelo eterno. Como si fuera un fugaz escape de eternidad.

En la antesala un diálogo femenino, que llega fragmentado al despacho. Por la puerta entreabierta asoma la cabeza la madre de Felisa -ojos azules, tan hundidos en órbitas descarnadas que miran, sin querer entrar. Habla con voz que no quiere sonar. Con boca que no quiere abrirse, musita...

-Es la madre de una de estas niñas. De Isabel, creo.

-Que pase.

-No quiere.

-Que pase, carajo. ¿Por qué no ha de pasar?

Y pasa, y las explicaciones quedan desoídas...

-Pregunté a doña Ariadna y me dijo...

-Siéntese ahí, en el sillón.

-Pero, señor, si yo sólo venía...

-Ahí, en el sillón. ¡Pues no faltaba más!

Y la madre de Felisa, que sólo ha visto a las chicas en la antesala, al final del pasillo oscuro, que sólo les ha dicho ¡Hola!..., entra, como cumpliendo un deber o un acto de generosidad, acompañar a la visitante cohibida, cumplir como dueña de casa, cohibida igualmente, igualmente intrusa... Y las chicas desconcertadas... Desconcertados todos, pero efectuando el concierto, ejecutando cada uno su parte, sin participar, o participando sin saberlo, sólo con ser, con adentrarse cada uno en sí mismo -excepción hecha del señor Olmedo, director..., no, acumulador y contemplador de las rutilantes disonancias-, cada uno -cada una, más bien- abismada en su... caso, situación, circunstancia. Cada una temiendo o deplorando o celebrando que haya ocurrido aquello... Esperando o temiendo o soportando que dure o que acabe... Y no acaba porque en una voz masculina clama un lamento desesperado y una voz femenina suspira por el que naufraga en la desesperación... «¡Qué negra y triste melancolía su voz revela, a su pesar!»... Y el mar ahora no es azul, es tenebroso, la borrasca se ha llevado al navegante al fondo del desamor. Y ella clama « ¡Quién fue la ingrata, quién fue la impía que así su calma pudo turbar!»... Y las dos voces jurando o conjurando al destino... «De hoy más, reír. De hoy más, llorar»... Y la perplejidad, ámbito donde se disipa Elena por su ambición desproporcionada, por el gigantismo de su alma excepcional, confunde ahora, extravía como a niños desamparados a las dos madres, porque ese secreto, ese delito sangriento que se revuelve en el fondo de lo cotidiano, que no aflora jamás porque se ha creado una cáscara espesísima de deberes triviales, vitales, ineludibles para que la vida..., no, el vivir se realice sin chocar con el mundo, sin provocar la repulsa que niega el trabajo, que impide circular por la urbanización de la honra..., y aquí, ahora, grita, suscita en la mente, en las venas que laten en la garganta el secreto de la pasión, aquella fiebre que era

el insomnio... Aquí, ahora, es una frase preciosa, un gorjeo de tórtola, tristísimo y bello... ¡y decente!, digno, admitido, cantado ante los padres por la bocina mágica -sobre una camilla, en un rincón- imponiendo la sugestión de formas y contactos sagradamente escondidos en la sangre más que en el alma de Antonia... Y desnudándose también halagador -aquello mismo, la pasión insensata, invencible, efímera-, mostrándose con la sonrisa engañosa de lo que fue y ya no es, con la inverosimilitud de lo que ya no es..., de lo que, simplemente, no es y pretende convencer, exigir un crédito para aquel su haber sido... y no lo consigue porque hay un rencor que lo niega... No, no, no..., eso que está ahí, patente y nos embauca con su acento falaz, que nos encandila con su soflama, que llamea, brillando como el agua en el espejismo, para una sed que no se sacia, sino que se apaga a medida que la vida misma se va apagando en el corazón de Carmina, en la hondura de las ojeras, simas en cuyo fondo chispean los que fueron ojos azules... Y todo ello es como un idioma extranjero... No eran así para Elena e Isabel las palabras mal entendidas, pero tan próximas, tan cristalinas, evidentes, fehacientes, patentes como para jurar por ellas, por su verdad. Las palabras nunca oídas descubrían el mundo para las que, en el umbral, piafaban por lanzarse al galope... Y el bajo, la voz proyecta del viejo borracho... «¡Veinte años ha que no corría un noroeste tan singular!...» Y el reloj de pared en la antesala -el mar imponiéndose con sus vientos inesperados- aún soñados, terribles -aún forjados por el alcohol, premonitorios de naufragio- siempre presente en el sueño, en el amor, en la vida el naufragio -con sus diez campanadas terminantes... Y hay un movimiento, un conato de disolución del concierto, pero la ley concertante exige el final... «¡Timón y brújula se me extravían y el aparejo se fue a rodar!...» Y quedan todavía unas notas más, unas palabras más, hasta que el disco se acaba y rasca un instante algo como una rúbrica o una conclusión... ¡Basta! ¡Se acabó!... Y el concierto sale a la antesala y se despiden, sintiéndose inseparables. Las chicas, enlazadas por su amistad, las madres, hermanadas por su estupor, por su no entender y obedecer a lo que ha ocurrido, a lo que nadie había preparado ni provocado pero que, por su singularidad, por su extravagancia en la vida de cada una, quedará indeleble, modificará en cierto modo sus vidas, sobresaliendo de lo cotidiano mecánico, con su presencia inverosímil. Con el lujo de lo superfluo, para una Antonia-, con la estridencia de lo irregular, para la otra -Carmina. Para las dos, en fin, un impacto, una colisión, una caricia, un fogonazo.

-¡Esto es pistonudo! He dicho pistonudo, no tiene por qué sulfurarse. Si no hubiera estado usted delante, habría dicho otra cosa.

-Gracias por la atención, pero no pierdes nada con adoptar la costumbre.

-Las cosas desacostumbradas hay que subrayarlas con frases de gran calibre. Le apuesto cualquier cosa a que si le leo esta cartita suelta usted una... In mente, por supuesto: se la traga, se aguanta las ganas de soltarla, pero la piensa.

-¿Qué esperas? ¡Con las pocas cosas extraordinarias que pasan!... Si hubiera una que me hiciera a mí soltar un taco, alquilarían balcones para verla.

-No es cosa que se pueda ver. Siéntese y escuche. Estaba esperando que se despidiese esa niña que todavía hace gorgoritos en la antesala... Vamos, parece que se cerró la puerta. Escucha, Ariadna. Es muy breve, es lacónica como un parte oficial, escrito a máquina por un secretario cualquiera. «Distinguido señor: agradezco mucho su sentida carta y me complace saber que puedo contarle entre los que han sido afectados por el drama que tanto nos ha conmovido... Le saluda cordialmente...» La firma no sigue a estas líneas: hay un estrambote escrito a mano. «Su carta, amigo Morano, es de las que resultan consoladoras: en la excelencia de la forma está la verdad del sentimiento. Déjese ver por aquí, estamos necesitando gente por encima de lo común. Un abrazo. Téllez»...

-Pues sí, te confieso que has ganado la apuesta. Pero el taco que se me ha ocurrido no es de asombro, es uno de los más gordos que te mereces. Si te dijera los que te adjudico, sería

más que Ponerte como hoja de perejil. ¡Qué modo de desperdiciar! ¡Qué comodidad!... ¡qué!... Dejémoslo aquí.

-A ver, papá, déjame esa carta. ¿De quién es, de aquel señor que conociste en el Ministerio? ¿No dijiste que era un profesor muy notable? Debe de ser un señor que sabe lo que dice. A ver, dámela...

-Toma: guárdala entre los documentos valiosos.

-¡No, si la cosa es como para tomarla a broma! Dásela a la niña para que juegue, aunque ya ha pasado de la edad. Al paso que va, me parece que seguirá jugando hasta que sea tan vieja como su padre.

-Para algo ha de servir... Si por lo menos sirve para que juegue Elena...

«En la excelencia de la forma está la verdad del sentimiento.» ¿La verdad, papá?... Tu sentimiento no era tan grande al escribir la carta como el de este señor... El señor Téllez, cuando ocurrió esa cosa horrible, seguramente se quedó hecho migas. Todos sus planes, todo lo que esperaba hacer ayudado o inspirado por su jefe -debe de ser una cosa tan... satisfactoria, animadora, tranquilizadora al mismo tiempo que arrebatadora obedecer y sentirse colmado, satisfecho, realizado al obedecer-, todo lo que esperaba hacer derrumbado y toda la confianza, el compañerismo, la fraternidad de los que hacen algo en compañía... Debió de ser una cosa atroz lo que sintió el señor Téllez. Sin embargo, en la carta de mi padre encuentra revelada la verdad del sentimiento, y el sentimiento de mi padre no fue ni un miligramo del del señor Téllez... No, no lo fue, si el sentimiento se pudiera medir por gramos. Lo que pasa es que mi padre puso en la calidad de la forma el sentimiento del señor Téllez y no el suyo. Pero no es que él no tuviera ningún sentimiento: mi padre lo tenía, como yo y como cualquier persona que no fuera una bestia, pero el que puso..., el sentimiento al que dio una forma de gran calidad no fue un sentimiento que sentía, sino un sentimiento que consideraba, que contemplaba, podría decir. Un sentimiento que creaba -si alguien oyera esto podría decir que lo fingía, pero ¿quién tiene derecho a pensar en estas cosas? Mi padre no fingía, creaba el sentimiento... No, tampoco es esto: lo capturaba, lo cazaba como los que cazan perdices con reclamo o, también, lo copiaba, lo repetía como eso que pasaba en el aire cuando vibra el diapason... ¡qué sé yo!... El caso es que se ve que es la verdad, se ve que está allí la verdad. No he leído en ninguna de las críticas de libros que vienen en *El Liberal* una frase que me haya dado una idea más exacta de lo que debe ser bueno en lo que se lee. Es una frase que tengo que guardar... ¡Qué enormidad! ¡Las hojas de periódicos que tengo guardadas!, algunas enteras del *Blanco y Negro* porque no las entendía. Y no me gustaba preguntar... porque entendía, ¡ésa es la cosa! Entendía, pero sabía que no entendía enteramente y las guardaba para cuando entendiese. Y cuando ya entendía no necesitaba volver a leerlas porque las retenía todas en la memoria, íntegras, y después de entendidas me parecía que ya podía echarlas a la basura, pero no las echaba, no podía desprenderme de ellas, y sigo sin poder: las recuerdo todas, pero esto es diferente. Estoy segura de que algún día lo encontraré destacado, enmarcado como una frase excepcional. En la forma excelente está la verdad y mi padre, que es capaz de esa perfección, no hace nada con ella. ¡Ésta es la cosa! Esto es lo horrible, esto es lo monstruoso, lo idiota, lo abyecto, lo que dice todo el mundo... ¿No es atroz que pase algo tan misterioso, tan intrincado, tan indescifrable, y que ese algo pueda ser señalado, caricaturizado, más grave que la caricatura, que pueda ser acusado ¡con razón!...? ¿Es esto posible? ¿Es que yo no lo entiendo? ¿Es que tengo que guardarlo para más tarde? No, no tengo que informarme de nada, tengo que aclarar en mí misma lo que entiendo y lo que no entiendo. Mi padre puede escribir una carta excelente, excepcional. ¡Qué lástima no haberla leído! Pero no le pregunto si guarda borrador porque se indigna: eso, él lo desprecia. ¿Borrador para una carta, qué te has creído, eso no lo hace más que el que se dispone a escribir una misiva garliborleada? -me parece oírle. Una carta se escribe como se habla... Mi padre escribió la carta como hablando con el señor Téllez. Claro que si hubiera sido hablan-

do de verdad, habría en ella algo de lo que el señor Téllez dijera y, por lo sorprendido -agradablemente sorprendido- que se sintió al recibirla, se ve que no colaboró en ella, se ve que la encontró como un reflejo exacto de lo que para él es la verdad, que tiene que ser lo que siente él mismo... Y el caso es que mi padre le ve muy raras veces; no anda nunca por ahí con ese señor... ¿Cómo podría yo imaginar, rehacer en mi cabeza la carta de mi padre?... ¿Qué relación hay entre ellos, qué rasgo común, qué semejanza? No hay ninguna, no hay nada que salte a la vista. Por lo que mi padre ha dicho de él, este señor hace un montón de cosas, todas brillantemente y mi padre no hace ninguna. Pero no es que no sirva para no hacer nada: es que no lo hace. Le han fracasado los empleos, eso es verdad, pero ¿por qué no hace algo para lo que no se necesite empleo?... Alguna vez lo hizo, de joven, cuando el abuelo encontraba sus versos excelentes. Mi padre escribía aquellas frases preciosas que eran para las melodías de mi abuelo... no sé, algo así como sus huestes. Las acompañaban, pero no a sonar; no eran como el acompañamiento en la música. Eran su compañía en la lucha, en el drama. Los lamentos de Ariadna iban en unas notas desgarradoras, pero los versos... un solo verso descubría, destapaba como quien levanta el velo del misterio, como quien lo saca de la melodía... Cuando el mar le dice «¡Despierta, abandonada!»... Que no es lo mismo que decir, Despierta abandonada. Es enteramente otra cosa, es darle ese nombre, decirnos que ella es *la abandonada*, que hay que llamarle así porque ningún otro nombre le cuadra. ¿Presentía mi abuelo que iba a abandonarla tan pronto? ¿Conocería él la medida de la cuerda que le quedaba a su corazón?... Él sabía que él era el maestro, que si él no dirigía, no conducía, se acababa todo, se callaba la orquesta, se quedaba la tiple con la boca abierta y las notas divinas se escapaban como cuando una bandada de pájaros -todos los gorriones que llenan un árbol-, cuando están trinando todos a un tiempo y de pronto se callan porque algo les asusta, les amenaza. Es la presencia de la muerte lo que corta los trinos... Y eso es lo que pasó: eso es lo que le pasó a mi padre, se quedó sin el jefe, sin el capitán... ¿Le irá a pasar lo mismo al señor Téllez? ¿Será eso lo que mi padre ha percibido, lo que le ha hecho escribir una carta que es la verdad, la verdad misma?... Seguir a un capitán, servir, obedecer... Otro dato sobre el señor Téllez: dijo una vez mi padre que es un caballero y que hoy día no se sabe lo que es un caballero... ¿Qué es un caballero? Mi padre ¿es un caballero?... Claro que yo sé lo que era un caballero, pero lo que quería saber es lo que ahora falta..., no, lo que ahora sería posible para seguir siendo un caballero. La cuestión es muy idiota porque en seguida salen a relucir los juicios de las gentes sobre el que hace o deja de hacer tal cosa... Yo veo a veces que mi padre es un caballero sólo en el modo que tiene de saludar a la gente -ala gente que saluda, que no es mucha-, en el modo de quitarse el sombrero, sin afectación, sin ceremoniosidad: con una verdad, ¡ésa es la palabra! Con una verdad como si fuera un gesto de más que rendimiento, de más que cortesía, de algo como el signo de los juramentados... Más, más todavía, es el modo de hacer una cosa simple, cotidiana en una forma que sobrepasa todo... Le dije una vez a mi padre que cuando él se quita el sombrero parece que pasa el Santísimo. ¡Qué burrada!, me dijo, pero no estan burrada; es que cuando un caballero saluda a otro caballero siempre saluda a algo santísimo, siempre saluda a lo que hay en los dos... ¿qué es lo que hay en los dos?... eso es lo que los dos están ante lo santísimo... La burrada consiste en que mi padre no cree en nada santo ni santísimo: no quiere nada con los santos. Supongo que el señor Téllez tampoco, ¿mi madre, mi abuela?..., vaya usted a saber... Pero ni doña Laura, ni creo que los de casa del señor Olmedo..., ni yo, después de todo. Yo voy cada día menos a la iglesia y creo que acabaré no yendo; pero siempre seguiré diciendo estas cosas, pensando estas cosas porque no hay otro modo de pensar, no hay otro modo de decir las cosas que uno siente santísimas... No consigo poner nada en claro; me devano los sesos con todo esto y no doy un paso.: -¿Adónde voy a parar con lo de la caballerosidad y la santidad?... Lo que yo querría saber es lo que había en aquella carta.

-Papá, cuéntamelo que le dijiste en aquella carta a aquel señor.

-¿Que te lo cuente? ¿Crees que me la sé de memoria como la tabla de multiplicar?

-No..., o sí. Probablemente te la sabes.

-¿Probablemente?... Desgraciadamente, es verdad, la recuerdo enterita. No podía yo figurarme que fuese a dar este resultado. Me esforcé en que no tuviera una línea, ¡ni una palabra!, que pudiera oler a petición. Y ya ves, ¡que me deje ver por allí!... Sí, señor, sí, me dejaré ver y ¿qué?... Lo de siempre, promesas, ofrecimientos... volver a todo aquel ajeteo para nada, para estar lo mismo dentro de cuatro días...

-Es brutal, Isabel, es inhumano por nuestra parte, pero la verdad es que no la echamos de menos.

-Será todo lo brutal que quieras, pero como es la verdad, tenemos que reconocerlo. ¡Qué raro, ¡pasar una cosa tan importante y quedarnos como sin darnos cuenta!

- ¡Es rarísimo! Cuando hace unos meses pasábamos días y noches pendientes de su capricho. No le llamábamos capricho, entonces: le llamábamos ilusión, le llamábamos las cosas más bonitas y, sobre todo, las más serias. Nos parecía que aquello era lo más importante que podía pasarle a una criatura. Vivíamos pendientes de ella, como si estuviera muy grave y no pudiéramos movernos de su cabecera... ¿Recuerdas?, aquella presencia de la muerte, que no se podía negar, que con nuestra voluntad le poníamos un continuo estorbo para que no llegase a su destino demasiado pronto, para que no se llevase, de paso, la ilusión -eso es lo que era para nosotras, ilusión, como son las de los ilusionistas, que le dejan a uno convencido de que son verdaderas-, para que no se llevase ni el menor deseo de Piedita...

-¿Tú crees que Piedita tiene deseos?

-¿Y tú, lo crees?

-Creo que tú le embutiste algunos.

-No repitas lo que puede decir cualquier hijo de vecino. No me vengas con la monserga de que yo invento las cosas, de que yo os hago creer en algo que no es más que una pompa.

-Y no es más que una pompa. ¿O prefieres consolarte diciendo que nosotras somos inhumanas?... No, si no te niego que tal vez lo seamos, pero precisamente iba a contarte una impresión que tuve el otro día. Es una cosa tonta, pero yo creo que significa mucho... El otro día, al venir, me quedé parada en la esquina y sentí una especie de tristeza por la falta del letrero..’ No sé cómo decirte, pero, ¿ves?, eso es algo: el letrero falta y uno se siente triste, pero falta Piedita y uno no se pone triste.

-Sí que sabes decirlo. Claro está que en ti no tiene nada de raro, pero no se te escapa que a mí me pasa lo mismo... Se ha evaporado. ¿Por qué no pensamos en lo que estará haciendo ahora, en su viaje de novios, en su casa, que debe de ser lujosa y que no tenemos ni la menor curiosidad?... No, no la tenemos porque si fuéramos a verla sería una casa más, pero ¿qué le diríamos, cómo la comentaríamos con ella? Yo creo que no podríamos decirle nada, ni de eso ni de ninguna otra cosa: no podríamos hablarle, no nos entenderíamos. Sería como hablar a una persona con la que no hubiéramos hablado nunca... ¡Y no hemos hablado nunca con ella!

-Bueno, eso tú...

-No, no vuelvas a lo de antes. Te estoy diciendo una cosa que merece pensarlo bien. No se trata de que antes quisiéramos mucho a Piedita -Ntú no la querías, ya lo sé: yo la quería por las dos- y ahora no la queremos porque nos parece diferente. No, no es eso. Si fuera eso .añoraríamos lo de antes, recordariamos lo mucho que la queríamos ..-lo digo en plural aunque no lo fuese; piénsalo en plural para que lo entiendas. No recordamos lo de antes porque hay cosas o hechos o actos de las personas que pueden borrar el pasado. Uno se dice, aquélla que queríamos es, era entonces, ésta que es ahora.

-Sí, ya me hago cargo. Por más que me den ganas de tomarte el pelo por el desengaño, creo que lo que dices tiene mucha miga. Es verdad, vuelvo a decirte lo del letrero: de eso podemos sentir añoranza porque seguimos creyendo que era lo que era y que ya no es, sim-

plemente, ya no es, pero no porque sea otra cosa, sino porque ya no es.

-¿Es que somos inhumanas?

-¡Hombre, no sé!

-Pues más difícil es saber si lo es su misma hermana. ¿Tú no has visto cómo trajina doña Laura por la casa, sin echarla de menos sin titubear al borrar sus huellas transformándolo todo, haciendo desaparecer la clase, el gabinete del piano, el cuarto de Piedita?... Todo se está transformando en una casa apropiada para una pareja con un hijo... Sí, eso es lo que va a ser. Doña Laura va a dedicarse a cuidar a su hermano y al chico que se ha quedado sin madre. ¿Es que es inhumana?

-No te devanes los sesos: ni tú ni yo vamos a encontrar la solución..., pero lo que sí te digo es que van a pasar cosas. No sé qué pero estoy segura de que algo va a cambiar. No creas que es porque mi madre se haya empeñado en bajarle las faldas hasta el tobillo ... ¡No te conté!... Ya puedes figurarte quién se dio cuenta en seguida... «¡Medias, eh!»... Y yo creí que iba a decirme por lo menos alguna picardía, pues no, nada eso. Me miró con cierta seriedad, con una especie de tristeza..., no, de gravedad. Me miró como si me felicitase por algo peligroso, por algo, ¿cómo te diría yo?... fatal.

-No tienes que decirme nada: sabes que le conozco como mi bolsillo. Eres tú la que no le conoces.

-Bueno, basta con que le conozcas tú, no te lo discuto: es un ángel del cielo.

-No es un ángel: es un chico estupendo, que te quiere como un imbécil.

-¿Eso es que me quiere? El otro día me cogió la mano y me mordió un dedo. ¿Eso es porque me quiere?

-Claro ¿por qué va a ser?

-¡Me harta ese asunto del amor! Tú lo entiendes porque lees novelas que están llenas de eso: por eso no me gustan. Me cansa leer, prefiero dibujar, pintar en cuanto pueda. ¿Cuándo crees que podré ir a copiar al museo?

-No sé, tenemos que enterarnos de lo que hay que hacer para obtener el permiso. Lo que no entiendo es que te harte la idea del amor y te entusiasmes con lo que ves en el museo. ¿Tú crees que algo de eso existiría si no fuera por el amor? Claro que si te digo que todos esos cuadros se pintaron por amor no quiero decir que los que los pintaban mordiesen a la gente, pero sí puedes estar segura de que esas gentes, entre sí, todo ese mundo que nos encanta, nos encanta porque vivían mordiendo unos a otros.

-Debe de ser verdad, debes de tener razón; por eso me revienta hasta en el cine. A ti te gustan las películas de amoríos, a mí las de aventuras, las de caballos que corren y vaqueros que echan el lazo. También me gustan las de detectives: a ti sólo las de Francesca Bertini.

-No sólo esas, pero sí es mi preferida. ¡Tiene una elegancia! No sólo en el vestir, sino en los movimientos, en las actitudes. Felisa me ha hecho observar un detalle, en las escenas amorosas ella siempre se mantiene en una postura no precisamente altiva, pero sí situándose en una posición en la que el amante esté como ascendiendo hacia ella. Siempre, cuando llega a besarla...

A mí me revienta eso de los besos.

-¡Eres un caso! ¿Por qué te revienta? ¿A ti no se te ocurre besar a las personas que quieres?

-Sí, pero de otro modo. Eso de que se besen en la boca me revuelve el estómago. Ya sé que no se besan, pero lo parece, y a mí, cuando alguien me da un beso y me deja húmedo el carrillo, no sé qué hacer hasta que puedo frotarme. ¿Y qué me dices de algunos versos que he leído en los que hablan del deseo de besar sus labios?... No comprendo que a nadie pueda gustarle.

-Empiezo a creer que yo soy mucho más idiota que vosotras y, probablemente, que todo el mundo, porque tú sientes esa repugnancia y lo dices; yo, si lo pienso bien, también me repugna, pero lo he leído y como lo que he leído dice que es maravilloso no soy capaz de pensar diferente de lo que he leído. ¿Es estupidez o es fe? No sé, ya lo veremos... Felisa dice que Francesca Bertini mantiene una actitud altiva o elevada, yo la admiro apasionadamente, pero no se me había ocurrido definir su estilo con esa claridad...

-Felisa es algo mayor que tú.

-Sí, pero no es eso sólo. Es que Felisa se entera más de lo que pasa en el mundo. No sale de su rincón, como nosotras, pero su padre le trae más noticias porque es un hombre lleno de ambiciones, de pequeñas ambiciones que le inculca a ella... Felisa le secunda en sus caprichos, le alaba sus descubrimientos. Está esperando con tanto empeño como él mismo la consecución de esa deidad que quiere poner sobre la estantería. ¿Cómo será? ¿Será una cabeza de Venus antigua o será alguna bella Pompadour, alguna cortesana?... Felisa nos llamará en cuanto la tenga. Y ¿sabes lo que debíamos hacer? Podíamos pasar y salir con ella a la hora en que baja por la leche. Me ha dicho que todas las tardes se encuentra, a las siete en punto, a un poeta que vive por aquí. Ella le conoce sólo de vista, pero le gusta encontrarle y con eso ya le parece que son amigos.

El otoño avanzado ya, crepúsculo temprano: las seis y ya oscureciendo. Viento de la siera cortante, invernal, pero en la luz una reminiscencia luminosa, una oposición a la oscuridad o, acaso, una tendencia a engalanarse con brillos eventuales, espaciados: primeras estrellas casi imperceptibles en el cielo límpido y abajo, en las calles, primeros alumbrados de comercios y portales... Luces con fisonomía propia, con carácter profesional, laboriosas, cumpliendo amarillamente sobre tabernas o pequeños talleres donde se desojan viejos zapateros: estridentes en las bombillas sin tulipa, señalando piezas de percal o satén. Blanca, pálida, diurnamente luminosa como saliendo de lo que no puede oscurecerse, como anunciando lo perfectamente blanco, virginal, maternal..., el manto de luz o, tal vez, el aliento, el vaho de la lechería. Las comadres del barrio, las muchachas de servicio, todas las hembras aunadas en la camaradería de sus cocinas, todas acudiendo a participar de la blancura imprescindible, como si nadie entre los viejos y adultos, entre las amas de casa o los militares, los empleados, los obreros, los ministros..., nadie pudiera pasarse sin su lactancia cotidiana. Botellas, jarros y lecheras de aluminio alineadas en el mostrador van recibiendo la justa medida. Las medidas de estaño, metal más opaco, más pesado, más estable en su forma tubular, con el asa firme para ir, de una en otra, repartiendo su contenido exacto, despachan con ligereza y las comadres van saliendo, y las chicas también. Felisa coge su lechera y sale con ella, ágil, no incomodada por el sello doméstico, humilde, necesario, prosaico por tanto, pero fácilmente superable, olvidable: leve peso que se lleva sin sentir, colgando de la mano izquierda mientras se piensa en otra cosa. Se piensa y se habla porque sus amigas, sus hetairas, camaradas que no comparten su cámara ni sus quehaceres, que vienen a su casa a compartir, a comunicar en mutuas confesiones todos sus anhelos y se entreayudan a lograrlos. Felisa con cierto orgullo o más bien con la alegría de un anfitrión que ofrece amena hospitalidad, con una solicitud del que lleva un regalo sabroso, describe o prepara la *mise en scène* adecuada al bohemio, al que viene —o va: seguro del vecino del barrio, pero de ignorado domicilio viene o va al café, a algún café de los de nombres famosos, Pombo tal vez, tal vez Zaragoza, donde hay música, no rascada por algún inepto, fracasado o barato aporreador de pianos, sino difundida por violines exquisitos, místicos, profunda y silenciosamente escuchada por poetas. El bohemio, envuelto en su capa, con su sombrero blando, ligeramente haldudo, un poco ladeado, va a aparecer de un momento a otro por San Vicente: es su camino y su hora es, más o menos, las siete, luego va, no es hora de volver a su casa. Va probablemente a tomarse unas copas, cerveza o vermut, o algo más fuerte porque beben mucho: todos los poetas beben mucho, es sabido. El vino y no digamos el ron,

y no digamos otra cosa que aquí, en las tabernas del barrio no se conoce, pero que seguramente lo hay en otros sitios, el ajenjo, una especie de anís que forma en la cabeza una nube opalina... Debe de ser una especie de acuario en el que fluctúan las visiones inconcebibles, las imágenes divinas, confusas...

-Sí, eso es. Parece imposible que la confusión sea divina y lo es, sin embargo. Pero es la confusión que da el alcohol: la confusión de cuando uno está despierto es la cosa más irri- tante. La de la borrachera es como una promesa.

-¿Cómo lo sabes? ¿Te has emborrachado alguna vez?

-Sí, claro, como todo el mundo, como vosotras. No me vais a decir que no habéis sentido nunca nada parecido. ¿Quién no se ha emborrachado en las fiestas familiares, en santos, cumpleaños, ¡Navidades, sobre todo!? ¿Quién no ha bebido un poco más de lo que le per- mitían? ¿Quién no ha quitado un poco de las copas de padres y tíos, de las que quedan inacabadas en el aparador, en la cocina?... Y las reprimendas y los comentarios, ¡Se va a emborrachar esta chica!..., todo sonando lejos, en la confusión deliciosa, en la indiferencia por los regaños más fuertes, en un aferrarse a la sensación, no querer desprenderse de ella, no querer ser interrumpida...

-Es verdad, Elena, todos hemos hecho esas cosas, de chicas, pero no les dábamos impor- tancia. No nos percatábamos de que eso es lo mismo que..., lo mismo que hacen los mayores cuando ya nadie puede impedirselo.

A muchos se lo impiden y puede que hagan bien porque sus visiones..., sus acuarios no tienen esos seres que flotan.

El bohemio no aparece, no es puntual o sí lo es, pero no infaliblemente. Tiene sus cos- tumbres, una cosa que mucha gente considera prosaica pero que puede ser entrañable, puede tener también una levedad opalina como lo que se vive sin sentir por estar sintiendo vivir por su cuenta al pensamiento. Por su cuenta, entregado a su tarea de pensar, pero no ajeno, no olvidado ni indiferente a lo apenas percibido, sino impregnado de su aura, enton- ado y teñido por su clima -toda idea, toda labor cotidiana del pensamiento, llevando consigo la lluvia o niebla, el relente o el resistero de la hora en que se perfiló, se presintió o se con- cluyó la verdad perseguida. Así, los poetas ensimismados bajo su sombrero haldudo, pasan al lado de los trajinantes urbanos sin chocar con ellos, sin atenderles ni ignorarles. Acariiciéndoles tal vez como a cuerpos impenetrables, entre los que circulan, callejean leves, distantes y presentes, ajenas y participantes o, más bien, rapaces, hurtadoras de aromas, de tonos, de melodías o bramidos, sus criaturas opalinas... Aparece, al fin, el bohemio... Viene a buen paso, sin prisa. Embozado en su capa, no por el frío, sino por el negligente acoraza- miento que da el embozo; por el autoabrazo en que el embozado se aísla, se afirma, se acom- paña... Suave contacto de terciopelo en la mejilla y pantalla o muralla en la que el aliento se detiene y devuelve su calor a la cara. El bohemio pasa, las chicas le miran temerosas, indis- cretas: casi se paran, querrían detenerle o volver atrás para encontrarle otra vez y ver mejor los detalles que se les escaparon.

-Es feo, para qué vamos a negarlo.

-Yo no os dije que fuese guapo. Tiene carácter, se diferencia de cualquiera de los tipos que andan por ahí.

-Eso sí, eso es verdad: es inconfundible. Pero es lástima que no sea un poco más... ¡qué sé yo!... Tiene, me parece que tiene un ojo...

-Sí, eso yo también lo he visto: tiene un ojo biroque.

-¡Oh!, qué exigentes, qué meticulosas. Os habéis puesto a examinarle y yo quería que le miraseis como una figura, un tipo...

-Sí, Felisa, así le hemos mirado. Nos hemos detenido en detalles porque somos detallistas, no podemos evitarlo: todo lo miramos pelo por pelo. Pero por encima de todos los detalles

está la figura que tú nos habías hecho imaginar. Eso es lo que quedará, eso es lo verdadero, un tipo, un hombre especial, inconfundible.

-Un hombre, un poeta que tiene su nombre de ciudadano, Emilio Carrere... Sus poemas aparecen en las revistas, en los periódicos. Sus libros no son muchos: recuerdo los títulos de algunos... ¡esperad, fijaos!... ¿Veis, estáis viendo?... Mi padre dobla la esquina cargado con un paquete enorme. Me había asegurado que la traería a cualquier precio. Vamos, corre: todavía le alcanzamos en la escalera.

Sobre la mesa, separados, tirados al suelo con el revés de la mano todos los papeles, está la cabeza. No es venusina ni apolínea, no es tampoco hermafrodítica... Es una cabeza humana, antropológicamente humana. Todos sus rasgos son los de EL HOMBRE, correctos, sin belleza ni fealdad. No esculpidos, sino moldeados en una materia blanca -porcelana, tal vez-, brillante, pulquísima como un tazón, como los utensilios que la higiene exige imaculables. Sus rasgos anónimos componen una faz de pureza insospechada, inconcebida, como sólo un ser que viene, del mundo de la absoluta pureza, del ámbito de la mente, puede tener... Y lo tiene sin poseerlo, sin ser nadie que pueda llamarlo suyo. Su pureza es ser todo, de todos, y la faz infinitamente ajena a sí misma, asciende en sus líneas hasta un cráneo desnudo, igualmente ajeno a toda braqui o dolicocefalia. Un cráneo que deja ver su forma y tiene inscritas en tinta azul -inscritas bajo el esmalte, incisiones, más bien, coloreadas antes de someterse al horno- casillas delatorias, indicadoras didácticamente de los múltiples sutiles, soterrados pero regulares, albergados con el orden debido a sus jerarquías, todos los movimientos de la mente humana.

-Es la cabeza de Gall.

-¡Ah!, no imaginaba... ¿Quién es Gall?

-Es el creador de la frenología, una ciencia poco estudiada: combatida, en fin...

-¡Ah! pero no es que éste sea su retrato. Esta cabeza es para estudiarla, ¿no?...

- Claro.

-Sí, chicas, sí, para eso es, sólo que yo no voy a estudiar nada en ella porque no tengo preparación suficiente, pero me gusta tenerla. Si tuviera ahí en la estantería una cabeza de Minerva, todo el que la viera sabría que era un homenaje a la sabiduría. Esto, en cambio, nadie sabrá por qué lo tengo, pero para mí es lo mismo: ésta es mi Minerva. Es la cosa en que los hombres de ahora se están rompiendo los cascos.

-Bueno, papá, el caso es que ya la tienes.

-Eso es, ahora... A ver, ayudadme a subirla allá arriba. El sillón no sé si se desfondará con mi peso, pero poniendo los pies donde se afirman las patas... No puedo subirme con ella en los brazos y pesa demasiado para que vosotras la levantéis... Bueno, bueno, ya veo que tenéis fuerzas. ¡Cuidado!... Ya está. ¿Se ve bien desde abajo? ¿No lo habré metido demasiado hacia dentro?...

-No, papá. Desde aquí, que es donde tú te sientas, se ve perfectamente.

-Entonces no hay más que hablar.

No era una cabeza de Venus, no era una imagen encantadora que inspirase delicias o ternuras: era una estricta forma humana, una presencia de nadie, de un nadie que era todos. Ahora estaba puesta sobre la estantería y allí era un objeto, pero antes de estar allí era un sujeto porque se esperaba algo de ella, se la esperaba, se sabía su existencia en otra parte y se quería traerla allí, se quería poseerla para dialogar, comunicar, gozar de su presencia feraz. Antes de estar allí estaba su promesa y ahora, sobre ella o de ella misma, dimanaría el aura de sus dádivas, de sus posibilidades incalculables. Brillaría por la noche, en la

penumbra, fuera del foco de luz que la pantalla proyectaba sobre la mesa: leves brillos designarían la desnudez de su cráneo, la recta línea de la nariz compensada estrictamente por la dé la mandíbula: su esquematismo era su misterio... Y en su misterio estaba su Afrodita... Si hubiera sido una cabeza de Minerva el homenaje, el culto designaría lo clara, proverbial, terminantemente venerable. Siendo lo que era, esbozaba lo que había de ser. Su pura, virginal preñez hacía latir la esperanza. No era una cabeza de Venus, como Elena había imaginado, era una conjunción de las diosas -rara conjunción y también fatal conjunción- en la que ellas, las poderosas se potencian. Atenea añadía... nuevas joyas no, nada externo ni ornamental: añadía al cuerpo mismo de la deseable, ¿senos, cabellos?... ¿Aumentaba las madejas recogidas al salir de la concha?... Aumentaba zonas, lugares de placer, ámbitos de fecundación. Afrodita potenciaba o caldeaba los rigurosos lineamientos, los postulados, las ecuaciones, los signos infinitos que, sin ella, permanecerían pasmados en su infinitud y, con ella, hervían, tensaban los nervios, el instrumental orgánico del hombre -de los hombres, de cualquier hombre sentado a su mesa de estudio, de meditación, de ensoñación. La cabeza esquemática tenía la virtud más conspicua de Venus, la más noblemente afincada en la libertad humana, el deseo... El movimiento apetitivo que salta sobre la necesidad, que va hacia su norte, ¿como la «duramente enamorada»?... Ésta es la cuestión. El norte, necesario, forzoso, y la dura y callada piedra ¡amándole tanto!... El hombre, movedizo -mortal por lo tanto, sujeto a principio y fin-, queriendo aprender de ella la fidelidad, la firmeza, porque mortal, sabiéndose finito, y sintiendo en sí la ligazón en que su materia se ama, se mantiene y defiende confiando -olvidando, de tanta confianza- el lazo forzoso, salta sobre él, salta a su más allá con el deseo de procrear en un allá al que no va a alcanzar, pero que tendrá como una rúbrica incanjeable, el signo de su dádiva... paternal..., maternal tal vez porque el deseo es largamente albergado y alimentado de la propia sustancia y confiado a los que están hechos de la misma materia que se ama a sí misma... Confiados, aunque la dádiva no aporte nada a lo real, aunque no sea más que un legado de esperanza, una ensoñación que se entrega o se comunica, y que no tiene de positivo más que el tono, la composición armónica del ser que va a seguir; la tensión más bien, el germen del deseo hacia el allá amado... anhelado en la noche, detrás de la mesa, alumbrado por la pantalla verde, traspasando la penumbra con la mirada hasta acariciar el numen dilecto... Todo esto, todo este fárrago de ultimidades, de esencias, nadando en la opalina embriaguez del bebedor de sabiduría -quiere decirse del que la goza, la prueba apenas con los labios, en tabernas humildes, porque todo esto pasa, acontece en el reino de la humildad. Esta antítesis es el intrínquilis porque *la humildad reina* allí. Reina, está en su sede, en su silla: no pretende desertar de su reino, traicionar a sus fieles por un trono advenedizo. Está en su sede porque sabe que allí está su tesoro, allí está su hontanar de futuridades en el que se abrevarán los soberbios... Hay en el barrio cantinas para los que viven con sed.

-¿No te dije que iban a pasar cosas? Ya están pasando.

-Lo que ha pasado sin sentir es el invierno. Hemos terminado el curso gloriosamente. ¿Es eso lo que quieres decir?

-No, yo a eso le llamo decentemente, nada más, porque no tiene nada de extraordinario. Vinimos a casa con nuestros respectivos premios, como dos niñas aplicadas que somos. Lo que te digo que pasa es que andarnos con gente, vamos a sitios adonde no íbamos antes.

-La aparición de Montero, providencial, como tú dijiste.

-Y lo repito, es un ser benéfico no sólo para nosotras. Él se propuso sacar de Zamora a su maestro y lo sacó. Debe de tener agarraderas, pero no creo que sea un chico de gran posición.

-No tiene una peseta. Lo que tiene es una posición, una actitud como si la peseta no existiese. Y, sin embargo, no, no es eso porque yo le he oído comentar con doña Laura la con-

veniencia económica del traslado de don Manuel. Le ha contado ce por be las ventajas que obtuvo con la venta de la casa: creo que fue él quien corrió con todos los trámites. No existe la peseta para él, no quiere o no necesita nada para sí mismo. Parece ser que no come, pero come: le he oído contar dónde, cuánto y cómo come. Cuánto le cuesta, cuáles son las cosas mejores y más agradables, lo que es más higiénico, lo que es más apetitoso, todo, de todo habla, de todo entiende.

Y todo lo juzga. A nosotras nos tiene fichadas.

-¿Se da cuenta de que nosotras le fichamos a él? Yo creo que sí y creo que no le molesta. Pero no es que lo tome a juego, no es que lo torne a broma: lo toma como un juego en el que vamos a ver quién gana.

-Bueno, no va a ganar nadie porque si ganase alguno se acabaría el juego y no se va a acabar. ¿Ves?, ésa es la diferencia de ese juego con el que se trae Felisa estudiando a su poeta, sin cruzar palabra. Uno le mira, le observa cada día un detalle, cosas sueltas que no se continúan como lo que se dice hablando. Porque, si le mirásemos como lo que se mira en los escaparates, le veríamos pelo por pelo, pero no veríamos el efecto que hiciesen en él nuestros descubrimientos.

-Eso es, eso es, él los registra: responde corno si los estudiase por las noches y se trajese la lección preparada al día siguiente. Claro que nosotras hacemos lo mismo. Yo creo que hacemos más porque no es sólo que preparemos la lección para dársela al otro día, sino que la estudiamos para nosotras mismas. Aprovechamos sus enseñanzas: nos larga una de esas que acostumbra y nos quedamos rumiándola, y nos la incorporamos o nos la sacudimos. Es difícil sacudírselas porque nos están a la medida.

-Todo lo que hace es la medida justa: nunca nos elogia, nunca se contonea para que admiremos sus conocimientos. Sólo, a veces, hace prodigios de agudeza, sin palabras, como el día que hablábamos de mi premio ate acuerdas? Yo creía que él no conocería muy bien la escultura antigua y cuando le dije que había ganado el premio porque el modelo me gustaba me miró de un modo, así como asintiendo... Yo dije, «Si me llegan a poner el Esclavo me sale una birria, pero pusieron el torso del Belvedere y me salió estupendo». ¡Qué sonrisita de aprobación! Como si me dijera, lo mismo habría hecho yo.

-Claro que entiende también de eso. Pero cuando se trata de algo más cerca de su especialidad, quiero decir de su manía, el rigor..., entonces no se contenta con miraditas. Es capaz de dejar caer algo bastante afilado.

-¿Crees que te ha dicho alguna vez algo afilado?

-No sé si será que yo lo afilo cada día un poco más. Tengo motivos para afilarlo. En primer lugar, me lo merecía por haber hecho alarde de la frasecita de mi profesor. Se lo conté como una frase curiosa. Bueno, espera un poco, yo creía -y ahora tenemos que aquilatar si lo creía o no lo creía-, yo creía que se lo contaba para que viese qué ocurrencia tan sutil había tenido. Le conté letra por letra lo que había dicho al verme solucionar un problema geométrico por procedimientos completamente peregrinos, «peregrinos» es lo que dijo don Joaquín. Y añadió «Si la geometría no existiese usted la inventarla»... ¿Recuerdas lo que dijo Montero?

-No, no lo recuerdo.

-Pues fue muy diferente de lo que te dijo a ti con la miradita aquella, que se hacia cargo de tus gustos y predilecciones, como si hubierais hablado de ello largamente. A mí me dijo, casi sin mirarme, ladeando un poco la cabeza como en las situaciones dudosas, «¡Cuidado con el paraguas!».

-¿Con qué paraguas?

-Es una frase hecha. Se dice del que cree haber inventado algo y resulta que está inventado hace siglos.

-Pero ¿tú crees que es eso lo que quiso decir?

-Claro que es eso. Lo dijo bien terminante porque vio que ése era mi peligro y mi terror...

La bruja pasa por el jardín maravilloso y dice, «Es un jardín magnífico, pero no tiene el árbol que canta»... (de esto ya ha hablado mucha gente) y basta con eso. En el jardín se levanta una bruma, las hojas gotean, lagrimean porque el jardín quiere tener lo que no tiene... Sin embargo, ese prurito de querer tener es estimulante, en cambio una comezón angustia-da, un tanteo en la oscuridad, aguzando el oído por el terror de oír detrás pasos y no saber de quién... No saber si se tiene y no querer tener ¡tal vez! aquello. Aquella facilidad, que puede ser como una dádiva del cielo, como un manjar delicioso que..., no, no llega a estar envenenado, simplemente, no llega a estar, no llega a ser. Porque no es un suplicio tantálico, no es que las cosas estén ahí, a cierta altura y no se pueda alcanzarlas, sino que se alcanzan y después de alcanzarlas... resulta que no se habían alcanzado. ¿Hay algo más horrible que la traición?... Lo más horrible en el panorama o en el arsenal o en el acervo de posibilidades que se intuyen o se presienten en la traición es la posibilidad que parece imposible, pero que es posibilísima, la autotraición... Posibilidad de plano inclinado, en la que incalculables cosas resbaladizas -la facilidad ante todo, el pequeño éxito, la adulación que a veces se asienta en algo puro y cordial, pero que igualmente suelta su aceite balsámico y resbala y hace resbalar. Todo lo lisonjero, aunque no venga de voces humanas, sino de los hechos, de las cosas mismas que se dejan hacer, que parece que han sido hechas con el conocimiento consciente, pero no: es que salieron así, brotaron seductoras, convincentes y resbaladizas porque lo atroz es lo agradable del resbalar en la confianza... Resbalar y caer y despertar en la decepción mortal. Porque la decepción es eso, venir uno con sus vivencias, con lo que creyó su vida o su vivir y encontrarlo muerto..., no encontrar que se ha muerto, sino que nunca fue vivo de verdad, que vivimos la mentira de lo aparentemente real..., no, de lo realmente real como es real el espejismo, es realmente espejismo..., pero que allí donde creíamos que estaba no estaba... Y entonces ¿cuál es el camino? Huir del plano inclinado, acometer la calzada ascendente y vencer dificultades. Pero las dificultades también pueden ser engañosas. No son resbaladizas, son dédalos, laberintos de espejos, en los que la voluntad, el más tenaz empeño puede perderse por tomar la revuelta errónea, por creer que lo difícil, aquello que se está viviendo con pasión -con deseo de posesión- es la compleja riqueza del enredo y que con una paciencia infinita -porque la paciencia es de las cosas que se hacen sentir como infinitas- se puede deshacer el nudo, pero no se deshace porque la uña -el instrumento que da a cada cual la natura- no es suficientemente apta ni bastante fuerte ni bastante aguda ni bastante sutil, adecuada al caso, eficaz, ligera como para no dejar pasar el tiempo en vano, como para no llegar a la situación de comprobar, también ahí, la negación de la tarea, como para no chocar con la frontera de la nada irrespirable.

-Me dijo lo del paraguas yo creo que para cortarme un poco los humos.

-No, no seas aprensiva. Te dijo eso, que es una cosa bastante difícil de entender, sabiendo que ibas a pescarla ¿comprendes? Si él hubiera creído que tú no habías pensado nunca en ello, te lo habría dicho de un modo más explicativo. Te habría dicho, «Tenga usted cuidado, no vaya a inventar el paraguas». Pero te dijo sólo ¡cuidado con el paraguas!, que es como dar por sentado que a ti eso no se te escapa. Montero no es capaz de una frasecita insidiosa... ¿Por qué le llamamos Montero? Es antipático emplear el apellido con un chico -aunque sea mayor que nosotras, es un chico joven-, un chico que frecuentamos tanto, pero la verdad es que yo no sé su nombre de pila.

-Yo tampoco, pero no es Miguel ni Gabriel ni Rafael, por muy angélico que le encontremos. Montero es un nombre muy común, se oye muchas veces, don Fulano Montero, pero en él más que un nombre parece un cargo, un título de categoría, algo así como Montero Mayor... Como si llevase detrás muchos perros olfateando... Pero no es por eso por lo que le llamamos Montero, es porque ha sido el primer chico que nos ha hablado de usted. Cuando se lo car-

icaturizó doña Laura le pareció que le quitaba un mérito. Le pareció, además, que era a nosotras a quienes nos privaban de algo que merecíamos.

-Eso es, sacó a relucir lo del inglés, dejando sentado que era más correcto. Tuvo la esperanza, ¡el pobre!, de que con él hablásemos en inglés a los cuatro días. Menos mal que Felisa se negó en redondo. Como a ella le hace estudiar tanto su padre, tiene un pretexto, pero nosotras... La verdad es que estamos atrasadas. Bueno, yo estoy en la cartilla: tú no necesitas estudiar porque lo que no sabes...

-¡Vamos!, decídette a mentarme el paraguas.

-¡Oh!, déjate de tonterías. Eso se te ha quedado atragantado.

-No lo creas: es lo que mejor he digerido... ¿Para qué ha venido Montero?... ¿Para qué ha nacido Montero?... Para mentarme a mí el paraguas... ¿Recuerdas ese cromó que vimos en la librería escolar? El ángel de la guarda va detrás de unos niños que se disponen a cruzar un puentecillo de tablas... El ángel es enorme, es precioso, luminoso, pero se supone la tranquilidad, la ligereza con que van tan contentitos, los niños inocentes... No sé si está en el cuadro o si es que yo lo perfecciono en mi memoria, pero es tan realista, ¡es tan real! la sonrisa, el ramito de flores, que se ve -ose debe ver- las tablas carcomidas, algunas ya sostenidas por una astilla... ¿Para qué ha nacido Montero?... Para decirme a mí ¡Cuidado!, no ponga usted esa carita inocente hablando de sus triunfos... Más vale que mire dónde pone el pie... Luego, al salir me dijo que iba a traerme un montón de libros.

-Me voy doña Laura. Me voy ahora, en el rápido de las cinco. Mañana llegará Ramón.

-¿Se va usted, Montero? ¿Llegará usted a Zamora antes que Ramón salga de allí?

Un intercambio de miradas... Cuando el diálogo es inteligente, cuando es una rápida captación de ideas y hasta una rápida discusión y hasta una violenta disputa; cuando es cosa de ideas... Las miradas pueden ser brillantes vislumbres, como el foco que se manda con un espejo, que pasa y deslumbra, pero ilumina, cuando es cosa de ideas... Cuando es cosa de hechos, de dramas, de cosas que se puede hacer, que se puede temer..., también es rápido y luminoso, también es deslumbrante, pero como las luces marinas, como las señales a través de océanos nocturnos. Y el juego o intercambio no es disputa en busca de lógica o consecuencia: es súplica o corroboración. -Vaya usted, ¡por el amor de Dios!, vaya usted en seguida. -Ya voy, voy corriendo: no tiene por qué angustiarse... Yo estaré allí... No pasará nada... Y las miradas se recogen después de haber cumplido. Casi con rubor de haber dicho tanto, casi con temor de no haber dicho bastante. Y un apretón de manos suave, ligero aunque un poco demorado entre preguntas y encargos.

-Los cuartos están preparados: no sé por qué ha de venir solo el niño.

-¡El niño! Ya verá usted a dónde ha llegado. Créame a mí, es mucho mejor que venga solo. Aquí le dejo los libros para Elena.

El montón de libros es un libro, *Humillados y ofendidos*.

Un pequeño privilegio, efecto de una conjunción feliz. Nada absurdo como pedir peras al olmo, ¡todo lo contrario! Se trataba de un florecimiento circunstancial, pero la flor era la que correspondía a la ley del árbol... Y la feliz circunstancia era la única cosa o situación o albur o carambola que puede producir, en grandes o pequeñas dosis, felicidad. La única cosa -claro que no es cosa- que consiste en un entendimiento, en una percepción certera, seguida de una respuesta magnánima. Simplificando, la circunstancia en que uno ve *cómo* o *quién* es otro y trata de hacer que siga siendo como es y quien es. Por haberse dado esta conjunción feliz, era soportable la salida matutina hacia Fuencarral, el tranvía lleno, abarrotado de un fraternal cansancio: no el cansancio de después, sino el de antes. El de antes de comenzar la jornada, jornaleros todos, no por el jornal estipulado, sino por la invariable tarea de ver

comenzar la luz -neblina, escarcha o aurora sonrosada-, alzarse el mediodía con sus olores, su aflicción bajo el diafragma y su deseo del pequeño placer, del pan o el vino o la fritura o el irresistible estímulo del chorizo, la llamada de las especias ancestrales. Y decaer luego y el cansancio ser ya casi un recuerdo, que se dejaría adormecer si no fuese por la amenaza -la cierta, la infalible amenaza- de recomenzar al alba... Todo era soportable porque pequeños privilegios rompían la monotonía a veces. Esperados ya a diario -puesto que el primero se había producido- y cargados, más que de esperanzas, de recuerdo, abillantados, sublimados por lo que significaban como presencia del pasado.

-Usted, Morano, que le gusta la música, han mandado unos palcos al Negociado de Bellas Artes. ¿Quiere uno?

-¡Oh!, con mil amores. Se lo agradezco infinito.

-Son de los de arriba, pero creo que no son malos.

-Son los mejores, para oír bien.

Eso fue la primera vez, y luego las otras ya se redujo a pasar por delante de la mesa y, con una sonrisa de picardía filial, dejar caer sobre el expediente un papelito rosa o azul, según correspondiese al Real o al Español. Y así seguían pasando cosas. Una nueva noche de emoción para las chicas -las tres inseparables-, una cosa que pasaba, un acontecimiento. Para Ariadna, más que una evocación, una resurrección o una invocación mágica, una repetición de los datos materiales: las luces, la felpa roja del palco y los bombones, sobre todo los bombones. Las conocidas y sorprendentes cremas encerradas en la cáscara dura de chocolate, el *fondant* blanco, la vainilla amarillenta y la frambuesa rosada... Todo era palabras de amor. Eran como notas que no se oían, pero se sentían: se recibía su sabor como una palabra y se respondía con el asentimiento del gustar, paladear, desleír hasta el último vestigio del sabor, hasta borrarlo, consumir el último resto, perseguir con la lengua por todos los repliegues de las mucosas la estela del perfume hasta comprobar su extinción, hasta quedar en el sabor neutro de la propia lengua que se reconoce en su casa y desea uno más, desea romper otra vez la cáscara de chocolate amargo y desleír una nueva crema y oír aquellas notas, que fueron como canción de cuna. Los clásicos, venerables acordes eran voces de infancia, que habían crecido con ella, habían llegado a ponerse de largo, habían llegado al ramo de azahar... Claro que también habían llegado al velo de luto, pero esto -por ahora- había que sobrepasarlo, contener los recuerdos, no dejarles derrumbarse hacia el infortunio que parecía superado... Parecía absolutamente vencido allí, en el palco minimizado entre la exuberancia dramática de Verdi... En casa quedaba la que no creía en las cosas que estaban pasando. No, la pequeña mejora de posición, amenizada por los cordiales privilegios... No, no, no... No había por delante nada serio, como es un escalafón, corno es una seguridad ante los cambios caprichosos -imprevisibles, incompatibles de la política. No, no, no... Una posición apoyada en la simpatía, en la vanidad de una carta bien escrita: tal vez en el conocimiento de los viejos versos que sedujeron al maestro, al marido genial, que dejó todo en el aire para que se lo llevase el diablo...

Las cosas que pasan toman giros imprevistos. Felisa no quiere bajar por la leche a las siete. Ha abandonado su hora vespéral, que era como su palacio, su mansión en la que señoreaba por su particular señorío. Por su aire, que daba al abrigo de paño ordinario, a las medias negras de algodón, no siempre intactas junto a los talones... a todo el indumento de extrema modestia un porte de señorita -señorita entre las comadres, entre las urbanas, aunque campesinas, maritornes- que inspiraban una respetuosa simpatía porque su señorío estaba en su indiferencia a la pobreza, en su elegancia en la pobreza. Y de pronto Felisa esquivó las siete de la tarde, abandonó la acera de San Vicente, el trozo más sombrío -comercios miserables, vinateros, hojalateros- por donde se encontraba con el bohemio. El bohemio hundido en el olvido, suplantado en su interés por otra figura más interesante o,

tal vez, contemplada, esperada, espiada de un modo más interesado.

- ¡Vaya por Dios!, se ha puesto tonta con el alemancito ese. -¿De dónde te sacas que se ha puesto tonta? Le gusta, está enamorada, no sé si mucho o poco, pero en fin, está enamorada.

-Pues eso es haberse vuelto tonta. No acordarse de nada, estar ahí pendiente del vecinito que toca el violín... ¿No te parece una cursilería?

-No, no me lo parece.

-Ah, claro, es una cosa muy seria. Ahora Felisa tiene un pretendiente. ¿No es eso?

-Sí, eso es.

Entran en escena los hombres, con papeles muy diversos. El vecino no actúa, toca su violín al volver del trabajo y, por la coincidencia de su vuelta, por ingresar a las siete en el foco de la luz láctea -delatora tal vez de las medidas no intactas, de la lechera de aluminio-, por haber roto el clima vespéral con el foco duro, inexorable, de la realidad, había hecho huir a todos los fantasmas, había eliminado toda ideal reminiscencia con un rasgo, avasallador aunque incierto, de futuro.

Los otros son más próximos. Llegaron a la casa desde Zamora, y no la habían ganado, sino perdido en menos de una hora: en el tiempo de una centella, la decisión. Si se puede concebir un tiempo por debajo del tiempo, es decir un propósito -la acción de la voluntad, como un motor en marcha que no avanza-, un propósito fijo y al mismo tiempo pujante, obrando en un determinado sentido hasta provocar o lograr la palabra que pone en movimiento el tiempo de los hechos, de lo que hay que hacer: ¡Pues sí, nos vamos!... Y la voluntad pujante embala objetos y sujetos. El chico, ante todo, facturado a su nuevo hogar y allá en Zamora, pasando lo que nadie sabrá nunca porque saberlo sería saber quiénes eran Montero y Manuel -Laura sabía quién era Manuel, Montero tal vez ni él mismo supiese quién era. Y sin embargo, su filiación imposible hacia superflua la desconfianza. Montero era su presencia. Una presencia tan eficiente que se la podía mandar lejos, encomendarle algo. «Vaya usted, ¡por el amor de Dios!, vaya usted en seguida»..., porque se sabe que estando él presente no pasará nada. No se sabe qué podría pasar, incluso se sabe que tendrá que pasar algo, pero no se sospecha qué será porque apenas se conoce el lugar. No se ha visto el trazo de la vida dibujado sobre... Una casa en una ladera, con un jardín delante: un mínimo jardín, del que rebosa la hiedra y detrás unos palmos de tierra con las pequeñas plantas que la cocina sacrifica a diario, por donde corretean los pequeños bichos, esperando, sin saber, el mismo sacrificio... Y algo tiene que pasar allí porque lo que pasó fue un arrancamiento al que no se le consiente la dulce melancolía, sino que se ratifica con la corroboradora, radical destrucción, que aterroriza a las gallinas en sus aseladeros... La implacable devoradora que crece de lo mismo que devora, que destruye y sólo es mientras va destruyendo, porque no es mera apariencia: es algo -nadie puede cogerlo con la mano-, existe vibrando, luciendo cambiante, creciendo luminosa, intensa y densa en el momento de abrazar y poseer -poseer sin conservar, siendo solamente la sustancia de la posesión y decayendo a medida que la cosa va siendo consumida, ella misma consumiéndole si no le dan otro alimento. Omnívora, chisporroteante según la materia devorada-maderas que chascan al ser mordidas, telas, mantas que unen al brillo inflamado el humo negro y muselinas coloreadas y rasos carnales, rosa o marfil, que dan un rápido fulgor intenso y desaparecen. Algo tenía que pasar allí, tenía que levantarse el efímero y definitivo monumento a lo que pasa... Porque había acontecido lo intolerable, lo inadmisibles para la mente -para el ser porque se trataba de cómo es lo que es-, para el humano, que es así y no quiere ser así. Y su no querer es tal que se convierte en un querer... en un creer ser de otro modo, es decir, ser, ser y no dejar de ser. Pero lo que había acontecido era que algo -alguien- había dejado de ser. Y no era cosa de ofrendarle flores, que agonizan lentamente. Había que hacer brotar sobre el ara -la tierra que conocía sus pies, que había recibido de sus manos el agua, regada en ligero espolvoreo y les había pagado con los

verdes corazones que se encaraman al cañizo-, había que hacer alzarse la efímera melena de la destrucción que tanto se parece a la vida, que se levanta, palpita, languidece y desaparece... Llegaron a la casa y se dejaron sentir. Hubo alguna visita breve y no repetida porque, aunque aceptada cortésmente, suprimida por innecesaria, y sólo la habitual asiduidad discipular, la familia acostumbrada, lo que fue nacido allí y no establecido por nada convencional.

-¡Cuánto la recordamos, doña Laura! Si viera usted: la Guerrero estuvo maravillosa. ¡Qué lástima que no pueda usted ir!

-¿Por qué no puede?

-Bueno, por el luto, digo yo.

-Y ¿qué tiene que ver el luto? ¿Ir al teatro es ir de juerga?

-No, claro.

-En primer lugar, aunque fuese ir de juerga, si tuviese ganas de ir no tendría que dejar de tenerlas por el luto. Se puede tener ganas de juerga por no poder soportar el luto -el de dentro-, pero no porque los vecinos...

-No, Manuel, no es por los vecinos, es porque realmente no tengo ganas.

-Pues haces mal. El teatro es algo que puede ocupar la imaginación o la cabeza o como quieras llamarlo, un par de horas en la misma forma que un problema matemático o filosófico... Para quien sea capaz de problemas es la cosa más entretenida...

-Pero si no tengo ganas, Manuel. Montero me dijo lo mismo el otro día. Siempre dice lo mismo que tú. Y no es porque tú se lo hayas dicho, sino porque tenéis el mismo punto de vista.

-Yo creo, doña Laura, que Montero dice las cosas no como si se las hubieran dicho, sino como si fuesen tan claras, tan seguras que no hiciera falta ni decirlas.

-Tienes buen ojo, chica.

-¡Ah!, si a usted, don Manuel, le parece que acierto es que acierto.

-Aciertas: dentro de poco ya no habrá que decirte nada.

-Entonces ¿no le parece a usted mal que venga Ramón con nosotras?

-No, si él tiene ganas no me parece mal, ni bien.

-Yo sí, ganas tengo, pero luego, levantarme a las siete a estudiar me va a costar trabajo.

-Piénsalo bien entonces: no puedes perder un año más.

-Montero me dijo que iba a llevarme una tarde a ver *Juan José*.

-¿*Juan José*? Ah, sí, ya lo he leído en el periódico. Pero no me hago idea...

-Es una cosa muy diferente de esas que veis vosotras. No tiene nada de reyes ni de espadas en alto... Es otra cosa, enteramente otra cosa.

Las cosas que trae Montero son cosas secretas. Es como si él fuese depositario de los secretos de todos y como si a él se le pudiera preguntar por esos secretos, sabiendo que no los va a traicionar ni descubrir, pero los va a insuflar, va a comunicar su misterio como misterio. Hasta su presencia o su desaparición es misteriosa, imprevisible: aparece o desaparece sin explicar por qué. Su falta de explicación es, en cierto modo, una afirmación de cualquier caso posible. Desaparece cuando no es necesario y cuando hace falta aparece infaliblemente. Aparece, también, para borrar o corroborar las apariciones intrusas, las que conturban el ánimo de Laura, fantaseando desmedidamente los hechos dramáticos... Las provincias, cada pequeño grupo o clan -aquí, clan no es vínculo de la sangre, sino convención social,

económica, jerárquica-, cada vecindario tiene su gaceta -siempre femenina- que divulga los secretos familiares, pero no en su cualidad de secretos, sino elaborando sobre los hechos íntimos, sobre lo que atañe a las leyes particulares, personales del que es irreductible persona, fábulas pedestres... Allá, en la sagrada Castilla, en la tierra arada por la vieja fe, brotaba la cizaña como perejil, como condimento del comadreo exportable yemas de las monjitas, licor de los benedictinos-, acerba, mordiente páprika con la que asazonan los actos del disidente, del impío: se espían, se sorprenden y se descoyuntan sin piedad... En torno al resplandor de la hoguera se había forjado la leyenda... No había una cruz sobre la tumba, no había ni siquiera una lápida: no había, por lo tanto, un muerto -una muerta- en la hoya. La hoguera había devorado el cuerpo que asombraba por su belleza, que desafiaba con su belleza a las menesterosas de amor.

-No, Laura querida -me avengo a suprimir el doña, que siempre distancia: la llamaré como usted quiere-, no, Laura, no imagine usted a su hermano sometándose a sí mismo a ese suplicio, añadiéndolo a su suplicio real... No, Laura, yo la deposité en la tumba. Yo puse un cerco de piedras, no en círculo, una cerca en el rectángulo, y llevé la hiedra. Yo la arranqué del jardín, ¡con qué esfuerzo! Tuve que cavar hasta sacar las raíces más hondas, añosas de quién sabe cuántos años. Yo las puse en la tierra cercada: no me dejó abonarla para que no encontrase su alimento en la superficie. No me dejó poner una lápida... Una cruz, por supuesto que no. Me dijo, «Una cruz es a mí a quien se la han puesto o me han puesto a mí en ella o me...». Sólo tocar este tema desvariaba y yo, ya sabe usted, lo que diga mi maestro es lo sagrado, es lo eterno lo que eterniza más que una piedra... Él quería que la tumba fuese como un pozo, como una cisterna a la que nadie pudiera venir a sacar estúpidas condolencias. Sólo la hiedra tiene que llenarla: la llenará pronto. La hiedra se agarra y no suelta nunca.

-Sí, sí, le creo. Todo eso es la verdad de mi hermano. Tenía que ser así. Pero ya usted sabe, criadas, enfermeras, comentando la frase que repetía, en su desesperación.

-¡Ah!, eso es infame. Claro que esas mujeres no pueden comprender, no pueden saber y no comprenden más que lo que les han enseñado. No pueden comprender que esa frase, es sacrílego repetirla...

-Hay que leer *Juan José* antes de ir a verlo. Lo encontraremos en las librerías de la calle Ancha.

-Tú crees que nos va a gustar? A ti, sobre todo, me parece que no.

-Eso me parece porque me revientan las comedias, ¡y no digamos las zarzuelas!, populacheras. Pero esto debe de ser otra cosa. Ya dijo Ramón para ponernos en guardia, para advertirnos, «A vosotras no os gustará, pero a mí me gusta», y añadió, «No hay reyes ni espadas en alto»... Podía ahorrarse la advertencia porque yo huelo en eso algo muy diferente.

-¿Qué es lo que hueles? Yo no huelo nada.

-No lo hueles, pero cuando lo comprendas... Fíjate, los que se ocupan de esas cosas hablan de justicia e injusticia: defienden al pueblo, que siempre lo pasó mal. Parecería que el asunto quedaría en manos de los que hacen las leyes -bueno, entre los que las imponen y los que las aguantan, o no las aguantan-, pero ya ves, con esos temas hacen obras de teatro, y novelas no digamos...

-¿Por qué hacen novelas, si no es para que los otros hagan las leyes?

-Pues no, no sólo para eso, aunque también lo sea. Las hacen porque les gusta hacerlas. Porque les gusta y porque gustan a todos, excepto, claro está, a los que les disgustan... No, no, no quiero decir esa belleza que encuentran muchos en pintar cosas feas... Ya sabes que me revientan los caprichos de Goya y los enanos de Velázquez... Porque, vamos a ver, ¿qué se saca con pintar *El Bobo de Coria*? Dejarlo ahí para un buen rato, para que sepamos que

las gentes de aquel entonces se entretenían mirando esa podre, esos ojos en descomposición... Lo de ahora es muy diferente: en estas cosas que parecen feas hay una belleza... Una belleza que no se ve, aunque se escriba o se pinte.

-Y si no se ve, ¿qué se saca con eso?... Bueno, espera un poco: me parece que voy viéndolo...

-Claro, tienes que entenderlo, a la fuerza. Hay una belleza en todo eso, que no es la que le ponen a uno delante. Es como si dentro, al fondo de lo que se ve hubiera una cosa mejor... Por ejemplo, si te ponen escenas entre gente pobre, miserable, no es para que te conmuevas -bueno, sí es para que te conmuevas, pero también para otra cosa-, es para que sientas, o sepas, que entre esos personajes -no porque sean personajes, no porque estén pasando malos ratos, sino porque forman o pertenecen a un... algo así como un género... Más todavía, no es que ellos sean lo que son, sino que ellos, entre ellos están haciendo algo...

-¿Qué es lo que están haciendo?

-¡Hombre!, no sé cómo decirte, todo, lo están haciendo todo. Claro que algunas cosas las hacen otros... Lo que te quiero decir es que hay una belleza en eso que hacen, pero no, no que hagan cosas con belleza, es que el hecho de hacerlas..., eso es lo que tiene belleza, el trabajo.

-Ya, eso es lo que te parece a ti, pero el trabajo siempre se consideró como un castigo. Es lo que le enseñan a uno en la escuela, y luego le dicen que trabaje, que es bueno trabajar.

-Claro, tienen que decirlo para que se cumpla el castigo. Pero sea bueno o sea malo... ¡A propósito de trabajo!, llevas un par de días que no haces nada.

-Es verdad, no puedo trabajar. No puedo dedicarme a eso de la belleza, aunque mi trabajo esté todo en su terreno... No puedo porque no puedo quitarme de la cabeza una cosa horrible, una cosa atroz, que no sé cómo llamarla.

-Ya me figuraba yo que te había pasado algo desagradable.

-No me ha pasado nada: ha sido un sueño. Una pesadilla, que no te puedes figurar.

Ah, un sueño. ¡Cuenta!

-Se puede contar en dos palabras. No te lo había contado porque me parecía estúpido contarte como una cosa horrible un sueño que no es más que esto: Voy por una calle oscura y, de pronto, siento que un hombre me agarra por detrás... Nada más, no pasó nada más, no me hizo nada.

-Bueno, si no te hizo nada, no es tan horrible.

-Claro, pero sí que pasó algo, aunque no me hiciera nada. Es tan atroz precisamente porque no sé lo que me hizo... No sé cómo era el hombre, no sé cómo era la calle... Creo que había una iglesia: no había tiendas ni portales, estaba oscuro... Aunque me parece recordar que había un farol que hacía daño mirarle, pero alrededor todo era negro, no se veía nada... Y yo le sentí venir... No sé por qué iba yo por aquella calle. Me parece que antes de sentirle no me había dado cuenta de que iba por allí. Y, de pronto, sentí que me cogía por los brazos y no pude moverme... Me cogió por detrás, pero sin saber cómo, luego -no, inmediatamente- estaba delante. Estaba tan pegado a mí que no podía verle...

-Bueno, y ¿qué más?

-Nada más, no pasó más: no pasó nada...

-Sí, claro, es medroso.

-No, no es eso lo medroso. Eso que te he contado es lo que no es nada. Lo que no se puede contar... ¿A ti no te ha pasado nunca nada así?

-¿Cómo? Explícate.

-Te digo que no se puede explicar... El hombre estaba delante de mí, tan cerca que no le

veía y no sabía lo que me hacía... Bueno, no me hacía nada con las manos: yo no sé dónde tenía las manos, pero me apretaba de tal modo que yo no podía respirar... Pero no creas que duró horas y horas: fue como un relámpago todo ello. Apareció el hombre, me agarró, me apretó... ¿contra la pared?... No sé si contra la pared, pero me apretó tanto como para asfixiarme. Y todo en el mismo instante, yo pienso, ¡me va a estallar el corazón!, y pasa algo que no es precisamente estallar y que no es sólo en el corazón, sino en todas partes... Algo así como al que le cae un rayo... ¿No te ha pasado nunca?

-Sí, claro, muchas veces. ¿Sabes por qué te ha ocurrido a ti ahora?... Porque ya has pasado el Rubicón: antes no ocurre.

-Ya, vamos, porque soy mujer. Es lo que me dijo mi madre cuando me puso las medias, «Ahora ya no puedes andar con calcetines porque ya eres mujer». ¡Me dio un asco! Me parecía absurdo ponerme las medias para que todo el mundo lo notase, en vez de disimularlo. Siempre me han dado asco esas cosas que llaman cosas de mujeres, que, claro, siempre están mezcladas con las cosas de hombres.

-Ese asco que te da es una chifladura que no sé de dónde la habrás sacado. Pero el caso es que, ya lo estás viendo, no puedes librarte de esas cosas.

-Fíjate, no sabes lo que estoy pensando ahora. Trato de recordarlo y veo que yo no me defendía. ¿No es fantástico? Yo no me defendía.

-Y ¿te daba asco?

-No, me daba miedo... Más que miedo era como si sintiera o como si supiera que me iba a morir... Y no me defendía...

-A ver, haz un esfuerzo por recordar cómo era el hombre.

-No tengo que hacer esfuerzo porque lo recuerdo perfectamente. Recuerdo que no le veía, que no se parecía a nadie, a nadie que tú conozcas... Recuerdo que no era nada que se pudiera ver, sino sólo sentir.

-Pues, si lo sientes, si lo has sentido tú en ti misma y ves que eso es lo que pasa entre los hombres y las mujeres, no tiene por qué darte asco. Yo creo que debe haberte ocurrido así, con ese aspecto terrorífico para curarte de la soberbia, porque eso es lo que a ti te pasa: que tienes una soberbia que no te cabe en el cuerpo. Y luego, la conciencia, te la quiere curar con un sueño.

-La conciencia... pues puede ser porque sí que tengo un cargo de conciencia... ¿Por qué sacas tú eso ahora? ¿Es que te lo han contado?

-A mí no me han contado nada. ¿Quién me lo podría contar?

-Tu Luisito, por ejemplo.

-En primer lugar, Luisito no es de mi propiedad, si acaso es de la tuya. Y en segundo, no me ha contado ni palabra.

-Podía haberte contado la coza que le solté el otro día.

-¿Por qué? ¿Por qué? ¿Cómo puedes soltarle una coza a esa criatura y quedarte tan fresca?

-¡Si no me quedé tan fresca! ¿No te estoy diciendo que tenía un cargo de conciencia?... Además, yo no tenía el propósito de soltársela. Precisamente estaba procurando portarme muy bien.

-Y ¿qué pasó? Vamos, cuenta al detalle.

-Pasó que estaba envolviendo el paquete, como siempre, como si envolviese huevos de pajarito, para hacerlo durar una hora y, de pronto, me dijo, «Ya ves, ahora, como tengo ayudante -el chico ese que se ha traído porque don Luis ya no viene al despacho- por la tarde puedo salir un rato. ¿Por qué no bajas al oscurecer y damos una vuelta por la plaza?

Podríamos charlar un poco: hace tanto tiempo que quiero hablar largo contigo... No te creas que le solté la coz así, de sopetón, al contrario, le dije una cosa que no podía molestarle. Te aseguro que yo me propuse decirle algo que no fuese, «No me da la gana». Le dije, bueno, yo, por mí... Pero si se entera mi madre, figúrate la que me arma... Y ¿con qué dirás que me sale? «No, tu madre no te arma ninguna porque yo hablo con ella. Yo subo y le digo...» No le dejé seguir... ¿Tú?, ¿hablar con mi madre? ¡Que no se te ocurra! ¡Que no se te pase por la cabeza!... Y no rechistó. Yo pensé que me iba a discutir, que iba a querer convencerme: no dijo ni pío. Se quedó mirándome, los ojos se le pusieron el doble de grandes, hasta que parpadeó y se volvió de espaldas. Se fue rápidamente a la trastienda. Levantó la cortina de flecos -más bien la echó a un lado- y yo oí que los flecos, al dejarlos caer se entrechocaban, sonaban, porque no sé de qué son, de algo duro, pero no sólo eso... Oí que se echaba a llorar, oí un sollozo y se metió en la rebotica. Me produjo un asombro que me quedé allí como tonta, sin moverme. Y salió el ayudante, el mancebo, como le llaman, y me miró como no puedes figurarte. El mequetrefe ese me miró ¡con un desprecio!...

-Ya ves, a eso también se le puede llamar cosas de hombres. ¿Me vas a decir que te dan asco?

-No, asco no, pero me atolondran. No sé qué pensar, no lo entiendo, ni quiero entenderlo.

-Explícame por qué no quieres. No se me ocurriría decirte que me explicases lo que no entiendes: no lo entiendes y basta. Pero si dices que no quieres entenderlo es que lo entiendes. Es que no quieres lo que entiendes.

-Puede ser eso: tú todo lo pones en claro y yo tengo que decirte que tienes razón: no quiero lo que entiendo

-Bueno, ahora soy yo la que no entiende. Explícame qué es lo que entiendes y qué es lo que no quieres.

-¿Te estás haciendo la tonta o no te da la gana de entender?

-No me hago la tonta: me deja tonta ese lío.

-No es verdad: te haces la tonta porque tú tienes que estar al cabo de la calle. ¿Qué querías, que subiese a ver a mi madre, como un novio formal? Y yo ¿qué?... ¿Te parece que yo iba a dejarme ver por la bruja de su mamaíta? ¿Te parece posible..., te parece soportable lo que pasaría cuando se enterasen en su casa? Él puede subir, si le da la gana, pero ¿crees que mi madre puede bajar?

-Tienes razón: es un conflicto. Pero no creo que Luis desista.

-Si no desiste es que no ve el conflicto, y eso no puede ser porque no tiene pelo de tonto. Lo que pasa es que quiere ver si es que me porto así con él porque no le quiero.

-Y ¿le quieres o no le quieres?

-¿Yo? ¡Qué voy a quererle! ¡Ni a él ni a ningún otro!

-¿Ni a ningún otro? Ya lo has decidido así desde que andabas a gatas. Pero tú no sabes lo que puede aparecer un día...

-Si apareciese uno que viniera de la China... puede ser. Pero ¡éste!... Éste que quiere subir por la escalera arriba...

No va al teatro, como dicen las vecinas, a divertirse. Va por llevar a su hermana, porque la literatura es cosa de su oficio y porque necesita pensar en algo que no sea lo que le da vueltas en la cabeza a todas horas.

-Y lo que quiere es quitárselo de la cabeza, eso es, porque no se resigna a la desgracia. Le parece una injusticia que a él le haya pasado una cosa así..., que a él le hayan hecho eso -así es como se expresa. Es un caso de egoísmo de los que entran pocos en libra.

-¡Un caso de egoísmo! En cuanto la gente no se comporta como todos los demás, como el montón, ya es un caso de algo insultante. ¿Qué querría usted que dijese, que esperaba con paciencia la hora de reunirse con ella en la corte celestial?...

-A mí me es completamente indiferente lo que pueda decir, pero a todos los que le oyeron les resultó escandaloso. ¿No es absurdo que un hombre serio, en ese caso, se pusiera a gritar, «¡Me han matado! ¡Me han matado!»...? No lloraba por ella: lloraba por sí mismo. ¿Se puede dar un egoísmo mayor?

-Si es o no es egoísmo no tiene ninguna importancia. Lo que puede dar sentido a esa frase... Quiero decir que esa frase es lícita si es verdad.

-¿Cómo si es verdad? ¿No está a la vista que ella es la muerta y él el vivo?

-No, no está a la vista. Esa frase es lícita: él tiene derecho a decir que le ha matado, si es verdad que le ha matado.

-Bueno, sigue dándole vueltas al farol.

-No le estoy dando vueltas. Él tiene derecho a decir que le ha matado, si es verdad que está muerto.

-¿De verdad?

-Eso, nadie más que él lo sabe... No, no me venga usted con demostraciones. ¡Egoísmo!... Julieta le llama a Romeo ¡egoísta! cuando ve que se ha tomado todo el veneno... Uhm... No, me parece que no es egoísta lo que le llama. Me parece que es ¡ingrato! o ¡avaro!... Las dos cosas son estúpidas. Una mujer que se encuentra muerto a su amante no le larga un ligero reproche, como si estuvieran de morros... Bueno, sea lo que sea lo que dice, nos convence, nos tiene convencidos desde hace tantos años porque en vista de que no le ha dejado un poquito de veneno, se clava un puñal y acaba con la historia.

-Y ¿qué es lo que se ha clavado éste?

-Él se lo da por clavado. Y, vuelvo a decirle: si es o no verdad, sólo él lo sabe. No tiene que dar satisfacciones a los espectadores. Sobre todo, su público no es el público de Julieta y Romeo, un público que va a ver una historia de amor y sale contento porque no es de las historias en que el amor acaba cochinemente. En éstas todos salen asqueados diciendo, ¿Ves?, así es la cosa, por llevar hasta las nubes un cachondeo... Mientras que cuando los dos acaban a puñal y veneno, el amor queda en buen lugar... Claro que en este caso no se trata de nada de eso: no es un amor imposible, sino un amor realizado -éstos son los que suelen dar tragedias más pedestres... o no dar tragedias, que vaya usted a saber- de comprender, porque saber, nadie puede saberlo. Se trata de comprender, desde el punto de vista de un vecino... ¿Hasta qué punto puede haber otro punto de vista? ¿Quién puede considerarse, respecto a otro, algo más que vecino?... Porque prójimo le llamamos a cualquier fulano que esté en los antípodas. Un punto de vista de vecino tiene que ser el del que ve la cosa desde cerca, pero desde su piso -no el que lo ve desde arriba o desde abajo: el que lo ve desde su cuarto. Sin salir de su cuarto, sin huronear, sin fisgar como las cotillas, no conocería uno esa frase, ese grito -no creo que lo dijese gritando. Me parece que debía ser algo sordo... una especie de estertor... Son las menegildas las que lo abaratan todo, cuando es una cosa que no debería uno atreverse a repetirla... pero pasa que se repite ella sola dentro de la cabeza y no se puede menos de querer penetrarla. Uno quiere saber -no, quiere ver- la verdad que hay en ella de verdad, lo que hay de muerto, de verdaderamente muerto en un vivo... Porque ¡ésa es la cosa!, una tragedia entre dos jóvenes amantes, muy jóvenes, torpes como bebés, alimentándose del amor como de la teta materna, ¡eso es!, sin conocer ningún otro sustento: sostenidos, agarrados al amor, pendientes de él como de un hilo, tiene que acabar estrellándose cuando se rompe el hilo o... dándole de sí. Dándole el sí mismo elástico, eso ¿cómo se llama?... Ah, sí, el instinto de conservación, que es un sentido del ahorro, ciego... Bueno, ciego porque no selecciona, rebaña, defiende hasta los posos de la vida. La verdad es que defiende la vida y basta. Y eso es elástico, desciende por su peso. ¡Ya está! la idea de descen-

so es estúpida, lo elástico de la vida no se extiende de cenit a nadir: se dilata, no se disipa -puede disiparse, evidentemente-, cuando se disipa, se hace impalpable, insensible. Algo así como la propia piel, que crece con uno y uno no la siente, pero si se hace un desgarrón se siente, y ella misma tiende a cerrarse... Ésas son las cosas que pasan en el principio de la vida, cuando uno es completamente idiota, como si la vida le hubiera cogido de sorpresa... Luego, en la madurez, ya no puede haber esa ceguedad. Claro que también ciega el encandilamiento, el exceso de cosas, el no saber a qué carta quedarse... Ahí también hay dos salidas, es decir, hay la salida y el callejón sin salida. Hay el querer abarcarlo todo y el titubear, el temer... ¿El esfuerzo? No sólo ni precisamente el esfuerzo, sino algo así como el desengaño. Pero ¿qué desengaño?... El miedo a hacerse ilusiones respecto a sí mismo. Porque las ilusiones puestas en un ideal no son las temibles: el ideal no defrauda -si no es el ideal de un cretino. Las ilusiones que no hay que hacerse son las que pueden dar una medida- falsa, una idea halagüeña de las propias fuerzas para subir por la cucaña... El encandilamiento es la multitud de brillos, de focos que atolondran en medio del camino, lugar común «seas loado por tu límpida prosapia», como dice el americanito ese. Y los brillos no son como los que antes llamábamos esplendor: brillos naturales, el esplendor de la naturaleza. Los brillos múltiples de la madurez son... Bueno, deben de ser: no voy yo ahora a ponerme a creer que sé lo que son. No, no lo sé, pero lo sé mucho mejor que los que creen que lo saben. Este hombre, que está muerto, indiscutiblemente muerto para y por lo que le mató, ha venido aquí como un *revenant* -una palabra que nos falta. Porque un aparecido quiere decir que a alguien se le apareció, mientras que un *revenant* no designa más que al que vuelve, al que solo él sabe de dónde vuelve-. Este hombre no se sabe de dónde ni por qué vuelve: desde un punto de vista de vecino es todo lo que se puede saber. Y un punto de vista de vecino -excluyendo género y número- apoya en el chismorreó. También puede apoyarse en el interés humano, si el vecino es humanitario, pero ¿si es misántropo?... ¡Misántropo!, lugar común, que ya no es de tan buena familia. Misántropo es un dicterio que lanza la plebeyez de la gente civilizada contra el que no se adapta a su plebeyez, contra el que se ha atrevido a rechazar -a dar una patada en el culo a tres o cuatro. A ése se le señala como a individuo del que no se puede esperar más que la patada. Hay un punto de vista de misántropo que es desde donde se divisa no lo que sobresale, no: lo que se hunde, lo que se entierra con más orgullo que lo que se eleva... Hay una topinera de simpatías en la que se encuentran los que van a ciegas y se reconocen, pero no se ponen a charlar: conversan en silencio, como si se oliesen a distancia... ¿Qué iba yo a conversar con ese señor escritor, catedrático, pensador, dicen -no sé si de esto habrá un título. Yo no tengo nada que decir y él lo que no tiene es ganas de decir nada. Porque como saber sabe mucho. Se sabe al dedillo la filosofía antigua -dicen, también- y de la gente de ahora no digamos. Se pasa la vida leyendo a Tolstoi, Ibsen y todo eso...

Un *revenant* puede volver porque no rompió sus vínculos con la tierra, no se desprendió entero de ella, quedó pegado en el visco, como un alma en pena. Si es un alma, sigue siendo, pero no puede participar sus penas a los vivos. Aquél a quien se le aparece le ve como aparición, no como apariencia. Su aparición es un reflejo, un efecto óptico de algo que está en otra parte, penando, pero está. No puede ser un *revenant* el que no se va porque no encuentra dónde penar: el que no se va por apego a la pena, por repugnancia a la falta de pena, a la falta, en suma. Por saber que lo que le falta se ha sumido en la falta total, en la nada, y no tolera, la inexistencia de lo que le falta. Porque, claro está, permanecer ya que no volver no es para sustituir lo que falta con lo que hay, es para vivir hostilizando a la falta, a toda falta, cosa completamente sin sentido, aunque se pueda sentir con violencia... ¿Por qué hostilizar a la nada? Es cierto que no podemos concebirla y que, con una mediana sensatez, nadie puede pensar que la nada sea algo pero, por encima o por debajo de toda sensatez, late o zumba la percepción de la nada como alguien... y se la odia, se la hostiliza, se le corta el paso. ¡Como si la nada pudiera dar un paso! No puede, hay que ser sensato: no puede, pero avanza, gana terreno. ¡No, no gana nada!, pero todo terreno se pierde en ella. No el terreno

que ni va ni viene, sino el terreno que fluye -el agua fluye más que la tierra, el aire más que el agua, el tiempo...-. Todo va hacia ella y es estúpido querer impedir... No es estúpido -o sí lo es- pero es forzoso porque, por lo menos, es. Y todo esto a causa de la alcurnia -mejor que prosapia- a causa de ciertas leyes biológicas que están arraigadas en el ser, que están juramentadas, encadenadas por su fidelidad al ser. Y entonces la vida puede ser aceptada como una pena, aunque asalte la vergüenza de vivirla, como si vivirla fuese gozarla, como si fuese una escapatoria de la pena negra -la del hoyo, la de la fosa o el abismo- cuando el que no cree que en el abismo haya pena, carga por todo el camino con la pena temporal -un paso, otro paso, un kilo, un adarme, un minuto, un segundo- y no quiere descargarse de la pena porque la descarga, el alivio sería una entrega y el rencor es inextinguible como una pasión. El que se asocia con ella -asociación falaz- es débil y digno de pertenecerle. Se reviste de su nombre, porque un nombre es lo único que tiene, y propaga aridez. Propaga el odio, sin temor a hacerse odioso: más bien pasa por respetable, por secuaz o esbirro del abismo: se hace llamar negador. No, no es cuestión de nombre, aunque el nombre tenga enorme poder. No es cuestión de nombre porque algunos lo adoptaron -se hicieron pasar por hijos adoptivos, como si ella pudiera adoptar, ya que no parir-, adoptaron el título de negadores, de defensores de la nada... ¡Dejadle paso! ¡No os opongáis a ella!... -Y mientras gritaban esto, su grito mismo iba rechazándola, sus palabras, sílabas, alientos llenaban de enigmas los espacios mentales, llenaban de belleza, de seducción el aire entero invadido por su polen... ¡El tiempo!, el tiempo cauce de la realidad... ¿Cauce o caudal?, ya que va con ella o ella va con él. El tiempo =un tiempo, cantidad imponderable ya que no tiene contornos netos, pero sí tiene un ser, un modo de ser-, todo un tiempo fertilizado por una bella palabra, que aparenta ser una blasfemia y es un clamor.

Tienes que admitirlo, atravesamos un bache enorme. Aunque no sé si es optimismo creer que lo atravesamos. ¿Es que pataleamos, siquiera? Ya, ya sé que algunos patalean: esos pocos que frecuentas o que defiendes. Yo no, yo no definiendo, yo acuso. «*J'accuse*» a los que patalean con mala pata. Ya sabes que hace años que quiero repetir ese título y lo haré... Lo haría si creyera que podía servir para algo. Aunque probablemente lo haré sabiendo que no sirve... Y entonces tendré que acusarme a mí mismo. Y me acuso, empiezo por acusarme de no haberlo hecho cuando no tenía disculpas. Ahora, supondrás que no voy a hacer uso de las que tengo. No, yo acuso a los buenos, entre los que me cuento -o no me cuento- porque en nuestra época tenemos malos de primer orden, pero buenos... Quiero decir hombres morales, intachables, afectos a la mejor causa: sí, hay unos cuantos, pero dime, ¿qué resultados han dado hasta ahora? ¿Qué acento, qué nota, qué voz de sirena nos han hecho oír?... No, no me argumentes que hay que dejar a un lado la estética... Déjala, atropéllala si quieres y con eso no pasarás de hacer un gesto de mal genio. De mal-ángel..., falta de ángel y de genio. Es lo que padece nuestro terruño: se nos ha encanijado... No sé qué raquitismo zambo, qué escrófula vergonzante es lo que le aqueja... Mira, no le des vueltas, esas cosejas que vais a aplaudir como un solo hombre ¿podrían pasar unos kilómetros arriba de la frontera? No me vayas a decir que podrían porque no podrían, en fin, porque no pasan... En cambio, estás viendo las cosas eficientes, arriesgadas que nos vienen del Norte. No sé qué lugar ocupan respecto a la estética, pero el caso es que no son impotables, como las nuestras... No, no, no... No me vengas con lo de la ingenuidad, con lo del mérito que tiene el debatirse en la ignorancia por alcanzar... En primer lugar, la ignorancia no es tan grande porque saben leer y hay cerros de libros a peseta... ¡Saben leer! ¡Fíjate! Ahí tienes un conflicto, una llaga nacional que duele de verdad -la verdad se nota en que se puede dar como *vox populi*, aunque ya sabemos que los que la dan tienen sus primeras y hasta sus segundas letras... viven, además, de las letras. Pero lo que quiero hacerte comprender es que tocan ese tema y, por el mero hecho... No, no voy a detenerme en aquello de, «¿Existe algo más insolente que un hecho?»... ¡Frase magistral!, pero lo dejamos para luego... Por el mero hecho de ser algo verdadero; doloroso, el modesto escritor -que seguramente no es modesto logra un «efecto liter-

ario»... No sé si consigo darte idea del intrínquilis... La llaga, ya señalada por el ilustre barbudo que ha muerto hace poco, harto empeñado en curarla -la llaga grita mujerilmente- conmovedora, tierna, graciosa en la carta de la Pilara y ¿en qué se convierte? En imaginaciones de una chiquia con el novio ausente... «¿Qué me dirá?»... A lo que añade suposiciones tales como... Bueno, la hez del horterismo... Y, de pronto, aquí, en este caso, por el mero hecho de tocar un dolor verdadero, el valor literario. ¿Técnico? Perfección, precisión, intensidad, ¿son valores técnicos?... el valor literario sube como un termómetro en el agua hirviendo... Vuestro *Juan José*, que ha comenzado en alpargatas -en alpargatas el autor: al personaje es lo que le corresponde-, ha comenzado poniéndonos a tono con la taberna, con los jipíos en el reservado. Cuando llega el momento dramático, la carta que le hunde en la evidencia de la traición, se encuentra -el autor es el que se encuentra con que su personaje no sabe leer, y es en ese momento cuando se mete en su personaje; le penetra, le recorre y comprueba su extensión. Si te dijera que quedan en segundo lugar sus angustias íntimas, parecería que le quitaba humanidad... Pero no, no le quito nada: le pongo... Es difícil saber algo -algo, sin adjetivos, ni externo ni ajeno: algo, simplemente, en toda su dimensión abstracta- es difícil saber si *algo* añadido al dolor íntimo del individuo lacerado, puede ser una desviación, una diversificación que nuble el fulgor doloroso... Tal vez, si no es que ese algo es como una prolongación de piedad. Como si, en torno al hombre hambriento de piedad, vibrase el ámbito henchido de ella, como si... Más, mucho más que el lamento adecuado al caso, < ¡Qué desgracia tan grande la de los que nacen como yo!... ¡Ni a leer aprenden!» -me he leído, como ves, el libreto entero atentamente, por eso he encontrado el escondido néctar de inteligencia: el néctar esencial... No es que Juan José, un desdichado, una su desdicha a la de los que nacieron, como él, desposeídos. No es que con el papel en la mano clame por los que se ven privados... Clama por todos los hombres que, sin el hombre, sin la inteligencia, son esclavos. Tiene un papel en la mano y no se enloquece por la traición... Por la traición se envenena de rencor, pero por el papel, por lo que el papel representa como misterio descifrable, como sésamo susceptible de violar con un determinado resorte, se rompe la cabeza porque ve una cosa, lo que llama «Malditos garrapatos», y es como si no la viese. La mira, pero no la ve: ve el garrapato, pero no la ley que hace de él un signo. Sabe que allí está designado su infortunio -lo sabe porque se lo han dicho, pero ¿y si fuera mentira? No hay razón ninguna para que lo sea. Pero hay allí algo intolerable por inaccesible a la razón: que sean iguales, aparentemente iguales los rasgos que encierran «la firma del amigo y la traición de la mujer»... Esto, tienes que reconocer que es portentoso: un escritor de segunda categoría digamos, con benevolencia, de segunda: esto es lo que tienes que reconocer -por el mero hecho de tropezar con la verdad, se convierte en pararrayos de ella. Se centra en el lugar de atracción y recibe la centella de la inteligencia. Claro que la centella queda oculta tras el nublado del lugar común, «¡Qué desgracia tan grande!», etc... Y no voy a decir que ese lugar común no tenga derecho a imponerse, no sea, en realidad, el núcleo del asunto. Bien en crudo nos lo sirven algunos, los que llamamos naturales o naturalistas, que son capaces de convencer a cualquiera. Pero yo prefiero otra cosa más potente que el convencimiento... ¿Contradicción? ¿Tengo yo derecho a preferir algo a la convicción lógica? No, no tengo derecho. No lo tendría, incurriría en contradicción patente si prefiriese algo ilógico, pero lo que prefiero es la lógica misma... Prefiero que los razonamientos convenzan en su estación..., creen una estación, un clima... Ahí está, eso que yo llamo raquitismo, escrófula, es decir falta de aliento, falta de sentidos -falta de lógica porque los sentidos son lógicos, «A nadie le amarga un dulce»... ¡Lugar común! Los sonidos respondiendo, asintiendo, entregándose a las primavera propuestas... Esos rusos que suscitan floraciones -¡Cuidado con la estética!-, que siembran grano para todas las hambres... Para todas, eso es lo que no hay que olvidar. Porque todos nos hacemos voces de las cosas tan virtuosas que propagan... ¡Cristianos, cristianísimos esos padrecitos de los tres besos!... Pero el arrastre, el eros que rebosa de sus príncipes ingenuos, de sus bellas misteriosas -jendiabladas!- aparentemente castas y, tal vez, castas de hecho, pero capaces de poner en forma a medio mundo... Sí, ya sé que en eso estamos de acuerdo, pero tú les amas por sus virtudes y yo, te confieso que sin sus pecados

me aburrirían... Eso es lo que pretendo meterte en la cabeza, que no lleves a las gentes de tus años hacia tu ascetismo -¡No lo niegues!, tu clima es el ascetismo y ya tenemos bastante- porque lo que hace falta aquí es algo que caliente a la gente, sin olor a cebolla... y sin refinamientos ¡lagarto, lagarto!... Hace falta..., bueno, hay o empieza a haber, asoma en la literatura que leen todos un explorador de la selva. La selva de los sentidos, más exactamente, la selva del sexo, Felipe Trigo.

-¡Manolo!

-¿Qué pasa? ¿De qué te asustas, maestrita?... Estas niñas están ya en edad de ser madres. No hace falta que se apresuren a serlo, hace falta que aprendan a no ser inútiles.

-¿En Felipe Trigo pueden aprender?

-Claro que pueden y, aunque te sorprenda, seguramente están aprendiendo. ¿Es o no es verdad? Contesta, Elena. ¿No lo has leído?

-Sí señor, sí, claro que lo he leído.

-Y ¿por qué no me hablaste nunca de ello? Es muy difícil, por no decir imposible, que no se les meta en la cabeza la idea del pecado. Y no será porque me hayan visto a mí jamás inculcársela...

-No, no le hablé nunca porque me pareció que no era de su estilo. Pero con Montero he hablado mucho. ¿Verdad?

-Oh, sí, mucho. Hemos hablado un día tres horas exactas, en el Retiro, lo recuerdo. Si no hubiera empezado a llover, habríamos seguido hablando. Y era del pecado, precisamente, o, en fin, de su detestable fantasma, «Lo irreparable».

-¡Qué cosa atroz!

¡Piedita!... Piedita había estado ausente y ahora Piedita presente seguía siendo inexistente. A esta conclusión ya se había llegado tiempo atrás, pero mientras estaba ausente era fácil pensarlo: con ella delante ya no se trata de pensar. Sin pensar en nada, lo que daba ganas de decirle era, «¿Te acuerdas de Piedita? ¡Lástima que no la vieras cuando estaba aquí! Me hubiera gustado que la conocieses»... Pero Piedita no tenía el menor sentimiento por no haberla visto. Tenía una plena satisfacción de verla ahora, en su presente de gato lucido... Aunque le faltaba lo más característico, lo más simpático, seductor y contagioso, lo más comunicativo del propio bienestar en el gato, el ronroneo... No, Piedita no se relamía de su bienestar: se redondeaba, pasiva, en la naturalidad, sin asombro. Traía..., no, ella ni siquiera traía el peso de la brillante Kodak: lo traía su marido o su agitada, radiante e incansable cuñada, la Smith... Traían documentos fotográficos de las ocho maravillas. Piedita no las había convertido en documentos de su memoria: había abierto ante ellas sus ojos castaños y ahora los abría ante lo que se le pusiera delante con la misma serenidad habitual: nunca fueron sobresaltados por la admiración ni por el espanto. Piedita había vuelto y no se podía evitar que apareciese. Nadie pensó nunca evitarlo y ella aparecía -de cuando en cuando, pero aparecía. Y cuando no estaba, a veces se hablaba de ella. Ahora que se la sentía muy cerca, se hablaba poco y con dificultad porque ya no cabía evocar, ya no era posible ni el más trivial rememorar. Ahora, las observaciones, los vaticinios, aprobación o lamentación. Tan impasible como su serenidad seguía su belleza.

-¡Está hermosa!

-Un poco demasiado hermosa.

-¿No será una hermosura temporal?

-No, parece ser que él no quiere, prefiere conservarla en su ociosidad.

-¡Menos mal! Así no tendremos un Beltranejo.

-¡Eres terrible! ¡Eres cruel!

-Siento ser cruel contigo, no con ella. Pero no creas que eres tú la única víctima de mi crueldad. El sarcasmo es un estilete que corta tanto en el mango como en la hoja.

-¡Oh, qué frase tan *cinguecento* te ha salido!...

Piedita ha vuelto y su ausencia y su inexistencia no admiten comentario. Ya fueron tan comentadas que llegaron a ser como un dibujo cien veces corregido, en el que ya no se distinguen los trazos errados de los ciertos. No había por qué acordarse de Piedita, puesto que había vuelto pero, si espantar su recuerdo era fácil, era imposible -de tan fácil, de tan imperceptible- era imposible negar o ignorar su presencia. Era imposible rechazar su influencia porque su influencia consistía en un aceptar todo y no rechazar nada. Piedita prodigaba su naturalidad: sus invitaciones, sus regalos no eran un pago al viejo afecto -tan gratuito, tan acreedor de fidelidad-, era algo así como una costumbre, como un modo de obrar que no difería en un punto del modo de antaño. Piedita no estrenaba su bienestar, ni tampoco estrenaba su generosidad, solamente -sin que esto fuese motivo de sorpresa- la había duplicado, prolongado más bien, en otra u otras personalidades generosas. Su casa estaba llena de golosinas. La casa misma era una de ellas -no suficientemente tentadoras para sus hermanos, que siempre encontraban, entre tristezas y pequeñas dolencias, motivos para no frecuentarla. Las chicas iban, como acuden los gorriones cuando se echan al aire migas de pan. Pero no por la novedad del té -bollitos calientes con mantequilla- ni por los postres con cremas, natas y guindas escarchadas. Iban porque la casa era un mundo inesperado. Elena decía -se lo decía a Isabel, cuando determinaban ir, se lo decía a doña Laura cuando notaba que las veía, con cierto despecho, acudir muy solícitas-, decía, «Vamos a ver a la grulla»... Y era verdad que iban a eso, aunque lo demás se les diese de añadidura... La grulla estaba en el fondo del jardín... Pequeño el jardín y, sin embargo, tenía un fondo. Construcciones más altas habían ido cercándolo y quedaba encajonado, pero los árboles, los arbustos -lilas, celindas que todavía, en el otoño, no habían perdido la hoja, le daban una oscuridad que ocultaba los paredones de cemento... Una oscuridad musgosa que enmarcaba el estanque, charco más bien en el que se miraba la grulla. La grulla gris guardaba un silencio de princesa en exilio. Se mantenía en una pata, teniendo la otra en actitud titubeante, como si estuviese eligiendo algo digno de echarle la mano, pero no estiraba nunca su manita flaca: cuando una cosa apetecible se movía en el agua, alargaba el pescuezo -los radios de su corona erizada retemblaban-, cogía rápidamente con el pico -pinzas de alta precisión- la cosa apetecible y la engullía. La cosa no era cosa; era, generalmente, el tierno, gracioso, ondulante renacuajo, recién salido del cordón materno... Escondido entre las hierbas acuáticas quedaba el collar gelatinoso, depositado por la rana —o saga-, del que iban saliendo, a medida que maduraban, los larvarios escuerzos. Los sapitos, los más genuinos súbditos del estanque, criaturas del mundo húmedo -barriguitas blandas, gargantas palpitantes, ojos atónitos-, cantores de limpio silbido nocturno o de croar vespertino, alimentaban a la gris, elegante, impassible e implacable grulla. Era horrible y al mismo tiempo era fascinador. ¿Por qué seguir mirando aquello? ¿Por qué no odiar al bicho feroz, seguro en su reino, servido, alimentado con productos especiales que le ponían en el comedero y, al mismo tiempo, rodeado de golosinas naturales tan fáciles de atrapar, tan frescas, recientes, chorreando agua, casi insensibles, de tan casi líquidas?... Pero ¿cómo odiarla si su reino era un refugio de profundidad, de intensidad, oscuridad, silencio, humedad vegetal, vida hambrienta naciendo, sucumbiendo devorada? El fondo del jardín, el rincón de la grulla era algo sagrado... Sagrado porque era salvador: era, en su profundidad, la única elevación posible sobre el nivel trivial de la casa brillante. De la casa y sus cosas. Las cosas llenaban aquel ámbito. Y también las cosas se renovaban, pero no es que nacieran, no se las veía tiernas, larvarias: aparecían rotundas y se sustituían unas a otras, cambiaban de lugar y, claro que no se disputaban los puestos, pero sí los ocupaban según la jerarquía que les daba la novedad. Llegaban cosas nuevas y

se situaban en el primer plano: la atención les hacía la corte unos cuantos días, hasta que eran suplantadas por otras que las relegaban al olvido. El rincón de la grulla era sagrado por quedar ajeno a la invasión de las cosas -no a su mera existencia, no a que en la casa hubiera cosas porque cosas había por todas partes: la ciudad estaba llena, las casas más humildes tenían cosas, aunque humildes, también ¡tan humildes que ya no parecían cosas! No era eso, era que aquel ámbito de cosas estaba dirigido, organizado, habitado en fin, por cuatro seres -más dos, más otros dos, más uno o dos: seis o siete, en total, servidores 'que, como seis o siete cosas, asistían a los cuatro seres que, como cuatro cosas, rodeadas de sus huestes de cosas, llenaban, imponían lo trivial patente, lo aparente, aunque real: desbordantes de realidad sus apariencias... Bastaba decir, «Vamos a ver a la grulla»..., que era como decir, «no temáis nuestra pérdida, nuestro naufragio entre las cosas»... Con aquella seguridad, contando con aquel refugio, se podía navegar entre las cosas. Se podía, por supuesto, gozar de sus paisajes, de sus playas y sus frutos. Porque las cosas se prodigaban allí y, enguantándose con un discreto desprecio, se las tomaba sin dejar ni las migas. La voracidad infantil, la pureza de la ignorancia -la inocencia, en su real, amoral cualidad de inexperiencia- sobresalía de la adolescencia consciente, enjuiciadora, mordaz o burlona a veces. Sobresalía el hambre infantil, tan insaciable como la de la grulla, tan animal, tan capaz de digerir las cosas más duras y, poniendo en forma el órgano de la curiosidad, se pasaba una fría revista a las cosas. Se las miraba al pasar, con autoridad, se las igualaba en la consideración, sin sospechar que hubiese una que pudiera cortar el paso al juez...

-Y ¿esta carpeta, señora Smith?

-Ah, son cosas de Londres. ¿Quién sabe lo que habrá ahí dentro? Podéis ponerla sobre la mesa del despacho y clasificar los grabados. ¡Ah! Mirad lo que hay aquí, los prerrafaelistas...

La designación quedó desoída, los nombres que aparecían al margen de los grabados -oleografías, reproducciones en color eran exóticos, algunos difíciles de pronunciar. Las imágenes, imposible clasificarlas. No correspondían a nada conocido. ¿Podrían haber sido vistas en el Museo del Prado? jamás. Las formas, los tonos eran tan correctos, tan acabados como los de los cuadros mejores, pero los seres representados -igualmente bellos- estaban en otro mundo. ¿Eran de otro mundo?... Miraban hacia otros ámbitos, pertenecían a un orbe donde nadie había puesto el pie. Eran criaturas impenetrables, habitantes de una esfera hermética, pero no rechazaban, ¡muy al contrario!, invitaban... Más que invitar, absorbían, enlazaban con tentáculos -como la sepia en el fondo marino, entre su nube de ámbar, como la boa en el desierto de la soledad, como la zarza involuntaria, enganchando, enmarañando al que intenta pasar las lindes-, detenían la mirada -la mente-, no en el pasmo de la contemplación, sino en la suspensión del aliento. Para entrar en ellos había que dejar fuera -como en los templos de Oriente las sandalias-, había que olvidar la vida en el umbral... Aunque ¿cómo podría haber tanta belleza ajena a la vida?... No, la vida no quedaba allí olvidada. Más bien se podría decir que estaba allí presente, pero no con la presencia -con la patencia- de la forma: estaba como, por ejemplo, un aullido -¿Se puede explicar por qué es aterrador, angustioso, doloroso un aullido, una voz?... No es más que una voz, no es ni siquiera un quejido: no es un grito -noticia inmediata del dolor-, es una voz lastimera, premonición de algo todavía no lastimado. La vida presente en el mundo de aquellos seres era la vida amenazada... Y ten qué? ¿En qué está patente el aullido? ¿En los ojos, tal vez?... Ojos admirables han quedado en los rostros que nadie puede olvidar porque nos han mirado. Estamos ante ellos y nos miran. Nos parecen admirables no porque los vemos, sino porque nos *parece que* nos ven -esto ya lo ha dicho alguien-, estos otros no nos miran, de modo que lo que vemos no son ojos: son miradas. Las miradas aullantes -con lo que en el aullido hay de dolor, pero sin lo que hay de protesta, sin lo que hay de llamada: dolor sin socorro posible, sin anhelo de socorro- sus miradas son, también, como un sahumero..., como algo balsámico que se escapa de una pira, en una entrega, donación o consunción.

-Nos vamos, Piedita, es muy tarde. Nos hemos quedado tontas con los grabados, señora Smith.

Ya sabía yo que os iban a gustar. ¿Quieres algún libro, Elena? Mira, llévate estos. *La intrusa*, *El cartero del rey*. Son de lo mejorcito. De lo que hay que leer.

-Tomad, llevadles estos *brioques* a mis hermanos, para el desayuno.

-Oh, ¡cuántos!

-Mejor, así les quedan para la tarde.

-Creo que os preocupáis demasiado con los nervios de Elena. Tiene la salud de un toro.

-Porque tiene buena salud aguanta, pero lee demasiado.

-Lo grave no es lo mucho, sino lo que lee. Y a eso no le dais importancia.

-No, mamá, no se la damos porque no la tiene. La hemos acostumbrado a leer todo lo que quiera. No tengo miedo de que se pervierta por eso.

-Ah, claro, os creéis que vuestra hijita es como el armiño.

-¡Exacto!, no se puede dar mejor definición. Me extraña que usted, precisamente, haya dado con un símil tan justo.

-Te extraña porque no tienes una gran opinión de mi inteligencia.

-Si se tratase de inteligencia... Para la buena música, para los buenos versos y para otras muchas cosas buenas hace falta, además, tener buen oído.

-¡Hombre!, en la música yo creo que estoy bastante impuesta.

Ah, sí, eso es verdad, a la música tiene usted hecho el oído. Pero a otras cosas...

Lo difícil es tener buen oído para las armonías que todavía no están estatuidas en el papel pautado... ni en los endecasílabos, alejandrinos y demás: para lo que no está escrito. Que no es ni siquiera aquello de «De gustos no hay nada escrito», porque hay mucho, aunque no haya nada estatuido -que, por lo demás, es evidente que lo hay-, estatuido por la opinión de los otros, por el qué dirán..., que es de lo que todos viven pendientes. Pero hay algo más difícil, más enrevesado, oscuro, ¡eso es!, mucho más oscuro que lo de los gustos porque se trata de algo que no se puede elegir, ni decidir: que no se puede ni pensar. A ver cómo se puede tener oído para lo que todavía no es, pero va a ser. Y se puede, claro que se puede..., y claro que también hay algo estatuido en esto. Uno quiere que ciertas cosas, que todavía no son, sean como uno quiere. Hay un modo de estatuirlo, forzar la cosa hasta darle la forma que a uno se le antoja... Claro que formar o conformar no es forzar. Puede ser algo así como alimentar, sembrar... Ya, de esto ya se ha dicho bastante: eso de sembrar o plantar un árbol... No, lo arduo, lo endemoniado, lo que más rabia da es no saber cómo va a ser lo que va a ser. Porque ¿por qué cree uno saberlo cuando está seguro de no haber forzado ni deformado nada? ¡Con la experiencia que uno tiene, además, de la casualidad, de la chiripa! Por chiripa se consigue una cosa, por casualidad se escacharra... Eso es y, sin embargo, ¡qué sé yo!, hay un sentimiento, un presentimiento dicen, pero no, yo no digo presentir, sino sentir. Lo probable es que cuando alguien dice que presiente es que siente. Porque ¿cuándo empiezan a ser las cosas que van a ser?... Es posible que haya una ley tan segura como la de la carambola que, el que la hace sabe por qué la hace y cómo la hace. Pero lo que yo querría saber es cómo se hace lo que se hace solo, y respecto a eso es respecto a lo que yo digo sentir y no presentir. Porque se puede sentir que algo se va a hacer con cosas que ya están hechas y esas son las que se sienten... No es que se vaya a hacer como un rompecabezas, conociendo un modelo, un patrón... No, es que se conocen... ¡Es para volverse loco! Las notas son siete y las combinaciones infinitas: sí, sí, sí, pero decimos que son siete si las miramos en su ele-

mentalidad. En el alma humana, en el ser humano que anda con sus pies por el mundo, no hay nada elemental. En cuanto le vemos andar en dos pies ya es una combinación de combinaciones. Porque ¿quién puede saber cómo se combina la sangre de unos y otros? Cualquiera rústico sabe que «de tal palo, tal astilla», y ¿qué sacamos con eso? Uno ve la cosa astillada en cincuenta mil astillas. En algunas tan pequeñas que casi no se ven, que no están enteramente desprendidas unas de otras -esto es un poco idiota, pero sirve para pensarlo-, hay astillas que tienen astillitas, fibras, hilos entremezclados, combinados ¡eso es!, hay combinaciones visibles, por eso cree uno sentir las invisibles, con todos sus contrarios: sus chiripas, sus carambolas... Lo de los contrarios es lo más desconcertante porque puede darse el caso de que aparezca algo contrario a la cosa con que combina, rematadamente contrario, lo que se dice antagónico- ¿Se podría decir antitético? No sé por qué, tratándose de almas humanas, que es lo que hay que pensar, si se quiere entender algo de esto, las combinaciones ¿son esquinadas o es que cada una guarda su secreto, su sentido? ¡Es para volverse tarumba! Cada vez que pienso en ello y pienso continuamente quiero llegar a una conclusión, pero me remonto demasiado, me voy por los cerros de Úbeda, cuando lo que tendría que hacer es ver las probabilidades... y las probabilidades no se pueden ni sospechar si no se cuenta con algunas cosas probadas. Eso es lo que se puede sentir, lo que se ve desde que el objeto anda con dos pies por el mundo. Anda y viene hacia uno -se le pone a uno delante- y le demuestra, le muestra una de las astillas. Un tono de voz, un gesto, un modo de obrar, una salida. Una salida dice uno porque parece que se escapa y esas son las que sorprenden, asustan a veces. Según lo que sugieran: si son cosas queridas o, por lo menos, cordiales, cosas que nos sean familiares en la cordialidad -lo que no son todas las cosas de la familia-, las que comprendemos de tan tocadas, palpadas, medidas con nuestro tacto, si son esas vamos entendiendo y ¡de pronto aparece lo contrario, lo contradictorio! Aparece la cosa que nos encocora, con la que discutimos -discutimos, por no disputar a tiros-, la que tenemos desahuciada en nuestra consideración, por ejemplo, la dureza, la fuerza despótica, impenetrable... Y resulta que en la nueva, novísima combinación en que se nos descubre, la tal fuerza obtiene inmediatamente de nosotros el calificativo de incoercible. Ya no es dureza -siendo ella, ¡ella misma!-, la reconocemos y no la rechazamos: la estimamos, ponemos en ella nuestra confianza y nos quedamos tan tranquilos: acorazado en ella puede el armiño pasar por el fango, pasar por el fuego... La fuerza que nos es antagónica no nos es antitética, ¡al contrario!, es ella la que va a custodiar nuestro sentido. Hay, incluso, una cierta satisfacción al encontrarla en nuestro terreno, como si fuese el arma, no el pendón..., aunque sí, también el pendón arrebatado al enemigo. También el pendón porque hay un color, un tono que es aquel mismo y, sin embargo, es otro. Los siete colores se combinan infinitamente: estamos hartos de saberlo, pero ¡qué placer encuentra uno al ser sorprendido por las cosas que está harto de saber! Qué seguridad, qué descanso se encuentra en sentir lo que va a ser. Sobre todo cuando se recuerda haber sentido -con la misma firmeza- lo que no iba a ser... cuando estaba siendo su no ser... Son muy pocos los que pueden sentir estas cosas: no son tan pocos los que conocen eso que se llama la impotencia... Lucha horrorosa la del escarabajo puesto patas arriba -no digamos la tortuga. Horas, días luchando por agarrarse a algo que no existe a su alcance. Revolverse, apoyarse en cualquier cosa que es un grano de arena, que no ofrece resistencia, que no mejora la situación, que pareció, un momento, un punto firme y en agarrarlo, en afianzarse en él se gastó fuerza incalculable y falló el apoyo y pasó el tiempo y siguió patas arriba en un baldosín y ni siquiera le pisaron al pasar. Y pasó la noche patas arriba y pataleando, sin cejar en el empeño... La impotencia es la cosa más horrible. Sí, es la más horrible, no cabe duda, pero hay también otra cosa horrible -¿es más horrible que haya o que no haya pataleo?-, hay todavía una tercera cosa horrible: la aceptación sin pataleo, más que horrible, estúpida, cómoda, abyecta, pero cómoda. La segunda cosa horrible, tanto o más que la impotencia es saber, sin luchar pero sin aceptación, sin resignación, sin esfuerzo, sin protesta, sin esperanza, sin..., con seguridad, con convencimiento, con sentimiento, ¡esto sobre todo!, con el seguro sentir que no será lo que nunca tuvo más ser que ese no poder ser... ¿Se puede sentir lo que no va a ser?... Nunca

se me habría ocurrido devanarme los sesos en una charada como ésta si no hubiera empezado a pensar que se puede sentir cómo va a ser lo que va a ser. Sentirlo ahora me resulta como si me concediesen la revancha, como si me quedase una segunda jugada: la primera vez no pudo ser, la segunda será. Cómo será, eso ya no lo sé, pero será. ¿Y si resulta que es algo muy diferente de lo que uno quisiera?... No, no puede ser porque lo único que uno no puede querer es que no pueda ser... Y así hasta el infinito... ¿No sería esto igual que pasarse la noche patas arriba en un baldosín?... No es enteramente igual porque uno sabe que no hay nada adonde agarrarse: uno encoge las patas y se pone a esperar que amanezca.

-Los versos, sí, son muy buenos, algunos me gustaron mucho, ¡pero el salón! Te aseguro que a veces no me enteraba de lo que decían mirando el salón. Las palmas doradas, la diosa o musa aquella sobre la tribuna, presidiendo..., los retratos de todos los sabios...

-Sí, es verdad, el salón lo más fantástico que tiene es que cualquier cosa que se diga allí -y mira que se dijeron cosas diferentes-, cualquier cosa parece que sólo allí se podría decir.

-Tienes razón, porque aquello que a mí me gustó tanto, aquello de las cigüeñas en el campanario y lo de las golondrinas y los pinos... Aquello era precioso, y era como si apareciese allí dentro, en medio de aquel silencio.

-Eso de las cigüeñas no era lo mejor. No era malo, no, pero hubo otras cosas. Hubo una que yo elogí mucho y Montero se sonrió: me dijo, «¡Decadente! Ya veo de dónde sale eso»... Y es que la otra noche cuando volvimos, estuvo viendo los libros. ¡No se le escapa nada!

-No sólo Montero, también don Manuel estuvo mirándolos, mientras tú ponías los *brioches* en el aparador. Y me pareció que arrugaba la nariz.

-¡Qué raro! Los libros son magníficos, sumamente impresionantes. Es posible que si yo hubiera oído ese poema antes de ver los grabados y leer los libros, no me hubiera hecho tanto efecto porque parece que los grabados le sirven de ilustración. Me he pasado la noche reconstruyéndolo en mi memoria y lo recuerdo casi todo.

-¿Lo recuerdas? ¡Qué barbaridad!, habiéndolo oído una vez sólo.

-Ya me ha ocurrido con canciones, pasar por una calle, oír una copla -con una tonada desconocida, no creas que la copla sola- y no olvidarla jamás.

-Pudiendo hacer eso, ¿cómo no estudias? Te están diciendo todos los días que tienes que decidirte... Y, si fuera que no te gustase, pero gustándote tanto.

-Es otra cosa, enteramente otra cosa. Mi memoria no sirve para estudiar. Mi memoria es eso que llaman inspiración. Porque además las cosas que se me quedan en la memoria no se quedan solas nunca: por ejemplo, esa copla que te digo, se quedó con toda la calle. Se quedó con uno que pasaba y se puso también a escucharla. Y nos miramos así como si nos prometiéramos recordarla, o como si apostásemos, «A ver quién la recuerda mejor»..., sabiendo que no íbamos a saber nunca quién ganaba, pero nos miramos... y yo llevaba el vestido rojo... ¡Hacía calor!

Ahora, el poema ese ¿lo recuerdas también con el salón o...?

-No, no, esto no es en el salón donde lo recuerdo. Claro, allí mismo estaba oyéndolo, viéndolo en otro sitio. Estaba en aquel grabado, *El amor en las ruinas*... ¿Recuerdas aquella pareja? El arco que los cobijaba parecía un ala: como si fuesen ángeles, como si los ángeles tuvieran amores... En el poema no eran ángeles, pero estaban también en un lugar... No decía que estuviesen, decía que querían estar. Fíjate, no es descripción, no es evocación, es...

*Yo deseo una casa con ventanas abiertas
sobre un jardín dormido y silencioso y triste,*

*y vivir una vida llena de cosas muertas,
con el aroma vago de lo que ya no existe.*

-¡Qué barbaridad! ¡Qué fenómeno! ¡A la primera!

-Oh, sé mucho más. Tengo mi sistema para rehacerlo. Ante todo, recordar bien las imágenes, recordar alguna rima y, a fuerza de repasarlo, ir llenando los versos, hasta completarlos con el consonante. En éste, además de la imagen de las ruinas, había un trozo que me recordaba otro de los grabados, de un alemán, creo, algo así como Bticklin. Dos versos, sobre todo...

*Luego nos amaremos en un lejano huerto
rodeado de altísimos cipreses sepulcrales...*

-¿Qué me dices de esto? Sentirse como prisioneros de esos cipreses... Bueno, esto en cuanto al lugar, pero la imagen de la mujer, tal como él la configura...

*Llevaras un vestido de un suave color crema
para que sea pálido todo cuanto soñemos
y yo, sobre tus sienes, escribiré el poema
de una blanca corona de blancos crisantemos.*

-¡Es precioso, verdaderamente! Y ¿cómo se llama el poeta?

-¡Qué cosa tan rara: no puedo recordarlo! Desde un principio me fue difícil retenerlo, tanto que al salir se lo pregunté a Montero y me lo dijo. Al decirlo hizo con la mano un movimiento evasivo. No enteramente negativo, no, pero como diciendo, «Se lo llevará el viento». Montero tiene una gran cultura y muy buen gusto, pero está obsesionado con otra cosa: vive para otra cosa. Yo siempre siento que le hace a uno el favor de escucharle, saliendo de algo donde está metido, hundido... Siento que está siempre descontento por no poder llevarle a uno con él. Pero no lo intenta, no: se queda con el sentimiento de que uno no se vaya detrás.

-¿Crees que Montero habrá tenido amores, que tendrá, a lo mejor, alguna chica que le interese?

-Me lo he preguntado muchas veces y no sé, no sé... Tendrá una querida, se me ha ocurrido porque una novia, ni pensarlo. ¿Te lo imaginas yendo a la iglesia con una señorita de velo blanco?

-Sería para morirse de risa. Pero ¿por qué?

-Pues no sé. Porque no es de éstos que no les gustan las mujeres, no, no es de éstos. Y tampoco es lo que he oído decir de algunas gentes, que son incapaces de amar. Yo creo que es todo lo contrario, ya ves la adoración que tiene por su maestro. Y seguramente la tenía por Magdalena. Cuando habla de cómo era aquella casa tiene una impresión de que habla de algo lejanísimo, pero no en kilómetros. Algo que parece que va a terminar diciendo, Siglo X, antes de Cristo.

-Los ojos de Montero ¿son azules o verdes?

-No sé. Unos ojos tan abiertos, tan claros. Son demasiado claros. Son de un tono sin color, como algunas pitas... no las que tienen dentro hilitos de colores, sino de las otras, las más baratas, que son como el cristal de las botellas de vino blanco...

-Vacías.

-Claro, el color de las botellas, no del vino.

-Es que no es sólo el color: es eso de estar vacías. De estar algo vacío.

-Bueno, te iba a preguntar una cosa, pero a ti es inútil. Sin embargo, fíjate bien. Hazte la idea de que pregunto una cosa, pero no a ti..., se lo pregunto al lucero del alba... ¿Tú crees que puede una enamorarse de Montero?

-Aunque te extrañe, yo también me lo he preguntado. Claro que tampoco a mí misma. Me he preguntado a veces si te enamorarías tú de él, si te habrías enamorado.

-Y ¿qué te contestaste?

-Que no. Pero también me pregunté por qué no y también me contesté... Cosa muy diferente de lo que te puedas figurar.

-¡A ver, a ver!

-Empecé por la pregunta anterior: sí que puede una enamorarse de Montero: una, cualquier otra, pero no tú. El porqué parece un disparate: porque le quieres demasiado -le queremos, yo también le quiero. Está demasiado cerca y tú siempre te traes enamoramientos de alguna «Estrella fugaz», otro poemita que te sabes de memoria.

-¡Caliente, caliente!

-Tú no te enamoras de los que, más o menos, se enamoran de ti, de los que te miran o te dicen algo... ¿Te acuerdas del chico del Príncipe Alfonso? Te enamoraste de él por el sombrero que llevaba, bueno, por el modo de ponerse el sombrero.

-No, no lo enmiendes; por el sombrero que llevaba. El sombrero que acababa de ponerse de moda, flexible -esto fue el año pasado y todavía lo llevan algunos-, la copa hundida en la raja, apretada como si los dos lados se uniesen en el centro, ¿te acuerdas?... Y la forma que daba el tipo, combinando con el corte de la chaqueta y los pantalones anchos, de estos americanos. Todo ello era tan nuevo, tan de moda... Bueno, no tengo que explicártelo porque hablamos de ello hasta agotarlo. Ahora ya no hablamos, pero no creas que se me ha olvidado. Me acuerdo a veces y me digo, ya no es de moda, pero recuerdo la gracia y el encanto que tenía. Era como si empezaran a contarle a uno algo encantador y uno estuviese pendiente de ello, deseando que continuase.

-Ya lo creo que me acuerdo. Te pasabas la vida esperando verle aparecer, y no aparecía nunca...

-No, no aparecía. No le vi más que una vez. Así, seguro, lo que se dice verle a él no fue más que una, pero luego me parecía verle por todas partes y no era. No era enteramente él. ¿Te das cuenta?... Era el sombrero, el aire, pero no él: no una cosa tan acabada...

El amor y la amistad se disputan el espacio. Luchan, sin agredirse: empujándose, como si fuesen cuerpos impenetrables. ¿Son impenetrables? ¿Son cuerpos? Si se empeña uno en verlos en cuanto conceptos, tiene que delimitarlos y asignarle a cada uno su lugar... Pero cuando nadie trata de verlos y todos -más o menos, pero todos- concurren en padecerlos, en profesarlos o en detestarlos, temerlos, esquivarlos -que también en eso hay concurrencia-, entonces están enredados... No, enredados no porque dos materias heterogéneas también pueden enredarse. Están como emanándose porque cualquiera de ellos puede desprenderse del otro o, por el contrario, dar acceso al otro, convertirse, intensificarse o atenuarse, secundarse o estorbarse, no sólo como disputa, sino como oposición esencial al objeto que es su meta. Realmente, lo que se disputan más que el espacio es el potencial. Porque si fuese el

espacio, sería más bien el tiempo de la dedicación -ahora predomina el uno, luego el otro: no, no es eso. Es que cuando manda el- amor, se despinta el fondo, se destiñe el paisaje... Se puede sostener todo lo contrario: es típico decir que se embellece y ¡bien está, se embellece!... Pero lo que se embellece es precisamente lo que es ajeno, lo que le rodea, le enmarca; lo que le refleja o recibe su luz. Lo que participa de su misma energía, lo que se arroga derechos -lo que los tiene, por naturaleza-, lo que una vez vibró en su plenitud, ahora languidece o se reduce o se retira, con cierta cortesía, casi abnegación... Categorías éstas que, en este caso -en el caso del amor, no en ningún caso personal, exclusivo- en este caso, la retirada alcanza a las aficiones, a las predilecciones que, más que decaer, se transforman, para servirle ofrendándose... Las notas, como racimos -opimos acordes, fugitivas escalas -las notas tan puras que ninguna concesión puede mancharlas, abandonaron el azul marino, la barcarola, la serenata. No volvieron a suscitar visiones mediterráneas, se ciñeron a dramas oscuros, nebulosos. Héroes sombríos, arrojando la vida como quien rompe una carta detestada o precipitándola en un pacto infernal. Huracán de tormenta que arrebató la melena de los bosques... Pero sin embargo, ceñidas a las notas, observando su medida y ritmo, hermanadas en el acento o expresión, las palabras todavía en su prístina sonoridad latina. Músicos de las tierras de Levante las engarzaron en torno a los dramas del Norte, delinearon con limpias melodías, sacándoles de entre sus brumas nativas, a los héroes tormentosos. Voces también latinas se prodigaron -a menor precio que las germánicas. Las grabaciones de marcas conocidas giraron bajo la cuidadosa aguja, se exhalaban desde la campánula azul como la correhuela, en el despacho presidido por la deidad racional, positiva... Y la amistad defendió sus fueros. Sin despecho, sin celos, acogió las nuevas melodías, asintió a los dramáticos o melancólicos gestos... «¡Ah! non mi ridestar, o soffio dell'April. » El alma que quiere escaparse rehúye la seducción de la vida, del abril. Por el contrario, el alma que ya no tiene amarras, que ya tomó el pasaje sin vuelta, acaricia, lame con deleite de contemplación... «Salve dimora, casta e pura... », el cuerpo virginal que va a entregársele. Y surgiendo de entre la bruma, resplandeciente casco y coraza -la despedida fraternal del cisne... «Adio, adio, cigno canor»... y huye y se aleja la forma blanca, se desliza como un témpano de pluma y emprende el viaje incalculable «Valica ancora l'amplio ocean»... El mar donde el naufragio no es posible hacia el abismo, sino hacia el seguro, infinito reino de los númenes que han de acogerle «Nel santo asil, in cui non penetra lo sguardo uman»... Todo sigue cantando allí, todo sigue brotando entre palabras y notas, hasta un día...

-Pero ¿qué ha ocurrido?

-Nada, nada, no os asustéis. Cambalaches de mi padre. Se lo ha llevado y me ha jurado por todos los dioses que hoy mismo traería uno nuevecito.

-Has cambiado la posición de la mesa.

-Sí, la he puesto más frente al balcón, por compartir...

-Vamos, parece que eso marcha. Y tu padre ¿qué dice?

-Nada, hace la vista gorda por dos razones: primera, porque no le parece mal. Segunda, porque ve que no es más que un juego inocente.

Ah, pero ¿no vais a pasar de juego?

-Quién sabe... Tiene cosas tan raras. Cosas encantadoras, pero cuesta entenderlas.

-¿Habláis ya en alemán?

-No, si no hablamos... Él habla el castellano perfectamente. ¡Y lo escribe!... Pero no creáis que me escribe cartas de amor: me escribe en una pizarra de esas de los chicos y me la enseña... ¡Tiene cada ocurrencia!... Pone, un día, en letras de imprenta, « Si usted me mira», borra y vuelve a poner, «No puedo estudiar», borra y vuelve a poner, «Quítese del balcón»... Me indigno, pero no me quito, borra y vuelve a poner, «Voy a tirarle una piedra»... Me indigno mucho más, quiero aniquilarle con la mirada, pero veo que esconde algo a la espalda, con la mano derecha y con la otra me hace señas -como quien espanta a un pájaro- de que me

vaya adentro... Ya veis que el balcón queda frente por frente. Me echo atrás y cae la piedra en medio del cuarto. La piedra envuelta en un papel, atada al papel una rosa. En el papel, con la misma letra de imprenta, «Sin la piedra, la rosa no podría llegar»... ¿No es divino?...

-Pues sí, debe de ser un tipo formidable.

-Llevará aquí ya muchos años, para hacer una cosa tan graciosa.

-No sé, ahí enfrente llegó hace un par de meses. Más bien tres o cuatro: en enero, creo yo. Todos los balcones estaban cerrados y yo oía una música que no sabía de dónde salía y me empecé en averiguarlo. Le descubrí al fin porque observé que no había música más que al caer la tarde. Yo volvía de buscar la leche, subía corriendo y siempre ya había empezado. Entonces decidí no subir, quedarme en el portal y ver quién entraba a esa hora en el de enfrente... ¿Te acuerdas, Elena? ¿Recuerdas aquellos cuadernos de Nick Carter?

-Estaba pensando en eso mismo. Tú los detestabas.

-Eso es. Yo no podría comprender que a ti te apasionasen y ahora... No creas que es en este momento cuando los relaciono con mi acecho. No, me acordé en seguida, el mismo día que lo decidí. Me dije, con un buen sentido policiaco llegaré a descubrirle y me hice un plan. Bajar media hora antes de lo acostumbrado, coger la leche, apostarme en el portal y ver los tipos que iban entrando. Los desahuciaba en seguida. Para no dejarme engañar por las apariencias, retenía todo el tiempo en la cabeza la sonata de Schubert que tocaba todos los días y yo la repetía, la mantenía como..., no sé: era mi diapasón. Entraba uno y yo me decía, «No, no suena a eso»... De pronto un día entró uno bastante aceptable y subí corriendo... Nada, el balcón estaba a oscuras, no había música. Me quedé esperando y a los quince minutos se enciende la luz en el cuarto y Schubert ¡Ya está ahí!... Pero ¿y si ha llegado después? ¿y si ha venido otro más a la medida?... Esperar tanto hasta el otro día era desesperante. Tener la seguridad de que estaba allí, en el cuarto, detrás del visillo ¡y no poder entrar! No tener la chapa del detective para entrar a ver con derecho... y con el corazón en la garganta...

-Eso es, ése es el encanto o el atractivo de la cosa. Nick Carter no tenía la pista de Schubert..., tenía otros indicios.

-¡Exacto!... Los indicios son lo que le hace a uno imaginar cómo será lo que busca. Tener como un patrón de Schubert y no dejarse enga... ¡Callad! Ahí está mi padre, y no viene solo...

La correhuela no era azul, era rosada. También el tono era desvaído, llegaba al rojo en algunos puntos, a un rojo avinado. La bocina sola, puesta en el sillón desfondado -más bien, hundido mientras se instalaba la caja sobre la camilla, se la calzaba, se la nivelaba, se comprobaba el funcionamiento de todo: el platillo afelpado donde giraba el disco, la manivela. Pieza por pieza revisadas todas, cepilladas, pulidas... Y la bocina esperando: su forma de trompeta enfocando, mirando -como la correhuela- y callada, ¡más que callada!... No cantaba y ni siquiera respiraba. No tenía, como flor, aromó, como trompeta, aliento. Estaba allí abandonada, como cortada por el cuello. Pasaba el aire de la habitación por su garganta, sin garganta... por su embudo, y no resonaba... Al fin, cumplidas las incalculables operaciones, se la instalaba, se la reintegraba a su organismo. Firmemente ajustada, atornillada, sin necesidad de esparadrapos, coincidiendo todos sus brillantes ajustes hasta no notarse la diversidad de las piezas, hasta parecer de una sola pieza, como una flor en su planta. Y entonces, saliendo del paquete flamante -sobre de tela impermeable, intacto- el nuevo disco. Sujeto apenas por los bordes, asentado en el platillo... Minuciosa operación de fijar la aguja a la medida justa, mirar con la lupa y comprobar la ausencia de toda pelusa, de todo granito de polvo... Aproximarla con cautela, como temiendo un movimiento involuntario y poner la punta, al fin, en el primer surco. Verla picar, como un pájaro que se alimentase de su ración de notas... Pero las notas no fueron suavemente picoteadas y transformadas en la voz de Filomena: estallaron torrenciales, retemblaron, vibraron desmesuradas, inabarcables

para el pequeño espacio cúbico del cuarto. Irrumpieron como un ejército en desbandada que entrase, con todas sus armas, en el desfiladero: un ejército que podría cubrir vastas estepas... Sobre la mesa el sobre impermeable, con sello de una marca acreditada, con letras delatorias, indicadoras de la pieza grabada, *Tannhäuser*, Obertura.

Mayo anticipando pródigamente la hoguera, achicharrando toda hierba, friendo a los pájaros en el aire. El ambiente de horno, el olor de las tejas recalentadas y la luz reverberante, el resol, el resistero se hacían presentes en el estudio. No llegaban como una nueva primavera, sino como un eterno, sempiterno, pertinaz genio del calor, vestido de recuerdos. Tal vez perviviese alguna raicilla del jaramago refugiada bajo una teja, a la sombra de la tronera que a ciertas horas caía proyectada a la izquierda. Tal vez hubiese sucumbido por la proximidad del canalón, que amenazaba ponerse al rojo... Se hacía presente el fin de curso, con los consabidos premios. Los dibujos enrollados se amontonaban en un rincón, se evitaba tocarlos por no quedarse con el polvo del carboncillo en las manos, por no seguir viendo los errores, los logros modestos, que no derribaban el ánimo, pero causaban un descontento o, más bien, una impaciencia..., la impaciencia del «todavía no»... Había que afrontar la tregua que se llama época de vacaciones, pero vacar en el espacio cotidiano -lejos ya aquellos veraneos familiares: el puerto, el mar, el jardín de Adelina-, vacar en la casa, cruzarla calle; recorrer las dos esquinas diez veces al día... Terminados con el curso, los Florilegios del Ateneo -dormiría el salón, cerrado por las tardes. Brillarían apenas las palmas doradas en la luz crepuscular-, sólo había una gran atracción, pero lejana -¡nada en el barrio!- y cara, el Príncipe Alfonso, donde iban las chicas a la moda, y los chicos, los que fluctuaban en sus predilecciones: demasiado ingenuos los Cowboys, demasiado enchisterado Max Linden. Las italianas bellas, irresistibles, íntimas, próximas sobre todo... ¡Proximidad!... Una proximidad tan cierta que es ya una posesión. La belleza de un ser humano y la belleza de su gesto, de su situación, de lo que en la vida real está siempre lejos, inalcanzable a veces y allí tan próximo, tan acariciador -porque es la caricia misma lo que se contempla, próxima, como jamás se deja ver- o tan temible, tan brutal, tan innoble -lo que en la calle se huye, se quiere ignorar o destruir.-, detenidos, expuesto a la consideración de todos... Y las cosas lejanas en el tiempo, los carros romanos, el circo, los gladiadores... En fin, lo infinitamente posible, pero por desdicha lejos, a gran distancia y como acorazado en su carácter de lujo, dificultado por la necesidad de compañía: todo ello dando como resultado la infrecuencia. El asistir de visita, cuando lo deseable era ir y quedar allí, quedar todos los días con aquello, con la proximidad, con la posesión... Inesperadamente el descubrimiento de otro lugar salvador.. El barrio de Piedita era ¡el fin del mundo!, decía su hermana. Pero era, en realidad, el principio de un mundo por conquistar, por recorrer, por poseer. Todavía no era más que un camino por el que se podía pasar a la ligera. En ese ir a la ligera quedaba salvaguardada la conducta de las niñas buenas -las niñas buenas, una cómica, despreciable caricatura y, al mismo tiempo, un patrón ejemplar, un inesquivable modelo- la conducta que seguían sin desviarse un palmo. Llevaban ya meses recorriéndolo, pero tan deprisa que ni siquiera se daban cuenta de las cosas que pasaban a su lado. El camino detalladamente, proporcionadamente dividido: la primera mitad pertenecía a Montero... Más bien la primera mitad del segundo trozo, aunque todo él, en su complejidad topográfica, había sido Montero quien se lo había enseñado a recorrer. Lo había trazado un día en una cuartilla para demostrar lo fácil que era. Había hecho un plano tan elemental que excluía el resto de Madrid. No había más que seguir hasta hacer aquel ángulo, transbordar en tranvías en la Puerta del Sol y llegar al Retiro. Por esa elemental calzada le habían permitido acompañar a las chicas con frecuencia. Aunque permitido es un término que siempre indica concesión y Montero no necesitaba concesiones. Entraba con derecho en todas partes: en el primer piso como en el tercero, como en el último, donde no había piso -allí se le recibía con todos los honores-, como en el portal, como en la pollería y también como en la otra casa. También Felisa le había hecho oír sus barcarolas, pero al entrar en el terreno de Schubert -con las concomitancias que arrastraba- una

cierta frialdad había cortado el diálogo. Siempre se podía esperar en la compañía de Montero que se produjesen silencios o ráfagas frías, siempre parecía que se iba a oír batir una puerta. Alguien dejaba indiscretamente una puerta abierta y entraba la corriente, se apagaba una vela -donde no hubiera velas: también en el Retiro se había apagado una. Y el día había sido radiante, mayo no achicharraba todavía: sacaba mágicamente de la tierra la legión de los lirios. Aleteaban entre sus espadas -tan sensible al aire la levedad de sus pétalos- y extendían su color violáceo al borde de todos los caminos. Más oscuro en los lugares umbríos y en todos fragante, difundiéndose su aroma, que no es apenas aroma.

-Por qué no harán esencia de lirio, Montero? No la he visto nunca anunciada.

-No sé, supongo que porque no es bastante fuerte o, más bien, no es bastante densa.

-Eso debe de ser porque lo que se llama un perfume no es. Es como un aliento. Es el alimento de los elfos, de las dríadas... Yo lo huelo y no necesito cerrar los ojos: por encima de esa ráfaga morada, las veo pasar...

-Ya, pintadas por Dante Gabriel Rossetti, ¿no?

-Sí, ¿por qué no? Yo prefiero a Burne Jones, pero Rossetti también me gusta mucho.

-Rossetti es más espiritual... todavía.

-No es que me guste más el otro porque sea menos espiritual, es que me gusta más, simplemente.

-Bueno, si nos quedamos aquí parados hasta que se agote la discusión, no vamos a ver las fieras.

-Es cierto, Isabel. Vamos a verlas. Ésas tienen un aliento muy diferente y, ¡pardiez!..., hacía falta aquí una interjección bastante arcaica porque con ese aliento de las fieras también se ha deleitado otro decadente.

-Otro ¿tan decadente como yo?

-Más o menos. Pero su heroína -la de las fieras- es -más del tipo de Isabel.

-¿Quién es su heroína?

-Herodiade. Gélida, intocable: los leones miraban sus pies que podrían calmar el mar.

-¡Qué ilusiones!

Los leones, esos viejos reyes, dormitaban acostados sobre sus melenas ya no muy pobladas, como si hubiesen perdido bedijas. En sus limitados paseos no tenían dónde engancharse y, sin embargo, estaban empobrecidas. Se abandonaban a su incuria, dormían desaliñados, bostezaban a veces. En un movimiento maquinal, efecto solo de la apatía sin cansancio, distendían las quijadas y dejaban ver un momento sus caninos -caninos felinos- casi en silencio, exhalando sólo una expiración áspera... Su aliento llegaba mezclado a las emanaciones de todo lo exudado por ellos, secretado, excretado... Líquidos higienizadores se repartían alrededor de las jaulas, sin lograr impedir que los vahos fétidos se extendiesen hacia el jardín. Sólo formaban una especie de cortina, que no era capaz para los visitantes y sí era... incomprensible -esto es lo único que podía ser para los leones: incomprensible como lo que no se puede vivir. Desganados, se abandonaban a aquella perplejidad vital: porque no llegaban a morir, no eran como los pájaros -las abubillas, los abejarucos- que no toleran jaula y se mueren en seguida..., ellos no. Ellos despertaban de cuando en cuando, al acercarse el guardián. Mucho antes de que estuviese cerca, nada más salir del depósito o despensa de los alimentos, llevando el balde con la ración cotidiana. Desde lejos, la ráfaga que espanta el sueño, que pone en pie a la vigilia, atenta, avizorando lo que se explica desde que entra por las vías nasales y se expande por todo el cuerpo, con una evidencia que es como un recordar el vivir. La memoria, en ellos, como una repetición, una reinstalación en la lejana, habitual función de desgarrar los tejidos, aspirar la sangre, dominar a la frágil vida,

en desesperada defensa. Revivir sobre la fría y fragmentada ración. Revivir como una mecánica afirmación convincente, porque la vida comprende que esto, este frío pedazo oloroso a muerte, sirve para ella... Igualmente el tigre, menos soñoliento, paseando su paisaje de cañaveral y la pantera negra, mirando desde su propia sombra. Sólo la hiena cómoda en la fetidez... Y luego los bichos pequeños amistosos: los frágiles flamencos, los antílopes, las cabras con su belleza antigua, sumisa a los machos de grandes cuernos, de grandes barbas, esculturales, dueños de su forma como arquetipos, ejecutando lo que les fue encomendado -no más que a cualquier otro, pero sí con más rigor paradigmático- cubriendo a las hembras -eficiente fórmula pastoril, ganaderil más bien, que señala el acto de cobijar tanto como el de poseer. Académicos en su cópula, noble como lo que se ejecuta según la ley. Sólo emulados en ello por las palomas -formas divinas, perfectas, perfectas, perfectas. Es trivial repetir la palabra, pero no hay otro medio de sacarla del fango del uso. Perfectas, hechas -¿por qué y cómo hechas?- hechas con lo que se hace en una infinita, presecular repetición, tan deslumbrante, fulgurante, esplendorosa, pura como el rayo. Las palomas, en su redondo arrullo, en su revoloteo unánime, libres, dueñas de golosear la comida de los cautivos, planeando o posándose en las prisiones de unos y otros... También los monos en cierta libertad, aunque no tanta. Libres en un árbol pelado, rodeado de un foso. Libres con la tara de su fealdad, desnudos, incapaces de decir, «...y temeroso porque estaba desnudo, me escondí». Incapaces, feos, obscenos porque están a punto de decirlo, pero no pueden. ¡No pueden!, ¡no pueden! Ésta es otra frase que habría que repetir hasta comprenderla..., o comprenderla en silencio ante su fealdad, como explicación de su fealdad... Y dejar al fin la casa de fieras, recorrer el parque, el parterre y, señalando hacia la salida, en la acera de enfrente, el pórtico del Casón. Eso requería un día entero, más bien una mañana, una luz intacta que no amenazase oscurecer. Después de las fieras, después de su difícil y siempre positiva visión, había que ir hacia el tranvía, apresurar el paso para cruzar el jardín, ya en penumbra. En un lugar especialmente penumbroso, la Casa del Pobre y el Rico... Más absorbente que el antro de una bruja, más irresistible que el más promisor paraíso... Está el viejo enfermo tendido en su camastro y la vieja le atiende... Y rígido, con un breve chasquido de maderas, se incorpora en la cama: los ojos fijos, sin parpadeo y en seguida se deja caer hacia atrás. Es toda su representación, es todo lo que hace el pobre. Allí al lado está la escalera y arriba... El raso amarillo recubre el sofá y se pliega en dos cortinas, recogidas a los lados de la ventana. Una ventana como un cuadro puesto en la pared, mirando hacia un sendero entre sauces. Recubre también un minúsculo tocador con espejo en marco de caoba, apliques de bronce, estilo imperio y breves floreros de opalina.

-¡Oh, Dios!, qué encanto la pequeñez de este cuarto. Sólo para dos personas este sofá... ¡Imaginar todo lo que habrá ocurrido aquí!...

-Era, no cabe duda, un lugar de citas. Marquesas, de aquellas guillotinales, esconderían aquí sus amoríos, disimulados por la presencia abajo de los míseros esclavos... La vieja montaría la guardia, el viejo no estaría paralítico, pero si alguien se aproximaba, se tumbarla en la cama y lanzaría débiles quejidos reumáticos. Todo para servir a sus amos, a su bella marquesa que les dejaría al pasar su perfume...

Aquí no se guillotina a las marquesas.

-Ya, ¡así andamos!

-No sé si es para alegrarse o para deplorarlo, pero no es para ponerse a pensar en ello ahora, en este cuarto, en este silencio, ante este color...

-El color del oro. Todo es oro aquí. El espíritu, el dios del oro está representado en ese raso amarillo.

-Pues si es eso lo que representa, es divino. ¡Qué recogimiento, qué intimidad!

-Bueno, vámonos.

La puerta abierta dejó pasar la corriente fría, se apagaron las velas del crepúsculo. El silencio ya no era el silencio recogido, percibido por Elena: era una consecuencia de aquel silencio porque quería ser otra cosa sin lograrlo. Quería ser un silencio hostil, definitivo, pero guardaba el suave tinte melancólico. No era posible mantenerle agresivo, no era posible, sobre todo, poner en él algo de acritud ni menosprecio, sino al contrario una reserva, un disimulo de inconfesable admiración, de cierto codicioso sentimiento, tal vez algo de despecho...

-*Alouette, gentille alouette...*

-¿Qué es eso?

-Una canción francesa.

-Y ¿cómo sigue, no es más que eso?

-Sí, es mucho más, pero lo que sigue ya no es tan bonito. -¿Es indecente?

-Muy indecente. Francamente inmoral. -¿Tanto que no se puede cantar?

-La cantan los chicos de la escuela, pero es inmoral, furiosamente inmoral.

En esto había quedado la mitad del segundo trozo. Vuelta hacia la Puerta del Sol, trastrueque de tranvías y seguir hasta casa, en silencio. Sólo la parte no cantada de la canción se resistía a callar, se reducía a un canturreo de cinco notas, «Ta ta ta, ta ta. Ta ta ta, ta ta». En aquellas cinco notas se encerraba lo terriblemente inmoral que, bien claro estaba, no era nada obsceno. Era algo cruel, algo rechazado por demasiado deseado: algo imposible, en fin. Luego, desde la esquina de Fuencarral hasta casa, en silencio, por el camino cotidiano, por el camino conocido ahora con salida hacia casa de Piedita, hacia la frecuentación del jardín de la grulla. La ansiedad con que lo emprendían les hacía ignorar el trayecto. Además, el camino mismo tenía etapas que había que cumplir religiosamente. Había que depositar una ofrenda de admiración -dos minutos de deslumbramiento, de idealización de lo presente- ante la Casa de las bolas. Allí mismo, diez metros antes, estaba la parada del tranvía. Allí bajaban y se extasiaban ante la casa. Su singularidad era un lujo que la valoraba de modo imponderable. Su singularidad parecía consistir en algo arbitrario, pero de una arbitrariedad que generaba belleza, gracia, capricho, ternura sugestiva... La casa, de ladrillo, redondeadas sus esquinas con cierta pretensión de torreones, fulguraban en ellas las bolas verdes, rojas, amarillas, metálicas. Bolas de Navidad, simplemente. Y estaban allí incrustadas, a una altura que ningún contacto del tráfico urbano podría herirlas: sólo el tiempo. Y lo afrontaban día y noche, con lluvia, con sol, con nieve. Después de haberla besado piadosamente, tomaban la calle que las llevaba a casa de Piedita. Por casual coincidencia -también se coincide con lo imperceptible- no había sido nunca desviada su atención, que dedicaban de ordinario a un edificio -escuela aislada en un gran espacio con verja- porque tenía en medio una torre con un mirador arriba y hacía pensar que los chicos obtendrían a veces como premio el permiso de subir a la torre. Pensando en esto siempre iban pendientes de ella, al pasar... Una música inclasificable -zumar de órgano y campanilleo de címbalos- arrancó su atención hacia la otra acera. El órgano coloreado -ninfa o deidad dirigente, batuta en mano, pajes a los lados moviendo la cabeza para atenderla- rosa y azul, oro en las túnicas, cobre en los instrumentos y arriba, en ornamentadas letras, PALAIS DE L'ÉLECTRICITÉ... La noticia traída a casa como quien descubre un filón, encuentra varios y diversos ecos. El más afecto el de Ariadna. Para ella es realmente un filón de descanso, de evasión, de actividad salvadora del sedentario solfeo. ¡Algo adonde acudir!, y lo largo del camino era su mayor encanto. Las noches de junio serían soportables en largos y no apresurados paseos. A la ida, impacientes por alcanzar la delicia de las visiones exultantes -paisajes dulces como rostros, rostros inagotables como mundos. A la vuelta, un breve rodeo por el bulevar de Velázquez. Ya caída la flor de las acacias, mesas y sillas de algunas cervecerías y en ellas noctámbulos extasiados bajo la Vía Láctea. De aquel correteo nocturno

surgió el conocimiento de otro cine aún más modesto -más barato, por tanto- el Pardiñas. Techo de lona como en un circo, bancos de madera, pero en la pantalla el mismo esplendor. Los mismos rostros queridos, los mismos horizontes. Todo contribuía al veraneo dichoso; se soportarían las horas de trabajo en la quietud sudorosa del gabinete, goteando como un grifo mal cerrado los elementales ejercicios, las parvulares escalas. Todo se soportaría esperando la noche que, ni tormentas veraniegas -leve llovizna o fuerte aguacero- podrían turbar. Noches calmas y risueñas se extenderían a lo largo de junio, julio... Y no sólo eso, las frecuentes escapadas creaban entre madre e hija cierta camaradería, cierta complicidad que sobrepasaba la habitual benevolencia. Ariadna, en este juego, no era el espíritu ilimitadamente benigno -laxo, descuidado, ciego, imprevisor, en opinión de su madre- sino partícipe activo del nuevo universo: Identificada con las chicas -ya que el deber de acompañarlas no era discutible creaba o profesaba con ellas la reserva de aquellas horas secretas. No había que hablar: se silenciaba el hecho, afectando una especie de pudor por ser *asiduas del Pardiñas* mote que les adjudicaba la sorna ancestral- pero lo que el secreto salvaguardaba era la soledad, la intimidad creada como una confluencia de afectos, placeres, emociones, convicciones, propósitos -nada exclusivamente sentimental- asentimiento integral, unánime. La visión mágica del cine, el silencio nocturno del bulevar, la faz armónica del mundo infundía en Ariadna una diligencia que era como una liberación... Las noches, cada vez más cortas en los dos crepúsculos que iban reduciéndolas, dejaban cada vez más espacio al desierto diurno, la ociosidad. No era posible escapar, valía más afrontarlo, entregarse, yendo hacia el corazón de lo ígneo, refugiándose en la luz de Apolo. Bien conocían el camino: se lo habían enseñado, les habían descubierto aquel mundo, que no se podía tomar como lugar de visita. Estaba abierto para todos y además había motivo para frecuentarlo. Llegaría septiembre: en San Fernando no se entraba, como en la calle de la Palma, mediante un sello de diez céntimos: les esperaba un examen de ingreso. Pero eso no era temible, lo arduo, lo difícil de soportar era la polvareda... Aspirar a aquella pureza, a aquella grandeza. Profesar en eso, tomarlo tan en serio como para..., ¡era demasiado! Porque además de hacer aquello, lo inaudito era no hacer ninguna otra cosa, no pensar en el porvenir, no tener en cuenta los tiempos, cada día más difíciles... La polvareda se armaba, pero no como el viento del camino: arena y hojas secas. Se arremolinaban con el aire de los soplillos de todas las cocinas, levantando de los rincones las mondas revenidas, produciendo huracanes de mal agüero, conturbando el ánimo de la madre ignorante -tan confiada, tan sumisa, valerosa, amante por encima de todo temor. Desencadenando disputas en el tercer piso y discusiones en el primero, en las que se medían y pesaban las posibilidades, las aptitudes, las vocaciones... La polvareda quedaba allí, en la casa. Luego, el camino era largo, pero algo de sombra había bajo los árboles, se podía llegar corriendo por Alfonso XII, subir los escalones y entrar en el pórtico... La Dama de Elche sola: dos cabezas de caballos a la izquierda. La Victoria en la sala central y alrededor el pueblo de Apolo: el pueblo de la luz, de la verdad, de la pureza... No había más que sentarse allí, en la silla que alquilaba el bedel, apoyar el tablero en cualquier plinto y.. siempre el querido, el deleitoso contacto de los trebejos: el ruido del carboncillo en la caja y el frote aterciopelado sobre el papel, pasando y volviendo a pasar, insistiendo en la línea no conseguida, en el hombro o el vientre de aquel Diademado o Apoxiomeno o Canon fornido de Policeto o tiernísima Anadiomena... Todos ellos entregados, indefensos ante los ojos y, al mismo tiempo, protectores, acogedores en su sentido o secreto que era su estar tan descubiertos. Su desnudez era el misterio..., era como si su silencio explicase infinitamente, como si a fuerza de mirarlos se pudiera llegar a comprender un signo, a leer una escritura clara que, en renglones torcidos, había dejado la fórmula, el mandato irrefutable: «Así es el hombre»... Y se iba levantando la luz del mediodía y casi no había fuerzas para seguir, pero tampoco había valor para arrancarse de allí. La fuerza de aquellas imágenes..., no, criaturas, formas dotadas de... formas que eran la forma de la vida o tal vez eran la vida misma y por eso su poder no era un hechizo. Era como un pacto exigido porque había un entendimiento con ellas. Mirarlas hasta ver..., hastano ver que eran volúmenes de yeso..., hasta no ver el yeso y sí sólo las formas, como si los ojos se cerrasen

y sólo se oyera lo que ellas mandaban, la obediencia que exigían, compensando con, gratificando con un placer místico..., una respuesta, un eco corroborador que se alzaba en el fondo, en el último fondo... Porque era como si los pies y las manos, el latido del pecho, el alarido del hambre, el suave y tenso bramido o desperezo de incalculable dilatación, que partía..., no del sexo propiamente dicho, sino de la raigambre -tesa inmensidad que se calcula bien cuando se mira un olmo: el innúmero ramaje enterrado, raicillas leves avanzando, penetrando en lo duro- y el despertar del eros se dilata... ¿por las venas?... Sí, también por las venas, pero penetra, conmueve y sacude los ámbitos diamantinos del pensamiento, la piedad, la ternura. Un eco semejante a un voto, a unas nupcias indisolubles... Y todo aquello llega a ser lo cotidiano, lo adoptado y compartido fraternalmente, taller y hogar...

-¿Has observado que de cuando en cuando viene Montero como a vigilar nuestro trabajo, a comprobar nuestros progresos? Pero yo creo que no sólo a eso viene.

-Sí, ya lo he notado. ¿Quiénes son los de su pandilla?

-¿Ves aquel pálido, flaquísimo, y aquel otro que siempre lleva libros y paquetes de bocadillos? Luego se va a comerlos al Parterre, le vi un día. Ésos son los asiduos, los que vienen a dibujar de veras, pero a veces aparecen otros como de paso. Se ve que vienen sólo a encontrarse con él.

-Cuando éstos vienen se reúne el cónclave detrás de la Dama de Elche: yo lo he visto. Están allí un rato cuchicheando y en seguida se disuelven.

-El calor es tan bárbaro que nos disuelve a todos.

-No, a éstos no. Ésos ni se enteran. Ésos pertenecen a ese mundo de donde viene Montero.

-Pero yo he preguntado a doña Laura y asegura que es de Zamora.

-Sea de donde sea, ese aire de extranjero seguramente lo tiene en todas partes. No es que uno piense que no es de aquí, es que piensa que es de un país imaginario: un país que todavía no existe.

-Hoy es el pleno. Me acerqué un poco, hace cinco minutos, haciendo como que miraba el fauno y los vi agitadísimos. Hoy no cuchichean, hoy vociferan.

-Adiós: tengo que irme en seguida. Han venido a buscarme.

-Ah, bueno, adiós, entonces. Hasta luego.

-Hasta luego.

-Ya lo ves, se traen algo entre manos.

-Política. ¿Serán conspiradores? ¿Podrá Montero llevar una bomba en el bolsillo?

-Sí, claro que puede, ¡ésa es la cosa! ¿Tú crees que se puede llevar una bomba en el bolsillo sin que se note?

-No, imposible. Se puede llevar sin que se sepa: sin que nadie sepa lo que lleva, pero tiene que oler. Tiene que difundir terror.

-Y entonces, ¿cómo entiendes que, al mismo tiempo, si llevó siempre la bomba y si la oímos, no le tengamos miedo, le hayamos llamado tantas veces nuestro ángel de la guarda?

-Es verdad. No había pensado nunca, así, claramente, en lo de la bomba, pero el olor a peligro sí que lo había notado, sólo que sentía que era él el que atravesaba un peligro, el que podía... Fíjate, no pensé nunca que fuera a suicidarse, pero sí que iba a tirarse de cabeza a no sé qué...

Tarda el tranvía. Viene al fin por la calle de Alcalá: se diría que cabecea. Tiene un leve movimiento de proa a popa, casi imperceptible y, en cierto modo, aquiescente: en cierto modo sumiso al trole como el perro a la cadena y, como el perro, habituado al paseo cotidiano. Así aparece cuando se le ve venir a lo lejos, luego, una vez dentro, cuando se le comprueba reple-

to, cansado, herido y desgastado por el tráfico enorme que es su cometido, su empleo o su mandato, por pertenecer a un distrito que viene del Este. Se le diría fámulo de la Aurora y no asistente del gentío fúnebre o sangriento -lutos y flores funerarias o mantones y claveles- cuando se le ve repleto, convertido en recipiente de calor humano que, sólo al arrancar en las paradas, una brisa benévola le cruza, instantánea, y vuelve a seguir cabeceando..., se siente por él esa piedad que inspiran los bichos sujetos al trabajo. Ese sentimiento que lleva a acariciar su testa o sus belfos, como si con eso se pudieran sentir ya recompensados... ¿Se sentirán?... Quién sabe lo que puede distender sus músculos el contacto de una mano humana -de una mano... o más bien, de un humano, el contacto o la corriente que puede alisar sus crines, penetrar su cuero y estremecerle con la aterradora presencia de lo impenetrable y, sin embargo, próximo... Todo esto el cotidiano jumento -aunque grande, pollino por su inelegante casta- que sólo se puede acariciar con la mirada cuando ríos acarrea la enguatada costumbre, el suave edredón de las horas abandonadas a su automático correr...

-¡Fíjate en el periódico que lleva ese hombre! Han matado a alguien en Sarajevo.

-¡De eso hablaban detrás de la Dama de Elche! Oí ese nombre y me pareció atroz. No pude entender nada de lo que decían, aunque hablaban alto, pero todo era tan confuso. Sólo oí claro ese nombre como un desgarrón.

Estamos empezando un capítulo de la Historia. Eso quiere decir que vamos a estar hechos la pascua por tiempo indefinido. Es bastante irritante el dilema, ¿estamos empezando o estamos acabando... qué? Porque hasta en el caso de que lleguemos a una conclusión sobre si la cosa acaba o empieza, siempre quedará una incógnita, la cosa... ¿Qué cosa? Esos trompetazos que nos llegan desde la casa de esa chica -¡qué sabe la pobre criatura!-, esos trompetazos son, para muchos, una promesa, una aurora, una diana. Saltan, cogen las armas y se abren paso como ejército del futuro. Para otros son el fin, el acabóse, lo dijo el más próximo. Nuevo dilema, ¿quién es el que ve más claro, el más próximo o el más lejano?... Nuevo enigma, ¿qué es estar lejos o estar cerca?... Porque estamos en este rincón del mundo que es España y, para remate, estamos aculados en el último rincón de este rincón y no queremos salir de aquí, y no queremos que vengan a fastidiarnos porque cualquier cosa que pase -¡aversión impertérrita a las cosas que pasan!- viene a romper, a desgarrar nuestra proximidad con lo que no pasa. Eso es lo atroz, que le pasen cosas a lo que no pasa, a lo que no queremos que pase... ¿Inmovilismo? No, no: es forzoso que pasen cosas y estamos seguros de que por muchas cosas que pasen, lo que no pase no pasa. Lo irritante es no ver claro... Porque es horrible que descarrile el tren, pero es más horrible que descarrile en el túnel, en medio de la noche. Claro que el que se muere se muere igual de noche que de día, pero el que oye gritar y no sabe adónde acudir... Y vamos a oír gritar de un momento a otro. Acudir, no sé si tendría objeto. Si yo lo supiera no serviría de nada porque la decisión de acudir o no acudir será tomada por las fuerzas más obtusas y quién puede saber adónde acabarán llevándonos. Pero no es ésta la cuestión. Si hay una cuestión que yo pueda plantearme -que yo no pueda menos de plantearme-, es lo de la proximidad. Van a pasar cosas gravísimas: ya están pasando. Las noticias en los periódicos aumentan, los epígrafes cada día vienen en caracteres más grandes, más llamativos. Primero eran insinuaciones, algo así como chismorreos diplomáticos: ahora son noticias de hechos. Y los hechos, cuando nos tocan -porque nos tocan a todos-, es cuando nos parecen lejanos..., porque queríamos ver de cerca los gérmenes, los embriones, los polluelos, los cachorros..., toda la fauna apenas púber del bestiaje que acarrea el presente. Queríamos verlos, saber cómo eran cuando todavía no era inevitable Y ¿qué? ¿Qué pasó con los que lo vieron? ¿De qué sirvió tanta proximidad?... La proximidad arrastra impurezas. Las mejores cosas, las pasiones, las intimidades más verdaderas arrastran impurezas teóricas. Los anatemas, las sentencias pronunciadas contra esta música -trompetea sin parar, se diría que dobla la esquina, pero es que en la casa de enfrente se refracta y viene aquí su foco, retiembla en los cristales, no es posible olvidar-

la-, las sentencias eran, teóricamente, impuras. Estaban llenas de pasiones y esas pasiones dejaron allí sus gérmenes, pero teóricamente -prácticamente porque lo que queríamos es que lo teórico fuese práctico, practicable, y no lo fue. ¿Qué quedó de todo aquello? Una disputa feroz que se guardará en los archivos, en los anaqueles de bibliotecas y colecciones valiosas y, mientras tanto, ¿qué? Mientras tanto llegan los hechos y los otros, los que quedan al margen de lo teórico, que es para quiénes estaba teorizado lo teórico, pero que siguieron sin oírlo -que no es lo mismo que desoírlo, no es lo mismo que negarlo o rebatirlo- siguieron sin oírlo porque estaban en otras cosas que sonaban menos. Estaban en su vida, absortos en ella, en sus pasiones, sin asumir las pasiones premonitorias, arrastrados por sus pasiones triviales y reales, ¡eso es, reales! -lo que no significa verdaderas-. Reales porque, poderosas, perentorias, son capaces de ser. Eso es: de *ser* es de lo que se trata y éstos que se zambullen en el presente, *son* tanto, tan realmente *son* que la mitad de ellos van a dejar de *ser* en la contienda. Sólo los que lo vemos desde lejos lo vemos puramente, inconsolablemente. Y no es que deploremos nuestro alejamiento, no. Reconocemos que nuestra posición es la mejor, ¿deploramos que nuestra posición sea la mejor? No, lo que deploramos es que, con la posición más ventajosa, no hagamos... ¿Qué es lo que tendríamos que hacer? Es una pregunta estúpida porque si hubiera algo que hacer no estaríamos tan angustiados -aunque supiéramos que no era posible hacerlo-, no estaríamos en el túnel. Claro que el túnel no es más que la imposibilidad, la impotencia humana, de día o de noche. Y cuando uno la ha atravesado, cuando ha pasado el túnel, no le quedan más que dos salidas: la de la amargura -no la calle de la Amargura, ésta está dentro del túnel-, la salida amarga, la del pesimismo sistematizado, teorizado y envasado en seductores recipientes teóricos o la salida que no es salida. La del que sale desnudo de sí mismo, es decir que no sale: ha dejado el sí mismo allí dentro y sale, no como fantasma, no, simplemente, sale. Lo que sale es algo que parece ser liberado -¡qué disparate, qué manía ésta de la liberación! Lo que sale es lo eternamente encadenado. El que sale va en ello fuera de sí. Sin olvidarse, ¡eso nunca!, todo menos olvidar. El que ya no es sí mismo, pero se siente poderosamente, fatalmente -podría decir triunfalmente, siempre que lo triunfal correspondiese a la cadena, no al sí mismo fatalmente encadenado porque pertenece a la casta menos libre y más liberadora, a la casta destinada fatalmente a teorizar y envasar liberación, la especie... Gritan la última noticia... Un viejo cojo, cargado con su fajo de periódicos, conserva, es cierto, una voz potente, ha hecho callar a los trompetazos. ¿O será que había terminado el disco? Tal vez estábamos ya en silencio y no me daba cuenta porque los trompetazos sobrepasan toda realidad. A veces la simple forma de algo material, una forma geométrica, tiene una voz, una significación inmensa, inmensurable. El disco gira y los trompetazos -el sentido, el espíritu de los trompetazos- va en la fuerza centrífuga y llena el mundo. Pero pasa el cojo de los periódicos y escuchamos su grito insistente mientras va alejándose. No corro escaleras abajo, no, ya me lo traerán. Por el grito me entero de lo único que importa: la cosa, la detestable cosa marcha, no retrocede. No le sale al camino el ángel de Balaam. ¡Qué estupendas historias se inventó aquel pueblo! -«Cuando era un pueblo», dijo alguien-, un tipejo, que tal vez fuese como el cojo que vocea, iba porque alguien le llamaba... «Ven y maldícemelos»... ¡Era un encarguito! Ahora queríamos salirles al camino, queríamos hacer rebuznar a alguien para causarles espanto, para detenerles en su estúpida, infame, inútil, vana, humanamente nula empresa, pero ¿quién puede hacerse oír? Los tanques no rebuznan, no se ponen en dos patas ante una visión resplandeciente... Nosotros, los liberadores, hemos eliminado, hemos excluido del programa las visiones resplandecientes y hemos hecho -no me excluyo, no estamos libres de culpa los que trabajamos sólo con papel, *nosotros* somos todos los que hacemos algo, tanques, entre otras cosas- hemos hecho esto que está pasando y todo lo que va a pasar y ¿lo deploramos? Sí. ¿Lo detestamos? No, no podemos detestarlo o, aun detestándolo, no podemos negarlo, no podemos negarnos a ello. Oímos su horrible diana y nos ponemos en pie, salimos del adormecimiento... y nos cruzamos de brazos porque ¿sentimos que no nos incumbe? No, todo nos incumbe a los que pertenecemos a esta casta de los liberadores. Pero por el hecho de sentir este... ¿qué? ¿Drama, desbarajuste, delito de lesa humanidad, consecuencia, poso,

sedimento bien aquilatado de humanidad? por sentirlo tan próximo que nos quita el aliento, es precisamente por lo que nos sentimos tan lejanos, provincianos, peninsulares, que es como ser ciudadanos de un jirón, de un pingajo geográfico... Aparece la idea geográfica como confinamiento. Eso es sentirse extraño porque se está al margen. Y querer ver su extrañamiento y oír los decires del vulgo... Porque todo está en lo patente que se ha hecho lo geográfico. Desapareció la hiperbólica extensión sin puesta de sol y cogieron la escoba... Unos cuantos, de los de la casta. Otros, más provincianos todavía -provincianos irredentos-, arrastramos nuestro rincón, llevamos a cuestras nuestra madriguera. Salimos a dar un paseo y miramos las góndolas, las catedrales, los bulevares con sus cenáculos, sus núcleos de presente... y no entramos, no ingresamos, seguimos con la querencia de nuestros... No me atrevo a decir, ni siquiera pensando, nuestros amores porque es demasiado sagrado el tema para someterlo al análisis... Someterlo ¿es profanarlo o es darle, en holocausto, nuestra razón viviente, inmortal...? ¡Ahí está!, podemos despedazarla a sus pies: su sangre -porque, eso sí, sangra- no mancha. Nuestros amores relegaban al mundo a un segundo plano: todo era fondo, fondo desvaído, ornamental, ambiental de la única forma que era la vida. Y nos volvimos a nuestra madriguera tan provincianos como habíamos salido y elegimos con obstinación -¿o con cobardía, con encastillamiento, ¡son tan bellos los castillos!, y es tan fácil vivir a su sombra. ¿Con qué?... ¿Quién puede saberlo?-, con algo que parecía modestia, sencillez. La provincia, la cátedra fácilmente alcanzable, la casa más que fácilmente embellecible, como es natural la belleza en un ser impúber o la belleza que dimana de la belleza... Todo era bellamente natural para los que vivíamos arrinconados, saboreando nuestros recuerdos porque las experiencias vividas -las de lo que creíamos no haber experimentado, ¿creíamos? Puede que estuviéramos en lo cierto- se presentaban con derecho propio, se hacían fidedignas y no nos sentíamos desertores, no nos sentíamos ociosos. Nos parecía que habíamos trabajado con los cuatro o cinco que habían arrimado el hombro -cuatro o cinco nombres, cuatro o cinco hombres sacudidos por la verdad geográfica, asistiendo al alumbramiento del siglo. Alumbrándolo ellos -todavía colean algunos. Y los demás, los que vamos a la zaga, aunque ya no seamos zagales... Los que pertenecemos a la casta, a la especie zoológica -o será a la especie lógica, de nuestros logos didácticos-, los que hemos nacido maestros, vocacionalmente, irremisiblemente maestros porque fuera de eso en que hemos nacido somos peces en la arena... Y nos convulsionamos, boqueamos pidiendo auxilio, pero no se lo pedimos a nadie: el único *alguien* que nos lo podría dar está en nosotros mismos, pero no sabemos dónde está, no sabemos dónde lo hemos dejado. Estamos seguros de no haberlo dejado o abandonado, pero ¿dónde se quedó? Tan difícil es distinguirlo que dudamos de su existencia pretérita y ello -aquello, inaprehensible cuando estaba siendo- se nos aparece como ectoplasma, tiene la dureza, la materialidad del presente y nos desafía con ella. Nos reprocha, con insultos despiadados, que le hubiéramos dejado pasar -pasaba cuando pasábamos por él, cuando íbamos de paso- y, ahora que es nuestro pasado, se nos muestra neto de formas, exento como un poliedro bien expuesto a la luz -un poliedro que habla, ¡Despierta, ánimo, ahora puedes cogerme, puedes confeccionar algo con mi residuo positivo!-. Pero no hay que hacerse ilusiones esto no es el resultado de un esfuerzo o decisión propios: es una especie de vergüenza, un sentimiento de disculpa. No el sentimiento de una falta o transgresión a leyes..., no, es una especie de pudor ante los achaques que nos da la fe desasistida... El rubor sube a la conciencia cuando se oyen esas voces por la escalera... Llegan las chicas y van piando al cuarto de mi hermana -la casta, la especie biológica, pródiga en ella infinitamente-. El presente, como una pollada hambrienta, abriendo la boca, con la desfachatez de la adolescencia, afirmando, «Esto es lo que nos gusta. Esto es lo maravilloso. Éste es nuestro camino»... Y aquí, lejos de la cátedra -la cátedra no es nada si uno no la ha hecho apacientando el hato de una generación-, aquí estoy lejos porque la he cambiado, como se cambia el empleo en un banco, y me reduzco a esta escuela de párvulos, de párvulas mujercillas -¿Qué hatos pastorearán? ¿Qué recentales parirán?-, porque, que parirán es lo único seguro... Y los recentales mamarán estas visiones que ya hace tiempo vi brotar como verdura de las eras. Y, en efecto, como verdura rebrota en estas praderas fertilizables. Y ¿qué puedo decirles? Se

ve en sus ojos, en sus parpadeos admirativos ante una imagen, ante un nombre. Se ve su estado de celo, de brama porque están en la hora genesiaca. Ellas se lo tragan todo -no sé qué bicho elemental es el que se fecunda por la boca, como la mente: fértil en razón directa de su hambre-, ellas rechazarían toda droga teórica contraria a su apetito. Y su apetito inspira respeto. ¿Tiene un maestro derecho a respetar? Dicen que tiene obligación..., eso es lo que dicen. Y ¿si el respeto es timidez, cobardía, hablando en plata? ¿Si es indecisión o confusión -no mental ni sentimental: pasional es el asunto, porque la confusión es el efecto de la pugna, del atropellamiento- si la indecisión es inhibición, pasmo ante estos brotes demasiado tiernos, demasiado caprichosos como giros imprevisibles de la veleta, como lluvia con sol -su naturaleza misma, su vulnerabilidad, su feminidad, en fin. Y, en todo caso, su juventud, un retal o muestra de la juventud... Pero si la inhibición acaece ¡también! en casos más graves... Mucho más graves por afectar o por formar parte del ámbito profesoral, vocacional... Por producirse como una extrasístole -un golpe que causa terror, que es la presencia del terror- el golpe, breve, tiene fuerza para detener lo permanente, para cortar el ritmo de lo que venía fluyendo por el cauce cotidiano de la discursión cooperadora, por afectar a la discusión con el discípulo... No se trata aquí de oscuridad ni confusión, sino sólo de aprensión, miedo de tocar la membrana delicadísima de un embrión, ¡tan frágil, tan impenetrable su fórmula!... Si en la hora de la comunión cotidiana se plantea -sin ocultación, sin tergiversación ni atenuantes- la existencia de otra eucaristía engullida con avidez integral... y se discute y no se rechaza porque hay vínculos -la matriz de la obra humana admite, acoge, alberga todo semen, conserva toda huella, como aquella yegua-cebra que cita Darwin- y no se rechazan sus productos porque el instinto paternal... El instinto paternal no es benevolencia ni condescendencia, ni transigencia, sino patencia de paternidad... El instinto paternal se reconoce en todo, se siente responsable de todo: de la primera palabra pronunciada sobre la tierra... Y, con la seguridad del instinto, con la pretensión de eternidad con que se dispara lo que quiere ser, quiere seguir velando, conduciendo o rigiendo las palabras que aún quedan por pronunciar y no se resigna a las controversias que no quedan zanjadas... porque no está claro: nada está claro... No sabemos lo que hay en eso que vemos como embrionario, como esquema o esqueleto... o raíz o ramaje que va a crecer: que tiene que crecer porque tiene de qué, pero no sabemos lo que pasaría si podásemos... En primer lugar, ¿quién puede creerse con poderes para podar algo?... Es más firme, más fehaciente el acto del que echa su semilla..., mucho más firme que el de los que creen segar la mala hierba... Los que lo creen no titubean: lo grave es temiendo, querer ir sobre seguro y no por cautela, no. Por anhelar la realidad palpable que se experimenta en los hijos de la carne. Ahí no hay más ni menos: son, están ahí. La verdad de su fórmula, en cuanto a la sangre, es evidente... Es la otra progenie, la que engendramos pluralmente todos y desde siempre... La que no podemos repudiar, aunque su fisonomía, su gesto, su signo sea medroso: aunque resulten oscuros y no se dejen ver la cara como el que busca..., la quijada, tal vez... Pero no podemos repudiarlos, aunque temamos que su signo o su sombra recaiga sobre los hijos de la carne... No, no, no ¡sobre todo! porque tememos que éstos, los indiscutibles, un día nos... Pasa el cojo, voceando...

DECLARACIÓN DE GUERRA DE ALEMANIA

A RUSIA

MOVILIZACIÓN GENERAL EN FRANCIA

La voz del dolor humano... La voz humana relatando, no gritando, como en el dolor: informando, imponiéndose como eco de la realidad... Pero eco impasible, como el frontón que devuelve la pelota: no hay por qué darle el nombre de la ninfa enamorada que lleva siglos cantando y nos ha enseñado a amar sin recompensa, la Gloria, por ejemplo... La Gloria ¿cuánto da, en amor, por una vida pignorada?... Los valores suben y bajan: hubo algún tiempo en que estuvieron altísimos los de la Gloria: se cotizaban en las canciones escolares,

zarzueleras... «Cambiano eterna vida por la existencia ruin»... Sí, sí, ése era su valor, pero la economía no es estable: ahora es otra canción. El eco de la realidad no canta, informa. Se sabe inmediatamente, exactamente, sin idealización alguna lo que pasa. Sin idealización, pero no sin ideas ni ideales, ¡todo lo contrario!... Decantaciones de la sabiduría secular, condensaciones del espíritu, violentas como corrientes oceánicas se aprestan a combatir unas con otras... Imposible saber dónde acabarán formando *su maelstrom*... Pero mientras tanto, el eco de la realidad inarmónico, modulando noticias, partes -¡esto es lo atroz!, sus voces son siempre partes, siempre parciales, casi siempre partidistas, nunca conferidoras de la visión total en extensión o, más importante, más vitalmente importante, en profundidad-. El eco de la realidad llega e informa: unos lo entienden, otros creen entenderlo, otros lo ignoran pero lo viven y en éstos se crean, si no mitos -demasiado débiles en amor pata dar formas a los barruntos de su olfato-, se crean climas, ámbitos de tinieblas en los que la luz parece hacerse cómplice y cargar con toda la culpa. Éstos viven bajo la luz de lo que oyen, pasivos. Indiferentes no, sometidos, padecientes, sufriendo el mal tiempo bajo el sol radiante, atravesando el solsticio de agosto como un nublado. El cielo es puro añil, pero se vive la oscuridad, la sombra amenazante porque, como es cosa lejana, es difícil juzgar sus dimensiones. Sólo se sabe que puede crecer, pero ¿hasta dónde?... Esta pregunta es la forma que toma la sombra en la mente de Antonia, el nublado bajo la tronera achicharrada por el sol... En el tercer piso un cuchicheo, como en los tiempos lejanos en que la *tricoteuse* surtía de botincitos... Los años no han hecho parar a las agujas, que se besuquean como palomas, pico con pico... Secularmente, la mujer sin máquinas abrigó cuerpos -valdría la pena calcular las vueltas de las agujas finísimas que cubrieron con calzas las piernas masculinas para ir a luchar con el turco o con el indio americano, los estupendos muslos de los italianos renacentistas con envolturas multicolores, las tristes calzas de don Quijote, y las de «El conde don Peranzules, el de las calzas azules»... Millones de calzas tejieron las calceteras con aguas finísimas y luego, cuando las máquinas acapararon la producción de medias calzas o calcetas -quedando en medias y calcetines, cambio de género en el diminutivo-, ya no se unió a la imagen de la calcetera la de la hilandera, siguió sola la *tricoteuse*, laborando con su comadre o su vecina -vecinas es el título de las que quedan próximas, morando en el hogar-. No habría tricoteadoras entre las hetairas de Safo, allí se hilaba la plural teoría denominada Música... Se hilaba también en la pastoral Judea y el telar tramaba hilos tensos. Fue más tardío el entretejido de minúsculas lazadas que se enganchan unas en otras, en una serie de broches encadenados que van de derecha a izquierda y de izquierda a derecha y siguen enganchándose hasta cubrir espacios, formar paños elásticos que abrigan y protegen los cuerpos... Todo esto fue siempre lo que hicieron ellas, mientras ellos... Es en las horas culminantes, en la crisis de la historia humana, sin redundancia, en las crisis en que nos hiere lo humano de la Historia, cuando temblamos por ella, queríamos palpar su pulso, tocar la fiebre de su frente. Es de esas horas cuando vemos su vejez y vienen a la mente todos sus desmanes y fechorías, todas sus bellezas y sus crímenes: todo lo que quisiéramos que no hubiera sido, pero que desde su haber sido, sigue instándonos a desentrañar su *porqué*... Las *tricoteuses* no meditan, comadorean, es su misión. En el cuarto de Eulalia, echada la persiana verde para defender a los tiestos -sólo el geranio inmune a la sequía—, las viejas vecinas tejiendo, de derecha a izquierda, de izquierda a derecha... Manolita, tal vez tendiendo a la derecha sus noticias. El científico conservando el culto de la Alemania que conoció: Romanticismo, Idealismo... Eulalia concordando con *el poeta* -mote, en el modo de ser dicho-, concordando por no poder menos, porque también habría sido la posición de *el maestro*. Siempre, en aquella casa, se había tenido como numen sagrado la Libertad, siempre bajo la melodía del arte estaba el contrapunto de *La Marsellesa*... El nublado era entre ellas indecisión, casi sospecha, pero no de ellas mismas -inermes, al margen de todo-, sino una sospecha apenas formulada sobre el crédito que podían dar a los valores señalados por los viejos grandes hombres... La persiana verde no atenuaba el nublado... Y en el segundo, aquel piso sobre el que se había saltado por considerarlo extraño, con la árida extrañeza de lo que no inspira curiosidad, de lo que se llama extraño aunque se saben todos sus tópicos y

triquiñuelas, sus estrictas ordenanzas, que no suelen atravesarse con el camino que sigue paralelo al suyo. El camino de los intelectuales, de los maestros, artistas, los científicos creadores..., de los que no van por una senda estrecha, sino que la suya se dilata por toda la tierra y son ellos -los de la espada, por darles una bella designación- los que la desenvainan por las palabras que los otros pronunciaron, crearon, entronizaron... En aquel piso el nublado era tormentoso. Había quien admiraba el casco prusiano, había quien odiaba al francés invasor, combatido y vencido poco tiempo atrás, había quien, sin embargo, amaba la bella libertad del placer que venía de Francia y además, se sabía que Alfonso XIII no era hostil a los aliados... En el primer piso todo era armonía, por lo tanto, todo era melancolía, temor, piedad, alguna vaga esperanza. El nublado no perdía la transparencia de la hora de la siesta con los postigos entornados y el moscón frecuente, pertinaz, empeñado en romper con su zumbido el lujo del silencio... Por la escalera subían y bajaban las chicas, que llevaban su nublado escondido, sin la exterioridad de las discusiones. El nublado parasitaba sus zonas más íntimas, alteraba el tono de su conducta -el tono, no el proceder-, el tono era distinto en los mismos actos. El nublado era una especie de aprensión, de repugnancia a los movimientos bruscos que pueden dañar... Un miedo de dañar y hasta un deseo -como el peso de un suave deber- de acudir con algún leve y disimulado bálsamo a cualquier lejana y disimulada herida...

-¿Todavía estás enfadado?

-Yo no estoy enfadado.

-Ah, ¿no? Pues ¿qué es lo que estás?

-Nada, no estoy nada.

-Lo que estás es tonto de remate. ¿Te enteras? Tonto, eso es lo que estás y siempre lo estuviste. ¡Tonto del bote!...

Y el pequeño insulto hace levantar los ojos de Luis hasta los fríos, duros, cristalinos ojos azules. Y encuentra el gesto que trata de repetir la mueca burlona, pero en los ojos azules hay una mínima dilatación de cordialidad -ternura sería demasiado-, hay una especie de reanudación, algo así como si la vida pudiera continuar. Y el insulto banal, popular, juguetón... es una palabra más que dulce: es un contacto profundo... La calle misma lleva su nublado, que se adensa cada vez que pasa el cojo. Se acumulan las noticias todavía demasiado en prólogo o introducción de lo que no va a retroceder... Sigue el nublado en el cruce de las dos calles y Wagner sigue tonante, pero Schubert calla: el violinista corrió al toque de diana... Se agrava en el primer piso la tormenta porque los hechos lejanos afectan, de pronto, a lo próximo. Hay un desgarramiento que aunque presentido, aunque sabido inevitable, al hacerse evidente provoca el forcejeo inútil y acaba imponiéndose lo que tenía que ser. No es una despedida, es una conclusión. El que es consecuente consigo mismo, se va consigo mismo. El maestro se queda, no batido por las ideas, sino por los hechos y el discípulo se va, saliendo del nublado, dejándolo allí, como si el único medio de desafiar la tormenta fuese asumirla: ser tormenta, llenarse de tormenta. Por primera vez la mirada no era vacía: la decisión que la llenaba la hacía parecer ciega, ciega de decisión. Y después de la discusión tuvo que llegar la despedida, como una concesión difícil de aceptar, pero... Laura, en el fondo de su alma, buscando algo con qué sustituir el inmenso deseo de santiguarle, buscándolo sin encontrarlo y, por lo tanto, besándole en cada mejilla como si fuese de excursión, aparentemente, como si fuese de excursión... Y echó escaleras arriba y Antonia le abrazó también, sin buscar nada, «¡Que tenga suerte, hijo mío! ¡Que Dios le bendiga!»... Y corrieron los cuatro al portal: en un coche le esperaba un amigo. Abrazó al portero y, de un modo abrupto, con cada brazo agarrada una de las chicas y atraídas las dos en racimo, abrazadas con fuerza... «¡Adiós, camaradas!»... Ramón le abrazó ya en el estribo, largamente y arrancó el coche... Los tres en el portal se quedaron pensando qué otra cosa podrían hacer

que no fuese subir la escalera: no había otra cosa. Ramón llevaba el gesto ambiguo del que ha echado al alto la moneda sin apostar. ¡Quién sabe de qué lado caerá! Quién sabe si algún día se apostará por la cara o por la cruz... ¿Quién sabe? Saber algo, saberlo de verdad es mucho más difícil que aprobar dos cursos en uno.

-¿Por qué nos habrá llamado camaradas, cuando siempre se ha hartado de llamarnos decadentes?

-Precisamente por eso: para borrarlo, para que no tengáis mal recuerdo de él.

-Sí, eso es. Yo lo sentí así y se me pasó por la cabeza decirle ¿Puede haber camaradas decadentes? Pero me lo tragué.

-Bien hecho, no era oportuno. Decadentes o no, se ha portado con vosotras en camarada. Os ha pilotado hacia vuestra carrera artística.

-Tómalo a broma, pero es bien cierto que nos ha enseñado mucho. Más que la escuela, donde van los chicos de bachillerato. Al casón van los artistas, los que lo toman en serio.

-Pero si no lo tomo a broma. Yo sé muy bien lo que piensa de vosotras. ¡Os conoce!... Por eso se ha abstenido de iniciaros en lo de la camaradería-llamémoslo así. ¿Nunca os hizo insinuaciones, verdad?

-Nunca, jamás.

-Le habrá costado trabajo dejaros vírgenes -en eso, digo: no sé si lo sois en lo otro.

-¡A ti qué te importa!

-No he dicho que me importe: lo he dejado como suposición.

-Y ¿qué es lo que piensa de nosotras, si se puede saber?

-Oh, no es fácil. Tendría que hablar durante horas. A no ser que os diese una definición sintética.

-Dánosla. A ver, ¿qué es lo sintético? Siéntate en ese escalón.

-Bueno, pues dice -o decirnos, porque en eso estamos completamente de acuerdo. Tanto que no sé a cuál de los dos pertenece la fórmula.

-¡Desembucha... ! Aunque hayáis puesto por los suelos todos nuestros talentos.

-Nada de talentos: he dicho que es algo sintético por que es total, definitivo... Hemos sacado en consecuencia que sois *estetas*, *tetas*, *tetas*...

- ¡Cretino!

- ¡Idiota!

-¿Cómo cretino? ¿Os ha parecido un chiste verde? ¡Eso sí que es cretinada! No habéis pescado la teoría formidable que acabo de regalaros.

-¡Atiza, era un regalo! Y ¿cómo hay que usarlo?

-Os la podría explicar, pero no, no vais a comprender. Para comprender algo hay que haberlo adivinado primero y vosotras, como vivís dedicadas a eso de la estética, de la es-tética... ¿Os dais cuenta o es que sois completamente tontas?

-Pues debe ser porque del todo... ¿Tú has entendido?

-Del todo, no.

-No entendéis porque os dan miedo las palabras: no sabéis jugar con ellas. No sabéis jugar con las cosas serias... Bueno, puede que entendieseis algún juego serio de esos que hacen con las etimologías, pero esto es otra cosa. Es como cuando dices una palabra y guiñas un poco el ojo o haces un movimiento... Entonces ves la cosa en traje de casa.

-Ya, vamos, la vulgarizas.

-¡No!, no la vulgarizo: me acerco a ella, la miro por los cuatro costados. ¿Os parece que me

acercos demasiado? ¿Os parece que acercarse es indecente, es picaresco, es verde?... Eso es lo que no se os puede quitar de la cabeza... He cometido la tontería de hablaros como se habla entre hombres.

-¡Recontra!, no hay quien te entienda. Quieres que no nos parezca indecente y dices que nos hablas como se habla entre hombres...

-Pero no todo lo que hablan los hombres es indecente. Primero habría que saber qué es lo que es de verdad indecente. Vulgar, ya es más fácil saberlo. Y lo que he querido ha sido bromear con la cosa, poner de relieve eso... sus *relieves*, sus *encantos*...

-¡Francamente!

-¿Francamente? Si lo pensaras francamente lo entenderías. Por ejemplo, si os hubiera dicho como definición, «Hemos sacado en consecuencia que sois mujeres»... os habría resultado desagradable, pero no incorrecto. Y en cambio, ese modo de decirlo que es mucho más sugestivo... ¡No servís! No servís para camaradas ni de aquello ni de otra cosa. Pero eso no os lo ha dicho hasta la despedida, para que no le quedase tiempo de comprobarlo.

-Eso lo dejó a tu cargo, ¿no?...

-Bueno, es lo que me corresponde. Yo no os trato con miramientos porque tengo vuestros mismos años: vamos a tener que jugar a las mismas cosas. De ahí salió todo.

-¿Qué es lo que salió?

-La definición. Hemos hablado tanto de lo que nos espera a todos. De lo que nos espera a todos en general y además de lo que a cada uno le peta... No es que haya querido llevarme a mí a su terreno: no lo ha intentado nunca -no os aseguro que no lo haya deseado- pero si uno le cuenta a otro una historia amorosa en la que está metido, no es para hacerle participar... La comparación no sirve, ya lo sé, pero ésa es la impresión que yo tuve siempre.

-Siempre, ¿desde cuándo, porque le conoces desde los cinco años?

-Claro que sí, pero a un chico de cinco años nadie le habla de sus amores. Y lo probable es que cuando yo tenía cinco años él no tuviera todavía ese amor. No, claro, ahora lo voy recordando: yo no lo supe por confidencia suya, yo empecé a oler que se traía algo entre manos que a mi padre no le gustaba. Igual, completamente igual que cuando a un chico le pescan con una novia que no le conviene. Y luego, como yo estaba siempre pendiente de lo que hablaban entre ellos y como ya iba entendiéndolos -desde antes de los cinco años ya les entendía- empezó a darme explicaciones para que no me pareciera tan mal su elección.

-Y a ti ¿qué te parecía?

-Pues no me parecía mal. Pero lo más raro es que a mí no me extrañaba que, estando tan unido a mi padre, habiendo sido formado por él desde chico, hubiera ido a parar allí.

-Sí que es raro.

-Pero no es que yo no viese las diferencias: las veía incompatibles y, sin embargo, no me extrañaba que hubiese ido a parar allí... Ahora, últimamente, hablábamos sobre todo de adónde iremos a parar. La cosa salió de uno de esos vaticinios que hacíamos. A veces hablábamos de vosotras y hacíamos suposiciones. Si llega tal ocasión, ¿qué papel representarán las estetas? ¿Qué resoluciones tomarán? ¿Para qué servirán las *es-tetitas*? ¿Os dais cuenta? Las *es-tetitas*..., ¿no es graciosa la palabra? Luego fuimos ampliándola y la teoría resultó inagotable.

-¡Mira que ricos!

-No creíamos que os interesásemos tanto.

-Nos interesáis porque existís. No somos de los que se saltan una página y siguen leyendo. Ampliamos la teoría un día que os encontró dibujando la amazona. Fue precisamente el día que él había tomado la decisión de irse allá. Las noticias eran atroces: ya habían invadi-

do Bélgica. Fue el siete la defensa de Lieja... Vosotras no os enterabais de nada. ¿Os dais cuenta? Lo que debe ser eso en una ciudad, las que habrán tenido que coger el fusil, sin cortarse nada. Y los periódicos asegurando que España seguirá neutral... Sí, sí, ya veremos... Ya veréis si podéis seguir en la higuera...

-Pero para no estar en la higuera ¿hay que cortarse algo?

-¡Claro! ¡Naturalmente! ¿O no entendéis que tenéis que cortaros *dentro de la cabeza* todo lo que os estorba el movimiento? ¿No comprendéis que eso quiere decir pasar por el aro: ser otras, pensar de otro modo, hablar de otro modo?

-Bueno, nos apabulló la teoría. No tenemos por dónde salir, como no nos echés una mano... Pero con todo lo inteligente que eres, eres tan burro que...

-¡Silencio!... Alguien grita por la escalera...

El nublado está encima de todo Madrid: el sol se ha comido todo el verde, lo ha calcinado todo. Las hojas que se mantienen en los árboles blanquean, empolvadas. Los tranvías sueñan más ásperos, como si mascasen tierra con las ruedas. Hay que seguir, sin embargo. Ha llegado septiembre, hay que afrontar el examen de ingreso. Pero la distancia desde la plaza de la Independencia hasta el Casón ha crecido, ¡imposible emprender el camino! No hay dónde guarecerse en la acera de la derecha, no hay un palmo de sombra. No hay fuerzas para avanzar ni para hablar: sólo, al fin, para comentar.

-Tengo una sed horrible. ¿Tú no?

-Sí, claro. Vamos a beber agua. La de la tinaja esa de la fuente egipcia es muy buena.

La idea del agua no quita la sed, pero la aligera: quita la pesadez del desánimo que produce la sed cuando no se sabe cómo calmarla. Ahora la idea del agua, el recuerdo del caño a poca altura, saliendo con fuerza el chorro como una columnata de cristal que sale recta y se curva en seguida tomando la curva perfecta que le da su peso, la fuerza que vence su consistencia. No cae desparramada al borde del caño: sale derecha, unida en sí misma y por sí misma se desmaya, se curva hacia la tierra. La idea de aplicar los labios a la columnata cristalina, que se esparcirá en gotas por toda la cara, da fuerzas para cruzar el jardín, para llegar al estanque dominado ahora por el horrible monumento que ha dejado en gran extensión las huellas de la obra de albañilería, de marmolistería, fúnebre, sin solemnidad. La luz reverbera en su blancura, deslumbra, pero hay algo de sombra alrededor de la fuente y el agua es deliciosa, fresca en el justo grado en que se la puede aguantar indefinidamente. Beber más de lo necesario, dejarla golpear en la nariz, resbalar por los párpados. Ahora, sin sed, con el pelo mojado chorreando en los hombros, se puede andar sin rumbo por el Retiro, dejar los grandes paseos, ir por ciertas umbrías pobladas de tórtolas y escuchar su canto o su llanto. Su llamada, arrullo amoroso, envolvente. La tórtola fiel ata a su amante con su arrullo como con una telaraña. El gemido capcioso lo llena todo, se difunde como una neblina de tristeza... Cerca se insinúa una pradera, el césped verdea en un breve plano inclinado hacia el agua. Hay un pequeño estanque, más bien dilatación de un arroyo que da media vuelta y deja en su curva una especie de península. Algo más se ha mantenido allí el verde, tal vez debido a la asiduidad de algún guarda. La manga, enroscada junto a la boca de riego, se ve que trabaja a diario. Hay en el extremo de la península, casi al borde del agua, una estatua.

-¿Qué será? No tiene ninguna leyenda ni se ve la firma del autor.

-La firma no se distinguiría desde aquí, pero en el pedestal debían haber puesto lo que representa. ¿Qué personaje antiguo podrá ser?

-No creo que represente a ningún personaje real ni tampoco de la mitología. Representa algo así como un sentimiento, algo grande. Yo creo que representa la Tragedia.

-¡Exacto! Fíjate en la mano derecha que sujeta el manto. Fíjate, cómo lo agarra, con qué fuerza.

-Y la otra mano que se lleva hacia la sien... Es exactamente el movimiento del que *se echa las marcas a la cabeza*. No se puede decir de otro modo, no puede estar más claro.

-Esa ligera inclinación, como si estuviese viendo algo caído en el estanque. Lloro por algo caído, perdido...

-Y, ¿qué significará eso de que tenga el manto sujeto a la cintura y el torso desnudo? No sé qué indumentaria querrá representar.

-No es cosa de indumentaria: está así, con el pecho descubierto para que se le vea el sufrimiento mejor que en la cara. Está llorando con todo el cuerpo, parece que se le van a caer las tetas con las lágrimas.

-¡Ya lo has adoptado! Para que no diga Ramón que te asustas. ¡Vamos a tener que oír cada cosa! El camarada este no tiene pelos en la lengua. ¡Qué diferencia de Montero!

-Es que Montero es una sensitiva. ¿Recuerdas el día que me decidí a llamarle Máximo? Lo rechazó furioso. «Nunca toleraré mi nombre: es una exageración.» A lo que don Manuel añadió, «No le va a un santo anacoreta, como tú». ¡Se amoscó!...

-Porque es verdad. Se le nota que más que un chico bien educado, es un niño que iba a misa con su mamá. Sólo que luego le ha entrado esa ventolera... Es cosa de libros y sin embargo en él parece una pasión. Ramón está en lo cierto.

-A ése los libros no se le suben a la cabeza: en ése todo es matemático, aunque no se ocupe de números.

-Bueno, y ¿qué te parece lo que piensan de nosotras?

-Y lo que nosotras pensamos de nosotras ¿qué te parece?

-Lo que me parece es que vamos a tener que ponernos a pensar en la teoría. Tendremos que cortarnos muchas cosas... Lo dijo con esa intención, como dicen de la calumnia, «Calumnia, que algo queda», porque la calumnia va de unos en otros y nadie sabe lo que hay de verdad. Con la famosa teoría nos queda dentro eso mismo, -qué habrá de verdad?

-Eso es, eso es lo que tenemos que acabar por saber...

No llegaron a saberlo, por más que pensaron mientras fue cayendo la tarde. Pasaron mucho tiempo en silencio, pero no bastante tiempo, no bastantes años, no los suficientes para saber algo. Cuando ya no se veía más que la estatua con su actitud violenta, con su mano en alto, como el que quiere arrancarse los pelos, se volvieron a casa.